



DESEOS EN UNA BOTELLA

ALLIE
MCCORMACK

DESEOS EN UNA BOTELLA

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

LIBRO UNO

ALLIE MCCORMACK

Deseos en una Botella
Copyright (c) 2019 por Allie McCormack
Todos los derechos reservados

Deseos en una Botella / Allie McCormack

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, excepto en el caso de citas para artículos, reseñas o almacenes en cualquier sistema de recuperación, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la autora.

Visite el sitio web de Allie en
www.alliemccormack.com
Portada diseñada por Dar Albert en Wicked Smart Designs
<https://www.wickedsmartdesigns.com/>
Traducción de DeepL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Dedicación](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Libros de Allie McCormack](#)

[Sobre la autora](#)

DEDICACIÓN

A MI AMIGA MÁS ANTIGUA, DALLYS WOLFEL

Éramos mejores amigas desde sexto de primaria hasta el instituto, y muchos años después, aquí estamos, ¡seguimos siendo los mejores amigos! Uno de mis mejores recuerdos son nuestras fiestas de pijamas de los viernes por la noche. Empezábamos con una emocionante partida de Monopoly, luego nos íbamos a ver High Chaparral y luego Star Trek... ¡y luego volvíamos para terminar la partida de Monopoly, que solía durar hasta bien entrada la noche! Siempre me arrastrabas lejos de mis libros para ir a jugar... ¡y ahora eres uno de mis mayores fans!

¡Mejores amigos para siempre!

AGRADECIMIENTOS

Un enorme agradecimiento a Jennifer Bradshaw, que empezó como mi madre de rol en SecondLife en 2009, luego pasó a ser mi mejor amiga y después a mi compañera de escritura, dándome el apoyo moral que tanto necesitaba, grandes consejos sobre todo, desde recetas hasta estrategias de marketing, y de vez en cuando alguna patada en la espalda para volver a encarrilarme.

También quiero dar las gracias a mi maravilloso Equipo de Lectores Beta, que leyeron mi manuscrito y me enviaron montones de comentarios. No podría haberlo hecho sin ellos.

Cassandra Wengewicz
Dianna Evans
Jennifer Bradshaw
Lindsey Philipson
Hermanos Linsy
Victoria MacDonald

Y mucho antes incluso de que oyera hablar de los lectores beta, una amiga muy querida, Kathleen Crape, leía mis manuscritos y me hacía críticas y comentarios. Siempre quiere leer todo lo que escribo, y su interés y apoyo me hicieron seguir adelante durante años de dudas... ¡además es una artesana increíble, que me enseñó todo lo que sé sobre tejer y hacer ganchillo!

Por último, a Eeva Lancaster, de The Book Khaleesi, que me ayudó a tomar la decisión de convertirme en Indie, respondió pacientemente a muchas de mis preguntas y me ayudó con el formato. También confeccionó banners llamativos y un tráiler para mis libros, y me dio consejos inestimables para elaborar un plan de lanzamiento y una estrategia de marketing.

PRÓLOGO



JULIAN PERMANECÍA INMÓVIL junto a la cama. No se movía ni un músculo de su hermoso rostro, aunque tenía la mandíbula tensa y la mirada fija en la pared. No quiso mirar a la mujer, a aquel rostro astuto y avaro. Estaba sentada a sus anchas, con el respaldo de la cama del hospital levantado. Su hijo pequeño, envuelto por las enfermeras en una manta azul, con un gorrito de punto en la cabeza, estaba acunado en su brazo izquierdo. En la mano derecha, con los dedos apretados, tenía una botella de vidrio soplado, teñida de púrpura y adornada con pan de oro. Al darse cuenta de aquel apretón, un músculo se crispó en la comisura de sus labios. Conocía sus planes para intentar mantenerlo a su servicio. Sin embargo, fracasarían. La magia le protegía contra personas como ella; al menos eso hacía por él.

"¿Tu deseo?" Su voz carecía por completo de expresión, y su estómago dio un vuelco vicioso. Estaba a punto de terminar y él se iría. *Si tan sólo...* Dejó de pensar en eso, consciente de que tenía los dedos apretados. Se obligó a relajarse. De un modo u otro, casi había terminado.

Era consciente de la mirada de la mujer, ávida y posesiva, sobre él. Delores era la *Sahiba*, la Maestra de su botella. A ella debía concederle tres deseos. Su primer deseo había sido tener un hijo. Hacía tiempo que ella y su marido querían uno, pero ella era estéril. Durante los meses de embarazo, había mantenido su biberón cerca, negándose a pedir el resto de sus deseos, guardándolo como garantía hasta que naciera su hijo. Ahora le había llamado desde el biberón para pedirle sus últimos deseos.

"Quiero un millón de dólares".

Julian se movió entonces, subiendo una mano para tocar la gema azul que yacía, suspendida de una cadena de plata, sobre su pecho. "Muy bien".

Hubo un leve chisporroteo en el aire, como de electricidad, y una ráfaga de pequeñas chispas parpadeó alrededor de la gema, luego se calmó. Tendiendo la mano a la mujer, abrió los dedos, con un pequeño trozo de papel en la mano. Ella lo cogió con avidez, escudriñando la impresión que contenía.

"¿Éstos son los números ganadores?"

"Lo son", confirmó. "Son los números del sorteo de lotería de esta noche".

No tuvo que mirarla para saber que en su rostro se reflejaba la satisfacción.

"Tráeme el bolso", ordenó.

Se inclinó, abrió la mesilla que había junto a la cama y sacó su bolso, colocándolo junto a ella en la cama. Técnicamente no estaba obligado a obedecer órdenes tan mezquinas. Pero quería salir de aquí y, además, no deseaba enfadarla. No ahora, cuando sólo le quedaba un deseo. No

cuando la vida de un niño pendía de un hilo.

Su mirada saltó hacia la ventana, instintivamente, mirando a través del patio hacia donde yacía un niño en su cama, acercándose el final de su tiempo. Le había hablado a Delores del niño. Sólo hacía falta un deseo para quitarle la enfermedad, sustituyendo las células sanguíneas defectuosas por otras sanas. Sólo un deseo para dar una felicidad inimaginable a la madre triste y silenciosa que permanecía sentada en solitaria vigilia junto a la cama de su hijo, ahogando sus propias lágrimas para dar fuerzas al niño moribundo. Sólo un deseo.

Esperó a que Delores sacara la cartera y metiera el billete. Fue consciente de que su mirada seguía la suya a través del patio, hasta aquella ventana del ala de pediatría. No quería, no podía mirarla, pero cada músculo de su cuerpo estaba tenso hasta el punto de dolerle. Por *favor*, rezó en silencio. Por favor, déjala hacer esto, esta única bondad.

"¿Y tu último deseo?"

"Por mi tercer deseo", habló despacio, atrayendo sus ojos hacia ella. Miró a Julian y luego volvió a mirar por la ventana, ladeando la cabeza. Entonces apareció en sus ojos aquella mirada astuta y astuta, y a él pareció que se le caía el fondo del estómago. Él conocía esa mirada, sabía lo que significaba. Ni siquiera se había planteado utilizar su último deseo para el chico.

"Ojalá..." aquella voz odiosa hizo una pausa... ¿alargando el momento? Pero él ya lo sabía, la amargura ardía en sus entrañas. "Deseo un collar de diamantes, uno que sea realmente elegante, con muchos diamantes. Y engastado en oro. Como el de uno de esos sitios caros a los que van las mujeres de la alta sociedad".

Sus dedos aferraron la botella con más fuerza. Él sabía lo que ella pretendía. Mantener la posesión de su botella después del último deseo, y pasársela a un miembro de la familia a cambio de una parte de su buena fortuna, tal vez por uno de sus deseos. Pero no funcionaría. La magia de la botella se encargaría de ello.

Reprimió la furia y la desesperación que lo invadían, y volvió a tocar la gema que tenía bajo el cuello. El familiar zumbido y las chispas llenaron el aire, y una caja de terciopelo negro se materializó en sus manos. Colocándola sobre las sábanas, frente a sus rodillas, observó impasible cómo Delores la abría, jadeando de asombrado placer ante el brillante collar que allí se exhibía.

Entonces se inclinó, extendiendo las manos a ambos lados de su cuerpo. "Adiós".

Sólo por un instante tuvo la fugaz satisfacción de ver la consternación en su rostro, oír la exclamación sorprendida y furiosa cuando la botella que sostenía con tanta fuerza se disolvió en la nada. Entonces él también desapareció, se disolvió en la nada, se alejó de ella junto con su botella.

Se había acabado.

CAPÍTULO I



EL SOL LE quemaba en la cara y rodó lentamente, con todos los músculos en llamas. La arena afilada y punzante le escocía bajo la mejilla y se le pegaba al pecho y los brazos desnudos. Las gaviotas chillaban en lo alto y el oleaje golpeaba no muy lejos, lo bastante cerca como para sentir un ligero rocío, fresco sobre su piel. ¿Dónde estaba esta vez? Casi no parecía valer la pena reunir la energía para preocuparse.

Luchando por abrir los ojos contra la cegadora luz del sol, Julian se encontró tumbado en una estrecha franja de arena, con un océano azul que se extendía sin fin hasta el horizonte, el agua chapoteando a escasos centímetros de sus dedos. Las palmeras se balanceaban sobre él, extendiéndose hacia el agua. Conocía aquellos árboles. Esta playa. Seychelles. La magia le había vuelto a dejar aquí, en una pequeña isla del archipiélago de las Seychelles, en una playa aislada, lejos del bullicio de Nueva York. Podría haber sido peor. Una vez lo habían abandonado en lo más profundo de la selva tropical de Brasil.

Los párpados parecían pesados y dejó que se cerraran con un suspiro. No tenía fuerzas ni para levantarse, y su respiración se agitaba. El dolor que sacudía su cuerpo no era sólo físico, sino que le llegaba hasta el alma, y el hombre que llevaba dentro gritaba con una agonía igual a la de su cuerpo.

No necesitó mirar para saber que a pocos centímetros de sus dedos extendidos estaría la botella de cristal. Todo lo que tenía que hacer era alcanzarla, acceder a la magia de la botella, y el Djinn vendría. Los verdaderos Djinn, aquellos seres legendarios, místicos y míticos que velaban por él. Le llevarían de vuelta a Nueva York, a su hogar allí. Allí podría descansar, recuperarse. Recoger los pedazos de su vida lo mejor que pudiera, hasta que la magia lo esclavizara a la botella para que otro lo encontrara, otro *Sahib* o *Sahiba* lo comandara.

¿Por qué se molestaba ya?

Se giró sobre el estómago, con la arena caliente y arenosa bajo él, acunando la cabeza dolorida sobre los brazos. Llevaba un año entero fuera, atado a la botella por la *Sahiba*. Podría haber perdido su negocio, todo lo que había pasado años construyendo, de no haber sido por Jacinth, la joven djinn a la que habían asignado la misión de vigilarle, de ser su mentora; lo de "joven" era relativo, claro, ya que los djinn eran seres inmortales. Oh, la *Sahiba* podría haberle permitido ir y venir, pero se había empeñado en mantenerlo confinado en la pequeña botella ornamentada, cerca de ella en todo momento. ¡Pah!

La codicia. La capacidad humana para la codicia nunca dejaba de asombrarle. Casas. Joyas. Riquezas más allá de la avaricia, y no siempre monetarias. El deseo de una anciana de recuperar

su juventud. El deseo de venganza de un amante despechado. Supuso que era natural, cuando de repente se te concedían tres deseos, tener casi todo lo que quisieras. Sin embargo, él sólo había querido ayudar a los necesitados. *Ayudar*, no conceder deseos sin fin hasta que pasara la eternidad.

"*Ten cuidado con lo que pides*". Soltó una carcajada cansada, sin humor. Podría ser el ejemplo, en lenguaje moderno, de ese sabio consejo. Seiscientos años atrás, en Italia, su tierra natal, la gente moría a centenares. Miles. Ciudades y pueblos enteros estaban siendo diezmados por la peste. El pánico era generalizado, pues nada parecía detener las enfermedades, las crecientes y sombrías pilas de cadáveres, las fosas malolientes de los muertos. Los médicos no tenían medicinas que funcionaran, las plegarias de los sacerdotes quedaban sin respuesta.

Y él... había querido marcar la diferencia. Era un joven mago, un aprendiz llamado a curar, que acababa de empezar a desarrollar sus poderes. No quería esperar. ¡Había gente muriendo! Lo único que había querido, lo único que había pedido, era el poder de ayudar.

Se le había concedido su deseo. Pero en lugar de salvar vidas, había sido atado a este recipiente mágico del Djinn para conceder deseos.

"¡Esto no es lo que quería decir!" Gritó al cielo que no respondía.

No todo había sido malo, por supuesto. A pesar de su cansancio y del dolor que sacudía su cuerpo, sus labios se curvaron en una sonrisa al recordar a la joven sirvienta de Boston unos doscientos cincuenta años antes. *Amanda*. Hacía años que no pensaba en ella, y la memoria le inundó ahora al recordar un cuerpo delgado y ligero acurrucado en su regazo, con los pequeños brazos alrededor de su cuello. No era suave y con hoyuelos, como debería ser el de una niña, sino enjuto y fuerte por el trabajo.

Dulce niña, obligada por la muerte de su padre, sus deseos habían sido sencillos, un placer concederlos. Un par de zapatos, un bonito vestido de percal que nadie había llevado nunca, y que la familia de su padre descubriera su difícil situación y la rescatara de su esclavitud. La magia de los djinn les había facilitado el descubrimiento de su existencia. En aquellos tiempos, sin embargo, se viajaba a caballo y en carruaje, y la familia de la niña había tardado en ... ¿había sido su tío? Tío abuelo. No importaba. Habían pasado muchos días antes de que llegara para pagar el contrato y llevarse a Amanda con su numerosa y alegre familia de Filadelfia.

Julián se había quedado con la niña mientras esperaban su llegada. A altas horas de la noche, tras su jornada de trabajo para la señora de la casa, encendía un fuego en la fría habitación del desván que le habían dado para vivir. Conjuro una mecedora, se sentaba y abrazaba a la niña hasta bien entrada la noche, envolviéndola en un suave edredón de plumas mucho más grueso y cálido que la raída manta de su pequeña y dura cama. Preparaba la comida y comían, luego se sentaban y se mecían durante horas ante el alegre fuego del pequeño hogar. Él le contaba historias en voz baja sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, y Amanda le hablaba de su propio viaje a través del mar con su padre, no tan diferente de la difícil travesía de tantos otros.

Había sido la primera vez que había sostenido en brazos a un niño, y había deseado... oh, tan desesperadamente... que Amanda hubiera sido suya, deseando llevársela él mismo de aquella vida, criarla sabiéndose apreciada, valorada, como debía ser una niña. Si alguna vez tenía la oportunidad de tener una hija, pensó, la llamaría Amanda, como aquella valiente y dulce niña.

Ésa había sido su primera visita al Nuevo Mundo. Le había gustado, le había gustado la frescura de la tierra, las energías y la inventiva de quienes la domesticaban, labrándose un hogar en la naturaleza salvaje. Con el tiempo se había establecido en Nueva York, fijando su residencia en la bulliciosa ciudad a principios del siglo XX.

Y ahora había otro niño, y sin la magia Djinn... sin un deseo que le diera el uso de la magia

Djinn... era tan impotente para ayudar como lo había sido hacía seiscientos años en Italia. La rabia le ahogaba... rabia por la injusticia, por su propia impotencia ante la determinación egoísta de los *Sahiba*. No podía olvidar el rencor, la victoria regodeante en los ojos de ella mientras pedía su último deseo... aquel maldito collar de diamantes.

¿Por qué? ¿Por qué no podía haber utilizado sólo un pequeño deseo para otra persona? Después de todo, ya era bastante poco lo que había deseado para sí misma. Concebir y dar a luz a un hijo sano, y luego pedir un millón de dólares, que para ella era una suma enorme. Podría haber pedido cualquier cantidad... dos millones de dólares... diez millones... y entonces podría haber comprado el collar ella misma, y haber salvado la vida de un niño. Él le habría dado el millón muchas veces; con la magia de los Djinn, tenía todo el poder para hacerlo. Sin embargo, era casi como si lo hubiera hecho para fastidiarle; como si al negarse a ayudar a la niña estuviera demostrando su poder sobre él.

El aire a su alrededor crepitó y zumbó brevemente, como si un relámpago hubiera atravesado el brillante cielo. El Djinn, observándole.

Su cuerpo gimíó por el esfuerzo que le costó levantarse hasta quedar sentado. Temblando de cansancio, levantó las rodillas y dejó caer la frente para apoyarla en los brazos cruzados. Los Djinn que eran criaturas mágicas, por lo que manejar la magia les resultaba natural. Sin embargo, él no era Djinn. Como humano atado por un hechizo a la botella mágica, le costaba un inmenso esfuerzo invocar la magia de los Djinn, controlarla.

¿Por qué? ¿Por qué le seguía importando? No debería haberle afectado tanto. Debería haberse acostumbrado al egoísmo, a la codicia, después de tanto tiempo, pero había sido incapaz de ignorar al niño moribundo que tenía cerca, su dolor y su miedo. Le desgarraba la tranquila aceptación exterior del niño, el galante intento que hizo de consolar a su madre, aunque por dentro el miedo y la negación le carcomían. Aunque la telepatía no era uno de los dones que la magia de los djinn le había otorgado, podía oír los pensamientos del muchacho resonando en sus oídos como si se los gritaran desde un tejado: *Tengo miedo a morir*.

Quizá volvería al hospital. Iba contra todas las reglas, por supuesto. Su propia magia, la magia de los Magos, no sería capaz de salvar al niño. Sólo la poderosa magia de los Djinn podría realizar ese milagro, y para ello debía haber un deseo. Sin embargo, él podría estar allí. Tal vez podría quitarle el miedo al niño, facilitarle la transición. Podía hacer eso por el niño.

Le invadió la determinación. En cuanto recuperara las fuerzas, volvería.



JULIAN SE DETUVO en el pasillo, justo delante de la puerta entreabierta de la habitación del hospital. Habían pasado dos días desde que regresó de las lejanas islas a su hogar aquí, en el corazón de Nueva York. Dos días reclutando fuerzas y energía para esta visita, dos días intentando pensar en alguna razón creíble para presentarse, como un completo desconocido, en la habitación de hospital del chico. No se le había ocurrido ninguna explicación y, al final, simplemente había venido. Tendría que improvisar.

Respirando hondo, empujó la puerta y entró en la pequeña habitación privada. Una rápida mirada a su alrededor le mostró que no había nadie en la habitación, excepto el joven que ocupaba la cama individual del hospital. El chico giró la cabeza sobre la almohada, mirando hacia la puerta.

Julian se acercó a la cabecera de la cama. "Hola. Soy Julian".

El chico tendió una mano pequeña y delgada a su visitante, con los ojos muy abiertos por la

sorpresa. "Soy Bobby".

Julian cogió la frágil mano del muchacho con un suave apretón. "Sí, lo sé".

Los dos se observaron. Bobby era de complexión delgada, con el cuerpo frágil y demacrado por la enfermedad y la cara delgada, pero llevaba una camiseta ligeramente exagerada que anunciaba GIANTS en la parte delantera, y un gorro de punto alegre le cubría la cabeza. Los serios ojos castaños del chico albergaban una sorprendente serenidad.

"Yo... er..." Julian señaló con un gesto de impotencia la gran ventana de cristal que daba al patio, y el ala del hospital que había más allá, frente a ellos. Tal vez lo mejor fuera al menos una verdad parcial.

"Estaba visitando a una... conocida", de ninguna manera se refería a aquella mujer, la *Sahiba*, como amiga, "en la sala de allí, y te vi desde la ventana".

El niño no pareció oírle, o al menos no prestó atención a sus palabras, sino que continuó mirándole. Por un momento, hubo una expresión extraña, de otro mundo, en la mirada del niño, que parecía ver a través de él, más allá de él, con algo cercano al... ¿reconocimiento?

"Eres diferente, ¿verdad?". Su ligera voz de niño era tranquila, aceptadora. "Especial".

Julian dejó escapar una rápida bocanada de aire. Bobby estaba tan cerca de la muerte que el velo entre los mundos se estaba diluyendo. Apretó brevemente la mano del muchacho.

"Sí, así es".

Se miraron, Julian se quedó sin palabras. El instinto y la necesidad le habían conducido hasta allí, pero ahora, cara a cara con el niño, no tenía ni idea de qué decir. Bobby lo estudiaba atentamente, al parecer debatiéndose con alguna pregunta.

Julian esperó.

"¿Eres Jesús?"

Cogido completamente por sorpresa, Julian emitió un silbido de asombro, y luego cayó en un ataque de tos.

"¡No! No, no". Recuperándose, se aclaró la garganta. "No, no lo hago. Quizá si lo estuviera, podría curarte, Bobby. Lo haría si estuviera en mi mano, pero no lo está".

"No pasa nada". La calma en la voz del chico le eximió de responsabilidad. "Sé que me estoy muriendo. Nadie más puede curarme tampoco". El rostro ligeramente demacrado del chico se iluminó con una sonrisa y sus dedos se apretaron contra los marrones y fuertes de Julian. "No pasa nada. De verdad".

De nuevo Julian se quedó sin palabras. Había venido a ayudar, pero era el niño quien le tranquilizaba, no al revés.

"¡Oh!"

Una exclamación sobresaltada procedente de la puerta le hizo mirar a su alrededor. Una mujer joven, a la que reconoció como la madre de Bobby, estaba allí de pie, balanceando una bandeja y algunas bebidas, así como una jarra fría. Se levantó rápidamente, llegando a su lado para quitarle la bandeja.

"Hola, mamá". dijo Bobby. "Éste es Julian".

Julian depositó la bandeja en una mesa cercana y la acercó a la cabecera de la cama, antes de tenderle la mano. "Julian DiConti", dijo en voz baja. Había leído el nombre de Bobby en el gráfico de la pared de la puerta del hospital. "Usted debe de ser la señora Dawson, la madre de Bobby".

"Sí, soy Laura".

Ella le cogió la mano, y su dolor, crudo e incontrolado, le golpeó casi como un golpe físico. Podía sentir su lucha por ocultar a su hijo moribundo su desesperación, su sensación de

aislamiento total. Que no lo conseguía era evidente para él, consciente de los ecos de su dolor que emanaban de Bobby.

Esto era, pues, lo que tenía que hacer. Para ayudar al niño, tenía que ayudar a la madre. Hablaba mucho de su estado de ánimo el hecho de que ni siquiera se le ocurriera cuestionar la presencia de un extraño, sino que le permitiera apretujarla en la silla junto a la cama de su hijo, dejar que le quitara las bebidas y las colocara con la bandeja sobre la mesa. Se apartó mientras ella levantaba la cabecera de la cama de Bobby, sirviendo un vaso de zumo de lo que él había tomado por una jarra de agua. Le dio el vaso a Bobby y luego emitió un sonido de exasperación.

"Olvidé traer servilletas".

De repente, Julian supo justo lo que no sólo rompería el hielo, sino que, con suerte, la desviaría de cualquier pregunta sobre su motivo para estar aquí.

"Traeré un poco", le ofreció, e hizo ademán de pasar junto a ella. Se detuvo junto a su silla, enarcando las cejas.

"¿Qué es esto?" Sus dedos se dirigieron al cuello de su blusa suelta, como para enderezarla, y sacó de debajo del pulcro pliegue una servilleta blanca, floreándola en el aire. Laura se quedó boquiabierta mirando la servilleta, mientras Bobby soltaba una risita encantada, con los ojos cansados brillando. También parecía estar a punto de perder el vaso que sostenía. Julian se acercó a la cama, rescató el vaso y se inclinó hacia él.

"Hmm, ¿aguantando a tu madre?"

Sus dedos acariciaron el borde del gorro de punto de la cabeza de Bobby, y luego levantó una moneda nueva y reluciente. Cerró la mano sobre ella, agitó la otra sobre el puño cerrado. Abrió los dedos, y la moneda había desaparecido.

"¡Un mago!"

Laura parecía tan encantada como su hijo pequeño, y Bobby pedía más. Les obligó con algunos trucos de cartas, utilizando la mesilla de noche. Un resplandor de placer le calentó al ver que ambos olvidaban sus preocupaciones por un breve espacio de tiempo. Sin embargo, Bobby se cansó con facilidad e, intercambiando una rápida mirada con Laura, Julián puso fin a su improvisado espectáculo, barajando con gracia la baraja y guardándosela en el bolsillo.

"¡No! ¡Quiero ver más! No estoy cansado", suplicó Bobby. "¿Por favor?"

Julián tomó la mano del muchacho entre las suyas. "Volveré esta tarde, cuando hayas descansado", prometió.

Los finos dedos aferraron los suyos. "¿Te quedarás conmigo mientras me duermo?"

"Sólo si prometes dormir, y si tu madre lo permite".

Laura se levantó de la silla y se acercó a la cama para dejar caer un beso sobre la frente de su hijo.

"Me parece bien. Iré a llevar esta bandeja a la cafetería". Volviéndose de la cama, su mirada captó la de Julian, sostenida. "Gracias", pronunció ella en silenciosa gratitud.

Bajó lentamente el respaldo de la cama hasta que el niño quedó tumbado hacia atrás, y le subió las mantas hasta los hombros. Somnoliento, Bobby sonrió.

"Mi tía Alex también hace magia", le dijo Bobby, acurrucándose en las mantas. "Vino a hacer un espectáculo de magia para mi clase el año pasado, el día de mi cumpleaños. Lo llama saliente... saliente algo".

"Prestidigitación", respondió Julián.

"Mmhmm", confirmó Bobby. "Es la hermana de mi madre. Sólo la he visto unas pocas veces, en Navidad y esas cosas, y cuando vino a mi colegio. Pero es muy guay. Me cae muy bien".

"¿No consigues verla? Qué pena. ¿Vive lejos?"

"No. Pero a mi padre no le gusta. Le oí decirle a mamá que no la quería en su casa. Dijo que era una mala influencia. Pero yo creo que es la mejor. Ojalá pudiera volver a verla".

Su voz se desvaneció, las hermosas pestañas cayendo. Julian permaneció sentado, sosteniendo la mano del niño mientras su respiración se estabilizaba lentamente y se calmaba a medida que el sueño se apoderaba del niño.

Seguía sentado junto a la cama cuando Laura regresó unos minutos después. Entró en silencio, con una sonrisa en los labios que iluminaba sus ojos embrujados al ver a su hijo profundamente dormido.

"Gracias", dijo en voz baja. "Muchas gracias por venir".

"Vendré otra vez", dijo, con la voz igualmente baja, sin querer perturbar el sueño de Bobby. "Como prometí. Habló de una tía... a su manera genial, la tía Alex, y que desearía poder verla. ¿Es posible que venga?"

Observó cómo una miríada de emociones contradictorias cruzaban el expresivo rostro de Laura: Una especie de sorpresa sobresaltada, una breve oleada de ira, sustituida por una especie de frustración impotente.

"Alex", dijo ella, con la respiración entrecortada por una especie de media carcajada. "Ni siquiera pensé... Alex habría venido, por supuesto. Trabaja en un centro de cuidados paliativos a domicilio. La llamaré enseguida. Mi familia... es decir, creía que todos lo sabían. Una de mis otras hermanas dijo que mantendrían informados a todos, pero sé que nadie se lo hizo saber a Alex. Nada alejaría a Alex si supiera que Bobby estaba aquí, y... y...".

Las palabras no pronunciadas, por última vez, quedaron suspendidas en el aire entre ellos.

"Lo siento". No podía decir nada más.

CAPÍTULO 2



LOS NEUMÁTICOS DE su pequeño VW chirriaron cuando Alessandra hizo el giro hacia el aparcamiento demasiado brusco, demasiado rápido. A pesar de la rabia que la invadía, se tomó un tiempo para acariciar el descolorido salpicadero granate a modo de disculpa.

"Lo siento, Patsy".

Encontró aparcamiento más fácilmente de lo que esperaba en el concurrido aparcamiento del hospital. Cuando aparcó el coche y se dirigió a la entrada principal, le hirvió la sangre tanto por el resentimiento y la rabia como por la impotente pena. El pequeño Bobby agonizaba, y su cuñado estaba demasiado ocupado para sentarse junto a su cama, para apoyar a su mujer en su dolor, para estar a su lado mientras esperaban el final. ¡Demasiado *ocupado*! Así eran siempre las cosas en su familia, se indignó. ¿Cuándo pensaba Robert que tendría tiempo para estar con su hijo? ¿Para despedirse? ¿Pensaba que sería cuando ambos se encontraran en aquel Gran Concesionario de Coches del cielo?

Personalmente, si ella tuviera algo que decir al respecto, Robert se iría en la otra dirección. Por si no fuera suficiente con haber dejado que Laura se ocupara sola de su hijo gravemente enfermo todos estos meses, durante los angustiosos momentos de la quimioterapia y el trasplante de médula ósea de Bobby, ¡pero irse ahora!

Cuando llegó a la sala donde yacía Bobby, Alessandra se dio cuenta de que le rechinaban los dientes. Esto no podía ser. Tenía que serenarse. Había pasado las dos últimas semanas en aquella sala, según el mensaje de su hermana, y nunca saldría de allí, nunca volvería a ver su casa. Se detuvo en el pasillo, frente a la habitación de Bobby, respiró hondo y luego dejó que la ira saliera con el aire que expulsaba. Lo importante eran Bobby y Laura, se recordó a sí misma. Olvídate de Robert por ahora.

Volvió a respirar hondo y, cogiendo el pomo de la puerta, la abrió y entró en la habitación. Se detuvo sorprendida al ver a un completo desconocido sentado junto a la cama de Bobby, sin ver a su hermana por ninguna parte.

El joven moreno se puso en pie mientras ella lo miraba fijamente.

"Hola. Laura acaba de bajar a tomar un café". La tristeza de sus profundos ojos azules le dijo que quería un poco de tranquilidad y privacidad para llorar.

Extendió la mano. "Soy Alessandra Taylor, la hermana de Laura. Me alegro de que vengas a visitarme".

Le cogió la mano, con un apretón firme y frío. "Soy Julian. Julian DiConti".

No era mucho más alto que ella; quizá un par de centímetros por encima de su metro setenta.

Tenía un espeso pelo negro que le caía largo y liso por encima del cuello de la camisa; el ébano de su cabello y sus cejas resaltaba el azul brillante de sus ojos. Iba vestido con pantalones oscuros, pulcramente planchados. La camisa blanca de algodón que llevaba también estaba planchada, desabrochada a la altura del cuello y con las mangas un poco remangadas; su piel leonada contrastaba con el blanco de la camisa. Al cuello llevaba una pesada cadena de plata con un colgante plateado que enmarcaba una gran gema facetada que parecía un zafiro, cuyo brillante color hacía eco a sus ojos.

Había tristeza en aquellos hermosos ojos, y dolor acechando en sus profundidades. Su impresión inicial había sido que tenía unos veinte años, pero al mirarle a los ojos tuvo la extraña sensación de que era mucho, mucho mayor. Allí había sabiduría y demasiados conocimientos. Le vino a la mente la letra de una vieja canción. "Veo la sabiduría del mundo en tus ojos...". Se sacudió la fugaz fantasía.

Bobby se revolvió y abrió los ojos para mirar a su alrededor, parpadeando como si quisiera enfocarla.

"¿Tía Alex?"

Su voz era un hilo de sonido, y Alessandra quiso llorar por el muchacho robusto y risueño que había conocido.

"Sí, cariño". Se acercó a su cama, cogió la delgada mano que buscaba la suya a tientas, la estrechó cálidamente y se inclinó para besarla con ternura. "Ya estoy aquí".

Notó que la otra mano pequeña agarraba la del hombre que tenía enfrente, con una fuerza que parecía casi antinatural para una niña a las puertas de la muerte.

"¡Alex!" Laura estaba en la puerta, equilibrando con cuidado dos vasos de poliestireno. Alessandra fue hacia ella, cogió las tazas y las apartó para poder abrazar a su hermana.

"Oh, Alex, me alegro mucho de que hayas venido".

Laura lloraba, las lágrimas caían sobre el hombro de Alessandra. Laura había adelgazado desde la última vez que la había visto, notó, y la esbelta figura de su hermana mayor temblaba, el apretón de sus dedos era convulsivo mientras se aferraba con fuerza a Alessandra. "Gracias por estar aquí. Muchas gracias".

La ira volvió a invadir a Alessandra ante la insensible deserción de Robert. Maldita sea, ¡debería *estar* aquí!

"Vine en cuanto recibí tu mensaje". Abrazó más fuerte a Laura. "No tenía ni idea, nadie me dijo ni una palabra. Si lo hubiera sabido, sabes que habría estado aquí".

Al otro lado de la cama de Bobby, el joven los observaba, con una abrumadora simpatía en su atenta mirada. Tenía unas leves arrugas alrededor de la boca, en el entrecejo, y parecía... bueno... cansado. Al levantar la cabeza del hombro de Alessandra, Laura pareció recordar que no estaban solos en la habitación.

"¡Oh! Alex, ¿has conocido a Julian? Ha sido una bendición". A Laura se le quebró la voz. Se inclinó para besar a su hijo, y Alessandra vio sonreír a Bobby. Era una sombra de su cálida y soleada sonrisa, pero tenía una calma, una aceptación, en su joven rostro que no había estado allí antes.

"No pasa nada, mamá".

El corazón de Alessandra volvió a romperse mientras Bobby consolaba a su madre, con los papeles extrañamente invertidos. Vio cómo Julian sonreía al niño, apretándole la mano para tranquilizarlo; vio cómo Bobby le devolvía la sonrisa. Estaba claro que habían llegado a un acuerdo. Fuera lo que fuese, se alegró por el bien de Bobby, y pudo apreciar la ferviente gratitud en la voz de su hermana.

Volviéndose para dejar su gran bolsa en una silla cercana, Alessandra rebuscó en ella y sacó de su interior un paquete algo voluminoso y cuidadosamente envuelto.

"He traído algo para alegrar tu habitación -anunció, desplegando la gruesa tela y mostrando un parasol de vidrieras. Se acercó a la ventana, tiró de la silla tras ella y, haciendo equilibrios algo precarios, presionó una pequeña ventosa con un gancho en la parte superior de la ventana, probándola para asegurarse de que estaba bien sujeta, y luego colgó el parasol del gancho.

Bobby aplaudió mientras las luces de colores se proyectaban sobre su cama, los rayos del sol de la tarde brillando a través del cristal de tonos brillantes. Con los pies de nuevo en el suelo, Alessandra le sonrió. "¡Espera! ¡Hay más!"

Al desplegar el resto de la tela, reveló un pequeño montón de cristales tallados de distintos tamaños en forma de lágrima y esfera.

"¡Oh, qué preciosidad!" exclamó Laura, acercándose a mirirlas, sosteniendo una pequeña lágrima contra la ventana, cuyas facetas captaban el sol. "¿Pero cómo vas a ponerlas?"

Alessandra sonrió y rebuscó en su bolso. "He venido preparada". Agitó triunfante un paquete de chinchetas y un pequeño estuche de plástico blanco.

Las cejas de Julian se alzaron, reconociéndolo. "¿Hilo dental?"

Su cálida mirada se posó en el rostro de él y asintió con una sonrisa. "Los cristales tienen bordes afilados, cortarían el hilo con bastante rapidez. El hilo dental es mucho más resistente".

"Nunca se me habría ocurrido", admitió Laura.

Alessandra miró hacia el borde superior de las altas ventanas, con los labios formando un mohín pensativo.

"Toma, deja que te ayude", se ofreció Julián, poniéndose a su lado. "Tú enhebra el hilo a través de los cristales y anúdalo, y yo los clavaré en su sitio".

"¡Oh, perfecto!"

Se hizo a un lado y apoyó los dedos en el respaldo de la silla mientras él apoyaba un pie en el asiento y se levantaba. Al estar tan cerca de él, no pudo evitar percibir su olor, algo cálido y picante con sutiles matices. Reprimió el repentino impulso de inclinarse más hacia él y aspirar más de aquel aroma, mientras mantenía la silla firme para que él se subiera. Ensartó el primer cristal, pasó el hilo por el pequeño agujero de la parte superior del colgante, lo anudó y se lo entregó; sus dedos se rozaron ligeramente cuando él cogió el delgado cordón.

Ella le pasó los cristales uno a uno, y él los sujetó con tachuelas al techo para que colgaran a distintas longitudes contra la ventana, hasta que la pequeña habitación del hospital se transformó en un lugar mágico, con las luces del arco iris del parasol y las lucecitas de las facetas de cristal danzando por la habitación. Bobby se reía, claramente encantado, y Laura estaba igual de embelesada.

Alessandra, que estaba junto a Julián cuando éste bajó de la silla, le sonrió agradecida. "Gracias por tu ayuda".

"No ha sido ningún problema". Su voz era grave, un timbre tranquilizador que de algún modo hacía juego con su colonia; tranquila, cálida. Había un leve acento que a Alessandra le costó localizar, europeo quizá. "Fue una buena idea la que tuviste, la de darle placer al niño en su habitación".

"Tía Alex", Bobby le tiró de la mano con insistencia. "Julian también hace magia".

Sorprendida, giró la cabeza para mirarle. "¿De verdad?"

"Mmhmm. Julian, ¡enséñale un poco!"

"Lo que yo creo -replicó Julián, acercándose a la cabecera de la cama y sonriendo a Bobby mientras cogía la otra mano del chico- es que ahora deberías tumbarte tranquilamente un rato y

descansar".

De ninguna manera, pensó, iba a hacer magia delante de alguien lo bastante experimentado como para dar espectáculos de magia, ni siquiera en una escuela primaria. Una cosa era hacer algunos trucos ante un público acrítico como Bobby y Laura; pero como el pañuelo y las monedas habían sido conjurados, no sacados de un escondrijo, otra muy distinta era hacerlo ante alguien familiarizado con el arte de la prestidigitación.

Los párpados de Bobby estaban caídos, pero sus dedos se aferraron a los de Julian. "No te vayas", suplicó.

"No, no lo haré", prometió. "Pero quizá Alessandra y tu madre quieran bajar a la cafetería a tomar algo".

Alessandra y Laura intercambiaron rápidas miradas. "¿Podemos traerte algo?" le preguntó Laura.

"Un poco de limonada estaría bien".

"¿Puedo tomar yo también un poco?" preguntó Bobby esperanzado.

"Leche para ti", le dijo Laura.

"¿Leche con chocolate?", dudó.

Alessandra rió, inclinándose para dejar caer un beso sobre la frente del muchacho. "Menuda regateadora, ¿verdad? Veré si puedo convencerla".

Julian se levantó para sostener cortésmente la puerta a las mujeres. Alessandra se detuvo al pasar y susurró en voz baja: "¿Cómo lo has sabido?".

Sonrió. "No ha sido difícil", respondió en voz baja. "Ambos habéis ardido en deseos de hablar entre vosotros desde que llegasteis, y necesitáis poder hablar libremente fuera del alcance del oído del chico. Tomaos el tiempo que necesitéis. Yo le contaré historias de mi hogar y es probable que pronto se duerma. Esto ha sido muy emocionante para él, aunque no lo admita".

"Gracias", dijo ella, su mano encontró la de él y la estrechó cálidamente durante un largo momento. "Muchas gracias".

Ella salió al pasillo, siguiendo a su hermana, mientras él volvía a entrar en la habitación, con la mano hormigueando por el calor de aquel contacto.

"¿Quién es?" exigió a su hermana en cuanto estuvieron bien lejos de la habitación, avanzando por el pasillo hacia los ascensores.

"No tengo ni idea", dijo Laura. "Apareció esta mañana, de la nada. "Ni Bobby ni yo le habíamos visto nunca, pero viéndoles juntos, cómo interactúan, se diría que son amigos desde hace años. No sé cómo supo venir, ni qué le trajo, pero estoy muy agradecida de que esté aquí".

"Que es más de lo que es el propio padre de Bobby". Alessandra no pudo evitar que el resentimiento asomara a su voz.

Laura luchó visiblemente con aquello, la suave boca temblorosa mientras buscaba excusas que Alessandra sabía que debían sonar poco convincentes incluso a sus propios oídos.

"Robert está muy ocupado".

Alessandra lo mató con una mirada. "Su hijo *se está muriendo*. Debería estar aquí. Debería haber estado aquí para apoyarte, para ayudarte a sobrellevar todo esto".

"Su trabajo..." Laura vaciló, deteniéndose ante la mirada furiosa de Alessandra.

"El suegro de Robert es el dueño de la empresa", le recordó Alessandra. "*Nuestro* padre, ¿recuerdas? Papá le habría dado el tiempo libre, si lo hubiera pedido".

Por supuesto, Robert habría tenido que pedir el tiempo libre. Papá tampoco estaba... eso habría sido esperar demasiado. Pero Bobby era hijo de Robert, no nieto.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Laura y sus hombros se hundieron. "Lo sé", susurró. "A

veces pienso que se casó con la empresa, no conmigo. Pero no es que Robert no nos mantenga. Una casa tan bonita, una furgoneta para que comparta coche con los vecinos para ir y volver del colegio. Es... es un buen hombre".

Alessandra se mordió la amarga crítica que surgió en sus labios. Ahora no era el momento, y Laura nunca había querido oírlo. Ninguna de ellas lo había hecho. Cada una de las cuatro hermanas de Alessandra se había plegado a los planes que su padre había trazado para ellas, se habían casado con los hombres elegidos como hijas obedientes, habían criado a sus hijos y cuidado de sus hogares como esposas obedientes, doblegándose como juncos a la voluntad de los hombres de sus vidas; primero su padre y luego sus respectivos maridos.

Pero no Alessandra. Nunca caería en la trampa de sus hermanas, ni en la de su madre. Nunca permitiría que ningún hombre gobernara su vida, dictara sus elecciones, tomara decisiones por ella.

Respiró hondo y lo expulsó.

"Laura, ¿por qué está aquí Bobby? ¿Por qué no está ahora en casa? Podrías haber tenido allí visitas de un hospicio, y Bobby habría estado en su propia habitación, entre sus cosas".

Laura agachó la cabeza y no contestó inmediatamente cuando sonó el timbre del ascensor y se abrieron las puertas. Esperó a que se abrieran paso a través de la cola de la cafetería, llevando los variados recipientes de bebidas de vuelta al ascensor, antes de contestar.

"Robert no lo permitiría". Su voz era un susurro, tensa por la emoción reprimida. "Dijo... dijo que no quería extraños yendo y viniendo. Dijo que Bobby recibiría mejores cuidados, las veinticuatro horas del día, en el hospital.

Alessandra se detuvo en seco y se volvió para mirar directamente a su hermana. "Me estás tomando el pelo".

"No". Laura tragó saliva. "Creo que esperaba que me quedara en casa y visitara a Bobby aquí un par de veces al día, como en las horas normales de visita". Levantó la barbilla. "Pero yo no lo dejaría aquí solo en un hospital como ése. Duermo la siesta en la silla, cuando Bobby duerme. A Robert no le hace gracia, pero como no estoy en casa para que me lo diga, no puede hacer otra cosa que mandarme mensajes al teléfono, y yo los ignoro".

Alessandra aporreó con saña el botón de llamada del ascensor con un dedo. "Cada vez que pienso que nuestra familia no puede ser más disfuncional -espetó entre dientes apretados-, alguien se las arregla para demostrarme lo contrario. ¿Qué demonios le pasa a ese hombre?".

"No lo sé. No le entiendo en absoluto. Desde que diagnosticaron a Bobby. Siento como si nos hubiera dado la espalda. Y el resto de la familia no ha sido mejor. Lo siento mucho, Alex, nunca se me ocurrió que no se hubieran puesto en contacto contigo, que no te lo hubieran dicho".

Ya habían salido del ascensor y estaban al final del pasillo, cerca de la habitación de Bobby.

"Tu mensaje decía que no faltaba mucho". dijo Alessandra en voz baja. "¿No hay nada que hacer?"

"No, nada". La voz de Laura vaciló. "Los médicos dicen que no tardará mucho... no más de unos días, antes de que...".

Se le desencajó la cara y Alessandra rodeó a su hermana con los brazos, abrazándola ferozmente a pesar del recipiente de bebidas que mantenía en precario equilibrio contra su costado.

"Lo sé", le dijo. "Lo sé. Lo siento mucho, Laura. Lo siento muchísimo".

"Tú también le quieres", susurró Laura. "Siempre lo has hecho. Me alegro de que estés aquí, Alex. Me alegro mucho".

Julián observó a las hermanas en silencio mientras regresaban, con las manos estrechadas.

Era bueno que la mujer más joven hubiera venido, para estar al lado de Laura. Había necesitado dar a la niña todo lo que podía, pero la madre era tan frágil, tan desconsolada. La hermana, Alessandra, las quería a las dos, y aunque irradiaba ira además de dolor, se esforzaba por enterrar la ira, por sintonizar con las necesidades de su hermana y de la niña.

Parecía hacerlo con facilidad, como si tuviera mucha práctica en reprimir sus emociones para estar al lado de los demás. Alessandra parecía más cómoda en esta habitación de hospital que su hermana, a pesar de los meses que el pequeño Bobby y su madre habían pasado entrando y saliendo del hospital.

Podría ser enfermera, pero de algún modo él no lo creía así. No tenía nada de la enérgica eficacia, la capacidad de distanciarse del dolor y el sufrimiento que una enfermera tenía que lograr o quemar. No estaba distanciada; las emociones estaban ahí, hirviendo a fuego lento bajo la superficie. Sin embargo, tenía una fuerza interior, determinación en su boca ancha y bonita, y una inteligencia superior a la media en sus ojos, que eran del verde intenso de las agujas de pino. Tenía el pelo largo y liso, del color de la miel. A su pesar, sintió que se despertaba su interés. Había secretos y profundidad en aquellos ojos verdes, y sentía curiosidad por saber más de ella.

Apartó su atención de ella, consciente de una fatiga creciente y de unos dolores punzantes en la base del cráneo, como agujas calientes que lo atravesaban. Llevaba horas evitando el creciente malestar, pero éste estaba superando rápidamente su capacidad de resistencia a medida que la magia de los djinn le pasaba factura por haber infringido las normas. Le estaba prohibido estar aquí, incluso por una asociación tan leve como la de la madre y el niño que había visto desde la ventana de la habitación de hospital *de Sahiba*. Sabía el precio que pagaría. Había elegido venir aquí a pesar de las consecuencias, pero necesitaba marcharse ahora, mientras aún pudiera volver a casa. Se levantó de la silla, ejerciendo su voluntad sobre su dolor físico, decidido a aparentar normalidad.

"Está profundamente dormido", dijo a las mujeres en voz baja, esperando que no se notara el sudor que sentía formarse en su frente. "Debo irme por ahora, pero volveré por la mañana".

El dolor aumentaba rápidamente y, a ciegas, cogió las manos que le tendían en señal de despedida y, dándose la vuelta, se dirigió a la puerta. Ni siquiera estaba seguro de cómo podría volver a casa. No creía tener fuerzas para teletransportarse. Ahora mismo su necesidad urgente era perderse de vista de nadie, estar solo para poder resolverlo.

Un poco sorprendidas por su precipitada marcha, Alessandra y Laura se miraron, encogiéndose de hombros, desconcertadas. Alessandra dejó las bebidas sobre la mesilla y levantó la botella de limonada.

"¡Uy! Seguro que olvidó que había pedido esto. Déjame correr detrás a ver si le alcanzo".

Encontró a Julian al final del pasillo, apoyado en la pared. De hecho, estaba tan apoyado que pensó que la pared podría estar sosteniéndolo. Su piel de bronce tenía un tono casi grisáceo, y en su rostro había ligeras gotas de sudor que humedecían los mechones de pelo negro que se le pegaban a la frente.

"¡Julián, tienes un aspecto horrible!" Le puso el dorso de la mano en la frente, preocupada. Al menos no tenía fiebre, pero parecía terriblemente enfermo. "¿Llamo a un médico?"

"¡No!" Se enderezó, con la alarma encendida en los ojos azules que parecían aún más oscuros, con un cansancio que parecía salirle del alma misma. "No, gracias. Es una vieja... herida que me sobreviene. Sólo necesito un minuto".

"Iré contigo hasta el aparcamiento". Después de toda su ayuda, al menos podía asegurarse de que llegaba sano y salvo hasta allí. Su breve asentimiento sólo la preocupó más. Parecía tan fuerte, allí en la habitación de Bobby. Casi invencible. Le pasó el brazo por la cintura y notó el

inmenso esfuerzo que hacía para mantenerse erguido.

"Tu hermana..."

"Se lo haré saber. Ahora vuelvo".

Julian no habló mientras atravesaban el hospital y salían por las anchas puertas de cristal hacia el aparcamiento; Alessandra tuvo la impresión de que toda su atención se centraba en poner un pie delante del otro, aunque no daba muestras de dolor o debilidad, aparte de la palidez que lo delataba. Al llegar a la acera del bordillo, Julián negó con la cabeza ante la pregunta de ella.

"No tengo coche. He venido en taxi". Logró esbozar una leve sonrisa, un brillo de humor en los ojos azules. "Al fin y al cabo, esto es Nueva York".

Alessandra asintió, comprensiva. A veces era más fácil caminar o coger el transporte público que pelearse por aparcar. Tomó su decisión con rapidez; de hecho, ya había vuelto al pasillo, pensando que él tendría coche. No estaba en condiciones de conducir, y había cogido su bolso con la cartera de la habitación y le había dicho a Laura que quizá lo llevaría a casa. Estaba dispuesta a discutir con él, dispuesta a tener que luchar contra el ego masculino, pero esto era mucho más fácil. Sobre todo porque tampoco había ningún taxi a la vista.

"Te llevo a casa", le dijo. "Mi coche está por aquí, no está lejos".

Era revelador que no hiciera ningún recato, aunque aquí en el aire parecía estar un poco mejor, más erguido y sin apoyarse tanto en ella. También notó que su color mejoraba rápidamente. Cuando llegaron a Patsy, se había recuperado lo suficiente como para soltar una pequeña carcajada al ver el Bug amarillo adornado con flores.

"¿Una hippie?" La diversión enhebró su voz, y ella le sonrió.

"Ya lo creo. Flower Power hasta el final".

Volvió a reír en una rápida exhalación mientras ella le abría la puerta y él doblaba su longitud en el asiento bajo.

"Menos mal que no mides dos metros", comentó Alessandra mientras se abrochaba el cinturón. Una sonrisa iluminó sus facciones, aunque no respondió, con la cabeza apoyada en el reposacabezas y los ojos cerrados. Sin embargo, cuando ella arrancó el motor, él alargó la mano para posar los dedos sobre la de ella.

"Gracias".

Ella correspondió a la cálida presión de su abrazo.

"No. *Gracias* por estar ahí hoy. He visto cómo te miraba Bobby. No sé qué le dijiste, pero se lo hiciste más fácil. Y también para Laura".

Julian asintió brevemente, con una expresión parecida al dolor cruzándole la cara, y le quitó la mano. "Era lo menos que podía hacer".

Qué comentario tan extraño. Alessandra pensó en ello mientras ponía en marcha el pequeño VW y salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento. Pero no lo comentó y se limitó a preguntarle la dirección. Él se la dijo, y ella enarcó las cejas, sorprendida. ¡Vaya!

Julian parecía dormir, o al menos recuperar energías durante el lento trayecto por las carreteras atascadas de tráfico. El breve descanso pareció reanimarlo, y abrió los ojos cuando Alessandra se detuvo ante el imponente edificio de apartamentos situado frente a Central Park, con alfombra roja, portero y aparcacoches. Le tendió la mano, con los dedos torneados, fuertes y de aspecto capaz, según notó ella.

"A partir de aquí estaré bien, Alessandra", le dijo. "Gracias por traerme a casa, te lo agradezco".

Ella le estrechó la mano brevemente. "De nada".

Le observó salir del coche, sintiéndose ansiosa al verle vacilar un momento cuando se paró

en la acera. Se inclinó sobre el coche para abrir la ventanilla del pasajero.

"¿Seguro que estarás bien?", preguntó a través de la ventana.

Su sonrisa tranquilizadora hizo que Alessandra sintiera un cosquilleo hasta en los dedos de los pies.

"Positivo". Dio un paso atrás y Alessandra vio cómo parecía recomponerse, manteniéndose estrictamente erguido, para luego darse la vuelta y entrar en el edificio. El portero abrió la puerta y un guardia de seguridad saludó respetuosamente. Al menos tenía a mucha gente cerca para ayudarlo si lo necesitaba.

Con una última mirada, puso el cochecito en marcha y se incorporó con cuidado al tráfico, recordando sólo entonces la botella de limonada que aún llevaba en la bolsa.

CAPÍTULO 3



ALESSANDRA.

Su nombre le complacía. Su sonido era suave y sensual, como un susurro sobre seda. Había estado bien que ella lo llevara a casa. Había querido encontrar un lugar aislado y hechizarse para volver aquí, pero no estaba seguro de haber tenido fuerzas para hacerlo. De hecho, ni siquiera estaba seguro de tener fuerzas para levantarse del sofá y dirigirse al dormitorio. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan agotado; no desde que era muy, muy joven y aún estaba aprendiendo las consecuencias del uso ilegal de sus poderes de Djinn.

"¿Descansando? ¿Durante el día?"

La voz era ligera y cadenciosa, encantadoramente acentuada. Julian intentó no estremecerse al abrir los ojos y ver la forma femenina materializándose a unos metros de él. Debería haberla esperado, supuso, después de romper las reglas.

"Jacinto". Se incorporó con dificultad, reconociendo al Djinn con un suspiro.

"Por vergüenza. Caer en los hábitos de pereza de Djinnful", bromeó. Era una morena guapa y menuda, de piel cremosa y ojos color chocolate oscuro realzados por una larga cabellera negra, magníficamente ataviada con una larga y suntuosa túnica de seda cruda de un púrpura intenso ribeteada con lentejuelas de oro y plata. En extraño contraste, sus delgados pies estaban descalzos, aunque las cadenas de sus tobillos repicaban como cascabeles. Parecía tener unos veintitrés años, pero él sabía que era siglos mayor.

"¿Estás viendo por fin las ventajas de seguir siendo uno de los nuestros y pasar los milenios en el lujo opulento y la comodidad sibarita?"

"Sabes que no". Julian se restregó la cara con las manos. Dios, estaba cansado. Apenas había tenido energía para cruzar el salón y desplomarse en el enorme sofá de cuero. "Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿O es que tengo que preguntar?"

Su risa cadenciosa confirmó su sospecha.

"He oído rumores", le dijo. "¿Qué has estado haciendo?"

Se encogió de hombros. "No mucho. Suena peor de lo que es. Fue el niño, Jacinth. Esa mujer, mi última *Sahiba*... nada de lo que dije pudo persuadirla para que le ayudara. No podía marcharme y olvidarme de él. No utilicé la magia Djinn, o al menos sólo un poco, para ayudarle, para mostrarle el otro lado de modo que no fuera aterrador ni horrible. Estaba aterrorizado, Jacinth, y estaba solo con eso. Sentía tanto el dolor y la pena de su madre, que no puede confiar en ella. Se esfuerza tanto por ser valiente y fuerte, protegiendo a su madre, mientras él mismo tiene tanto miedo. No podía marcharme y dejarle".

Aquellos penetrantes ojos oscuros, sorprendentemente serios para una criatura tan mercurial como Jacinto, le observaron.

"Te dolió ayudarlo", señaló.

Julian hizo una mueca, rodando un poco los hombros, como si eso fuera a disminuir el dolor que amenazaba con hacerle estallar el cráneo.

"Lo esperaba, quizá más. Sabía que habría un precio. Utilicé la menor cantidad de magia posible, pero estar allí con él iba en contra de todas las reglas. Si no hay un castigo peor, consideraré que el precio ha merecido la pena".

Jacynth sacudió su bonita cabeza.

"No debería pensarlo. Ya lo sabrías".

Julian se limitó a asentir, dejándose caer sobre los cojines del sofá. Estaba muy cansado, y sentía como si la cabeza se le astillara, como si fragmentos de cristal le oprimieran el cráneo.

Jacinto le estudió durante un largo instante, y luego hizo un ligero movimiento con una mano delgada. Julian sintió un torrente desde la cabeza hasta los dedos de los pies, como si toda la inercia y el dolor fueran repentinamente empujados hacia abajo y fuera de su cuerpo por una rápida infusión de energía y bienestar. Sobresaltado, se incorporó rápidamente, mirando al Djinn que tenía delante.

"¡Jacynth! No deberías..."

Asintió con decisión, los labios sonrosados marcados en una línea firme, la barbilla puntiaguda inclinada con determinación. "Puedo, y lo hice. Hiciste bien, Julian, sobre todo sabiendo que sufrirías por ello. Fue suficiente".

"Gracias". La gratitud surgió de lo más profundo de su ser. La miró con cierto pesar. "Sin embargo, tal vez debería decirte que pienso volver".

Las delicadas cejas negras se arquearon. "¿Ah?"

Miró fijamente a la mujer djinn.

"Se lo prometí a Bobby".

Las sencillas palabras parecieron satisfacerla, y asintió. Se mordió los labios, su mirada se desvió y luego volvió. Julian se preparó. ¿Y ahora qué?

"Las malas noticias no mejoran con el mantenimiento".

"Oh, no son malas noticias", se apresuró a decir ella, tratando de tranquilizarlo, pero la preocupación brillaba en sus ojos castaños. "Es sólo que... Julian, me molesta que la última *Sahiba* estuviera aquí, en Nueva York. Donde está tu hogar".

Por dentro, Julian se estremeció. Había tenido mucho cuidado de no pensar en eso.

"Lo sé", admitió. "Esto no tiene sentido para mí. Desde el principio, nunca pude volver a donde me había llevado la botella, nunca pude volver atrás y ver qué había pasado con el Amo de la botella, ni con nadie con quien hubiera estado en contacto en algún momento mientras estaba bajo la magia vinculante."

Y lo había intentado. Había hecho todo lo posible por llegar hasta Amanda, por ver que estaba a salvo, feliz. Al final, la agonía del dolor castigador le había vencido. La magia simplemente no lo permitiría.

"Para ser sincera, me sorprendió incluso poder volver a entrar en el hospital, y mucho menos hablar con Bobby. Esperaba que el precio fuera mucho más alto. Pero Jacynth, ni una sola vez en seiscientos años la botella se había manifestado en la misma ciudad que yo había convertido en mi hogar. Nunca antes. Me he hecho un lugar aquí, una especie de vida, una especie de... de continuidad, lo mejor que he podido hacer dadas las circunstancias. Supongo que si tuviera que hacerlo, podría trasladar Whimsies... encontrar una tienda en otra ciudad. Y sin embargo, aquí

estoy, en mi propia casa. He podido ir a Whimsies, y hablar con Jackson, aunque al menos Jackson sabe de los Djinn, de los Otros".

Se pasó los dedos por el pelo, royéndole la frustración. "¡Maldita sea, Jacinto! Había llegado a comprender las reglas y limitaciones del hechizo después de todos estos siglos, pero ahora parece que están cambiando, y el desconocimiento me está matando".

"Lo sé. A mí también me molestó, Julian". Tenía los labios muy apretados y el ceño fruncido, pensativa. "Acudí a Kieran, cuando me di cuenta por primera vez de que los *Sahiba* vivían en esta ciudad, y le pedí que lo investigara, y él lo llevó al Consejo de Djinn".

Eso llamó su atención. Se incorporó alerta. "¿De verdad? ¿Qué han dicho?"

Ella le negó con la cabeza, con una expresión suave y llena de pesar. "No lo saben. Kieran dice que se trata del hechizo que lanzaste hace tanto tiempo, no de la magia de los Djinn. Sabes que los Djinn no tienen tantas limitaciones como tú, así que creen que es la magia de los Magos. Pero cuando preguntaron a los Magos, ellos tampoco lo sabían. El hecho es que nadie lo sabe. Lo único que pueden decir es que aguantes y veas qué pasa".

Los hombros de Julián se desplomaron cuando la esperanza lo abandonó de golpe. "Igual que hace seiscientos años". Se pasó una mano por el pelo. "Cuando metí la pata, lo hice a lo grande".

"Sí, lo sé". Sus ojos oscuros brillaron de simpatía. "Lo siento, Julian. Quería que supieras que lo he intentado. Aunque no podemos hacer nada para ayudar... a la situación... no estás solo".

Su mano estrechó la de él cálidamente. Estaba claro que iba a marcharse.

"Jacinth". No estaba acostumbrado a expresar sus pensamientos, sus sentimientos, pero se sentía impulsado a decírselo de algún modo. "Has sido mi amiga durante todo esto, durante todos estos siglos. Otros Djinn se han mantenido alejados de mí porque no soy uno de vosotros. Pero tú siempre has estado a mi lado, de un modo u otro. Quiero que sepas que valoro tu amistad".

Su única respuesta fue una leve sonrisa. Sin hablar, desapareció, esfumándose tan rápida y silenciosamente como había llegado.

Julian se levantó y se estiró, sintiendo que la energía lo inundaba. La inquietud le hacía merodear por su apartamento. Después de pasar horas en el hospital junto a la cama del pequeño Bobby, y antes de eso los meses encerrado en su botella de Djinn a las órdenes del *Sahiba*, sentía la necesidad de salir. Una buena carrera era justo lo que necesitaba. Podría correr todo el camino de vuelta al hospital.

Sonrió, imaginando la cara de Alessandra, cuando lo había dejado casi tambaleándose en la acera. La explicación sería un poco complicada. No sería difícil volver a verla. Le gustaba su lealtad a su hermana, su brillante valor ante la inminente muerte de Bobby, el dolor de su hermana, el egoísmo del padre del chico.

Y... se sentía atraído por ella. Lo había admitido. Sacudió la cabeza, como si ahuyentara los pensamientos sobre ella. No tenía esperanzas de tener una relación, y no deseaba hierirla iniciando algo que no podría terminar. No tenía nada que ofrecerle. Central Park sería un plan mucho mejor. Podría comprar un perrito caliente, untado en mostaza y salsa, a uno de los vendedores de allí.



LIBRA. Libra. Golpea. El ritmo constante de sus pies golpeando el pavimento era reconfortante. La incomodidad física de las piernas doloridas y los pulmones agarrotados le recordaban su humanidad. A veces era como si el dolor fuera la única parte de él que seguía siendo humana. La única parte de su vida que seguía siendo una constante.

Libra. Libra. Libra. Había llegado a las ocho millas un poco más atrás. El calor y la humedad de la tarde de verano eran como una olla a presión, y el sudor manaba libremente de su cuerpo dolorido. Los pensamientos sobre el pequeño Bobby se entrometieron. Los apartó, pero volvieron, una letanía del día que intentaba repetirse una y otra vez en su cabeza... Bobby... Laura... Alessandra... Jacinto.

Aceleró el paso, forzando su límite, decidido a desterrar la inoportuna intrusión. *Golpea. Golpea. Libra.* Quizá debería comprarse uno de esos reproductores de CD, o un iPod, para ahogar sus pensamientos mientras corría.

Un destello de pelo rubio como la miel captó su atención, y admiró las largas y suaves piernas de la corredora que se acercaba. El trote lento y constante de la mujer vaciló y se ralentizó, y luego se detuvo.

"¿Julian?"

Con retraso, levantó la vista y miró los asombrados ojos verdes de Alessandra. Se detuvo, se limpió el sudor de la cara y recuperó el aliento antes de contestarle. Parecía aturdida, lo cual no era de extrañar, ya que hacía sólo un par de horas que lo había llevado a su puerta casi debilitado. ¡Maldita sea! Se suponía que no tenía que estar aquí. ¿Por qué no estaba en el hospital?

No se dio cuenta de que había dado voz a la pregunta hasta que ella se ruborizó ligeramente. Habló deprisa, no quería que ella pensara que la estaba criticando.

"Lo siento. No había supuesto..."

"No-no. No pasa nada. El caso es que, después de volver, hice que Laura saliera a tomar el aire, que se alejara un poco. Cuando volvió, insistió en que yo hiciera lo mismo. Volveré y la hechizaré un rato después de esto, antes de irme a casa a pasar la noche. Tengo clase por la mañana, así que no puedo quedarme hasta muy tarde".

"¿Qué te llevas?" preguntó con cierto interés.

Sus ojos brillaban con humor. "Tomar no. Enseñar. Es más un taller, en realidad, en el que se enseñan... bueno, habilidades... a mujeres que llevan tiempo sin trabajar... por el motivo que sea".

Julian tuvo la impresión de que ella elegía sus palabras con cuidado, vigilando lo que decía. Curioso, habría preguntado más detenidamente, pero ella se le adelantó. Incluyó la cabeza hacia un lado, con el pesado cabello recogido en una coleta sobre un hombro. "¿Qué me dices de ti? No puedo creer que estés aquí huyendo, ¡de todas las cosas! Tengo que decirte que parecías al borde del colapso total".

Le dedicó una sonrisa. "Te dije que lo único que necesitaba era descansar". Miró a su alrededor, necesitaba distraerla de aquel tema. No podía decirle la verdad. No muy lejos de ellos había un vendedor ambulante.

"¿Puedo invitarte a una limonada?"

Ella asintió y se puso a su lado. Guapa como un bicho, pensó, observando cómo llevaba el pelo rubio recogido en una coleta con una goma, que se mecía al andar. Llevaba pantalones cortos de correr, una camiseta de tirantes holgada y zapatillas de correr bien usadas.

"¿Vives aquí en la ciudad?"

"¿Qué? Ella parpadeó, sorprendida, y luego miró su ropa de correr. "Ah, esto. No, vivo en Staten Island. Aunque siempre tengo una muda en el coche. A menudo vengo a Central Park a correr. Correr es catártico para mí, como descargar mis frustraciones, ¿sabes?"

Sí, lo sabía. *Libra. Libra. Libra.*

Sacó del bolsillo una cartera que se había fabricado rápidamente, y pidió dos pretzels y una limonada al vendedor de la acera. Le entregó los suyos a Alessandra y caminaron juntos por el ancho sendero bordeado de árboles. Alessandra mordió su pretzel con fruición, mirándolo con

franca curiosidad.

"¿Qué te pasaba realmente, allí en el hospital? ¿Tienes el azúcar bajo?"

Ella le había ofrecido una salida fácil, pero él no podía aceptarla. Odiaba las mentiras y ya tenía que contar bastantes.

"No del todo", dudó. "Es complicado".

Tratando de cambiar de tema, alargó la mano para limpiarle una miga de la comisura de los labios. Ella le sonrió, con la boca generosamente curvada y los ojos amistosos. Él deseaba ser tan abierto como ella.

"Gracias", murmuró entre dientes mientras comía un pretzel.

"El placer es mío".

Siguieron caminando en cómodo silencio hasta que los dos pretzels no fueron más que un recuerdo. Terminaron sus limonadas y tiraron los vasos a una papelería cercana.

"¿A qué te dedicas?" preguntó Alessandra.

"Tengo una tienda de antigüedades, en realidad a pocas manzanas de aquí. Se llama Caprichos".

Alessandra se detuvo bruscamente y se volvió para mirarle, sorprendida.

"¡Caprichos!" Ella lo estudió detenidamente, con una expresión de asombrado placer. "¡Ya lo sé! El verano pasado expusiste las labores de aguja que hacen las viudas y los huérfanos de la India". Se dio cuenta, tardíamente, de algo más. "Ahora sé cómo te llamas. Eres ese Julián DiConti".

"Sí, Hilos No Comunes. Eso es mío".

Sintió un resplandor de calidez por su aprobación. A pesar de que él lo había organizado, de que había hecho todos los preparativos, apenas había tenido ocasión de conocer a nadie que estuviera familiarizado con la colección.

"Divides la recaudación de la proyección entre un fondo para ayudar a esas mujeres de la India y el programa contra la violencia doméstica aquí en Nueva York".

Un poco avergonzado ahora, Julian intentó encogerse de hombros, pero ella le detuvo con una delgada mano en el brazo. Le miró de frente, y el verde de sus ojos se hizo más intenso por alguna emoción, recordándole a un bosque, oscuro y misterioso.

"Trabajo en uno de los refugios que recibieron parte de ese dinero", le dijo. "Ha ayudado a muchas mujeres y niños que necesitaban desesperadamente una forma de empezar una nueva vida".

Sorprendido y complacido, la miró fijamente. Parecía que tenían algo más en común que el gusto por el footing y los pretzels. Se metió las manos en los bolsillos y resistió la tentación de rozarle el pelo para ver si era tan sedoso como parecía.

"¿De verdad? Me alegra oírlo. Para eso lo hice, para ayudar".

"¿Cómo surgió?", preguntó ella, con la curiosidad emanando de cada poro. "Quiero decir, ¿cómo supiste de ellas, de esas mujeres? ¿O se pusieron en contacto contigo?"

"Voy a la India, y a otros lugares, de vez en cuando en viajes de compras, en busca de alfombras, latón, plata. Hace un año, en un viaje, pasé junto a un río y pude ver a docenas de mujeres sentadas en la orilla, cosiendo. Todos los días estaban allí. Así que un día me detuve para ver en qué trabajaban".

Su rostro se ensombreció al recordarlo. "Todas eran viudas con hijos pequeños que criar, o huérfanas mayores, otras que habían escapado de hogares abusivos, algunas simplemente abandonadas. Trabajaban de sol a sol. Mientras había luz diurna, estaban allí sentadas cosiendo, o bordando con hilo o lentejuelas, confeccionando hermosas prendas que aquí en Estados Unidos

se venderían en tiendas de moda por cientos, si no miles de dólares, y sólo les pagaban unos céntimos al día."

Alessandra asintió. "No es que me queje, pero siempre me he preguntado cómo llegasteis a repartiros las ganancias, ¿la mitad para las mujeres de la India y la otra mitad aquí?"

Era una pregunta razonable, que le habían hecho muchas veces durante la creación de la colección.

"India es un país del tercer mundo", explicó. "El coste de la vida es muy bajo, especialmente en relación con Estados Unidos. La colecta trajo muchos dólares aquí, y de hecho siguen llegando donativos. Costó poco, relativamente, comprar un edificio en India para que trabajaran las mujeres, así como organizar guarderías y otros servicios para mejorar sus condiciones de trabajo. Es decir, si a lo que tenían antes se le podía llamar condiciones de algún tipo. Creé un fideicomiso y contraté a gestores de confianza para que vigilaran todo el tinglado y se aseguraran de que quienes explotaban a las mujeres en primer lugar no tuvieran la oportunidad de aprovecharse de las mejoras que habíamos introducido. Incluso con todo eso, sobraba tanto que empecé a buscar por ahí algún lugar donde pudiera aprovecharse; me pareció justo ayudar también aquí a las mujeres víctimas, así que creé una Fundación."

"Ahora está de gira, ¿no? ¿Hilos no comunes?"

Julian asintió, complacido por su evidente interés en su proyecto favorito.

"Lo envié de gira por Estados Unidos hace unos meses, y en cada ciudad los donativos se dividirán entre la operación en India y los programas de la ciudad donde se celebre la recogida. Ahora tenemos fondos suficientes para estudiar un par de lugares en Nepal, donde las mujeres retuercen el material sobrante de los rollos de seda de los saris en madejas de hilo de seda. El hilo se vende aquí en América por mucho dinero, pero las mujeres de allí lo aprovechan poco."

"¡Pues a mí me parece maravilloso!" exclamó Alessandra. "No tenía ni idea de que allí ocurrieran estas cosas, hasta que vi los anuncios y artículos sobre la colección. Y luego llegó el dinero de la Fundación. Nos alegramos mucho de tenerlo".

Julian hizo todo lo posible para que no se le notara el placer, pero sus palabras le reconfortaron. Aunque había reunido la colección y organizado su exhibición y la creación de la Fundación, y la posterior gira por todo el país, no había interactuado con nadie que se hubiera visto afectado personalmente por lo que estaba haciendo, así que los elogios significaban mucho para él.

Le vino a la mente algo que Laura había dicho en el hospital.

"¿Laura dijo que trabajabas en cuidados paliativos a domicilio?"

Ella asintió. "Tengo varios pacientes a los que veo regularmente". Sus dientes se preocuparon por su labio inferior y sus ojos parecieron oscurecerse de tristeza. "Es duro, saber que no hay nada que hacer salvo hacer que estén lo más cómodos posible. Saber eso no evita que te encariñes, ni hace que sea más fácil afrontarlo... cuando llega el momento. Así que lo reduje a tres días a la semana, y trabajo dos o tres días a la semana en el refugio para mujeres maltratadas, dando clases y ayudando a las mujeres de forma individual cuando es necesario. Aunque esta semana me he tomado libre de ambas cosas, para estar al lado de Laura".

Alessandra miró su reloj, y a él le dolió ver que la tristeza volvía a su rostro. Al menos durante un rato, él la había ayudado a olvidar.

"Debería ir", dijo, con evidente desgana. "Debería estar allí por Laura, aunque el resto de la familia no me quiera allí".

Le cogió la mano extendida y le dio un apretón alentador en los dedos.

"Tienes un buen corazón, Alessandra. Es un don. No dejes que nadie disminuya eso, ni por

un momento".

Se dio cuenta de que tenía hoyuelos en los labios cuando sonreía. Cediendo a la tentación, se inclinó hacia ella para besarle suavemente la comisura de los labios, y luego retrocedió para que no se alarmara.

"Espero verte más tarde, entonces. Puedes encontrarme en Whimsies casi siempre". Al menos durante los próximos meses, pensó en privado. Después, ¿quién sabía si volvería a estar allí?

Con el color ligeramente subido, Alessandra asintió, luego se dio la vuelta y se alejó trotando. La miró marcharse, deseando que las cosas fueran diferentes. Sólo... deseando.

CAPÍTULO 4



"¿CREES EN DIOS?"

La pregunta, surgida de la nada, le sacudió hasta los huesos. Después de correr por Central Park se había ido a casa, pero no había podido descansar. Dando vueltas en la cama sin dormir, por fin se levantó, se vistió y regresó al hospital pasada la medianoche. Encontró a Laura luchando por mantenerse despierta en la silla junto a la cama de Bobby. No le había costado mucho persuadirla para que se tumbara y durmiera lo que tanto necesitaba en una cama de la habitación vacía del otro lado del pasillo. Bobby se había despertado poco después, y parecía encantado de encontrar a Julian a su lado.

Ahora Julian casi desearía haberse quedado en casa. Menuda pregunta, precisamente a él. Sólo tardó un instante en rechazar su primer impulso de mentir, de decir palabras tranquilizadoras. De algún modo, estaba seguro de que el niño percibiría que sólo le estaba dando consuelo. Pero, ¿qué decir?

"¿Has hablado de ello con tu madre?" preguntó tímidamente, tanteando el terreno. "¿Qué te ha dicho?"

Los finos dedos arrancaron las mantas, y el muchacho apartó la mirada.

"Hablamos un poco. Pero... -se mordió el labio, lanzando una fugaz mirada a Julian, y luego a otro lado-. "Vino un ministro. Me habló de Dios y del cielo y esas cosas".

"¿Y? insistió Julián, sintiendo que había algo más.

"Bueno, él y mamá salieron al pasillo para hablar. Pero no cerraron la puerta del todo. Y le oí decirle a mamá que debería, ya sabes, animarme a creer en Dios. Dijo que eso me ayudaría".

Julian se pasó la mano por el pelo. Bobby, pensó, quería que lo tranquilizaran, claro que sí. Pero quería una conversación sincera, no palabras vacías pronunciadas para que se sintiera mejor.

"Yo tampoco soy la persona más indicada para hablar de esto", dijo con franqueza. "La verdad es que no lo sé".

La mirada de Bobby saltó a su rostro, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. "¿Pero si ya eres mayor!"

A su pesar, Julián se rió. "La edad no influye en las creencias de ningún tipo, te lo aseguro. Lo que ocurre, Bobby -hizo una pausa, frunciendo las cejas mientras buscaba las palabras adecuadas-. "Creer en cualquier cosa es algo muy personal. Proviene del interior de uno mismo. Saber que yo, o cualquiera, creía en Dios o en el más allá, no te ayudaría en absoluto, porque la creencia procede del interior de uno mismo. La gente no puede explicar *cómo* cree... sólo que

cree".

La mirada del chico se desvió. "Mi padre dice que Dios no existe, que esto es todo lo que hay, y que tienes que coger todo lo que puedas mientras puedas".

Julian reprimió los impulsos de ira. Otra vez ese maldito padre.

Bobby continuó. "Dice que la religión es el... el... el algo del algo".

Julian asintió. "Opio de las masas. Citaba a un filósofo alemán de hace mucho tiempo. No creo que sea de filosofía de lo que quieras hablar ahora, Bobby, ¿verdad?"

El chico movió lentamente la cabeza de un lado a otro de la almohada. "No. Pero he pensado en ello. Quiero decir, sobre Dios y el cielo. Pienso mucho en ello. Quiero creer que hay algo más que esto. Pero a veces tengo miedo, porque pienso ¿y si papá tiene razón? Que esto es todo lo que hay". La carita se contorsionó en el esfuerzo por contener las lágrimas. "No quiero que esto sea todo lo que hay".

"No es todo lo que hay". Las palabras salieron antes de que pudiera pararse a pensar, a controlar. "Puede que no sepa si existe Dios, pero sé que esto no es todo lo que hay. Hay magia en el mundo, Bobby. Cosas maravillosas y fabulosas que no se ven, que están ocultas. Cosas con las que la mayoría de la gente sólo sueña y cree que no son reales; pero, sin embargo, son reales".

Los ojos de Bobby se abrieron de par en par y luego se entrecerraron con desconfianza. "No lo dices por decir, ¿verdad?"

Julian miró fijamente a los ojos del chico. ¿Por qué no? Por un penique, por una libra, como decía el refrán. ¿Acaso no había vuelto para eso? ¿Para ayudar al niño? Quizá el conocimiento seguro ayudaría al niño a llegar a la conclusión que necesitaba para la paz.

"Puedo demostrarlo. Pero..." Levantó una mano cuando Bobby empezó a hablar. "Debes jurar secreto absoluto, Bobby. Y no, no es ninguna broma. Puedo enseñarte cosas... pero no puedes decírselo a nadie. Ni a tu madre, ni a nadie".

"Quiero sentarme". anunció Bobby. Tanteó un poco, intentando desenredar la mano de las mantas. Julian cogió el mando de donde colgaba sobre las barandillas laterales y levantó lentamente la cabecera de la cama. Un brazo sostuvo la frágil figura de Bobby, acomodándolo cómodamente con almohadas para sostenerlo. Si el Djinn llegaba a enterarse de esto, estaba frito, pero valía la pena ver cómo los ojos del chico se iluminaban con una esperanza que no había estado allí antes, su delgado rostro tan animado como Julian aún no lo había visto.

"Debería jurar sobre algo realmente importante", ¿eh?

Ante la solemne inclinación de cabeza de Julian, el rostro de Bobby se dividió en una amplia sonrisa. "Tengo algo muy, muy importante. Es una pelota de baloncesto, firmada por Magic Johnson".

Julian se esforzó por mantener una expresión sobria, aunque sus labios se crisparon. "Eso sí que es mojo. Asegúrate bien, porque si rompes tu juramento....". Dejó que su voz se entrecortara, tentadora.

Bobby parecía casi dejar de respirar de la excitación, con los ojos muy abiertos por la placentera expectación mientras esperaba. Julian se inclinó hacia delante, con voz grave y profunda, acentuando la gravedad de las repercusiones. "El balón de baloncesto se desinflará y...", mientras Bobby se estremecía de placer, "correrá la tinta".

"¡Vaya!" Estaba apropiadamente asombrado. "Vale. ¡Juro no contarle, nunca!"

"¿En tu pelota de baloncesto autografiada?"

Bobby asintió con entusiasmo. "¡Sí! ¿Ahora puedo ver?"

"Muy bien". Julian se levantó de la silla junto a la cama, alejándose un poco, remangándose la camisa para que no hubiera sospechas de prestidigitación. Si Kieran llegaba a enterarse de

esto... Obligó resueltamente a su mente a apartar la imagen visual que así evocaba del severo príncipe Djinn. Llamó a su recipiente, invocándolo, y la ornamentada botella de cristal apareció en su mano.

Bobby tenía los ojos redondos de asombro. "¿Cómo lo has hecho?"

"Magia. Magia de verdad, no prestidigitación".

El chico miró la botella de cristal, con la duda a flor de piel. "Es sólo una botella".

"No". Julian volvió a su silla junto a la cama y levantó la botella. "Es una botella de genio".

Bobby se mostró desdenoso. "Los genios viven en las lámparas. Todo el mundo lo sabe".

"Aladino lo hizo, en el cuento", asintió Julián. "Pero los Djinn... los genios... pueden utilizar cualquier cosa como recipiente".

Inclinándose más, Bobby lo inspeccionó más de cerca. "Parece de cristal. Esa cosa de cristal soplado que le gusta a mi tía Alex".

Julián sonrió y le tendió la botella al chico. "Parece de cristal, pero no lo es. No puedes romperla. Vamos... inténtalo".

Cogiendo la botella con un poco de cautela, Bobby la levantó, viendo la luz del techo de su habitación brillar a través de ella. "Parece de cristal", insistió.

"Tíralo al suelo. O tíralo contra la pared", sugirió Julián.

Bobby vaciló, con los dedos enroscados alrededor del delicado cristal. "Has dicho que es la botella de un genio. ¿Y si hace daño al genio?"

"El genio no está dentro ahora mismo", le tranquilizó Julián, encontrando encantadora la preocupación del chico. ¿Quién se habría preocupado de hacer daño al genio en su botella? "La botella está... se podría decir que está inactiva. El genio está... tomándose un tiempo libre".

Un estallido de risitas le respondió. "¿Un genio fuera de servicio?"

Julian no pudo evitar reírse y se acercó para estrechar al chico en un cuidadoso abrazo. "Sí, eso es. Así que vete ya. No te harás daño".

Bobby agarró la botella con ambas manos, intentando partirla por la mitad. Al no conseguirlo, se inclinó sobre el borde de la cama, dejando caer la botella al suelo. Julian la recogió. El niño apenas tenía fuerza suficiente para romper la botella aunque hubiera sido de vidrio soplado como parecía. Levantó la botella, mientras lanzaba un pequeño hechizo en voz baja para proteger la habitación, evitando que los sonidos se oyeran fuera.

"Permíteme", dijo, y luego hizo caer la botella sobre la pesada barandilla metálica de la cama del hospital con una fuerza que hizo saltar a Bobby. El chico se quedó mirando la botella con los ojos muy abiertos. "¿Cualquier cosa se habría roto si la hubieras golpeado así!"

Le devolvió la botella y Bobby la sostuvo de cerca, buscando señales de grietas o daños. Miró a Julian, dispuesto a creer, pero aún no del todo.

"¿Cómo sabes que es una botella de genio? Vale que no se rompa, pero eso no significa que existan los genios. E incluso si las hubiera, ¿cómo se puede vivir en una botellita como ésta? No veo nada dentro, como para vivir".

Julian sonrió. "Eso forma parte de la magia. El interior de una botella de genio es tan grande o tan pequeño como desee el genio que vive allí". Buscó alguna explicación con la que el chico pudiera identificarse. "Has visto Doctor Who en la televisión, ¿verdad? Pues bien. Una botella de genio es como una TARDIS. O al menos -corrigió con una risa apenada-, una TARDIS es como una botella genio. Las botellas de genio llegaron antes, por unos cuantos miles de años".

Bobby tenía los ojos como platos. "¡Vaya!" Lo levantó, mirando de nuevo a través del cristal como si quisiera ver algún indicio. "¡UNA TARDIS!"

Su mirada ansiosa se volvió hacia Julian. "¿Dónde está el genio si no está aquí dentro?"

¿Cómo sabes que no está aquí si no puedes ver dentro?"

"En primer lugar", y Julian se inclinó hacia delante para golpear la botella con un dedo. "En realidad, los genios no viven dentro de sus vasijas, van y vienen. Viven en una tierra llamada Qaf, un pueblo místico más allá del horizonte. Tienen hogares y familias, como todo el mundo".

Excepto él, Julian. Se sacudió el pensamiento. Al continuar, eligió sus palabras con cuidado. Lo último que quería era darle al chico falsas esperanzas de que podría curarse.

"Conoces la historia de Aladino, por supuesto. No es del todo así. Verás, la concesión de deseos requiere una enorme cantidad de magia. Aunque los djinn son seres mágicos, necesitan la magia contenida en el recipiente para pedir deseos. Después de tres deseos, la magia del recipiente se agota. Como una pila que ha agotado toda su carga -añadió a modo de aclaración-. "No volverá a funcionar hasta que pueda recargarse".

"Vale, lo entiendo". Bobby sonrió. "Como el móvil de mamá".

Julian se rió. "Sí, exactamente igual".

"Entonces, ¿cómo sabes todo esto, si es un secreto tan grande? ¿Y cómo puedes estar seguro de que es verdad?"

Bobby volvió a contemplar la botella de cristal que tenía en las manos, y luego su mirada melancólica regresó a Julian, centrándose en su rostro con una intensidad casi dolorosa.

Eso era, la razón por la que estaba aquí... para darle al chico algo a lo que aferrarse, alguna esperanza, alguna prueba de que existía... quizá no necesariamente de que hubiera un Dios... pero al menos de que había algo más que el aquí y ahora. Algo en lo que creer.

Julian dejó que una pequeña sonrisa curvara sus labios. "Lo sé seguro... porque...", dijo lentamente, alargando el momento. Se inclinó hacia delante, bajando la voz para susurrar cerca del oído de Bobby. "Soy el genio de la lámpara".

Bobby le miró fijamente, con la boca abierta. "Tú..."

Julian le miró fijamente a los ojos. "Soy un genio". Levantó una ceja inquisitivamente, con un brillo de humor deslizándose por sus ojos. "¿Quieres verlo?"

Aparentemente mudo, Bobby asintió con la cabeza, con una expresión mezcla de incredulidad, cautela y esperanza. Julian se levantó y, cogiendo la botella de cristal de apariencia engañosamente frágil que el chico sostenía sin fuerzas, la colocó sobre la mesilla de noche. "Mira, entonces".

Invocó silenciosas bendiciones sobre la efervescente Jacinto... aunque deseando fervientemente que no se asomara para ver qué estaba tramando... por las horas y horas que le había obligado a sentarse con ella y ver todas las películas de Hollywood y programas de televisión que pudo encontrar en los que aparecían genios. Separando las manos del cuerpo, Julian se permitió elevarse del suelo, flotando en el aire. La niebla se formó a sus pies, extendiéndose hacia arriba, la parte inferior de su cuerpo desmaterializándose al mejor estilo de Hollywood, tirando de él hacia la botella, la niebla estrechándose hasta desaparecer dentro de la pequeña botella, hasta que sólo su torso y su cabeza permanecieron suspendidos sobre la botella, con los brazos cruzados ante él en la clásica pose del Genio de los cuentos.

La mirada de asombro del chico fue maravillosa, y Julián se echó a reír, desapareciendo por completo en su recipiente, pero emergiendo inmediatamente.

Bobby consiguió pronunciar: "¡Vaya!".

Casi temblaba de excitación, y su respiración era rápida... demasiado rápida para un niño enfermo. Julian dejó que su cuerpo se rehiciera lentamente y volviera a ser sólido. Agarró a Bobby por los hombros y lo recostó contra el colchón elevado.

"Respira con calma", advirtió.

"¡Vaya!" volvió a decir Bobby, aunque, obedientemente, respiró hondo. "¡Realmente eres un genio!"

Julian asintió. Bobby parecía estar pensando profundamente, con la mirada fija en el parasol que colgaba de la ventana, aunque de noche no entraba luz por él. Finalmente exhaló un largo y estremecedor suspiro, y volvió los ojos hacia Julian.

"Puedo saber de los genios, que son reales, porque me estoy muriendo, ¿verdad?". Afirmó, no esquivando la verdad ni buscando consuelo, sino con una voz de hecho que no admitía negaciones. "Pero supongo que todo el mundo querría saberlo, Julian. ¿Cómo es que no lo saben?"

"Los Djinn... genios... quieren mantener su existencia en secreto". Decidió que era mejor no plantear la delicada cuestión de los que no aceptarían la presencia de seres mágicos en su mundo.

"Para empezar, si todo el mundo supiera que los genios existen de verdad, que pueden encontrar una botella y conseguir tres deseos, estarían tan ocupados corriendo de un lado para otro intentando encontrar una botella de genio que no aprenderían a vivir su propia vida, a asumir responsabilidades y a abrirse camino en la vida."

Bobby reflexionó sobre ello. "Supongo que puedo entenderlo", admitió. "Pero ¿cómo es que la gente que consigue los deseos no lo cuenta? Uno pensaría que lo harían".

"Se les advierte de que deben guardar el secreto y aceptan hacerlo. Y... bueno, si parece que hay peligro de que lo cuenten, a veces tenemos que quitarles el recuerdo del Djinn. Siguen conservando sus deseos, pero no recuerdan cómo los consiguieron".

Le invadió el arrepentimiento, la visión de Amanda, la joven sirvienta, surgiendo ante sus ojos. Ella había sido demasiado joven, demasiado inocente, para comprender los peligros, para prestar atención a sus advertencias de no hablar nunca de él. Incluso ahora le dolía saber que para Amanda él nunca había existido, los momentos que pasaron borrados de su memoria.

"Estás triste", observó Bobby, mirándole. "¿Qué te pasa, Julian?"

"Una vez ayudé a una niña". Nunca le había hablado a nadie de Amanda, nunca había compartido el dolor que sentía. "Era más joven que tú. No estaba enferma, pero se encontraba en una situación muy mala. Conseguí que su familia viniera a llevársela. Pero... No sé qué enseñan en las escuelas a tu edad. ¿Has aprendido algo sobre la Inquisición? ¿Los Juicios de las Brujas de Salem?"

El chico hizo una mueca. "Sí, un poco. Fue espantoso. Iban por ahí buscando brujas para quemarlas, ¿verdad?"

"Sí, claro. Ella vivió en aquellos tiempos, Bobby. Y era una niña, demasiado joven para comprender realmente el peligro que corría".

Volvió a aparecer una expresión de asombro en el rostro del chico, cuya mirada era intensa. "Eso fue hace como cientos de años".

Julián asintió con una solemnidad a la altura del asombro. "Así fue. Nací en Italia, hace unos seiscientos años". Soltando una carcajada, recordó al niño. "¡Respira!"

"De acuerdo". Bobby tomó una bocanada de aire, pero le disparó la siguiente pregunta. "Seiscientos años. ¿Qué pasó con la niña?"

Otra punzada. "Amanda. Se llamaba Amanda". Hizo una pausa, estabilizando la voz antes de continuar. "Tuve que llamar al príncipe Djinn para asegurarme de que no me recordaba. Correría un terrible peligro si olvidaba mis advertencias y hablaba de mí. Era más seguro, por su bien, eliminar su recuerdo de mí".

Los ojos de Bobby volvieron a abrirse de par en par. "¡Vaya! ¿Un príncipe? ¿Tienen príncipes?"

"Lo hacen". Y ay, qué tostón si cierto príncipe se enteraba de esta conversación. Julian reprimió un escalofrío. "El más anciano y sabio de cada tribu es elegido príncipe de esa tribu".

Los finos dedos del muchacho jugueteaban con la manta que lo cubría. Julian esperó pacientemente. Bobby levantó la vista hacia él al cabo de un minuto. "¿Vas a quitarme los recuerdos?"

No, a menos que Kieran lo descubriera de algún modo. Incluso entonces, a pesar del castigo que él mismo sufriría, Julian estaba seguro de que se podría convencer al Príncipe de que no eliminara los recuerdos de Bobby... dadas las circunstancias. En respuesta a la pregunta del muchacho, Julian enarcó una ceja imperiosa.

"Creía que habías jurado sobre tu pelota de baloncesto autografiada que nunca lo contarías".

Bobby se levantó con dificultad de la posición medio reclinada en la que se encontraba. "¡Sí! Y nunca, nunca lo diría, ¡lo juro!". Su rostro delgado se dividió en una sonrisa descarada. "¡Conozco un secreto que casi nadie sabe! ¡Y *querrían* saberlo! Es increíble".

Julian se rió. ¿Cuándo había sido la última vez que había podido reírse de algo relacionado con ser un Djinn? Quizá nunca. Le gustaba la sensación, deleitarse con la excitación del chico, con su alegría. Coleccionar recuerdos. Pero Bobby parecía cansado, a pesar de su brillo de felicidad, los párpados caídos, su delgado cuerpo hundido en el colchón.

"Creo que es hora de que duermas", le dijo a Bobby, encontrando los mandos y bajando suavemente el colchón hasta una posición recostada. Subió las mantas hasta los hombros del muchacho. La mano de Bobby salió disparada y él la cogió con un suave apretón.

"¿Julian?" Los párpados del chico ya se estaban cerrando, pero Julian vio que luchaba por mantenerse despierto, con sus finos dedos aferrándose a los suyos. Estaba claro que algo molestaba al chico, alguna necesidad que había visto en los ojos de Bobby desde que había llegado aquí y se había dado a conocer al niño.

"¿Harías algo por mí? No mágico. Quiero decir, no como un deseo mágico".

"Lo haré si es posible. ¿De qué se trata?"

"A mamá le preocupa que mi padre nunca venga a verme. No lo entiende", le dijo Bobby a Julian, con voz infantil y sabia más allá de su edad. "A papá no le importa. Nunca se preocupó por mí. Sólo por 'su hijo', pero no por mí. Le molesta porque tiene miedo de que me moleste. Me echará mucho de menos cuando muera. Intenta ayudarla, Julian. Y a Alex también, porque ella es diferente. Ella también está sola. ¿Por favor?"

"Lo haré", prometió precipitadamente Julian, sabiendo lo difícil que le resultaría mantener aquella promesa. "Haré todo lo que pueda por los dos, Bobby. Tienes mi palabra".

Vio que Bobby respiraba hondo, que la tensión se drenaba de aquel cuerpo pequeño y consumido. Los labios del chico se curvaron en una dulce sonrisa. "Gracias".

"Ahora, tú duermes, y yo me quedaré hasta que despierte tu madre".

"Muy bien. Guau. Genios. Guau". La voz de Bobby se apagó, con la sonrisa aún en los labios mientras el sueño lo invadía.

CAPÍTULO 5



JULIAN SILBÓ MIENTRAS caminaba por los pasillos del hospital, con un pequeño rectángulo de plástico metido bajo el brazo izquierdo. A Bobby le iba a encantar esto. Se había pasado la noche en vela pensando en formas de animar al chico y, con la ayuda de Jacinth, había conseguido un DVD de una vieja serie de dibujos animados sobre un genio, Shazzan. Al girar hacia el pasillo donde se encontraba la habitación de Bobby, su ánimo se animó aún más al ver que la guapa tía, Alessandra, salía de la habitación. Ella se dio media vuelta, cerrando la puerta tras de sí, y una mirada a su rostro le hizo perder un paso, con el corazón cayendo en picado. No. Dioses, no, no, no. Ya no. No tan pronto.

"¿Alessandra?" Apenas pudo pronunciar su nombre entre unos labios repentinamente secos.

Las duras luces del techo reflejaron la humedad de sus mejillas cuando ella se volvió hacia él. El DVD repiqueteó al caer sobre el frío suelo de linóleo y él la estrechó entre sus brazos en un abrazo desesperado, sintiendo cómo se estrechaba contra él, cómo sus manos se aferraban a sus hombros, cómo los sollozos le ahogaban la garganta.

"¿Cuándo?" preguntó con voz ronca.

Ella levantó la cabeza del hombro de él. "Ahora mismo. Laura... Laura pidió... estar a solas con él. Un ratito".

De mutuo acuerdo, Julián y Alessandra se alejaron de la puerta.

"No se lo digamos todavía a las enfermeras", susurró Alessandra una vez que estuvieron en el pasillo, con la voz entrecortada. "Dejémosla unos minutos... antes de que entren todas".

Julian se limitó a asentir, deteniéndose para apoyarse en la pared. Alessandra no sabía si se había acercado a él para consolarlo o para consolarse a sí misma, pero un momento después sus brazos, duros y musculosos, la envolvieron y ella se inclinó hacia él, aferrándose con fuerza. Quería soltarse y llorar sobre el ancho hombro contra el que estaba recostada, pero en aquel momento no podía llorar. La injusticia le desgarraba.

"Es tan pequeño", vaciló. "Tan joven. ¿Por qué él, por qué Bobby? No es justo".

La abrazó con fuerza, con un brazo alrededor de ella y el otro sobre su pelo, mientras ella hundía la cara en la curva de su cuello. La cálida presión de su abrazo la reconfortó, sintió que su mano le acariciaba el pelo con un toque tranquilizador; una extraña contradicción con la tensión que sentía en su cuerpo tenso.

"No lo sé. Su voz profunda era baja, amortiguada contra ella, y el brazo que le rodeaba las costillas se tensó en torno a ella durante un largo instante. "Ni siquiera puedo empezar a adivinarlo.

Un repentino estallido de aire y movimiento al final del pasillo hizo que ambos levantaran la vista, y con una oleada de ira renovada Alessandra reconoció a su cuñado.

"Hola, Alex", se acercó a ellos con su amplia y jovial sonrisa de vendedor. "Pillando un poco de cootchey-coo en el pasillo, ¿eh? ¿Cómo está mi hijo?"

Alessandra abrió la boca para escaldarle, cuando sintió un cálido apretón en el brazo. Hubo una advertencia en la infinitesimal sacudida que le dio Julián, y ella se calló.

"Me temo que las noticias no son buenas". La voz de Julián era suave e inexpresiva. "Ha muerto hace unos minutos. Tu mujer está ahora con él".

"Oh". Robert no parecía sentir ninguna gran emoción. "Bueno, será mejor que entre. Ocupate de las cosas con los médicos y demás".

Alessandra se separó de Julián y miró fríamente a su cuñado. ¡Oh, las cosas que quería decirle! Mordió con fuerza las palabras, conteniéndolas.

"Hazlo tú", aconsejó ella.

Dando la espalda a Robert, se dirigió por el pasillo hacia la enfermería. Le contó brevemente lo ocurrido a la enfermera de guardia. La enfermera se apresuró a pulsar unos botones, y al poco rato se produjo una oleada de actividad. Siguiendo al personal de uniforme blanco por el pasillo, encontró a Julian fuera de la habitación de Bobby.

"No sé qué hacer", confesó. Nunca le había gustado retorcerse las manos, pero se encontró retorciéndoselas de todos modos. Entrelazó los dedos para calmar el movimiento. "No puedo entrar ahí. No con Robert allí. Ni siquiera le importa".

"Shhh". Julian conjuró un pañuelo y le secó las mejillas. "Te importa. A Laura le importa. Eso era lo importante para Bobby, ¿sabes?"

"Lo sé. Volvieron a brotarle lágrimas de los ojos. "¿Qué debo hacer? No puedo entrar. Aunque Robert no me eche, armará un escándalo por mi presencia, y eso empeorará las cosas para Laura. No me dejará consolar a Laura. No como ella necesita".

Apoyó la cabeza sobre su pelo brillante, con su propia pena desgarrándole las entrañas. "Y no es que necesites consolarla".

"Sí".

Alessandra no pudo evitar mirar hacia la puerta abierta, donde podía ver sombras fugaces dentro de la luminosa habitación, mientras las enfermeras y los médicos se movían de un lado a otro. *El pequeño Bobby*. La pena, momentáneamente atenuada por la oleada de ira hacia su cuñado, se alzó, dolorosamente aguda. Decidió de repente que, de todos modos, no quería estar aquí cuando lo sacaran. Robert estaba aquí de todos modos y si acudía a su hermana, como deseaba hacer, como anhelaba hacer, sólo causaría más problemas. Más problemas para Laura, que ya tenía bastantes con los que lidiar. Dio un paso atrás, alejándose de los fuertes brazos que la habían sostenido con tanta fuerza, dándole consuelo.

"Vamos a pasear", dijo bruscamente. "Vamos al otro lado de la calle, al parque".

Julian asintió, comprendiendo. Le tendió la mano y ella la cogió, apretando sus dedos con fuerza. Atravesaron el hospital, bajo la brillante luz del sol matutino. Ninguno de los dos habló mientras se dirigían a Central Park, deambulando en silencio por los amplios senderos. Por fin encontraron un banco bajo unos árboles, a la sombra del sol por las ramas frondosas. Él la condujo hasta él y Alessandra se sentó, arrastrando la falda hasta la pantorrilla por debajo de ella para que cayera en graciosos pliegues con la inconsciente facilidad de una larga costumbre. La falda era de un algodón ligero y arrugado, de un alegre amarillo pálido, rematada por una camisa blanca con un dibujo de margaritas dispersas. Tenía los brazos desnudos, delgados y bronceados. Sus manos, los dedos de una de ellas aún entrelazados con los de él, eran fuertes y capaces.

Julían se sentó a su lado, y durante un rato observaron a los transeúntes, la multitud de palomas, los corredores, las madres con cochecitos y chiquillos, los grupos de adolescentes que reían. Ninguno de los dos habló, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Una voz alegre interrumpió el silencio que los envolvía. "¿Bebidas frías? Sólo un dólar".

Al levantar la vista, Julian vio a un joven emprendedor en la acera frente a ellos. Era un muchacho de ojos castaños brillantes y amplia sonrisa, con la piel bronceada y oscura coronada por un despeinado mechón de rizos negros. Llevaba detrás una nevera de tamaño familiar con ruedas.

"¿Qué tienes?"

El chico sonrió, inclinándose para abrir la tapa. "Coca-Cola, Coca-Cola light y Sprite", anunció con aparente orgullo.

Julian miró a Alessandra, que dijo: "Sprite".

Sacó dos Sprites y le dio al chico dos dólares. El muchacho se marchó en busca de sus próximos clientes. Al ver cómo se alejaba, Alessandra esbozó una leve sonrisa.

"Puertorriqueño", dijo.

Julian levantó las cejas. "¿Te das cuenta con sólo mirarle?"

"Oh, no. No, claro que no, salvo que se parece exactamente al hijo de un amigo mío que vino de San Juan hace pocos años. Casi podrían ser gemelos, salvo que Marco es un par de años más joven. También será un encanto, igual que nuestro joven amigo".

"Ah".

Dio un sorbo a su Sprite y luego la bajó a su regazo, sin apretarla entre las manos. Julian esperó pacientemente, permitiéndole que se tomara su tiempo. No importaba si hablaba o no. Él la apoyaría.

"Apenas le conocía", dijo al fin, bruscamente. "A Bobby. Sólo lo veía en las reuniones familiares. Navidades, cumpleaños, barbacoas de verano en casa de papá. Laura y yo... teníamos una relación especial, mientras crecíamos. La mayor y la menor. Ella se ocupaba de mí cuando era pequeña, y siempre estuvimos muy unidas".

Se sentó a escuchar en silencio, intuyendo que ella necesitaba hablarlo. "¿Qué ha pasado?" La animó a continuar con una ligera presión en la mano.

"Ocurrió lo de mi padre", dijo amargamente. "Y Robert. Laura había empezado la universidad. Siempre había querido ser diseñadora de interiores. Solíamos hablar y hacer planes, como hacen las chicas, cuando era adolescente. Nos sentábamos con blocs de dibujo y ella dibujaba habitaciones, ventanas, áticos, y me contaba cómo los decoraría. Tenía álbumes de recortes llenos de fotos recortadas de revistas. Luego papá trajo a cenar a Robert, uno de sus prometedores vendedores en ciernes. Papá tiene un concesionario de coches", explicó. "Seis meses después se casaron. Ella dejó la universidad y un año después estaba embarazada de Bobby".

Emitió un sonido exasperado, con los dedos apretando la lata de refresco que sostenía. "¿Qué les pasa a las mujeres de mi familia? preguntó con una mezcla de desesperación y frustración. "Tengo cuatro hermanas, y todas y cada una de ellas se han plegado a los planes que papá tenía para ellas, se han casado con los hombres que él eligió para ellas... han dejado de lado sus esperanzas y sueños. Es como si hubiera criado a su propia prole de... de... esposas de Stepford".

Julian asintió en señal de comprensión, observando las expresiones cambiantes de su rostro, la profunda tristeza de sus ojos. "¿Y tú eras el raro?"

"Me sentía como el cuco en el nido. Quería *hacer* algo con mi vida. Quería ayudar a la gente. Descubrí las medicinas alternativas y me metí en ese campo, aunque pasé por la escuela de

enfermería para poder ser comadrona titulada."

Le dio un apretón en la mano, con una sonrisa cálida. "Para colmo de males".

Alessandra le miró sorprendida. "¡Entiendes!"

"Por supuesto. No te dedicaste a un campo tradicionalmente respetable del que tu padre pudiera presumir".

"¡Exacto!", exclamó. "O lucrativo. Te lo juro. Y cada vez que hay una reunión familiar, tiene algún 'amigo' allí, o un 'socio' que claramente ha sido invitado especialmente para conocer a la hija del jefe." Pateó un pie de un lado a otro, irritada. "Simplemente no se rinde. Y Robert es exactamente igual que él, lo juro. No quería que Laura ni Bobby tuvieran nada que ver conmigo".

"Alessandra". Le apretó la mano hasta que ella levantó la vista hacia él. "Puede que no le vieras mucho, pero te juro que eras tan importante para Bobby como él lo era para ti. Estaba loco por su tía Alex".

Ella sonrió, la primera sonrisa de verdad que él había visto en su rostro. Iluminó sus ojos, que se encontraron con los suyos tan francamente, cálidos de gratitud.

"Gracias. Su voz estaba llena de gratitud. Suspiró y apartó la mirada, con el peso de la responsabilidad acosándola. "Debería volver. Habrá cosas que hacer... la familia...".

"Te acompañaré de vuelta".

En la entrada del hospital, se giraron para mirarse. Por impulso, Julian levantó la mano que sostenía y se la llevó a los labios, depositando un ligero beso en el dorso de su mano. "Llámame a Whimsies, cuando sepas...", se le hizo un nudo en la garganta y tardó un momento en continuar. "Cuando sepas lo del funeral. Estaré allí".

"Lo haré", prometió ella, apretando sus dedos contra los de él.

Julian vio cómo ella se daba la vuelta, alejándose de él, a través de las pesadas puertas de cristal que daban al vestíbulo. Esperó a perderla de vista antes de entrar él mismo en el edificio. Con el corazón encogido, se dirigió a las escaleras, que casi siempre estaban desiertas. Echó un vistazo rápido para asegurarse de que no había cámaras de seguridad y se dirigió a su casa.

Estaba de pie en su salón, balanceándose sobre sus pies. La maldita magia le estaba pasando factura. Bueno, ya se lo esperaba. Bajó hasta sentarse con las piernas cruzadas en uno de los cojines esparcidos por la habitación. El sofá estaba a sólo unos metros, pero le parecía demasiado lejos, y estaba demasiado cansado y enfermo como para preocuparse. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Sólo un momento, se dijo. Descansaría sólo un momento y luego se levantaría y haría... lo que tuviera que hacer.



CUANDO VOLVIÓ A ABRIR LOS OJOS, el sol se estaba poniendo, arrojando rayos suavemente filtrados a través de las cortinas semiesféricas que colgaban de las ventanas. Al otro lado de la habitación, Jacinth estaba sentada en el sofá bajo, observándole. La simpatía de sus grandes ojos marrón chocolate le indicaba que era consciente de lo que había ocurrido.

"Lo siento, Julian", dijo en voz baja.

Se arrastró hasta ponerse en pie y cruzó hasta el sofá. Luchó por encontrar palabras, pero éstas le fallaron. Podía decir tantas cosas, pero nada significaba nada. Pero fue capaz de sonreírle, y parte del peso de su corazón se alivió. Jacinth siempre le hacía sentirse mejor con su presencia alegre y luminosa.

Una bandeja flotó en el aire desde la cocina y se posó en la mesa ante ellos. Había una tetera

y tazas, y una cesta forrada de servilletas. Miró a Jacinth y entrecerró los ojos con repentina desconfianza. Tenía puesta su expresión de santa, lo cual nunca era bueno. Ella le devolvió la mirada límpida y señaló la cesta con una mano.

"Pensé que te apetecerían unas... tostadas".

"¡Jacinth!" Hundió la cabeza entre las manos, agarrándose el pelo.

Jacinth se desmoronó de risa, cayendo sobre un montón de cojines y gimiendo.

"¡Estabas allí!", acusó. "Y no sabía que podías leer la mente".

"Bueno, no puedo, la verdad. Y estuve allí poco tiempo -admitió, incorporándose y secándose los ojos. Soltó otra risita e intentó parecer sobria. "No era mi intención, ¿sabes? Es sólo que... no dejabas de pensar eso de estar tostada tan alto, que me dio como... Supongo que lo llamarías una especie de eco. Así que, por supuesto, tuve que venir a ver qué hacías".

"Por supuesto". Sacudió la cabeza con resignación. Por regla general, los djinn eran incurablemente volátiles, con estados de ánimo mercuriales que cambiaban con un soplo. Esperó a que se le pasara la alegría. Pero estuvo bien que intentara distraerle. Ella era así. La mejor amiga que podía existir.

Jacinth recogió las piernas como una colegiala y lo miró con sus profundos ojos color chocolate, con la taza de té entre las manos.

"Estoy orgullosa de ti", le dijo. Extendió una mano para estrechar la suya, con los dedos calientes por la taza que había sostenido. "Lo digo en serio, de verdad. Volviste a pesar de que sabías cuál sería el resultado, a pesar de que sabías que la magia tendría repercusiones. No dejaste que ese niño y su madre se enfrentaran solos a lo desconocido. Eres un ser humano extraordinario, Julian".

La pesadez descendió de nuevo sobre él, como un peso aplastante sobre su pecho, presionándole como una carga demasiado pesada para soportar.

"No pude salvarle". Las palabras salieron forzadas. "Quería hacerlo, Jacinth. Lo habría hecho, si tan sólo...".

"Sí, ojalá". Ella apretó con más fuerza la mano de él, que aún sostenía entre las suyas, dándole una sacudida. "Pero la mujer no lo desearía, y por eso no *pudiste*. No es culpa tuya. Debes dejar de pensar así. No podías hacer nada. Y.... todo el mundo muere, Julian. Tú lo sabes. En su momento, todos mueren. Incluso los Djinn, a su manera".

"Lo sé". Dios, estaba tan cansado. Recostó la cabeza contra los cojines del sofá. "Lo sé".

"Le diste tranquilidad y alguien con quien podía hablar sin restricciones. Entre tú y la madre y su hermana, le disteis alegría, estos últimos días. Eso es *enorme*, Julian. Muchos pasan sin esas cosas. No dejes que la culpa de lo que no pudiste cambiar pese más que lo bueno de lo que has hecho al final. Disminuye tu regalo al chico".

Julian abrió los ojos y giró la cabeza para mirarla mientras asimilaba lo que había dicho.

"Sí", dijo lentamente, reflexionando. Se sentó, apoyando los codos en las rodillas. "Sí, tienes razón, Jacinto".

Su carita picara se iluminó con picardía. "Lo sé. Siempre lo soy". Su tono era petulante.

Otra punzada le golpeó al recordar la risa alegre de Bobby, sus ojos tan brillantes, tan felices mientras aprendía secretos ocultos a miles de millones.

"Nunca pude despedirme".

"No necesitaba que le dijeras adiós", dijo Jacinth en voz baja. "Despedirse es cerrar una puerta. Bobby dejó este mundo saliendo por la ventana que tú le abriste".

No tuvo ocasión de responder. De repente se oyó un estallido agudo, como el de un petardo, y una ráfaga de aire fresco, caliente y de olor salvaje, se arremolinó en la habitación.

"¡Eh, Jacinth! Te he estado buscando..."

La aparición que apareció en el salón dejó de hablar bruscamente, mirando a Julian con cómica consternación. Era joven, tal vez doce o trece años, con un mechón de pelo negro lacio y desgreñado que se erguía en todas direcciones. Su piel era de una palidez de otro mundo, pero el pelo y los ojos eran del negro mate de la obsidiana.

"¡Uy! Perdón!"

Otro estallido y se fue, dejando a Julian mirando... ¿era arena lo que había en su alfombra persa?

Jacinth hizo un tsk de consternación, pero parecía más divertida que crítica. "Ese... ese... ¡Ifriit!"

"Un puñado, ¿eh?" Julian rió entre dientes, reconociendo la palabra que significaba un espíritu travieso, un tipo de Djinn.

"Adolescentes". Jacinto puso los ojos en blanco. "Remi es más que un puñado, es prácticamente un rebelde. No es realmente un *Ifriit*, pero tiene tantos problemas que apenas puede poner un pie en Qaf, la patria de los Djinn. Me visita de vez en cuando... aunque eso también está prohibido".

Eso hizo que Julian se volviera para mirarla de frente, con el ceño fruncido. "¿Prohibido? ¿Visitar a otros Djinn? Nunca había oído semejante ley".

Ella hizo un mohín de exasperación y diversión mezcladas. "Lo es cuando nos visitas desde el siglo XVI".

Levantó las cejas y fue consciente de una sensación de asombro. "¿Los djinn pueden viajar en el tiempo?"

"Podemos, sí. Pero está prohibido. Se puede causar demasiado daño, ya sea inadvertidamente o de forma intencionada".

Al ver su perplejidad, Jacinth descruzó las piernas e, inclinándose hacia delante, se sirvió otra taza del rico y dulce té de la tetera que había sobre la mesa. Sorbió delicadamente la infusión caliente antes de continuar.

"Piénsalo un momento, Julian. Estamos en el siglo XXI. Disponemos de habilidades médicas, tanto conocimientos como medicinas, que superan con creces las que había en el siglo XIV. ¿Y si pudieras llevar esos conocimientos, llevar los antibióticos, atrás en el tiempo, a tu ciudad, cuando la peste lo diezmaba todo? Podrías salvarlos, Julian, con lo que sabemos ahora. Pero si lo hicieras, la historia cambiaría irrevocablemente. No, no, no podemos correr ese riesgo, no podemos alterar el delicado equilibrio del tiempo en el mundo".

"Sí", dijo Julian lentamente. Absurdamente, levantó las piernas, las cruzó bajo él y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. "Sí, ya lo veo. Pero ese joven, ¿por qué no te visita desde ahora? Entonces no estaría prohibido".

Jacinto suspiró, una suave expiración de aliento, y sus ojos chocolate contenían una especie de tristeza. "Creo que se siente solo allí, en su tiempo. No es fácil ser rebelde, de ninguna especie, ¡y él es tan joven! Es muy inteligente y está sediento de todo... de conocimiento, de experiencia. Si a eso le añadimos su evidente alto nivel de energía, ya puedes ver el problema".

Julián la miró un largo instante. "¿Te sientes sola, Jacinth?"

No contestó durante un largo momento, pues parecía enfrascada en quitarse las migas de su largo caftán.

"Estoy bien", dijo finalmente, sin levantar la vista para encontrarse con sus ojos. "Tengo a mi madre, ya sabes, y a mi pueblo en Qaf, y a ti y a Remi".

Una ceja se alzó. "No estoy seguro de que me guste estar en la misma categoría que un

petardo adolescente".

Ella se rió de él. "¡Al menos eres mucho menos problemático!"

Bebió un poco de té y sostuvo la taza entre las dos manos, mirándola fijamente.

"Voy al funeral", declaró bruscamente.

Jacinth se limitó a mirarle. Sabía lo que estaba pensando. No había asistido a un funeral desde que había muerto su propia familia, siglos atrás. Siempre había jurado que nunca asistiría a otro. Miró fijamente a la Djinn.

"Se lo prometí a Alessandra. Y tú también debes saber que le prometí a Bobby que haría lo posible por ayudar a su madre. Y voy a hacerlo".

En lugar de protestar, Jacinto se quedó pensativo.

"¿Ayudar cómo?"

"No tengo ni idea", dijo con franqueza. "¿Conoces la situación familiar?"

Ella asintió, con expresión preocupada. "No puedo imaginarme perder a un hijo así, y no tener a nadie con quien hablar. Lloro".

"Exactamente. Si no puedo hacer otra cosa, que al menos pueda hacer. Su hermana, Alessandra...". Calló un momento. Sólo pronunciar su nombre le evocó una visión de ojos verde bosque, la caída de su espeso cabello rubio miel, su rica risa. "Tengo entendido que ha habido cierto distanciamiento entre las hermanas, pero ya no. Ella también estará allí".

La djinn inclinó la cabeza y sus ojos color chocolate lo miraron durante un largo instante. "Te gusta, esta Alessandra".

"Sí". Se movió inquieto en su asiento, con los hombros encogidos. "No importa, no puede haber nada entre nosotros".

"Tienes tiempo", dijo ella, con sus ojos, oscuros y turbados, fijos en el rostro de él. "Meses y meses, al menos, antes de que la nave te llame de vuelta...".

Levantó la cabeza, con los ojos brillantes. "¡No soy un Don Juan!"

"No, porque era español". Su sonrisa lo desafió a contener su temperamento. "Tu pueblo era famoso por los Borgia. Puestos a elegir entre los dos, creo que me decantaría por la seducción".

Julián se echó a reír. "¡Jacinth, eres incorregible!"

Su risa se mezcló con la de él, y entonces le cogió la mano entre las suyas.

"Escúchame, Julian. Te gusta esta joven. Tienes tiempo, meses, quizá incluso años. Tienes tiempo para verla, para salir con ella. ¿Dónde está el daño?"

El nubarrón descendió sobre su rostro. "Nada puede salir de ello".

Puso los ojos en blanco expresivamente. "¿Y qué? Julian, mucha gente sale sin intención de ir más allá. Es más, mucha gente se acuesta sin intención de ir más allá. No tienes que vivir como un monje porque algún día en el futuro tendrás que marcharte".

La mano de Julián golpeó su rodilla y casi le gritó. "¿No lo entiendes? ¡No quiero tener citas! No quiero... sólo acostarme con una mujer. Tal vez hace mucho tiempo, pero no es suficiente, ya no. Quiero una familia. Una mujer con la que formar un hogar, tener una familia". Hizo una pausa, con la garganta en tensión. "Una mujer como Alessandra".

Jacinto se burló. "No puedo creerte. ¿No vas a invitar a cenar a una mujer guapa que te gusta porque no vas a estar para casarte con ella dentro de un par de años? Julian, eso no tiene sentido".

La miró y luego se frotó la nariz, pensativo. "Cuando lo dices así, suena ridículo", admitió.

Se puso en pie, el largo caftán cayendo en graciosos pliegues sobre su esbelta figura. "Piénsalo -le aconsejó-.

Sus ojos brillantes centellearon alegremente, y luego desapareció.

CAPÍTULO 6



EL RECUERDO DE los labios de Julián, cálidos y firmes en el dorso de su mano, acompañó a Alessandra durante el resto del día. Al encontrar a su cuñado totalmente al mando en el hospital, recogió su bolso y se marchó. El abrazo que había recibido de Laura había sido desesperado, casi aferrado, pero Robert la había estado mirando por encima del hombro de Laura, y lo último que Laura necesitaba en aquel momento era una escena en el hospital.

Al volante de su antiguo VW bug, apoyó la cabeza en el volante, intentando calmar el loco torbellino mental de Bobby-Laura-Julian. Al cabo de unos minutos, suspiró y, sacando el iPod de su bolso, tocó la almohadilla unas cuantas veces y una música relajante llenó el pequeño coche. Dio otro trago a la lata de Sprite que Julian le había comprado, ya tibia, y se dirigió a casa. La música la ayudó, al igual que el largo trayecto, si es que se podía llamar trayecto a atravesar el tráfico de mediodía de Nueva York. Cuando llegó a la entrada de su casa, ya estaba más tranquila y la Sprite había desaparecido.

Dentro, se cambió la falda por otra más vieja, de escoba, una vieja favorita cuyo color oscuro ocultaba las manchas de hierba y suciedad que ningún lavado podía quitar. Se dirigió a la cocina, cogió una taza isotérmica y la llenó con té solar de la jarra del frigorífico, poniéndole una tapa de plástico para que no entraran los bichos. Al salir por la puerta trasera, cogió un sombrero de ala ancha y se dirigió al jardín. Trabajar en la tierra siempre la reconfortaba. Arrodillada junto a las hileras de hierbas, hundió los dedos en la rica tierra. Al instante empezó a sentir la fría y relajante energía de la tierra que la recorría, inundándola de calma, de fuerza. Cerró los ojos un momento, respiró hondo y suspiró mientras dejaba que la sensación de paz la invadiera.

Durante la tarde y la noche trabajó en el jardín, podando, regando y abonando. Los setos de rosas bordeaban la acera y la valla que separaba su jardín de los vecinos, y ella los podaba y regaba, cortando algunas flores para ponerlas en el agua y alegrar su cocina. Murmuraba suaves palabras de aliento mientras colocaba tierra rica alrededor de las raíces de una mimosa recién trasplantada que acabaría dando sombra a una amplia zona del jardín. El jardín de hierbas era su zona especial, rodeada de una valla baja para mantener alejados a los perros vagabundos... nada mantenía alejados a los gatos, por supuesto, pero no era probable que desenterraran sus preciadas hierbas, que utilizaba tanto para cocinar como para curarse. Brillantes capuchinas bordeaban la casa y el paseo delantero, con un árbol de lilas maravillosamente perfumado en el jardín delantero.

Cuando por fin regresó a la casa, el teléfono que tenía sobre la mesa de la cocina parpadeaba insistentemente. La familia, por supuesto. Escuchó el buzón de voz y sus labios se comprimieron

un poco al oír la voz fría y mesurada de su segunda hermana mayor, que le informaba de la cena familiar de la noche siguiente. Como no tenía ganas de devolver la llamada, se dio la vuelta y se dio un largo baño caliente en la bañera. Luego, metiéndose en la cama, dejó que la pena la invadiera y lloró hasta quedarse dormida.

ALESSANDRA REGRESÓ AL seno de su familia la noche siguiente, en la cena familiar que se celebraba en casa de Laura y Robert, para encontrar a su cuñado todavía posando delante de los demás hombres en el salón, mientras las mujeres de la familia se afanaban en preparar la cena. Mientras tanto, Laura lloraba tranquilamente sola en un rincón, sin que nadie se diera cuenta. Dos sobrinos adolescentes, quizá con la irreflexión propia de la juventud, pero más probablemente debido a su educación poco estelar, pensó Alessandra indignada, empezaron a pelearse por la pelota de baloncesto de Bobby, autografiada por el mismísimo Magic Johnson.

Instantáneamente enfurecida, Alessandra marchó hacia los chicos en cuestión y les arrebató la pelota de baloncesto.

"Ninguno de vosotros lo entiende. Esto pertenece a Bobby, y se queda aquí, en su habitación".

"¡Pero está muerto!", protestó el mayor, un muchacho desgarrado de unos trece años. "Ni que lo necesitara".

Alessandra quería abofetearle la cara llena de granos. ¿Qué clase de niños habían criado sus hermanas?

"Fuera, Daniel", ordenó. "¡Ahora! Y no vuelvas a entrar hasta que hayas aprendido modales".

"Hola, Alex". Robert trató de intervenir, con una sonrisa benévola dibujada en su rostro zalamero. "No me importa que los chicos tengan la pelota".

A ella también le gustaría abofetearle.

"Laura se preocupa", dijo bruscamente, y se dio la vuelta, cruzando la habitación hasta el lado de su hermana.

"Vuelve a tu dormitorio, Laura", la persuadió. "No deberías estar aquí fuera así".

Laura se aferró a ella.

"Bobby se ha ido", susurró. "Era tan pequeño y frágil. Era todo lo que tenía. Era mi bebé, y ahora se ha ido".

"Lo sé. Lo sé". Rodeó a Laura con el brazo y la guió por el pasillo, lejos del bullicio de su numerosa e indiferente familia. Sin embargo, Laura se resistió cuando intentó entrar en el amplio y soleado dormitorio principal.

"¡No quiero entrar ahí!" Su esbelto cuerpo tembló y sus lágrimas brotaron con más fuerza. "El hospital me envió a casa una noche, hace unos días, para dormir unas horas. Y él... Robert... quería acostarse conmigo. No veía por qué el hecho de que Bobby estuviera enfermo en el hospital iba a suponer ninguna diferencia. I... No podía hacerlo. Simplemente no podía".

Murmurando sonidos reconfortantes, Alessandra la llevó por el pasillo hasta el dormitorio de invitados, pasando por delante de la puerta cerrada de la habitación de Bobby. Laura se hundió agradecida a su lado en la funda acolchada de la cama de invitados y se apoyó en Alessandra.

"No creo que pueda quedarme aquí, Alex", susurró. "Creo... Creo que voy a dejar a Robert".

Oh, oh. Aquello debería alborotar a la familia, pensó Alessandra, no sin cierta satisfacción. Pero era la vida de Laura, no la suya, y Laura acababa de perder a su hijo. Estaba desconsolada y sometida a mucha presión, y no era el momento adecuado para que tomara una decisión tan trascendental.

"Laura, cariño", empezó ella, y luego se detuvo, queriendo elegir sus palabras con cuidado.

Laura sacudió la cabeza, secándose las lágrimas que no dejaban de brotar.

"Sé lo que vas a decir. Pero llevo mucho tiempo considerándolo, desde que Bobby enfermó. Creo que nunca podría sentir lo mismo por Robert. Creo... Creo que le odio". Dijo con fiereza, volviéndose a frotar la cara. "No me importa tanto que no estuviera ahí para mí. Pero no estuvo ahí para Bobby, y eso nunca podré perdonarlo. Jamás".

"Vale, vale". Alessandra trató de calmarla. "Pero seguro que puedes esperar un poco, asegurarte de que eso es lo que quieres hacer. No es que tengas que tomar ninguna decisión ahora mismo, ¿sabes?"

"Sí, quiero". Laura se quedó mirando el Kleenex arrugado que tenía en la mano. "Robert lo dejó claro cuando se fue a trabajar esta mañana. Ahora que todo ha terminado, espera que todo 'vuelva a la normalidad' entre nosotros. Eso es lo que ha dicho, Alessandra. 'Ahora que todo ha terminado'".

En silencio, Alessandra se erizó de ira. Incluso conociendo a Robert y su forma de ser, no habría creído que pudiera ser tan insensible. No podía imaginarse cómo debía de haber sido la vida de Laura el último año y más desde que Bobby había enfermado.

"Lo siento". Se sentía especialmente impotente ante la evidente angustia de Laura, que se sumaba a su dolor por haber perdido a su hijo. "Decidas lo que decidas, te apoyaré, ¿vale?"

Laura apretó su mano con desesperación.

"Tengo miedo". Le tembló la voz. "Nunca he vivido sola. ¿Adónde iría? No tengo trabajo ni dinero. Nunca he trabajado, ni siquiera tengo habilidades para conseguir un empleo".

"Si te divorcias de Robert, te quedarás con la mitad de la casa", dijo Alessandra. "Y la mitad del seguro de vida de Bobby. Teniendo en cuenta el tiempo que pasaste cuidando de Bobby tú sola, probablemente hasta podrías pedir una pensión alimenticia".

"¡No quiero nada de su dinero!" La voz de Laura temblaba de emoción. "No quiero nada suyo. Sólo quiero *irme*. Ahora mismo".

"Sabes que puedes venir a quedarte conmigo todo el tiempo que quieras", se ofreció Alessandra. Eso pondría al gato entre los canarios de su familia, pero Laura también tenía derechos; el derecho a vivir su propia vida como quisiera. Derechos que su familia nunca reconocería a menos que Laura los defendiera por sí misma. Si Laura quería defenderse ahora, en medio de aquella tragedia, necesitaría todo el apoyo posible.

Laura miró sorprendida a Alessandra, y luego la rodeó con los brazos en una inusual demostración física.

"¡Gracias! Gracias, gracias, gracias". Abrazó más fuerte a Alessandra, con la gratitud brillando en sus ojos. "Prometo no dar muchos problemas, y no será por mucho tiempo, sólo hasta que pueda arreglarme, encontrar alguna forma de ganarme la vida".

"No seas tonta. ¡Eres mi hermana! Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, todo el tiempo que quieras".

"Gracias". Laura le apretó la mano. "Ah, y fue muy amable el hombre que vino y se quedó con Bobby en el hospital. Nunca tuve ocasión de darle las gracias y... ¡oh, Alex! Ni siquiera recuerdo su nombre. Seguro que pensó que era una desagradecida".

"No, no pensó eso. Se llama Julian, y lo que pensó fue que estabas luchando contra la enfermedad de tu hijo. No te lo vas a creer, ¿recuerdas aquella exposición que te insistí para que fueras conmigo a ver el verano pasado? ¿La de artesanía hecha a mano en la India? Julian es el dueño de la tienda de antigüedades donde estaba expuesta, él fue quien lo organizó todo".

Antes de que pudiera felicitarse por haber conseguido que su hermana dejara de pensar en su

dolor, aunque sólo fuera por un momento, se oyó un golpe en el marco de la puerta.

"¿Laura? ¿Alex?" Su madre se asomó. Sonrió cálidamente a Laura y luego miró insegura, como siempre, a Alessandra, como si no supiera muy bien en qué se había equivocado al criar a aquella hija que no formaba parte del obediente rebaño. "La cena está lista".

Siempre animada, con una docena de niños de distintas edades, esta noche adquirió proporciones de pesadilla. Al menos los más pequeños tenían motivos para ser ajenos al hecho de que uno de ellos los había abandonado para siempre, pero la desconsiderada falta de preocupación de sus hermanos y de la mayoría de los sobrinos mayores indignó a Alessandra, aunque mantuvo los labios firmemente cerrados, prestando estricta atención a la comida de su plato.

Se dio cuenta de que cada uno tenía su propia forma de afrontar la pena, incluida la negación, y tenía una idea bastante buena de que eso era lo que mantenía a su madre, Fran, ocupada con los preparativos y las raciones de la cena, pero el resto, si sentían alguna pena, hacían un trabajo bastante bueno ocultándola. Vio que Laura, sentada a su lado, hacía un par de muecas ante los comentarios insensibles de vez en cuando.

Con la ración de postre, las cosas fueron cuesta abajo rápidamente.

"No quiero zapatero", gimoteó Paul Jr, el hijo de ocho años de su hermana mayor. "¿Puedo ir a jugar con los Hot Wheels de Bobby?"

"Por supuesto", asintió Paul padre, el cuñado nº 3. "Si lo pides amablemente, probablemente tu tío Robert te las dejará".

"Claro, claro", aceptó Robert expansivamente.

Los demás niños, incluso los pocos que antes parecían sometidos, se pusieron en pie en tropel.

"Si Paulie consigue los Hot Wheels, ¿puedo quedarme con su iPod?", quiso saber una chica.

Uno de los chicos anunció: "Me toca el reproductor de Blu-ray más guay".

"Sigo queriendo la pelota de baloncesto", se quejó Daniel. "Pero tía Alex dijo que era de tía Laura".

Robert soltó una sonora carcajada. "Bueno, tu tía Laura no juega al baloncesto, hijito. No le importará que te lo lles".

Junto a Alessandra, Laura echó hacia atrás su silla con un movimiento brusco. Todos los ojos de la mesa se volvieron hacia ella mientras se ponía en pie de un salto, con las pálidas mejillas inundadas de un color furioso.

"¿Cómo te atreves!" Los habitualmente suaves ojos azules de Laura relampaguearon. "¿Cómo te atreves a sentarte aquí, regalando los preciados juguetes de *mi* hijo, los tesoros de *mi* hijo, y ni siquiera lo han enterrado!"

Robert parecía ofendido. "También era mi hijo".

"Puede que fuera tu hijo, pero nunca fuiste un padre para él", declaró Laura, temblando de furia. "¿Cuándo lo viste cuando estaba bien, salvo para verlo en su cama cuando llegabas del trabajo mucho después de que se hubiera dormido? ¿Cuándo jugaste con él, le llevaste al parque o al zoo? ¿Visitaste su escuela? Cuando enfermó, ¿cuántas veces fuiste con él al médico? Estuvo *semanas* en el hospital y nunca fuiste a verle. Conseguiste encontrar tiempo para ir a verle allí una vez. ¡Una vez! Y eso fue ayer, y *murió* esperándote".

Tiró el tenedor al suelo. Rebotó en el plato y cayó al suelo, como único sonido en el silencio atónico. Laura se apartó bruscamente de la mesa y marchó por el pasillo.

Se oyeron murmullos de sorpresa alrededor de la mesa, mientras Alessandra se quedaba helada. ¡No se lo esperaba! Miró a los rostros inexpresivos e incomprensivos que rodeaban la

mesa, sin saber qué hacer.

Laura volvió a entrar en la habitación con el bolso, la mochila de Bobby colgada de un hombro y la preciada pelota de baloncesto metida en el codo. Alessandra pudo ver unas huellas de Hot Wheels que sobresalían de la parte superior de la abultada mochila. Estaba segura de que el iPod también estaría allí.

Con el rostro desencajado, Laura clavó en su marido una mirada desafiante, ignorando por completo al resto de su familia.

"Puedes hacer lo que quieras con lo que queda en la habitación de Bobby. De todas formas, no soporto mirarlo. De hecho, puedes hacer lo que quieras con todo lo demás de toda la casa. Ya he terminado con esto y he terminado contigo. Me encargaré de que te devuelvan el todoterreno por la mañana. Y puedes esperar noticias de mi abogado. Mi abogado *del divorcio*".

Giró sobre sus talones y salió dando un portazo. El portazo resultante sonó a final.

Bien, ¡bravo por Laura! Alessandra se mordió el placer, sabiendo que no sería bien recibido por ninguno de los presentes en esta mesa.

Se puso en pie y todas las miradas se volvieron hacia ella.

"Yo... um... Creo que iré tras ella", les dijo. "Hablaré con ella, ¿sabes?"

Aparentemente todavía en estado de shock, lo único que pudieron hacer fue asentir, y Alessandra pudo emprender la huida.

Fuera no había ni rastro de Laura. Sin saber por dónde empezar a buscar a su hermana, Alessandra se metió en el coche y condujo hacia la carretera principal, saliendo del callejón sin salida donde estaba la casa de Laura. Al girar la esquina, para su gran alivio, vio el todoterreno rojo de su hermana esperando en la acera, y a Laura paseando por la acera a su lado. Alessandra se detuvo detrás del todoterreno.

"Tenía que salir de allí". Laura se precipitó hacia ella en el instante en que Alessandra salió del coche. "No sabía adónde ir, ni qué hacer, así que me limité a esperar, con la esperanza de que llegaras pronto, antes que los demás. ¿Lo decías en serio cuando dijiste que podía quedarme contigo? ¿Seguro que no te importa? ¿Sabes que ni siquiera sé dónde vives?"

Alessandra esperó pacientemente hasta que su hermana hubo bajado corriendo.

"Sí, puedes quedarte todo el tiempo que quieras. No, no me importa. Y me alegro de que me hayas esperado". Tiró de su hermana y la abrazó con fuerza. "¡Me ahorras tener que conducir toda la noche buscándote!"

Laura sonrió con desgana. "¿Lo habrías hecho? ¿De verdad?"

"Sí". Alessandra volvió a abrazarla. "Lo habría hecho. Pero me alegro de no tener que hacerlo. Ahora, sígueme a casa y te prepararé un buen té de hierbas".

Laura se resistió un poco. "No tengo ropa".

"Te prestaré un camisón", le aseguró Alessandra, empujándola hacia el todoterreno. "Por la mañana podemos comprar lo que necesites".

Laura miró fijamente el vehículo. "No quiero llevármelo. Nunca me gustó. No quería un todoterreno y odio el rojo, pero Robert insistió en comprarlo. ¿No puedo dejarlo aquí para que lo encuentre y me vaya contigo?"

"Quédate con el todoterreno", aconsejó Alessandra con firmeza. "Necesitarás algo para desplazarte".

"Pero le dije que se lo devolvería".

Alessandra cogió a su hermana del brazo y la condujo con paso firme hasta el todoterreno. "Robert tiene un Town Car, un Land Rover, dos motos acuáticas y un barco. Cualquier juez que se precie te concederá el todoterreno en el acuerdo de divorcio, y luego podrás venderlo y

comprarte un Corvette". Esperó la risa renuente de su hermana y volvió a abrazarla. "¡Ahora vamos, antes de que alguien más decida venir a buscarte y nos encuentre aquí!".

Aquel argumento de peso acalló las protestas de Laura, que subió a su todoterreno. Alessandra se inclinó hacia el interior.

"Dame tu móvil". Metió la mano en el bolso de Laura y sacó el teléfono, lo apagó y se lo guardó en el bolsillo. "No necesitas más penas esta noche. Ahora, sígueme a casa".

Tardó media hora en llegar a su casita, y su propio teléfono sonaba mientras abría la puerta. Alessandra se limitó a poner los ojos en blanco e ignorar a Laura.

Laura la siguió al interior, mirando a su alrededor con curiosidad. Era triste, pensó Alessandra, que en los dos años que llevaba viviendo aquí ni uno solo de sus hermanos o hermanas, ni nadie de su familia, hubiera estado en su casa hasta ahora. Alessandra la guió hasta la cocina. Llenó la tetera y la puso a hervir, luego colocó tazas y platitos sobre la mesa. Laura se sentó a la mesa de la cocina y la miró, con aire ligeramente culpable.

"Tengo algo de dinero", confesó. Sus dedos se retorcieron nerviosos. "Cuando Bobby enfermó... cuando era obvio que no iba a mejorar... abrí una cuenta, mi propia cuenta, en un banco distinto del que utiliza Robert. Puse allí pequeñas cantidades de dinero, sobrantes del dinero que Robert me daba para las tareas domésticas. Lo llamaba "mi paga" -añadió con amargura. "No es mucho, un par de miles de dólares".

Alessandra sintió una oleada de alivio.

"Eso está bien. Es más de lo que tienen la mayoría de las mujeres que vienen al albergue, y normalmente también tienen hijos."

Las finas cejas de Laura se fruncieron.

¿"Refugio"? ¿Qué tipo de refugio? Creía que trabajabas en un centro de acogida".

"Ah, es verdad". Alessandra se volvió para coger la tetera cuando empezaba a silbar. "Olvidé que no lo sabías. Trabajo a tiempo parcial en un refugio para mujeres maltratadas. Tenemos una casa segura para que se queden, y enseño informática a las que quieren aprender, y las ayudo a elaborar currículos, a cuadrar una chequera, incluso a escribir un cheque a veces. Lo que haga falta".

"Así sabrás lo que tengo que hacer para intentar ponerme a trabajar", dijo Laura con alivio. "Me alegro mucho. Sé mecanografiar y utilizar el ordenador. Le enseñaba a Bobby, antes... antes de que enfermara".

Se derrumbó al pensar en su hijo, y Alessandra fue hacia ella, abrazándola con fuerza. Iba a ser una noche larga y dura para Laura, y mañana no sería mejor. No había luz al final de este túnel en particular.

CAPÍTULO 7



ERA MEDIODÍA CUANDO Laura salió de la habitación de invitados, con aspecto desmejorado y los ojos enrojecidos e hinchados.

"He estado hablando con Celia. No te lo vas a creer", la saludó alegremente Alessandra, refiriéndose a su segunda hermana mayor, un año menor que Laura. "Robert ha vuelto hoy al trabajo".

Laura se encogió de hombros sin esperanza. "¿Y qué? Está más casado con ese trabajo que conmigo".

"Sí, pero..." Alessandra hizo una pausa para conseguir un efecto dramático. "Ha rechazado la invitación de mamá a cenar esta noche, porque cenará contigo en casa, como siempre, claro".

"¿Qué? chilló Laura, con la mandíbula desencajada.

"Um-hmmm. Por lo visto estabas temporalmente fuera de tus cabales por el dolor de la muerte de Bobby, pero volverás a casa en algún momento de hoy, cuando hayas recuperado el sentido. Así que, naturalmente, tendrás la cena preparada y esperándole".

Laura sólo pudo mirarla con incredulidad. Alessandra soltó una risita y le acercó a su hermana un vaso de zumo de naranja. Laura se lo bebió de un trago y tosió un poco cuando el último trago le salió mal.

"¡Es él quien ha perdido la cabeza!", resolló, y Alessandra le dio una palmada entre los omóplatos. "Gracias".

"En realidad", continuó Laura al cabo de un momento, "estaba pensando que debería volver a buscar mi ropa".

Alessandra había llegado ella misma a esa conclusión, y se alegró de no tener que intentar convencer a su hermana.

"Te diré una cosa", se ofreció ella. "Pasaré por el concesionario y lo inspeccionaré, para asegurarme de que Robert está allí, mientras tú te quedas a la vuelta de la esquina de la casa. Te llamaré al móvil para decirte que no hay moros en la costa y podrás entrar y empezar a recoger. Luego me acercaré y te ayudaré a llevarlas a tu todoterreno.

Laura asintió, la momentánea oleada de energía se había desvanecido, dejando tras de sí la pena y el agotamiento. "No tardaré mucho. No hay mucho que quiera, sólo mi ropa y maquillaje y... no sé, algunas cosas personales que no quiero dejar atrás. Robert eligió todo lo demás... los muebles, los cuadros, la decoración. No quiero nada de eso".

"Te daré una llave de mi casa", le dijo Alessandra, rebuscando en un cajón. "Y toma, te he impreso un mapa en MapQuest para que puedas volver aquí cuando hayas terminado. Tengo que

ocuparme de algo y no volveré directamente a casa".

Durante la noche se le había ocurrido una idea brillante y pensaba llevarla a cabo.



SONÓ LA PUERTA DE WHIMSIES. Julian, de pie detrás de la caja registradora, levantó la vista para ver a Alessandra entrar por la puerta. Sorprendido y contento, se acercó al final del mostrador.

"¡Alessandra!"

Parecía cansada, como si no hubiera dormido bien. Dadas las circunstancias, era comprensible. Iba vestida con otra de sus faldas hasta la pantorrilla, ésta con un estampado brillante, y una túnica suelta y vaporosa de gasa ligera, ceñida a la cintura con un cinturón de piedras pulidas engarzadas en alambre trenzado. Llevaba el pelo dorado y pálido retirado de la cara, y parecía fresca y elegante a pesar del calor agobiante del día de verano. Deseó poder borrar las líneas de expresión de su frente y aliviar la tensión que sentía. Sin embargo, ella se alegró de verle y sus ojos se iluminaron al recibirle.

"Hola, Julian". Ella le sonrió, las sombras de la pena retrocediendo ligeramente. "Apuesto a que no pensabas que me verías tan pronto".

"Me complace". Adelantó una silla, un respaldo de lira Duncan Phyfe del siglo XIX de un juego de comedor que había comprado en Massachusetts hacía un par de años. Las otras sillas ya no se podían reclamar, pero había podido reacabar ésta, devolviéndole su gloria original.

Cruzó la sala de exposición principal hasta donde tenía un servicio de café y té colocado sobre un aparador de caoba, junto con una tetera sobre una placa caliente. Comprar antigüedades no era una actividad para los que tenían prisa, y había descubierto que ofrecer un refrigerio tranquilizaba a sus clientes, les hacía sentirse cómodos y relajados, más abiertos a la experiencia de curiosear mientras recorrían su tienda. Sillas, sofás y divanes cuidadosamente colocados invitaban a los visitantes a sentarse y contemplar los tesoros que les rodeaban.

Miró a su visitante por encima del hombro.

"¿Café o té?"

"¿Tienes infusiones?"

Sonrió, volviéndose hacia la bandeja que contenía las bolsitas de té. *Ahora sí.* Con un rápido movimiento de los dedos, una pequeña colección de mezclas de hierbas se unió al Earl Gray.

"Tengo manzanilla, naranja y especias, jazmín. No creo que sea una hierba, la verdad".

"Bastante cerca. Jazmín estaría bien. Sin azúcar, por favor".

Le acercó la taza y ella la tomó agradecida. Cerró los ojos mientras sorbía, al parecer disfrutando del aroma y la calidez del delicado brebaje.

"Mmmm", aprobó ella, suspirando. "Justo lo que necesitaba".

Julian se hizo a la idea de que no se trataba de una visita casual. Esperó pacientemente. Como si hubiera expresado sus pensamientos en voz alta, Alessandra lo miró, con mirada directa.

"He venido a preguntarte si podrías considerar algo para mí".

En cualquier caso, no se anduvo por las ramas.

"Lo haré si puedo", respondió.

"Se trata de mi hermana, Laura", dijo apresuradamente. Una variedad de expresiones se persiguieron por su rostro... preocupación, ira, esperanza. La esperanza era lo más importante cuando volvió a mirarle. "Anoche dejó a su marido. Recogió las cosas de Bobby y se marchó, y piensa pedir el divorcio".

¡Ja! Bien por ella, pensó Julian. Robert le había caído muy mal y, por lo que había visto de él, no era capaz de dar apoyo emocional a un jabalí.

"Creo que está haciendo lo correcto", le dijo a Alessandra, preguntándose adónde llevaba esto.

"Así es. Se queda conmigo hasta que pueda tener su propia casa. El caso es que..."

Ella vaciló, royéndose el labio inferior, con incertidumbre en sus ojos verdes. Él se esforzó por no fijarse en aquel labio exuberante y curvado. Sus palabras surgieron con rapidez, casi a trompicones, en su ansiedad por decirlo todo.

"Nunca ha trabajado, nunca. Se casó con Robert cuando estaba en la universidad, viviendo en casa, y no mucho después se quedó embarazada de Bobby. He pensado que quizá conozcas a otros propietarios de negocios de antigüedades, y tal vez de arte, de la zona. Podrías saber si alguien necesita una recepcionista, o una ayudante. Laura no tiene experiencia laboral, pero es lista y tiene una buena cabeza sobre los hombros. También sabe utilizar el ordenador y tiene don de gentes".

Julian levantó una mano, para interrumpir la corriente. "Alessandra, espera. Déjame hablar. Te creo. Recuerda que he conocido a tu hermana". Y a tu encantador cuñado, pensó en silencio.

"No fue precisamente en las mejores circunstancias", señaló Alessandra.

Su mente se aceleraba, la idea que se le ocurrió le asombró por su brillantez. De hecho, encajaría bien con uno de los proyectos que había estado poniendo en marcha. Había estado trabajando deprisa para organizar todo lo necesario para Uncommon Threads.

Según las reglas de la magia que lo ataba, tras conceder el tercer deseo al último *Sahiba*, la magia lo dejaría en paz durante un periodo de meses, a veces incluso varios años, antes de que la botella de Djinn se reactivara. Pero en cualquier momento después de esos seis primeros meses podía ser llamado a su botella sin previo aviso. Nunca sabía cuándo, ni durante cuánto tiempo, estaría fuera, atado por lazos mágicos al recipiente de Djinn. Así que siempre que estaba libre de la magia, trabajaba para que sus asuntos funcionaran lo mejor posible, lo antes posible. Por si acaso.

Consideró las posibilidades y luego dirigió una mirada a Alessandra, que le observaba con esperanza expectante.

"¿Estaría Laura dispuesta a trasladarse? No increíblemente lejos, pero tampoco aquí en Nueva York".

Alessandra lo pensó, arrugando la nariz. Resultaba simpática la forma en que lo hacía, y él sonrió.

"No estoy segura", dijo finalmente. "¡Sé que si yo fuera ella, querría hacerlo!".

"¿Está en algún sitio donde puedas llamarla y pedirle que venga?"

"Ha estado en su casa, empaquetando las últimas pertenencias, pero ya casi debería haber terminado". Alessandra buscó el móvil en el bolso y sacó el número de su hermana.

"¿Laura? ¿Dónde estás?" Ella sonrió, asintiendo a Julián. "Oh, bien. Escucha, ¿recuerdas esa tienda de antigüedades, Whimsies, de la que hablábamos? Estoy aquí con Julian y quiere hablar con nosotros. ¿Puedes venir ahora? Estupendo".

Le dio a su hermana la dirección para que la introdujera en el GPS y se desconectó. Volvió su mirada esperanzada hacia Julian.

"¿Qué tienes pensado?"

Julián se acercó al aparador y se sirvió una taza de café, la infusión árabe dulce y pesada que siempre preparaba especialmente.

"Hay que explicarlo un poco -dijo él, levantando la tetera del plato caliente y mirándola con

una ceja inquisitiva. Ella negó con la cabeza, tomando otro sorbo de té. "Esperemos a tu hermana, así no tendré que repasarlo dos veces".

Las campanillas que había sobre la puerta repicaron alegremente, y Julian se movió para saludar a la pareja que entraba en la tienda. Alessandra se levantó, con la taza de té en la mano, y empezó a pasear por la tienda, mirando los muebles antiguos. Recordó, con una pequeña punzada en el corazón, que cuando era joven su madre las llevaba a Laura y a ella a comprar antigüedades los fines de semana. Había conservado el amor por los muebles antiguos, aunque nunca había compartido el entusiasmo de su madre por las antigüedades. Aun así, las salidas habían estado llenas de diversión y risas. ¿Quién habría pensado que una familia tan normal y feliz como la que habían formado de jóvenes podría haberse deteriorado tanto hasta convertirse en el desastre disfuncional que era ahora?

Alessandra tenía muy presente a Julian mientras curioseaba por la tienda. Oía los tonos tranquilizadores de su suave barítono, aunque no podía distinguir las palabras que pronunciaba mientras mostraba a sus clientes un juego de tazas demitasse en una vitrina de arce al otro lado de la habitación.

No había necesitado venir a pedirle ayuda. En su trabajo tenía muchos contactos para encontrar trabajo a mujeres que llevaban mucho más tiempo que Laura sin trabajar. Había venido porque quería volver a verle. Lo había admitido. Aun así, defendió su acción, un trabajo de azafata o recepcionista en una galería de arte sería perfecto para Laura.

Admirando distraídamente una figura de arlequín de Dalton, se preguntó qué tendría Julian en mente. Su rostro había permanecido pasivo, pero ella había visto el cambio en sus ojos, la forma en que la luz se había encendido en las profundidades de zafiro cuando se le había ocurrido una idea. Intentando no inquietarse, volvió a la mesa con los refrescos y se sirvió una nueva taza de té, sentándose en el cojín de brocado dorado de un sofá que le recordó a aquellos viajes de anticuario de hacía mucho tiempo, posiblemente de la época victoriana.

Julián se esforzó por mantener la atención en sus clientes, tratando de no distraerse con Alessandra mientras se movía por Whimsies. Admiraba su elegante porte, la forma en que su falda de gasa caía en graciosos pliegues hasta media pantorrilla. En su opinión, los hombres modernos no apreciaban la feminidad esencial de las faldas largas. Le gustaba la forma en que Alessandra las llevaba, que realzaban sus largas piernas y su forma de sauce.

Su mente también estaba ocupada dándole vueltas a las posibilidades de esta situación. Cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea de que Laura fuera la anfitriona de la galería. No sólo respondía a sus necesidades y a las de Laura, sino que además le proporcionaría la distancia temporal y espacial que necesitaba de su familia. Y... era una forma de cumplir su promesa a Bobby.

Anotó en el registro un reloj Waterbury Delft, de hacia 1900, para la pareja. Rechazaron la caja y se marcharon, con el reloj cuidadosamente acunado en el pliegue del brazo de la mujer. Apenas habían desaparecido de la vista cuando Laura se apresuró a cruzar la puerta.

"Laura, bienvenida a Whimsies".

Julian la estudió cuando se acercó a ofrecerle la mano al otro lado del mostrador. Tenía los dedos fríos y firmes al estrechársela. Tenía los ojos enrojecidos y un poco hinchados, como no podía ser de otra manera, pero parecía tranquila y su bonita boca estaba decidida. ¡Qué bien!

Alessandra se apresuró a acercarse, y las dos hermanas se abrazaron. Rebuscando bajo el mostrador, Julian sacó un cartel de Cerrado para comer y lo colgó en la puerta principal, echando el cerrojo. Les indicó el camino hacia las pequeñas zonas para sentarse en la parte trasera de la tienda, fuera de la vista de los escaparates, y les hizo señas para que le siguieran. Eligió su

favorita, una silla Rocaille tallada a mano y tapizada con un tapiz de jacquard. Esperó a que las mujeres se sentaran frente a él en un sofá y se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos.

"Laura, ¿conoces la exposición que hice aquí en Nueva York el año pasado, Hilos poco comunes?"

Parecía un poco perpleja, ladeando la cabeza, pensativa. "Creo que recuerdo haber leído algo al respecto", dijo insegura. "Recuerdo que alguien... ¿fuiste tú, Alex? me pidió que fuera a verlo con ellos, pero Bobby...", le tembló la voz y se interrumpió.

Julian se levantó y le sirvió una taza de café.

"¿Crema? ¿Azúcar?"

Ella negó con la cabeza. "Negro, por favor". Le dio las gracias con una sonrisa y bebió un sorbo.

"Déjame repasar esto brevemente, entonces". Volvió a sentarse. "Traje de la India una gran colección de telas y prendas de vestir cosidas a mano por mujeres extremadamente pobres... en su mayoría viudas y niñas huérfanas mayores, en condiciones de trabajo que poco tenían que ver con la esclavitud. Sin embargo, hacían un trabajo de aguja realmente exquisito, con hilos de oro y plata, lentejuelas y cuentas semipreciosas para crear prendas que se venden por cantidades fabulosas aquí en Estados Unidos, pero por las que las mujeres sólo recibían unos céntimos. Entrevisté a muchas de las mujeres para que me contaran sus historias, hice fotos y elaboré folletos que hablaban de las telas, de las mujeres y de sus vidas, de sus situaciones. Puse la colección en exposición, y creé una fundación para donaciones, cuyos beneficios volverían a la India, para crear un entorno de trabajo más favorable y un salario razonable. La respuesta fue tan abrumadora que decidí enviar la colección de gira, exponiéndola en las principales ciudades de todo el país."

Alessandra asentía... sabía todo esto, por supuesto. Laura escuchaba atentamente, con el ceño fruncido por la concentración.

"Uncommon Threads" está ahora en Nashville y volverá aquí dentro de dos o quizá tres semanas. He pensado hacer de Uncommon Threads una exposición anual, en la que cada año se muestren obras de un país distinto: Uncommon Threads de la India, Uncommon Threads de Nepal, etcétera. He alquilado una galería en Washington D.C. para albergar una exposición permanente de lo mejor de cada colección una vez finalizada la gira. De los negocios se encargará Jackson, mi representante aquí, pero necesito a alguien a tiempo completo en la galería. Una azafata, esencialmente, que hable con los visitantes, les muestre el lugar y responda a sus preguntas".

Hizo una pausa, observando a Laura, viendo cómo crecía la esperanza en sus ojos al darse cuenta de lo que decía.

"Laura, creo que puedes ser perfecta para lo que deseo. Tendrías que estudiar el proyecto, por supuesto, y familiarizarte con los objetos de las exposiciones, las condiciones en la India, la propia Fundación y lo que hace, ese tipo de cosas."

"Laura podría hacerlo. Se le daría muy bien", dijo Alessandra entusiasmada, encontrando la mano de su hermana y apretándola con fuerza.

Sin embargo, el pliegue entre las cejas de Laura se hizo más profundo y su corazón se hundió. Podía encontrar a otra persona, por supuesto, pero ésta había parecido la respuesta perfecta para ambos.

"No sé nada de Washington", balbuceó en respuesta a su mirada interrogadora. "No sabría ni por dónde empezar a buscar un lugar donde vivir, y habría que pagar fianzas y servicios

públicos. ¿Y no se necesita tiempo para solicitarla, hacer comprobaciones de crédito y demás?".

Ah. Julian sonrió, sintiéndose engreído.

"Si eso es todo, no hay ningún problema", anunció, observando a ambas jóvenes, anticipando con placer su reacción. "Hay un apartamento encima de la galería. Es una habitación abierta, un estudio, pero es espacioso, y está protegido por el mismo sistema de seguridad que la galería. Podrías vivir allí, Laura, y lo incluiré en tu paquete salarial. Los servicios principales estarían incluidos, ya que no tienen contador aparte de la galería, así como Internet. Tienes tu móvil, por supuesto, y sólo queda el cable, que puedes arreglar si lo deseas".

Observó cómo las hermanas intercambiaban miradas esperanzadas y sus manos se unían. Alessandra dio un apretón alentador a los dedos de su hermana. Laura le devolvió la mirada.

"Estoy segura de que Alex te ha dicho que no tengo experiencia ni referencias", dijo, con la incertidumbre en clara pugna con la esperanza.

Julian apreciaba su determinación de ser sincera con él, aunque ahora debía de sentirse desesperada.

"Ya lo sé. Pero estuve contigo y con Bobby en el hospital", le recordó con dulzura. "Ésa es toda la referencia que necesito".

Laura rompió a llorar, no sabía si por el recuerdo de su hijo o por el alivio ante la fácil resolución de sus circunstancias inmediatas. Quizá un poco de ambas cosas.

Complicaría un poco más las cosas cuando desapareciera, como acabaría ocurriendo cuando le llamaran de nuevo a su botella. Intentaba mantenerse alejado de cualquier tipo de amistad, por distante que fuera, con sus empleados. Sólo Jackson, su jefe, conocía su secreto, y él confiaba en Jackson implícitamente. Jackson era uno de los Confiados, los humanos que conocían a los Otros, y años atrás el Djinn había enviado a Jackson para que le ayudara con los Caprichos.

Alessandra cruzó la habitación hacia donde tenía el café y el té, y volvió con una servilleta, que entregó a su hermana. Laura se secó los ojos.

"Lo siento", dijo ella, haciendo un claro esfuerzo por recomponerse.

Julian se desentendió de la disculpa. Había perdido a su hijo dos días antes. Lloraría mucho en las próximas semanas, y no debía sentir que tenía que disculparse por ello. Que sintiera la necesidad de disculparse decía mucho de su marido y de su vida familiar.

"¿Cuándo quieres a alguien?" preguntó Laura. "Alex ya te habrá dicho que me quedo con ella, así que cuando te venga bien".

Ella vaciló en la última parte, claramente ansiosa por no parecer desesperada. Él enarcó una ceja.

"El estudio está ahí y está vacío. ¿Cuándo puedes mudarte?"

El alivio llegó de golpe, un torrente de color llenó sus mejillas pálidas. Una luz ansiosa llenó sus ojos azul pálido, tan diferentes de los verdes y vivos de Alessandra, llenos de un efervescente disfrute de la vida.

"Mi todoterreno está aparcado fuera, con todo lo que me traje de casa", dijo. Se encogió un poco de hombros. "Que es prácticamente todo lo que tengo ahora".

No había nada más sencillo. No había muebles en el estudio, pero podían arreglárselas con eso. Tenía unas cuantas piezas en la parte de atrás que había comprado en una venta de bienes. Podía utilizar magia suficiente para colocarlos sin que nadie se diera cuenta, y Laura podría conseguir cualquier otra cosa que necesitara cuando se instalara.

Laura miró a su hermana. "Alex, ¿puedes venir con nosotras?"

Alessandra arrugó la nariz, pensativa. "Bueno... son cuatro horas de viaje como mínimo. De ida. No tengo que ir a ningún sitio, pero mi bichito no puede ir a Washington y volver. Al menos,

quizá podría, pero no me gustaría hacer grandes apuestas sobre esa posibilidad".

"Volveré esta noche. ¿Por qué no te vas con Laura en su todoterreno y luego vuelves conmigo?". se ofreció Julián, deseando que Alessandra también viajara con él de camino. Aunque ella querría hacer el viaje con su hermana. Y menos mal, pensó, viendo cómo Laura luchaba por reprimir su dolor, tan a flor de piel. Habían pasado siglos desde que perdió a su familia, pero la sensación de pérdida nunca le abandonó del todo. "Primero, sin embargo, debo llamar a alguien para que vigile a Whimsies. Espera unos minutos mientras lo hago. Sírrete el té y el café, ahora vuelvo".

Dejándolas, se dirigió a la habitación trasera, que servía tanto de oficina comercial y almacén como de taller de repintado. Mientras se recuperaba del uso de la magia Djinn, a menudo le resultaba relajante trabajar con las manos. Hizo una llamada rápida a Jackson, que prometió estar en Whimsies en cuanto pudiera, y luego se dirigió al gran archivador y sacó la pesada gavilla de papeles sobre los Hilos No Comunes. Los colocó sobre su escritorio... de madera de teca tallada a mano procedente del sudeste asiático... y respiró hondo, tranquilizándose.

No debería recurrir a la magia de los djinn, ni siquiera para algo tan sencillo como esto, pero detenerse a hacer copias alargaría aún más lo que iba a ser un día muy largo. Agitó una mano sobre la pila y vio cómo aparecía un duplicado a su lado, sobre el escritorio. Volvió a guardar el expediente original en el armario y se llevó las copias a la tienda, entregándoselas a Laura.

"Tendrás que leerlas por encima", le dijo. "La colección no llegará de su gira hasta dentro de un par de semanas, y la inauguración oficial de la Exposición, al menos un mes después. Tendrás tiempo de sobra para familiarizarte con la colección. Éstas son copias de todo lo que tengo sobre ella... la historia de Uncommon Threads, las piezas individuales de la exposición y la Fundación y lo que hace. Algunas fotografías francas que tomé y que no forman parte de la exposición pública. Intenta memorizar todo lo que puedas, porque la gente va a hacer preguntas y tienes que poder hablar de ello".

Laura asintió, comprendiendo. "¿Qué más voy a hacer?"

Julian se encogió de hombros. "Aún no estoy muy seguro. Hablaremos más, pero tenemos algo de tiempo. Mientras tanto, puedes trabajar para instalarte. Además..."

Dudó, pero no tenía sentido eludir el tema.

"Acabas de perder a un ser querido", dijo, con toda la amabilidad que pudo. "Y dejas atrás tu vida tal como la conocías. Durante los próximos días, concéntrate en hacer lo que tengas que hacer para salir adelante. Cuando puedas, lee lo que hay en esos archivos y familiarízate con lo que estamos haciendo".

Se le llenaron los ojos de lágrimas y volvió la cabeza hacia otro lado. Sin embargo, al cabo de un momento, Laura levantó la barbilla y los miró fijamente a ambos.

"No voy a decirle a Robert adónde me he ido. Tiene mi número de móvil, así que no es que no pueda localizarme. No estoy huyendo ni escondiéndome. Pero necesito algo de tiempo, y no quiero que aparezca en mi puerta... la puerta de Julian... y me acose".

"O papá", añadió Alessandra con ironía. "Eso es justo lo que él también haría. No te preocupes, interferiré por ti. Pero no te sientas *obligada* a contestar al móvil. Si es alguien de la familia, aparecerá en el identificador de llamadas. Deja que conteste el buzón de voz, y siempre podrás devolverles la llamada cuando te sientas con fuerzas".

Laura lanzó a Julián una mirada ansiosa, como si aquella no fuera la clase de conversación que debía mantener delante de su nuevo jefe. Él le dio unas palmaditas en el hombro.

"No pasa nada. Yo estaba allí, ¿recuerdas?"

Jackson entró como un rayo, con un aspecto muy aldeano, el pelo naranja de punta y un

único pendiente, una daga de plata, colgando del lóbulo de la oreja derecha.

"Hola, jefe", gritó. Se animó al ver a las dos jóvenes que acompañaban a Julián. "¡Señoritas! Buenos días".

"Laura, éste es Jackson, mi representante, que se ocupa de todo en mi ausencia", le presentó Julián. "Jackson, conociste a Alessandra el otro día. Ésta es su hermana, Laura, que va a ser nuestra anfitriona en la galería de Washington. Se alojará en el estudio que hay encima de la galería. La llevo ahora para que se instale".

"¡Qué guay!" Jackson miró atentamente a Laura, con un brillo amistoso en los ojos, y luego le tendió la mano. "Bienvenida a la familia. Apuesto a que el jefe no te ha hecho rellenar un formulario W-4 ni nada parecido para que yo pueda calcular tu sueldo y descontar los impuestos y la incapacidad y la Seguridad Social, y todas las demás deducciones que se le ocurran al gobierno para quedarse con la mayor parte posible de tu salario duramente ganado, y hacerte un cheque por la infinitesimal cantidad que sobre."

Alessandra emitió un ronco bufido, y Laura hizo un ruido sospechosamente parecido a una risita.

"Te dejo esos detalles a ti", recordó Julián a su factótum. "Así como las posturas políticas. Dale a Laura los formularios que necesite. Puede rellenarlos cuando la hayamos instalado, y yo los traeré conmigo".

Hecho esto, se pusieron en camino hacia D.C.

CAPÍTULO 8



EL LARGO VIAJE, con Alessandra al volante, transcurrió casi siempre en silencio. Notó que las lágrimas corrían silenciosamente por el rostro de su hermana durante la mayor parte del trayecto, pero aparte de apretarle la mano en señal de apoyo, dejó que Laura exteriorizara su dolor, pensando que hablaría cuando quisiera. Mientras tanto, sus pensamientos se dirigían constantemente a Julian. Reflexionaba sobre lo poco que sabía de él, que no era mucho, y sobre la fuerte atracción que sentía por él. Pensó que la generosidad y la compasión, mezcladas con un ligero aire de oscura melancolía y profundos secretos, formaban una potente combinación.

Estaba acostumbrada a acosar a muchos empresarios en su guarida, decidida a conseguir un empleo para una de "sus" mujeres del refugio. Pero apenas había empezado su perorata cuando él la detuvo, ofreciéndole sin la menor vacilación no sólo un trabajo, sino un lugar donde vivir.

"¿Crees que he hecho lo correcto?". Laura rompió bruscamente el silencio, interrumpiendo la ensoñación de Alessandra.

"¿Lo correcto?" Alessandra parpadeó, tardando un minuto en darse cuenta de lo que debía de querer decir su hermana. "¿Te refieres a dejar a Robert?"

Laura asintió, y Alessandra se inclinó sobre la consola para abrazar brevemente a su hermana.

"¡Cariño, claro que sí! Pero te diré una cosa", añadió. "No importa que ni una sola persona lo piense, mientras *tú* creas que has tomado la decisión correcta, eso es lo único que importa".

"Ojalá pudiera ser tan fuerte como tú", confesó Laura, con los ojos fijos en el Mustang descapotable de Julian que circulaba entre el tráfico delante de ellos. "A menudo he observado cómo simplemente... eres tú... y me he preguntado cómo lo hacías. Cómo encontraste lo que querías y cómo fuiste tras ello incluso con mamá y papá discutiendo a cada paso".

"Bueno, no sé *si* entonces sabía lo que quería, precisamente", respondió Alessandra con sinceridad, frotándose el puente de la nariz pensativa. "Sólo sabía lo que no quería, y eso era estar a las órdenes de algún hombre toda mi vida, como ha estado mamá, y todos los demás siguiendo sus pasos, aunque cada uno de vosotros tenía algún sueño que quería seguir. Vi lo que os pasó y decidí que *nunca* me pasaría a mí".

Hizo una pausa, pensativa. "Para ser sincera, aún no sé exactamente qué es lo que quiero. Siempre quise ayudar a la gente, y hago el tipo de trabajo que quería, y tengo aficiones que me mantienen ocupada en casa. Pero siempre parece que falta algo más, y aún no he descubierto qué es."

"Había querido hacer trabajo voluntario", dijo Laura con nostalgia. "Pero incluso antes de

que Bobby enfermara, Robert decía que yo tenía mucho que hacer en casa sin 'perder el tiempo' con cosas de niña buena".

Laura apretó los labios, las lágrimas volvieron a brotar. "No tenía nada que decir sobre el funeral. Robert lo está organizando todo. Se le da bien eso de organizar cosas". Se sonó la nariz y se encogió de hombros, impotente. "Siempre me ha desautorizado en todo. Incluso en el funeral de mi hijo. Me habría gustado... bueno, no importa. Pero llevé el peluche de Bobby que tanto le gustaba a la funeraria, cuando Robert estaba en el trabajo, e hice que lo pusieran en el ataúd con él."

Alessandra deseaba que Robert estuviera con ellos ahora mismo, para poder darle un puñetazo en su perfecta nariz.

"Bueno, ahora puedes hacer todas las cosas de niña buena que quieras", le dijo a su hermana.

Finalmente cruzaron a D.C. y maniobraron entre el tráfico de las calles anchas y bien pobladas.

"¡Oh, mira! Creo que ya está!" dijo Laura, que parecía emocionada. Delante de ellas, Julián había aminorado la marcha y hacía gestos hacia la derecha. Alessandra y Laura miraron atentamente mientras pasaban a paso de tortuga. El exterior recordaba a un pórtico griego, con su alto techo sostenido por columnas. Dos escalones bajos y anchos se extendían a lo largo de la fachada de la tienda. Dentro, la galería estaba muy iluminada y era espaciosa, con el suelo desnudo reluciente. Dentro trabajaba lo que parecía un ejército de pintores, agitados como un enjambre de abejas vestidas de blanco.

Siguieron a Julian a la vuelta de la esquina y giraron hacia un callejón trasero que se abría a una zona de aparcamiento, lo bastante grande para dos o tres coches, detrás de la galería.

"La entrada de servicio", dijo Julián cuando se reunió con ellos en los escalones que conducían a una gran puerta metálica. "Las escaleras del estudio están dentro".

Sonrió a Laura, tratando claramente de tranquilizarla. "No tendrás que ir muy lejos para volver a casa, cuando acabe tu jornada laboral".

Ella le devolvió la sonrisa un poco tímida.

"Te agradezco mucho que me hayas dado esta oportunidad. No te defraudaré".

"Sé que no lo harás".

Julián sólo tardó unos minutos en mostrarles la galería de arte y las oficinas traseras que la acompañaban, vacías de mobiliario.

"La pintura estará terminada este fin de semana", explicó. "Los muebles de la oficina llegarán la semana que viene, y las vitrinas de la exposición unos días después. Tengo que estar aquí cuando lleguen las vitrinas, y la propia colección, por supuesto, pero puedes supervisar la entrega de los muebles de la oficina, y ahorrarme a mí o a Jackson el viaje para ello."

Alessandra le dedicó una sonrisa traviesa. "Apuesto a que sería Jackson".

Se rió entre dientes. "Muy probablemente".

Laura sonrió insegura, mirando a Alessandra con asombro, como si no supiera cómo había tenido la temeridad de intercambiar bromas tan ligeras con Julián. Alessandra le guiñó un ojo. Ayudaría a Laura a aprender a relajarse y a disfrutar de la vida y de todo lo que ésta le ofrecía.

A un lado de la oficina trasera había una puerta abierta, con una escalera hacia arriba.

Julián hizo una pausa para mostrarles la cerradura y el pestillo de seguridad del interior de la puerta, y entregó un juego de llaves a Laura.

"Nadie tendrá las llaves salvo Jackson y yo". Les hizo subir por la amplia escalera. Se unieron a él en el rellano, y luego tuvieron que retroceder un escalón o dos cuando la puerta se abrió inesperadamente hacia fuera.

"Incómodo", observó Alessandra. "El aterrizaje tenía que haberse hecho más grande".

Julian le devolvió la mirada por encima del hombro con una sonrisa, sus dientes blancos contrastaban intensamente con su piel bronceada. "En absoluto. Hice cambiar la puerta cuando compré el lugar. La reputación del arquitecto sigue intacta".

Golpeó la puerta en señal de manifestación. "D.C. no es sólo la capital del gobierno. También es la capital del crimen. Una puerta que se abre hacia fuera, no se puede *patear*".

Entró, encendió un interruptor de la luz y se apartó mientras ellos entraban.

Espaciosa era, en efecto, la palabra para designarla, musitó Alessandra, observando cómo Laura abría los ojos con asombro. Era una sola habitación grande, que abarcaba todo lo largo y ancho de la galería y el despacho de abajo. Amplias ventanas daban a la calle. Al fondo del estudio había una cocina pequeña pero funcional y un cuarto de baño completo, con bañera de patas de garra. En el centro de la habitación había un grupo de muebles: mesas, sillas, lámparas e incluso el armazón de una cama de matrimonio. El colchón y los muelles estaban apoyados en la pared del fondo.

Julian observó el amasijo de muebles con aprobación.

"Voy a hacer que algunos de los pintores suban tus cosas del coche mientras vosotros dos miráis a ver qué hay aquí".

Superando las protestas de Laura, le quitó las llaves de los dedos inertes y se dirigió escaleras abajo.

Alessandra se rió al ver la cara de Laura.

"Será mejor que te acostumbres", aconsejó a su hermana. "Tengo la sensación de que Julian es de esa rara especie, un criador. Y te ha tomado bajo su protección".

"¿Nutridora?" Laura parecía confusa.

"No pueden evitar ayudar a quienes les rodean", explicó Alessandra. "Algunos criadores llenan continuamente sus vidas de personas a las que ayudan. Otros, y tengo la sensación de que Julian es uno de ellos, se mantienen distantes de los demás, pero los que son atraídos a su mundo son acogidos sin reservas, reunidos y pasan a formar parte de su familia. Creo que tú acabas de convertirte en familia".

Laura lo consideró y pareció ligeramente complacida. "Eso me gusta. ¿También te ha acogido a ti?"

Riendo, Alessandra dio un codazo a su hermana. "No, tonta, porque yo también soy una criadora. Del primer tipo. Ahora ven, arreglemos esto y veamos adónde quieres que vaya".

Todos los muebles eran viejos, en esa zona gris de no ser lo bastante viejos o buenos para ser antigüedades, pero demasiado buenos para clasificarlos simplemente como muebles usados. Alessandra arrastró la mesa abatible hasta la zona de la cocina, abriendo sus hojas, mientras Laura desenredaba dos sillas del lío de varios cables eléctricos que se enredaban en las patas de las sillas.

"Alex, ¡mira esto!", exclamó, tras liberar una lámpara de mesilla de la maraña de cables. La levantó, una reluciente cerámica blanca con grietas doradas. Estaba un poco polvorienta, pero era una pieza preciosa. Alessandra volvió al montón que había en medio del suelo y se inclinó para levantar una de las sillas.

"Aquí está la sombra", dijo, sacando una sombra curvada con cuentas de plata colgando del borde. "Es sorprendente que haya sobrevivido, por la forma en que lo han tirado todo aquí".

Mientras los obreros subían las cajas de Laura por las escaleras, ella y Laura se dedicaron a colocar un sofá acolchado, una mesa de centro y una mesa auxiliar.

Laura dudó en colocar una segunda mesa auxiliar a juego.

"Necesito una mesilla de noche, así que creo que usaré esto de momento", decidió. "Siempre puedo comprar otra cosa más tarde".

Julian regresó, llevando en un brazo un par de paquetes envueltos en plástico. Los dejó sobre el sofá.

"Las compré el mes pasado cuando compré la casa, casi se me olvida que las tenía en el armario de abajo".

Alessandra investigó los paquetes, que resultaron ser un juego de sábanas nuevas, una almohada y un edredón de un bonito azul pastel.

"Son sencillas", dijo Julian, más bien disculpándose. "Había pensado que de vez en cuando Jackson o yo mismo podríamos necesitar estar en D.C. unos días seguidos y podríamos quedarnos aquí arriba, así que compré éstas."

"¡Mil quinientos gramos de algodón egipcio!" exclamó Alessandra, leyendo la etiqueta. "¿Y te disculpas porque son lisos?"

Se limitó a sonreír y señaló la zona de la cocina. "También hay algunos platos y cosas así en la cocina. Son cosas bastante utilitarias, pero de nuevo, suficientes para un comienzo".

Ruborizada y resplandeciente de excitación, Laura se levantó del sofá y se dirigió de inmediato a los armarios de la cocina. Un momento antes, pensó Alessandra, Laura había empezado a decaer, aferrándose a la almohada con ambos brazos. Aquel movimiento era bueno, pues la distraía de su dolor. Algo bueno para las dos, admitió. Había permitido que la situación de Laura y su familia la distrajera de su propia tristeza.

"¡Mira, Alex! Es Corelle. Y muy bonito".

Alessandra cruzó obedientemente la habitación para mirar la vajilla, mientras Julián, con ayuda de uno de los pintores que había contratado, colocaba la cama contra una pared.

Un grito procedente del piso de abajo anunció la llegada de dos personas: un hombre mayor que llevaba media docena de cajas de pizza y un par de paquetes de seis refrescos, y un adolescente cargado de bolsas de plástico del supermercado. Julian dirigió a ambos a la zona de la cocina, donde el repartidor del supermercado se deshizo de las bolsas con evidente alivio, y luego volvió a bajar, al parecer a por más comestibles.

"¡Hora del descanso!" gritó Julian bajando las escaleras, sacando la cartera y despegando unos billetes, que le pasó al hombre que había entregado la pizza. "¡Ven a por la pizza!"

"Algo básico, para que no tengas que comprar esta noche", le explicó a Laura, que estaba mirando las bolsas que había sobre la mesa. Alessandra fue al lado de su hermana y también echó un vistazo. Harina y azúcar, café, té, aceite y manteca, unas latas de verduras variadas, algo de fruta fresca, leche y zumo.

Alessandra se apartó para hacer sitio al siguiente lote de víveres que acababa de llegar, y cruzó la habitación hasta el lado de Julián.

"Es demasiado", protestó en voz baja, para que Laura no la oyera. "Julian..."

"Shhh". Le pasó una porción de pizza de pepperoni y salchicha mientras la sala se llenaba de pintores que descendían sobre las cajas de pizza. Mirando por encima del hombro para asegurarse de que Laura estaba fuera del alcance del oído, se volvió hacia Alessandra.

"Lo he pensado todo durante el viaje y he llamado antes para pedir que me traigan la comida. Creo que Laura querrá estar sola esta noche. Puedes ofrecerte a quedarte para ayudarla a instalarse, pero creo que insistirá en que vuelvas a Nueva York conmigo. No quiero dejarla aquí, en un apartamento desnudo, con nada más que un montón de muebles. Así podrá hacer café y holgazanear, buscar sitios para ponerlo todo en la cocina y el armario, reorganizar los muebles y los armarios una docena de veces y llorar todo lo que necesite sin nadie a quien ver, sin nadie a

quien pedir disculpas. No va a ser una buena noche para ella, y ahora tendrá cosas que hacer para ocuparse".

Alessandra le sonrió agradecida. "¡Tienes todas las bases cubiertas! En serio, muchas gracias por lo que haces por ella. Sólo el trabajo era todo lo que esperaba, pero te has ocupado de todo. Es más de lo que habría hecho la mayoría de la gente".

La miró, con una chispa en sus profundos ojos azules. Había aprobación en su intensa mirada, y algo más, algo que ella no podía definir.

"Tú habrías hecho lo mismo", dijo.

El calor inundó sus mejillas.

"Si pudiera", admitió. "Aunque no podría ayudar a alguien a esta escala".

Su expresión cambió, una sombra pareció cernirse sobre él.

"Puede que no quieras hacerlo, aunque pudieras. Todo tiene un precio, y querer ayudar a la gente puede tener su propio coste".

CAPÍTULO 9



A ALESSANDRA LE preocupaba dejar a su hermana sola en un apartamento extraño de una ciudad extraña, pero, como Julián había previsto, Laura rechazó su oferta de quedarse.

"Estaré bien", insistió, dando unas palmaditas en el brazo de Alessandra. "Tú sigue con Julian. Necesito estar sola ahora mismo... para pensar en Bobby, y llorar, y no preocuparme de incomodar a la gente que me rodea".

Ella lo entendía. Lo veía todo el tiempo con las familias con las que trabajaba, cuando uno de sus seres queridos moría. Aun así, se trataba de su hermana...

"¡Vete!" dijo Laura, dándole un empujón hacia la puerta. "¿Julián?"

Se acercó a la suave indicación de Laura, deslizando un brazo sobre el hombro de Alessandra.

"Vamos, Alessandra. Después de todo, sólo está a una llamada de distancia. Los dos tenéis móvil y ella puede localizaros en cualquier momento".

"Tendré el teléfono cerca de mí toda la noche", le dijo a Laura. "Lláname siempre que me necesites..., aunque sea en mitad de la noche, ¿vale? Quiero que me prometas que llamarás si necesitas hablar, o si necesitas que vaya. ¿Me lo prometes?"

"Te lo prometo". Laura señaló su teléfono, conectado al cargador de la cocina. "¿Ves? Todo listo, por si lo necesito".

"De acuerdo".

Besó la mejilla de su hermana, sintiéndose reacia, pero comprendiendo la necesidad de soledad de Laura. Siguió a Julián escaleras abajo y hasta su coche.

"No debería estar aquí sola", se preocupó. "Va a estar en un espacio horrible".

"No te preocupes", le dijo, girando la llave en el contacto. Retrocedió con cuidado y puso la marcha atrás. La miró con una sonrisa que parecía ligeramente culpable.

"Jackson vendrá esta tarde, después del cierre de Whimsies, aparentemente para supervisar la pintura y demás, así como para repasar con ella los requisitos del trabajo. Pasará a ver cómo está esta noche y luego se quedará un par de días en el Hotel Kings Arms, no muy lejos de aquí, para estar cerca si hace falta. Es bueno con la gente. Sabrá cuándo darle cosas que hacer para distraerla y cuándo apartarse y darle espacio".

Alessandra sintió una oleada de gratitud. "Has pensado en todo".

Su sonrisa era autodespectiva, el brillo de sus ojos humorístico.

"Lo intento. También pienso que para cuando lleguemos a Nueva York ya habrá pasado la hora de cenar, y lo único que hemos comido es pizza. No esperaba llegar tan tarde cuando salí de

casa esta mañana, pero he puesto un pollo a cocer a fuego lento en una olla de barro. ¿Te apetece venir a compartirlo conmigo? Podemos comprar una baguette en la panadería que hay al final de la calle, y yo prepararé una ensalada para acompañarlo".

Sonaba maravilloso, y ella estaba interesada en ver cómo sería su apartamento.

Estaba completamente oscuro cuando llegaron a la ciudad, aunque con las luces brillantes las calles eran tan fáciles de ver como de día. Un joven uniformado se adelantó para abrirle la puerta cuando llegaron al edificio de apartamentos de gran altura.

"Buenas noches, señorita". Saludó a Julián con la cabeza. "Sr. DiConti".

Julian dejó el motor en marcha y se unió a Alessandra en la acera mientras el joven se deslizaba en el asiento del conductor y se alejaba lentamente. Un portero les sostuvo la puerta cuando entraron en el vestíbulo. Era una sala amplia y ventilada, de color blanco roto con ribetes dorados opacos. Había sofás de rayas satinadas y mesitas de madera oscura. Del techo colgaban lámparas antiguas, y el ambiente general era el de un hotel pequeño y elegante, más que el de un edificio de apartamentos. Alessandra se esforzó por ocultar su sorpresa. El anticuario debía de ser mucho más lucrativo de lo que ella había pensado.

"Señor, señora". Un guardia de seguridad de aspecto severo estaba sentado tras una pantalla de monitores en el extremo opuesto del vestíbulo, y se quitó el sombrero cuando pasaron junto a él para entrar en un pequeño pasillo que conducía a un ascensor elegante y moderno.

Julian utilizó una tarjeta para llamar al ascensor. Subieron al piso veintidós, hasta el último piso del edificio. Salieron a un pasillo muy corto, más bien un gran rellano, con una sola puerta. No había ningún número en la puerta, ningún nombre, nada que la identificara como un apartamento. Alessandra sintió que se le levantaban las cejas. ¿El ático? ¡Vaya!

Julian la desbloqueó y le abrió la puerta para que entrara. Sintió su mirada fija en su rostro. ¿Se preguntaba si era una especie de prueba? Cruzó el umbral y se detuvo asombrada, como si hubiera caído en medio de un cuento de Las mil y una noches. Había sofás bajos alineados en la habitación, con otomanas y mesas igualmente bajas colocadas a intervalos. En los sofás había montones de cojines, y otros cuadrados más grandes, obviamente para sentarse en el suelo, estaban amontonados por toda la habitación. Se percibía un leve rastro de incienso, y observó unos cuencos de latón que colgaban del techo con esbeltas cadenas. También había lámparas de latón colgadas en las esquinas, cuya luz filtrada se filtraba a través de cristales de colores montados en el interior de los paneles de latón. Unas alfombras, que incluso para sus ojos inexpertos debían de tener un valor incalculable, yacían esparcidas sin ningún respeto por la simetría sobre un suelo de baldosas.

Fue consciente de que Julian estaba a su lado, esperando su respuesta.

"¡Vaya!" consiguió decir, aún parpadeando un poco ante todo aquello. Se le escapó una carcajada. "Y yo que pensaba que mi casa era excéntrica".

Fascinada, paseó por una alfombra de felpa con un diseño de pavos reales en azules y verdes, los colores tan ricos como los hilos de seda con los que estaba tejida. Tenía que ser seda. Una vez había trabajado con una mujer de familia rica, en cuya casa había varias alfombras orientales. Una vez que las había experimentado, era difícil confundirlas con las auténticas, y éstas lo eran.

La puerta de la izquierda conducía a la cocina, de aspecto bastante normal si se descontaban los recipientes de latón de forma extraña, presumiblemente para hacer café turco, que colgaban de la pared detrás de los fogones, y otra olla de latón bastante redonda y alta que descansaba en ángulo oblicuo sobre una base hecha para sostener algún tipo de vela u otro fuego. Un largo mango, que supuso que era un cucharón, sobresalía de la amplia abertura. En un extremo de la encimera de la cocina se apilaban desordenadamente bandejas de servir de plata y latón de

distintos tamaños y formas. El delicioso aroma del pollo impregnaba la habitación.

Julian la había seguido hasta la cocina, y ahora pasaba rozándola por el estrecho espacio entre las encimeras.

"Déjame que empiece el arroz, o no comeremos hasta medianoche".

Ella lo observó mientras sacaba una sartén honda de una alacena y reunía mantequilla, arroz y una caja de orzo, un tipo de pasta con forma de arroz pero un poco más grande. Con rápida eficacia, derritió una generosa porción de mantequilla y añadió el orzo, removiéndolo a fuego medio hasta que se doró. Con una despreocupación que la hizo enarcar las cejas... estaba acostumbrada a seguir recetas que requerían medir los ingredientes... echó un montón de arroz.

Bajó el fuego y acercó la olla al borde de la encimera. Cuando levantó la tapa, el apetitoso aroma del pollo llenó la habitación, mezclándose con el de la mantequilla derretida. Echó unos cucharones del caldo en la mezcla de arroz, así como una cantidad casi indecente de mantequilla, además de la que había utilizado para dorar el orzo. Alessandra calculó que había utilizado la mayor parte de una barra entera de mantequilla. Llevó la mezcla a ebullición y luego la redujo a fuego lento, tapándola bien con una tapa.

Hecho esto, se volvió hacia ella.

"¿Quieres ver el resto? -preguntó, arqueando una ceja móvil. Por el brillo de sus ojos azul oscuro, debía de saber que ella se moría de curiosidad.

Su dormitorio, sin embargo, era un eco más pequeño del salón, con la cama baja y ancha y amontonada de cojines. Las fundas de la cama, de un brocado azul en tono joya con almohadas de contraste en verdes y dorados, destacaban sobre las suaves paredes beige. Había un armario anticuado contra una pared, en lugar de un ropero, y aquí también colgaban más lámparas de latón y quemadores de incienso. Sin embargo, extrañamente, le pareció que aquí no había una verdadera sensación de Julián. No había objetos personales como chucherías, ni calcetines apilados en un rincón, ni fotos de la familia.

El cuarto de baño era sólo eso... un cuarto de baño, con todos los accesorios masculinos, como aftershave y una maquinilla de afeitar sobre la encimera. Una habitación libre se había convertido en despacho, con ordenador e incluso un viejo fax, y una pared entera llena de archivadores. La habitación era casi chocante, su moderna esterilidad contrastaba con la exótica opulencia extranjera del resto del apartamento.

De vuelta en la cocina, Julian levantó la tapa de la mezcla de arroz pilaf para removerla, y el aroma más increíblemente celestial llenó la habitación. Alessandra aspiró profundamente y sintió que se le hacía la boca agua.

"¿Café?"

Con hábiles movimientos llenó de agua una olla de latón con forma de reloj de arena y la puso a hervir, y de un armario sacó dos tazas demitas con sus platillos, ambas de delicada porcelana con hermosos dibujos. Pintadas a mano, estaba segura. Por supuesto, era anticuario, así que era lógico que tuviera acceso a cosas tan bonitas. Sólo que era muy *masculino*, por lo que resultaba un poco sorprendente encontrar su casa amueblada como en un sueño. Un sueño de las Mil y una Noches.

Volviendo al salón mientras Julian preparaba el café, Alessandra tuvo la extraña sensación de que los ángulos estaban un poco torcidos, como si las esquinas angulosas y las paredes rectas de la habitación fueran de algún modo cóncavas. Las miró escrutadoramente, pero parecían perfectamente rectas. Pero un momento después, al girar la cabeza para ver a Julian entrar en la habitación, por el rabllo del ojo le pareció de nuevo que las paredes se curvaban hacia dentro donde se encontraban con el suelo y el techo. Sacudió ligeramente la cabeza, pensando que tal

vez el estrés de los dos últimos días la había mareado, aunque se sentía perfectamente. Pero aquella esquina era definitivamente redondeada. Giró la cabeza para mirarla de frente y la impresión se desvaneció. Sólo era una esquina, las dos paredes se unían en ángulo recto.

"¿Qué pasa?" Julian se sentó en un sofá bajo, su mano agarró la de ella para atraerla a su lado. Sobre una mesita de madera de teca, con la superficie redonda cubierta de cristal, había colocado una bandeja con dos tazas demitas, cuyo espeso líquido marrón humeaba.

Dudó, mirándole. ¡Pensaría que estaba loca!

"Las paredes me parecen un poco extrañas", confesó. "De reojo, me da la impresión de que son redondeadas, pero luego, cuando las miro, son rectas".

Se rió un poco, sintiéndose incómoda. "Probablemente sólo estoy cansada. No suelo ver cosas que no están ahí".

Julian permaneció inmóvil durante un largo rato, mirándola con una extraña expresión en los ojos, cuyo color zafiro se había vuelto azul noche. Como si arrastrara sus pensamientos de vuelta al presente, sacudió un poco la cabeza y buscó una taza, tendiéndosela a ella.

"Esto es café turco... o árabe, o griego, según prefieras. Generalmente es una bebida tipo postre, que se sirve en ocasiones sociales".

El café era rico y espeso, casi más sólido que líquido, muy mezclado con leche. Era tan fuerte que casi podía sentir cómo se le erizaba el vello de la nuca. ¡Iba a estar despierta toda la noche después de beber esto! Frunció un poco el ceño y bebió otro sorbo, dejando que la espesa infusión se asentara en su lengua.

"¿Qué más hay aquí? Hay algo con un poco de sabor, no consigo ubicarlo".

"Cardamomo", contestó, dando un sorbo a su café. "Lo limité a una pizca. Entre los beduinos utilizan tanto que el propio café es verde y bastante amargo".

Alessandra arrugó la nariz. "¿Y te bebiste eso?"

Se rió entre dientes, y su rostro se iluminó con un humor rápido. "Digamos que aprendí a tragarlo. Hay que hacerlo, para ser educado como invitado, claro".

"Por supuesto".

"Tres veces. Se sirve tres veces seguidas. Luego tres tazas de té. Así que te tomas el café lo más rápido que puedes y recuerdas que el té viene después".

Con un gesto de dolor, le dedicó una rápida sonrisa. "Gracias por no pasarte con el cardamomo. Está bien tal como está. Lo suficiente para que sea interesante, pero no para que resulte abrumador".

"Precisamente". Levantó la copa en un brindis y se rieron. Julian se puso en pie, desplegándose del cojín bajo para elevarse por encima de ella. "Deja que prepare rápidamente una ensalada para acompañar la cena".

"Puedo ayudar", se ofreció ella, preparándose para levantarse también.

Julian le tendió la mano y ella la cogió, muy consciente del calor de sus dedos sobre los suyos, de la vitalidad de su fuerte figura junto a ella mientras caminaban hacia la cocina.

"Yo lo haré. Tú eres el invitado, te toca mirar".

Se sentó en un taburete alto junto a la isla de la cocina, observando cómo él sacaba dos tomates y un pepino del cajón de la nevera. Tras enjuagarlos, cortó los tomates en dados en un cuenco, y luego, con aquellos movimientos rápidos y económicos, peló el pepino y lo cortó en rodajas en el cuenco con los tomates. Se acercó a un armario, sacó un frasco y roció su contenido sobre la mezcla de tomate y pepino. Alessandra se inclinó hacia él, olfateando inquisitivamente.

"¿Comino?"

"Sólo un poco", aceptó. "Luego rocíalo con aceite de oliva", y hizo una demostración. "Y remueve. Sencillo, fácil y sabroso".

Le tendió la cuchara con un par de trozos de tomate. Ella se inclinó hacia delante y probó delicadamente.

"¡Mmm! ¡Tienes razón! Y además se enfrían".

"Estupendo en verano", estuvo de acuerdo. "A veces preparo un gran cuenco de esto y lo mantengo refrigerado. Durará un par de días en el frigorífico, y puedo servirme lo que quiera".

"¡Me gusta! Tengo un pequeño huerto y mis propios tomates. Definitivamente voy a recordar esto".

Tapó el cuenco, colocándolo en el frigorífico, y volvió a remover el arroz.

"No falta mucho. ¿Qué quieres tomar con la cena? Tengo vino blanco".

Alessandra negó con la cabeza. "Para mí sólo agua helada. Ha sido un día muy largo y aún tengo que conducir hasta casa".

Puso hielo en un vaso alto y delgado, y luego lo llenó con agua fría de una jarra. Se lo dio y la empujó hacia el salón. "Ve a sentarte. Enseguida te traigo esto".

¿Quién era ella para discutir? Cogió el vaso de agua y volvió al salón, se tumbó en un cojín muy bajo y apoyó la cabeza en el almohadón que tenía a la espalda. Estaba cansada, pero agradablemente. Era agradable relajarse sobre los cojines, disfrutando de la experiencia única de tener a un hombre guapo y simpático cocinándole la cena.

Con una mano acarició el suave terciopelo del cojín gris plateado que tenía debajo. El sofá consistía en varios cojines largos y bajos sobre el suelo, con almohadones en forma de cuña a modo de respaldo. Los cojines y almohadones se alineaban en las paredes a lo largo de dos lados del salón, con una sección curva en la esquina. Había almohadones rectangulares a juego, supuestamente para apoyar los brazos o reclinarse, además de una docena de cojines de distintos tonos de azul, adornados con cuentas o flecos. Resultaba sorprendentemente cómodo y fácil relajarse en él.

"Me gusta tu sofá", le dijo Alessandra a Julián en la cocina. "Nunca había visto nada igual".

"Esto es lo que se llama un *majlis*... que se traduce aproximadamente por sala de estar en español. En algunos países árabes se utiliza tanto para el nombre de la habitación como para el mobiliario tradicional de la misma", respondió. "Hay zonas enteras de los *zocos*... bazares... sólo de éstos, y se hacen a medida de la habitación si es necesario".

"¿De verdad?" Examinó el mobiliario con intenso interés. "No tenía ni idea. Parece sacado de un cuento de Las mil y una noches".

Julian apareció en la puerta de la cocina, trayendo platos y cubiertos en una mano, el cuenco de ensalada de tomate acunado en el otro brazo.

"Pasé mucho tiempo en la cultura de Oriente Medio". Al oír una extraña nota de contención en su voz, su mirada se dirigió al rostro de él, pero se le ocultó mientras se inclinaba para colocar las cosas sobre la mesa. Al cabo de un minuto, se enderezó y sus ojos verdes como el musgo sonrieron al indicar los muebles con un movimiento de la mano. "Este estilo de muebles me parece relajante, así que lo he adoptado".

Desapareció de nuevo en la cocina y regresó con una gran fuente con un montón de arroz, el pollo ya cortado en trozos sobre el reluciente arroz y dos grandes cucharas de servir. No necesitó que la insistiera para servirse una porción de arroz y pollo en el plato, y un poco de ensalada. Al dar el primer bocado, no pudo evitar gemir en voz alta.

"¡Esto es maravilloso! Dios mío, creo que no he comido nada que engorde tanto en todo el año. No me puedo creer la cantidad de mantequilla que le has puesto, pero sabe de maravilla".

"Tengo que comer mantequilla", afirmó, comiéndose su propio plato de comida.

Alessandra se sentía como si llevara días sin comer, y notó que Julián tampoco se quedaba atrás a la hora de guardarlo.

"Lo cual demuestra", dijo entre bocado y bocado, "que tengo razón en mi opinión de siempre de que la pizza no es comida *de verdad*".

Añadió apresuradamente, al recordar que Julian era de Italia. "Sin ánimo de ofender".

"No hace falta", le aseguró, sosteniendo un tenedor cargado de arroz suspendido en el aire. "Dame comida de verdad cualquier día".

Cuando ambos se saciaron, él se levantó y recogió los platos. Ella empezó a ayudar, y él la fulminó con la mirada, señalándola con el dedo. "Quédate. Los invitados no limpian".

"Pero es lo justo", protestó ella. "Tú cocinaste todo".

"No. Los invitados se sientan y se relajan. Vieja tradición italiana". Sonrió con satisfacción, apartando el plato de delante de ella.

Bueno, eso no podía discutirlo, pues nunca había estado en Italia como para saber de un modo u otro.

Llevó los platos a la cocina y luego asomó la cabeza por la puerta. "¿Postre?"

"Dios mío, no", se rió, recostándose contra los cojines y dándose palmaditas en la barriga. "Estoy repleta, como decía mi bisabuela".

Observó fascinada cómo una ceja negra se alzaba en un arco inquisitivo. "¿Repleto? Nunca lo había oído".

"Siempre lo decía después de cenar. Siempre supuse que significaba 'cómodamente lleno'. Debería buscarlo en Google alguna vez, para ver".

Lo vio volver con una jarra... era de cristal tallado... de agua helada, rellenando los vasos de ambos. Él se acomodó junto a ella en el sofá bajo.

"¿Cómo lo haces?", preguntó con curiosidad.

La miró débilmente sorprendido. "¿Hacer qué?"

"Arquea sólo una ceja, como has hecho hace un minuto". Ella intentó imitar el gesto, pero notaba que se le levantaban las dos cejas.

"¡Ah, eso!" Se echó a reír. "No lo sé, siempre lo he hecho. Creo que es genético, mi padre también podía".

Ella seguía intentándolo y exhaló un suspiro exasperada. "¡No puedo hacerlo!"

Sus labios firmes y atractivos se crisparon. "Es una cuestión de control muscular", explicó con la gravedad adecuada. "Probablemente puedas hacerlo con la práctica".

Alessandra se rió en voz alta, dándose por vencida. "Se lo dejaré al experto", se burló.

Volvió a echar un vistazo a la habitación. Estaba perfectamente limpia. No había abolladuras en las almohadas ni en los cojines, ni una mota de polvo en ninguna parte. Se imaginó que tendría un ama de llaves, por supuesto.

"¿Hace mucho que vives aquí?", preguntó.

Julian se encogió de hombros, que se le encogieron bajo la fina tela de la camisa.

"Lo suficiente".

"Esto es precioso, casi un escaparate". Indicó la habitación con un movimiento de la mano. "¿No tendrías más espacio en una casa?"

"Me gusta la tranquilidad y la seguridad, pero sin dejar de estar en medio de todo el bullicio".

Julian se levantó bruscamente y se acercó a la alta ventana, enmarcada en vaporosas cortinas que iban del techo al suelo. Ella se unió a él, contemplando la calle, tan abajo. No penetraba nada del ruido y el murmullo de las ajetreadas calles de la ciudad; a menos que uno mirara por la

ventana, la ciudad casi podría no existir.

El rostro de Julián estaba inmóvil, su expresión remota, retraída. "Éste es mi refugio. No invito a casi nadie aquí. Tan poco de lo que tengo es sólo mío..."

Se interrumpió, volviéndose hacia ella. Tenía una expresión sombría, la mirada de un niño perdido y confuso. Dolido. Impulsada a consolarlo, le puso la mano en el hombro. Como si se sintiera atraído hacia ella, se volvió hacia sus brazos, el pelo oscuro y desgredado le cayó sobre el hombro mientras apoyaba la mejilla en su cabello.

La luna acababa de salir sobre las siluetas oscurecidas de los rascacielos, y podían ver las luces de la ciudad extendiéndose por debajo en la noche. Era casi como si los dos estuvieran solos, en una ciudad alejada de cualquier lugar.

"¿Quién eres, Julián?" preguntó Alessandra con curiosidad, mirándole a la cara. "¿De dónde eres?"

"Un pueblecito del norte de Italia". Se agitó y dio un paso atrás, zafándose de su abrazo, con los brazos caídos a los lados. "Mi familia se ha ido, sólo quedo yo. Así que vine aquí... hace muchos años".

No me extraña que sintiera tanta compasión por Laura.

"Lo siento", se ofreció Alessandra.

Julián se había replegado sobre sí mismo, y ella juzgó que había llegado el momento de marcharse.

"Debería irme a casa. Gracias por una cena tan agradable, Julian. Por lo que has hecho por Laura, y Bobby... por todo".

"Era lo menos que podía hacer", fue su desconcertante respuesta.

Antes de que ella pudiera preguntarle qué quería decir, él se había dado la vuelta, cogiendo el móvil y llamando a un taxi. Se despidió de él en el ascensor, negándose a que la acompañara a Whimsies.

"No me pasará nada. Haré que el taxista espere hasta que esté a salvo en mi coche. Buenas noches, Julian, y gracias de nuevo".

"Buenas noches".

JULIAN ESTABA DE pie junto a la ventana, mirando cómo Alessandra hablaba con el aparcacoches mientras esperaba el taxi. Incluso desde allí arriba, podía ver el placer que sentía el joven en su compañía. Tenía un encanto natural, un magnetismo alegre que atraía a la gente hacia ella. El hecho de que ella fuera totalmente inconsciente de su atractivo no era un detalle menor.

Esperó a que llegara el taxi que había llamado, y vio a Alessandra entrar en el taxi, con el aparcacoches sujetándole la puerta. El portero también salió de debajo del toldo, despidiéndose con la mano. Julian hizo un pequeño movimiento con la mano, murmurando en voz baja, lanzando un hechizo para mantenerla a salvo hasta que llegara a casa. Se apartó de la ventana, con una emoción mucho más fuerte que el arrepentimiento apretándole el corazón.

Si tan sólo estuviera libre de este hechizo... si tan sólo...

CAPÍTULO IO



LLOVIÓ EL DÍA del funeral de Bobby. El aire estaba caliente y pesado, mientras relámpagos y truenos caían, como puntuando la injusticia del mundo. Julian había pedido a Jackson que trajera a Laura desde Washington, pues no quería que tuviera que conducir tanta distancia en aquellas circunstancias. Al encontrarse con ellos en el cementerio, Alessandra permaneció acurrucada con su hermana mayor bajo amplios paraguas, mientras Julian y Jackson se cernían protectores detrás de las jóvenes. El resto de los dolientes parecían apartarse de ellos, como si temieran acercarse demasiado al dolor tan real de Laura.

Robert estaba de pie con el resto de la familia, con un aspecto apropiadamente solemne para la ocasión, pero Julian no percibió ninguna sensación de pena en el hombre. De toda la familia, sólo la madre de Laura parecía sentir verdadera emoción por el fallecimiento de su nieto, o mostraba abierta simpatía por Laura. Sin embargo, incluso ella permaneció obedientemente al lado de su marido, y sólo las miradas de reojo a su hija mayor mostraban su preocupación. Una vez dio un paso hacia Laura y Alessandra, pero se detuvo al oír una palabra de su marido.

"¡Fran!"

La mujer, con los ojos enrojecidos por el llanto, dio un respingo. Levantó la mirada hacia él y luego hacia su hija, claramente desgarrada. Su marido murmuró algo en voz baja y Fran bajó los hombros, aunque volvió a mirar a Laura.

Julián, con la habilidad de oír lo que le gustaba, dedujo que su marido, Walter, consideraba que las "demostraciones emocionales" estarían fuera de lugar, serían de mal gusto. Además, no quería que su mujer "complaciera" la rebeldía de Laura al dejar a su marido. Julián se permitió sentir una petulante satisfacción por haber ayudado a Laura a alejarse de aquella familia angustiosamente frígida. Estaba mejor donde estaba, haciéndose una nueva vida estos últimos días. Había oído decir a Jackson que Laura estaba aguantando bien, estudiando la literatura que le había dado y familiarizándose con las imágenes de la colección, así como con la historia que había detrás de cada pieza.

Al final de la misa, Laura se quedó mirando el ataúd de su hijo, hundido en el suelo, mientras los demás se alejaban, quizá tanto para escapar de la lluvia torrencial como de la atmósfera cargada de emoción.

Alessandra se puso rígida de indignación cuando Robert se acercó. El brazo de Julian se deslizó alrededor de su cintura y la hizo retroceder un poco. Ella lo miró con una expresión de silenciosa gratitud por el recordatorio. No le correspondía intervenir. Lo sabía, pero no pudo hacer otra cosa que guardar silencio cuando Robert puso una mano pesada sobre el hombro de

Laura.

"Bueno, ya está", dijo con pesada finalidad. "¿Estás lista para irte?"

Laura levantó la cabeza, mirando a su alrededor un poco inexpresiva, sin comprender, con los ojos verdes aturridos. "¿Qué?"

"Es comprensible que hayas estado disgustada". La voz de Robert era condescendiente, pedante, crispaba los nervios de Alessandra. "Ahora es el momento de seguir adelante. Ven, te llevaré a casa".

"Yo... ¿Qué? Ella parpadeó y pareció retroceder cuando la mano de él se deslizó por su hombro hasta cerrarse sobre la parte superior de su brazo.

"Es hora de volver a casa", dijo Robert, empezando a alejarse de la tumba.

Laura cobró vida, se ruborizó al zafarse de su agarre.

"No voy a ir contigo", dijo rotundamente. "Ahora tengo mi propia vida, y no te incluye a ti. Hemos terminado, Robert. Hazte a la idea, porque hablo totalmente en serio".

Su rostro se ensombreció. "He sido muy paciente contigo, Laura. Sin embargo, es hora de que te enfrentes a la realidad. Tienes que volver a casa, donde perteneces, y retomar tu lugar como mi esposa".

Al verla, Alessandra pensó que Laura iba a perder los papeles. Su hermana miraba fijamente a su ex marido, con la mandíbula desencajada, y aunque su esbelta figura temblaba, era de rabia. Eso era saludable, y Alessandra intercambió una mirada de satisfacción con Julián.

La voz de Laura, cuando habló, era firme y sin titubeos. "Nada me haría ir a ningún sitio contigo, nunca más, Robert. Eres tú quien no se enfrenta a la realidad. Ya no soy tu mujer. Ahora, por favor, vete de aquí. Vete y déjame en paz".

Como si lo hubieran planeado, Alessandra y Julián se pusieron al lado de Laura, frente a Robert. La mano de Laura se deslizó hasta la suya y la apretó ligeramente en señal de apoyo. Los ojos de Robert se entrecerraron en dirección a Julian.

"¿Quién demonios eres?", preguntó con rápida suspicacia.

"Soy amigo de Alessandra y Laura". respondió Julián en voz baja. "Creo que Laura te ha pedido que te vayas".

"Eh, espera. Yo te conozco. Estabas en el hospital, acurrucada con Alex en el pasillo".

"Sí, estaba allí. No estaba *acurrucado*, sino consolándome tras la muerte del hijo de Laura", replicó Alessandra.

Robert se ofendió. "También era mi hijo".

"Era *mi* hijo", dijo Laura con amargura. "Nunca fue tuyo, Robert, porque nunca fuiste un padre para él".

Le dio la espalda a Robert, alejándose, hacia la tumba. Alessandra se acercó a Julian para impedir que Robert siguiera a Laura, cerrándole el paso.

"Esto aún no ha terminado", le dijo a Alessandra enfadado, girando sobre sus talones y alejándose a toda prisa.

"No puedo creer el descaro de ese hombre", susurró Alessandra en voz baja, sin querer que la oyera Laura, que no estaba lejos, pero vibraba de rabia. "Montar una escena así en el funeral, por el amor de Dios".

Él asintió y ella lo miró. "Gracias por estar aquí. Creo que no se habría rendido tan fácilmente si no hubieras estado tú".

"No se ha rendido". Julian observó la espalda en retirada del hombre. "No acepta que ella pueda abandonarle. Menos mal que ella estará en Washington y él no sabe dónde está".

"Bueno, no llegará a ella mientras esté conmigo", dijo Alessandra con sombría

determinación. "Si tengo que cerrar todas las puertas de la casa y no abrir la puerta si viene, eso es lo que haré".

"De todos modos, volverá a la galería dentro de unos días. No creo que la encuentre allí a menos que ella misma le dé la información. Sólo tú, Jackson y yo sabemos dónde está".

Alessandra volvió la mirada hacia su hermana y suspiró suavemente. "Creo que es hora de que la llevemos a casa. No puede ser bueno para ella quedarse, y quedarse, y quedarse. Creo que lo haría, si no la alejamos".

Asintiendo, Julián fue al lado de Laura, apartándola de la tumba.

"Vamos", le dijo, manteniendo la voz baja y suave.

"Julián tiene razón", dijo Alessandra. Rodeó con el brazo los hombros temblorosos de Laura. "Es hora de irse, Laura".

Las lágrimas de Laura brotaron frescas. "Es tan pequeño ahí dentro", susurró, mirando el ataúd de su hijo. "Tan solo".

Alessandra miró a Julián con impotencia, y él negó con la cabeza. ¿Qué se le podía decir a una madre afligida? Le corroía el sentimiento de culpa por no haber podido salvar al niño, sin importarle lo más mínimo que no hubiera estado en su mano hacerlo. De algún modo, debería haber encontrado la manera.

"Vamos", Alessandra se hizo eco de sus palabras anteriores. "Vamos, Laura".

Entre los dos la condujeron al pequeño y brillante VW de Alessandra, incongruente en el lúgubre cementerio, flanqueado a su alrededor por fúnebres automóviles oscuros. Alessandra esperó a que su hermana se sentara en el asiento del copiloto y se volvió hacia Julian. Su intento de sonrisa fue valiente, pero él deseó que no se esforzara; no por él.

Le cogió la mano y sintió un calor sorprendente; habría esperado que su piel estuviera fría. Un cosquilleo le subió por el brazo, un calor que se extendía y le provocó una sacudida. Un leve ensanchamiento de los ojos verde musgo, el más leve rubor en sus altos pómulos, le indicaron que Alessandra también sentía la conexión entre ellos.

"Llevaré a Laura a la galería mañana o pasado mañana", dijo Alessandra, retirando suavemente la mano del apretón de él.

Se encogió de hombros. "No hay prisa. La colección no llegará hasta la semana que viene. Puede tomarse unos días más si lo necesita. Cuando esté preparada, puede venir".

Ella asintió.

"Gracias, Julian. Por todo".

Asintió y se volvió hacia su coche. Había quedado con Jackson en Whimsies, donde empezarían a repasar los planes para la inauguración de la galería, así como la próxima colección.



"HOLA, JEFE".

Jackson entró en la trastienda, como de costumbre, aparentando la mitad de su edad. Hace apenas medio siglo, treinta y cinco años se consideraba mediana edad, reflexionó Julian. Hoy en día seguían siendo hombres jóvenes, con el pelo de punta, piercings y vestidos de cuero. Jackson le parecía muy divertido, con su estilo despreocupado tanto en el vestir como en la personalidad. A Julian le gustaban los personajes, y Jackson era uno de ellos.

"¿Por qué has tardado tanto?" preguntó Julián en tono suave.

"Tío, tuve que dejar mi guitarra en casa de mi hermano. No podía pagar la factura de la luz y

empeñó la suya. Otra vez".

"Podría buscarse un trabajo de verdad", sugirió Julián.

Jackson sonrió satisfecho.

"Sí, como si eso fuera a ocurrir. De todas formas, su grupo tiene un concierto esta noche, de lujo. Quizá consigan su oportunidad".

"Tal vez".

En realidad, el grupo no estaba nada mal. Julian había quedado impresionado la única vez que había ido a oírlos tocar a un pequeño bar de Brooklyn.

Jackson se dejó caer en la silla frente a Julián, con el ceño fruncido. "Vaya familia que tiene Laura, ¿eh?".

Julian frunció el ceño, recordando. "Conocí al marido en el hospital, el día que murió el niño, y ayer en el funeral. Un cabrón sin corazón, lleno de sí mismo. Intentó que Laura volviera con él".

"Seguro que ha hecho un gran trabajo con Laura", dijo Jackson. "Esa chica no tiene autoestima. Además, es superinteligente. ¿Sabías que leyó esa literatura que le diste una vez, y es como, ¡zas! Ya lo tiene. Puede hablar de esas mujeres de la India como si las conociera de toda la vida, y nunca sabrías al escucharla que nunca ha puesto los ojos en la colección. Es decir, lo entiende de verdad, ¿sabes? Pero cree que es lenta y estúpida. Estúpida".

Miró a Julian, que se encogió de hombros. "No me culpes a mí. Dale tiempo. Se maneja bien con los demás, y estará demasiado ocupada para pensar siquiera una vez que abra la galería".

Jackson sonrió. "Sí, tío, eso va a ser increíble. He tenido que encargar más folletos de los que nos hiciste poner en la puerta para los transeúntes. Laura tuvo que dejar de contestar al teléfono para poder hacer algo, no para de sonar con gente que quiere saber en qué fecha abrimos. Le hice grabar un mensaje de voz, pero puede que tengamos que contratar a alguien sólo para que conteste al teléfono y devuelva las llamadas".

"Hazlo", le ordenó Julián. "Y de paso, búscate a alguien mejor que ese primo imbécil que tienes aquí cubriéndote".

"Es guay, ¿eh? Como el tipo más relajado y antisistema".

Julian enarcó una ceja hacia su director general. "¿Sabes siquiera lo que significa esa palabra? ¿O si siquiera es una palabra?"

Jackson le devolvió la sonrisa. "No. Pero suena guay, ¿eh?".

Julian suspiró, frotándose la frente. "Vale. Contrata a alguien para que conteste al teléfono en la galería, ¿quieres?".

"En ello, jefe.

Las campanas repicaron suavemente en la tienda, y Jackson se puso en pie de un salto. "Cliente", anunció innecesariamente, y salió por la puerta.

Un momento después, el aire volvió a agitarse, con un tufillo a madreSelva. Julián levantó rápidamente la vista cuando Alessandra vaciló en la puerta. Se había puesto una falda larga y fruncida de color amarillo ranúnculo y una túnica a juego. Llevaba el pelo recogido con una cinta en la nuca, lo que acentuaba la estructura ósea clásica de su rostro, los pómulos altos y la mandíbula ligeramente obstinada. El brillo de sus ojos se había atenuado hoy por la tristeza, pero sombras tormentosas acechaban en sus profundidades verde mar, y Julian sintió que una miríada de emociones hirvientes llenaba la habitación.

"¿Te molesto?"

"No, en absoluto". Se levantó y, dándole la vuelta, la cogió de la mano y la condujo al sillón tapizado de brocado que había delante de su escritorio. "¿Se encuentra bien Laura?"

"Sí". Ella se sentó, suspirando un poco, y él se sentó a su lado en la silla que Jackson había dejado vacía hacía poco. "Está durmiendo. Escapando, en realidad, creo".

"Es comprensible".

Jackson entró por la puerta, llevando dos tazas humeantes.

"Té para Alessandra. Café para ti, jefe".

Las finas cejas de Alessandra se arquearon con sorpresa. "¿Cómo sabías que bebo té?"

Jackson le guiñó un ojo. "No fue muy difícil de averiguar. Laura no para de hablar del té que le preparaste aquella noche que se quedó en tu casa".

Volvió a entrar en la tienda, dejando a Julian a solas con Alessandra.

"¿Qué te trae por aquí?" preguntó, curioso. "No es que no me alegre de verte".

"Tenía que hablar con alguien", admitió. "Alguien que lo entendiera. Estoy tan... tan enfadada".

"¿Tu familia?" adivinó Julián.

Sus mejillas se ruborizaron y su boca formó una línea dura.

"Conociste a Robert... hay en el hospital. Ayer viste al resto de mi familia. Siempre ha sido así con ellos. No hay afecto ni apoyo, no parecen tener ningún sentido de la *familia*, ni de todo lo que se supone que eso significa. Es como si fueran todos robots. Pero aun así, no podía creer..."

Se levantó de la silla de un salto y empezó a caminar, con la falda fluyendo sobre sus esbeltas pantorrillas.

"No podía creer a mi madre. Que no viniera a consolar a Laura, a abrazarla". El color se encendió en sus mejillas cuando su temperamento, reprimido durante mucho tiempo, salió a la superficie. "Es decir, Laura es su *hija* y Bobby era su nieto. Sé que mamá quería a Bobby, estaba loca por él. ¿Por qué no pudo acercarse a Laura? *Darle* algo, algún tipo de apoyo. Un abrazo, por el amor de Dios. Cualquier cosa. Pero no, simplemente se mantuvieron alejadas. Mantuvieron las distancias y la dejaron allí sola".

"Tú estabas allí", interpuso Julian en voz baja, utilizando su magia curativa para proyectar una calidez tranquilizadora en sus palabras. "No estaba sola, Alessandra. Lo que tú le das es mejor que lo que podrían darle todos ellos juntos. Era a ti a quien necesitaba".

"Debería haber tenido más", insistió Alessandra, con los ojos brillantes de resentimiento. "Durante todo el servicio, en el cementerio, debería haber estado pensando en Bobby. Debería haber estado llorando por él, como Laura, y sintiéndome triste. Pero lo único que sentía era rabia, lo único en lo que pensaba era en cómo cada uno de los miembros de nuestra familia... ¡nuestra *familia*! se apartó de Laura y la dejó llorar sola".

Ah. Se sintió culpable por no llorar a su sobrino. "Bobby lo entendería. Se alegraría de que estuvieras allí por su madre. Habló un poco conmigo. Se preocupaba por ella".

Alessandra Asintió con la cabeza, y unas lágrimas repentinas brotaron de sus ojos. "Lo sé.

Se sorbió los mocos y buscó un Kleenex en el bolso.

"No le conocía muy bien. Apenas le veía. Robert no me aprobaba y no era bienvenida en su casa, aunque Laura siempre se alegraba de verme, por supuesto. Con mamá y papá no fue mucho mejor. Ni siquiera me enteré de que Bobby estaba enfermo hasta hace un par de meses. No podía creer que nadie me lo dijera cuando ingresó en el hospital. Es decir, Laura tenía mucho con lo que lidiar, no la culpo. Pero mamá..."

Se detuvo bruscamente, con la voz entrecortada por el dolor. Julian deseó desesperadamente tener alguna forma de consolarla. Pero no podía hacer que la gente se preocupara. Ni siquiera un deseo de Djinn podía hacerlo.

"Lo siento". Las palabras parecían tan inadecuadas, pero Alessandra se enjugó los ojos por

última vez y le sonrió.

"No, soy yo quien debe disculparse. No he venido aquí para fastidiarte". Se echó a reír con pesar. "Bueno, sí que he venido. Es extraño lo bien que siento que te conozco, cuando apenas hace una semana que nos conocemos. Pero eras la única a la que se me ocurrió acudir... tú has visto cómo son, sabía que lo entenderías. Pero no pretendía ponerme a llorar y hacerte sentir incómodo".

Julian no pudo evitar reírse también.

"Cuando quieras", le aseguró con toda sinceridad.

"Gracias por escuchar. Y por venir hoy al funeral. Significó mucho para mí, y también para Laura. Gracias por todo".

Se levantó y le cogió la mano mientras ella se levantaba de la silla.

"Me beneficia tanto como a ella tener a Laura en la galería. En cuanto a hoy, no podría haberme quedado fuera".

No cuando podría haber salvado al niño si Delores, la *Sahiba*, hubiera tenido una pizca de compasión humana en su alma aferrada. En cierto modo, era una especie de cruel ironía; por su culpa, había nacido un niño, y por su culpa, un niño había muerto.

"¿Julian?"

Alessandra lo miraba, la ansiedad suavizando el verde de sus ojos hasta el color del musgo nuevo.

"Nada", se apresuró a asegurarle. "Me alegré de poder estar ahí para ella. Por ti".

Con una leve sonrisa, se dio la vuelta para marcharse, con la brillante cabeza algo caída. Él podía sentir su dolor, aún tan fresco, invadiéndola. La detuvo con un toque en el hombro, cediendo a un impulso abrumador, a la necesidad de volver a verla.

"¿Cenas conmigo mañana por la noche?" le preguntó.

Sus mejillas se colorearon rápidamente y su rostro se iluminó.

"Me encantaría", respondió. "Convencí a Laura para que se quedara hoy, pero está decidida a volver a Washington mañana a primera hora. Saldremos al amanecer, así que probablemente volveré a la ciudad sobre las tres o las cuatro, dependiendo del tráfico."

Julian frunció el ceño. "¿En tu VW?"

Alessandra se rió. "No, Patsy está hoy en el taller para que le arreglen el motor... el alternador, creo. He alquilado un coche unos días hasta que la recupere".

"Ah". Se lo pensó un momento. "¿Conoces Chez Andre? ¿A unas manzanas de aquí?"

Ella asintió. "Sí, claro que lo he visto, aunque nunca he comido allí".

"¿Nos vemos allí a las seis?"

"Está bien, y te llamaré si me retrasan por algún motivo".

"Mañana, entonces".

Le cogió la mano. Sus miradas se cruzaron y se detuvieron un largo instante, y luego ella apartó la vista, rompiendo el momento. Siguió a Alessandra y se quedó bajo la lluvia, viéndola subir a su pequeño coche y marcharse.

Mañana.

CAPÍTULO II



JULIAN SE DESPERTÓ LENTAMENTE, estirándose, sintiéndose perezoso como un Djinn. Sonrió, preguntándose cuál sería la reacción de Jacinto si le dijera eso alguna vez. Comprobó su nivel de energía. Físicamente estaba bien, pero mágicamente... como prueba, conjuró una taza de té. Se incorporó rápidamente para rescatar la taza, que se tambaleaba sobre el borde de la mesita, con el té chapoteando en el lateral de la taza. Aún temblaba. Pero al menos el té estaba caliente. Algo era algo.

Dejó la copa sobre la mesa, sólo para que su aliento le abandonara *de golpe*. La ornamentada botella de cristal púrpura y dorado, la vasija de Djinn que adornaba la baja mesa de caoba, ¡había desaparecido! Las tripas se le apretaron siniestramente. No. Era imposible. Un sudor frío le recorrió el cuerpo y se levantó del sofá a toda prisa. ¿Dónde estaba? Comprobó el suelo bajo la mesa... no había botella.

Presa del pánico, corrió por el ático, buscando por todas partes, en cada habitación, en cada armario y alacena. Ya no estaba.

"Jacinto". Su nombre salió en un graznido. Reunió fuerzas para un bramido. "Jacinth!!!!"

"Ya estoy aquí, ya estoy aquí", se quejó, llegando envuelta en una toalla, con el agua goteando sobre las preciosas alfombras bajo sus pies desnudos y mojados. "Caramba, dale un minuto a una chica, ¿por qué no?".

En otro momento se habría reído de su uso del lenguaje de la cultura pop actual, pero nunca se había sentido menos divertido en su vida.

"Mi botella", pronunció con voz ronca. "Jacinth, ¿dónde está mi botella?"

"¡Pues no lo sé! ¿Qué, se supone que ahora tengo que llevar la cuenta de todo lo que tienes para que no lo pierdas?". Se sacudió el pelo para liberarlo del agua, y éste quedó flotando sobre los hombros y más allá de las caderas, perfectamente seco. La toalla desapareció, sustituida por unos pantalones cortos de color caqui y una blusa sin mangas, aunque seguía teniendo los pies desnudos. Miró alrededor del salón.

"¿Qué botella?"

Su mirada se posó en la mesita y se quedó inmóvil, con los ojos castaños abiertos de par en par.

"¡Julián!"

Sentía la voz tan tensa que tuvo que forzarla para que saliera a través del nudo que tenía en la garganta. "Se ha ido".

"¡Pero no puede ser!" Protestó ella. "¡No hay tiempo suficiente! Sólo han pasado dos

semanas, aún no has recuperado del todo tu magia".

"¿Crees que no lo sé? Maldita sea, Jacinto..."

Una sensación de tirón demasiado familiar se apoderó de él, y gritó desesperado mientras el ático desaparecía a su alrededor. Estaba volando por el espacio y el tiempo, y un momento después las sensaciones se calmaron, y se encontró de nuevo junto al sofá bajo de su salón. Julian no se dejó engañar. Estaba dentro de la vasija del Djinn, hechizado una vez más, hasta que el nuevo propietario de la botella descubrió el secreto para llamarlo.

"¿Julián?" La voz de Jacinto era tentativa, pidiendo permiso para entrar en su botella, su prisión para la eternidad.

"Ven", respondió con dulzura, con la cara enterrada entre las manos. Otra vez atrapada. ¿Es que esto no tenía fin?

"Julian, lo siento".

"Tenía una cita con Alessandra esta noche", le dijo sin levantar la vista. "Pensaré que la he dejado plantada. Que la abandoné. No habría ido más lejos, Jacinth, sé que no puedo tener ningún tipo de relación. No le habría hecho daño. *Me gustaba*. Quería estar con ella, pasar tiempo en su compañía. Eso era todo. ¿Era un crimen tan grande que tuvieran que alejarme así? El hechizo Djinn nunca me había dado menos de seis meses de libertad después de los deseos. Podría haber tenido eso con ella, para disfrutar de su compañía, quizá incluso un año o dos antes de ser llamado".

Jacynth parecía preocupada, con los ojos chocolate oscurecidos por la inquietud. "No lo sé. Prometo preguntar al Consejo, Julian. Deberías haber tenido más tiempo. Pero no tenemos muchos como tú, y no creo que ninguno de los Djinn entienda del todo cómo interactúa tu magia con la nuestra. No es que haya alguien al mando que tome las decisiones de cuándo y dónde se te llama".

Demasiado tarde. Dijeran lo que dijeran o hicieran lo que hicieran, sería demasiado tarde. Aunque volviera a ver a Alessandra, ella nunca entendería su ausencia de esta noche, y él no podría darle una explicación. Ella nunca querría volver a hablar con él. Y...

"La galería. La inauguración". Sus hombros se hundieron en señal de derrota. No estaría allí para verlo.

"Lo siento". Jacinth parecía arrepentida, pero no la culpaba. Ella no tenía control sobre la botella de Djinn, la magia que lo ataba. Era culpa suya y de nadie más.

Una mano delgada se posó sobre la suya. "¿Quieres que le lleve un mensaje?"

Su generosidad le abrumó y levantó la vista.

"No puedes hacer eso, Jacinto. Lo sabes".

"No, supongo que no". Frunció el ceño, su angustia por no poder ayudarlo era evidente. "¿Hay algo que pueda hacer, Julian?"

"No. Pero avisa a Jackson. Él... él tendrá que hacerse cargo, hacerlo todo. Él sabe lo que hay que hacer".

Ella vaciló, estudiándole. "No me gusta dejarte solo".

Se estiró en el sofá y cerró los ojos.

"Estoy bien. Estoy acostumbrada".

Estaba acostumbrado a estar solo. Siempre estaba solo. Y nada de lo que hiciera iba a cambiarlo.



ALESSANDRA SE SENTÓ al otro lado de la calle de Chez Andre en su pequeño coche y observó cómo se apagaban las luces una a una. Había esperado a Julian durante más de una hora, y finalmente había pedido la cena y comido sola, pensando que aparecería en cualquier momento. No lo había hecho. Como una tonta, se había quedado aquí sentada pasada la medianoche, esperando contra toda esperanza que él apareciera volando por la esquina en su Mustang verde descapotable, frenético por llegar inevitablemente tarde, lleno de disculpas.

Vale, la habían dejado. No era la primera vez y desde luego no sería la última. Podía aceptarlo. Si al menos no sintiera esa amarga decepción. Maldita sea, Julian le había gustado. Le gustaba su intensidad, su sentido del humor, la chispa de sus ojos oscuros, el brillo que la hacía sentirse especial.

Aun así, le parecía mal no tener noticias suyas, aunque no le conociera del todo bien. No parecía propio de él desaparecer sin más, sin avisar. Tal vez debería ir a su apartamento, tal vez estaba enfermo. Parecía algo presuntuoso, sobre todo si realmente la había dejado. Pero quizá...

Pensamientos opuestos se perseguían por su cerebro, dejándola en conflicto. ¿Qué debía hacer?

TRES DÍAS DESPUÉS, Alessandra estaba que echaba humo. Seguía sin saber nada de Julian, ¡ni una palabra! Era simplemente grosero. La ira y la preocupación luchaban en su interior. Cediendo a los impulsos de su conciencia, Alessandra se subió a su VW bug y se dirigió a Manhattan. No sabía qué era más grande, si la preocupación de que pudiera estar enfermo, solo en su piso y sin nadie que se ocupara de él, o las ganas de echarle la bronca si lo encontraba en buen estado de salud.

Como era mediodía, el tráfico de la isla estaba paralizado. Cuando llegó a los apartamentos del ático, estaba acalorada, pegajosa y prácticamente achicharrada. El encargado del aparcamiento la reconoció de su visita anterior y se acercó a abrirle la puerta del coche.

"¿Podrías dejarlo aquí?" le preguntó Alessandra con una sonrisa. "Sólo tardaré unos minutos".

El joven accedió y Alessandra entró en el edificio. El guardia de seguridad también la reconoció y le dedicó una sonrisa.

"¿Puedo ayudarla, señorita?" preguntó.

"Vengo a ver al Sr. DiConti".

Su rostro delineado mostraba consternación.

"Lo siento, señorita -dijo disculpándose-, pero no está aquí. Ese joven de Whimsies vino hace un par de días a cerrar el apartamento, dijo que el señor DiConti había sido llamado al extranjero."

¡En el extranjero! Parpadeó para contener unas lágrimas repentinas, con el pecho contraído por el agudo dolor. Al menos podría haberla llamado. Consiguió sonreírle.

"No lo sabía. Gracias".

Dándose la vuelta, salió del edificio y comenzó a bajar automáticamente por la acera.

"¿Señorita? ¿Señorita?" La llamó el portero. "¿No quiere su coche?"

Ah, sí. Su coche. Dio media vuelta y regresó. Unos minutos más tarde se adentró en el denso tráfico y suspiró. Sería un largo viaje hasta casa.

Julian era de Italia, recordaba que le había dicho. Quizá había habido una emergencia familiar. No era tan sencillo coger un avión para Europa, aunque fueras rico. Había que reservar asiento, llegar pronto al aeropuerto para pasar el control de seguridad. Podría haberla llamado

desde la terminal, al menos, mientras esperaba el avión. Por otra parte, si se trataba de una emergencia, quizá se había olvidado de llevar su número.

Por impulso, encendió el intermitente y giró en el siguiente semáforo. Pasaría por Whimsies y le preguntaría a Jackson qué estaba pasando.

Jackson, sin embargo, frunció el ceño al verla. Nada bueno. Demasiado para adentrarse suavemente en el tema.

"¿Dónde está?", preguntó sin rodeos. Evidentemente, no tenía sentido andarse con rodeos.

Dejó a un lado la bandeja de plata que había estado puliendo.

"No lo sé". Parecía preocupado, con una arruga entre las cejas.

"¿No lo sabes?", repitió ella. "El portero me dijo que Julián se había ido al extranjero, que habías venido a cerrar el apartamento".

Asintió con la cabeza.

"Sí. Pero no sabía que se había vuelto a marchar. No hasta que..." vaciló, aparentemente editando sus palabras. "No hasta que un amigo común me dijo que se había ido".

¿Otra vez?

"¿Se ha ido así antes?"

"Sí". La preocupación aumentó. "Pero nunca tan pronto, siempre ha tenido tiempo de recuperarse antes..."

Se interrumpió, apartándose de ella para jugar con la caja registradora. Alessandra tuvo la sensación de que había dicho demasiado, pero al mismo tiempo demasiado poco. ¿Recuperarse? ¿De qué se estaba recuperando Julian? Recordó con repentina claridad lo gris que había estado en el hospital, fuera de la habitación de Bobby, la sensación fría y húmeda de su piel. ¿Estaba enfermo? Pero más tarde, en el Parque, había estado perfectamente. No, había estado más que bien. Había estado en plena forma, habían trotado juntos durante kilómetros.

Sintiéndose inquieta, Alessandra salió de la tienda y se dirigió a casa.

Era sábado por la mañana y no tenía planes. Trabajaría en el jardín. El tiempo que pasara cuidando de sus flores y hierbas la ayudaría a mitigar aquella extraña sensación de inquietud.

Pero, por una vez, su jardín le falló. Las preguntas rodaban incesantes por el torbellino de su mente. ¿Quién era Julian? ¿Qué sabía Jackson que no le estaba contando, y por qué le perturbaba tanto que Julian se marchara tan repentinamente? Las preguntas rondaban incesantemente por su cerebro, al igual que los recuerdos de él, colgando cristales en la ventana de Bobby en el hospital, haciéndole la cena en su casa. Las largas conversaciones en los viajes de ida y vuelta a Washington. Se sentía como una tonta, comprobando su teléfono cada cinco minutos por si había llegado un mensaje y ella no lo había oído. La habían dejado. A las mujeres les pasaba siempre.

Sin embargo, de algún modo, no podía superar la sensación de incredulidad. Julian no era el tipo de hombre que haría esto. Había demasiado entre ellos. Sabía que él había sentido la atracción entre ellos con tanta fuerza como ella. Nunca había hablado de ello, pero había estado ahí. Ella *lo sabía*. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Desesperada, Alessandra dejó por fin las tijeras de podar y se dirigió al interior de la casa en busca de algo que pudiera hacer para olvidarse por completo de Julián. Quizá había llegado el momento de ocuparse del desván. Siempre había tenido la intención de hacerlo, pero cada vez que subía estaba tan mohoso y polvoriento, tan desordenado de cajas y cofres y cartones, que se sentía abrumada y volvía a aplazarlo. Además, le resultaba difícil enfrentarse al contenido, que le evocaba recuerdos de Elspeth, la anciana que había vivido allí hasta su muerte, hacía sólo un par de años. Se habían hecho íntimas amigas, y la casa aún parecía vacía sin ella.

Armándose de cinta de embalar, etiquetas y un par de bolsas grandes de césped para la

basura, Alessandra descolgó la escalera del techo del pasillo y subió.

"¡Uf!" El calor la golpeó como un mazazo; apenas podía respirar. Dejó sus provisiones en lo alto de la abertura y volvió abajo a por un ventilador, un alargador y una botella grande de agua. La iba a necesitar.

Una hora más tarde estaba absolutamente sucia, cubierta de lo que parecía el polvo de siglos. Sorprendentemente había poca basura, aparte del polvo. Revueltos y desorganizados como estaban, Elspeth sólo tenía tesoros almacenados aquí: Vajilla heredada empaquetada cuidadosamente en un barril, figuritas de Dresden y Hummel envueltas amorosamente en fundas de almohada bordadas a mano y un juego de diarios antiguos con papel amarillento y quebradizo. Encontró una pila de pañuelos bordados con monogramas, de fino césped y ribeteados con delicado encaje. Los habían metido en un cajón de un anticuado tocador de caoba que había en un rincón del desván, detrás de un par de sillas Duncan Phyfe. Todo el desván era un tesoro de antigüedades; probablemente podría jubilarse de por vida con lo que consiguiera por venderlas en consignación, si no venderlas directamente, a Whimsies.

Julian. Allí estaba otra vez. Suspiró y tiró hacia ella de lo que parecía un viejo cofre marino. Estaba hecho de madera oscura y forrado de metal, era pesado y estaba lleno de abolladuras y arañazos. Soltó los pestillos y levantó la tapa. Un papel de seda envolvía algo blando, y tiró de los bordes para abrirlo.

"¡Oh!" El suspiro escapó de sus labios por sí solo.

Dentro del cofre, ondeando desde sus confines, había una colcha de alianzas rellena de plumón. El blanco seguía tan reluciente como el día en que se había confeccionado, las puntadas cuidadosamente colocadas con amor. Con reverencia, sacó el hermoso objeto del cofre.

Algo rodó desde los pliegues de la colcha, cayendo en su regazo. Un frasco de perfume. Lo levantó hacia la luz.

"¡Ohhh!" Volvió a respirar asombrada.

Estaba exquisitamente hecho de vidrio soplado con delicadas curvas, teñido de un púrpura intenso y rico y adornado con oro. El precioso objeto parecía brillar en sus manos, y un aroma tenue y seductor llegó a sus fosas nasales. Era floral y especiado, no se parecía a nada que hubiera olido antes... exótico, rico. Extrañamente, le recordó un poco al ático de cierto edificio de apartamentos de gran altura. Suspiró, apartando el pensamiento. Experimentó a tirar de la tapa de cristal retorcido, pero parecía atascada.

Alessandra volvió a meter la colcha y la botella en el baúl y se levantó, quitándose con cuidado el polvo y la suciedad de encima antes de agacharse a recogerlas de nuevo. No quería arriesgarse a que la colcha se ensuciara o la botella se rompiera en el abarrotado y polvoriento desván. Los bajaría a su dormitorio para guardarlos.

Tras una larga ducha caliente y un montón de jabón y estropajos, por fin volvió a sentirse limpia. Se dirigió a la cocina descalza y en bata amarilla, y se preparó una taza de té. Colgó la colcha con cuidado en el tendedero del patio trasero para que se aireara, y los pesados pliegues apenas se agitaron con la brisa vespertina.

Para no pensar en cierta persona en la que estaba decidida a no pensar, fue a su dormitorio y cogió el viejo frasco de perfume. No podía decir si era muy antiguo o no. Era realmente exquisito, de aspecto delicado y frágil. No era de extrañar que Elspeth lo hubiera guardado con tanto cuidado entre los gruesos pliegues de la colcha. La única maravilla era que no se hubiera roto al desparramarse sobre su regazo. Por suerte para ella, no había caído al suelo.

Alessandra olfateó el aroma una vez más, intentando localizar al menos las flores. Quizá el más leve indicio de jazmín, y sin duda sándalo, probablemente una de las fragancias de base; el

sándalo tendía a formar buenas capas. Intentar quitar el tapón de nuevo no funcionó, y lo estudió detenidamente. Tal vez los restos de perfume en el fino cuello del frasco se habían expandido con el enorme calor que hacía en el ático y habían hecho que el tapón se atascara. No quería arriesgarse a romper la botella o el tapón forzándolo. Tal vez el tapón se enroscara. No era muy probable, pero aun así... Alessandra dio una vuelta al tapón ornamentado.

El tapón salió de la botella, seguido de un torrente de fragancia embriagadora. Estalló un trueno y una luz brillante llenó la habitación. Cegada, Alessandra retrocedió a trompicones, levantando las manos para protegerse los ojos. El resplandor se desvaneció, dejando tras de sí una figura sombría en medio de la habitación. La figura de un hombre. Alessandra lanzó un grito espeluznante, que rezó para que los vecinos oyeran y acudieran en su ayuda. Sin embargo, aún tenía la botella de cristal en la mano, y tal vez el frágil cristal se hiciera añicos en la cara del intruso, dándole tiempo suficiente para sortearlo y escapar. Amartilló el brazo, decidida a hacer valer su primer disparo.

"¿Alessandra?"

La voz le resultaba familiar, llevaba días oyéndola en sueños, tanto dormida como despierta. Lentamente bajó la mano.

"¿J-Julian?"

CAPÍTULO 12



ALESSANDRA PARPADEÓ, mirando fijamente mientras la forma sombría se hacía más clara, más claramente masculina. Más claramente juliana. Su forma vaciló y luego se solidificó en una presencia firme y real. Descalzo y con el torso desnudo, sólo vestía unos vaqueros ajustados a la cadera; tenía el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha. Parecía tan confuso como ella. Echó un vistazo a su dormitorio, observando la cama anticuada con las sábanas vueltas hacia atrás, las fundas de almohada con bordes bordados, la mesilla de noche, la feminidad básica de la habitación.

Se volvió hacia ella, y su mirada se posó en la botella que tenía en la mano. Lentamente, los ojos azules se dirigieron hacia arriba, con una profunda tristeza, casi desesperación, en sus profundidades.

Tal vez fuera una alucinación. De hecho, se sentía extrañamente mareada, y la habitación a su alrededor empezó a inclinarse.

"Veo que has encontrado mi botella".

Nunca me he desmayado en mi vida, se dijo Alessandra desesperadamente, sintiendo que le temblaban las piernas. De algún modo, su cuerpo no captó el mensaje, porque sus rodillas se doblaron.

Unos brazos duros la rodeaban, atrapándola al caer. Se sintió levantada, sostenida contra un pecho fuerte y ancho. Inhalando profundamente, saboreó su aroma familiar... sándalo... y allí estaba, el toque de jazmín, ¡como *en*!

Su visión se aclaró de repente y recuperó las fuerzas. Alessandra le empujó con todas sus fuerzas. Pillado por sorpresa, casi la dejó caer sobre la cama donde había estado a punto de colocarla. El frasco de perfume se le escapó de las manos y cayó al suelo de madera.

"¡Oh, no!"

Se encaramó al borde de la cama y se inclinó, esperando ver fragmentos de cristal por todas partes. Julian se agachó y recogió la botella, intacta. Alessandra se la cogió y la examinó de cerca. Estaba completamente intacta, ni una grieta ni un rasguño.

"¡No puedo creer que no se haya roto!"

"No se romperá".

Miró fijamente a Julian, que permanecía erguido y silencioso junto a la cama. Parecía tan distante, tan prohibitivo, que se le partió el corazón por él.

"Tú... saliste de esa botella, ¿verdad?"

No era tanto una pregunta como una afirmación. Sabía lo que había visto y sabía que no

estaba loca, ni alucinando. Ningún tipo de magia escénica podría haberlo conseguido, no aquí, en su dormitorio.

Una simple inclinación de la oscura cabeza fue su respuesta. Le estudió. Ya no era el hombre afable que había conocido, había desaparecido la extraña mezcla de melancolía, compasión y humor, y en su lugar había un apuesto caparazón. Miró el rostro inexpresivo que tenía ante ella, vio un destello de... algo... cruzarle la cara, y desaparecer de nuevo tan rápidamente como había llegado. Su Julian estaba ahí dentro, atrapado de algún modo por aquella botella.

"¿Eres como un... un genio?", aventuró, las palabras sonaron escandalosas en voz alta, pero sabía que tenía razón.

"Un Djinn", confirmó. Señaló con la cabeza la botella que ella aún sostenía. "Ése es mi hogar. Como propietaria del recipiente, tienes tres deseos que puedo cumplir por ti".

"Tres deseos".

Alessandra se alegró de estar ya sentada, pues de lo contrario podría haberse caído. Si no supiera que estaba perfectamente bien y cuerda, pensaría que aquello era un sueño... o, en el mejor de los casos, una enorme broma. Miró hacia la esquina donde había aparecido Julian. Un rápido vistazo le confirmó lo que ya sabía: que allí no había ventanas ni puertas, ni armarios en los que pudiera haberse escondido, nada que pudiera haberlo ocultado. Un genio real, vivo y auténtico.

"No has venido", soltó, y luego se encogió, queriendo desaparecer ella misma. No había querido decir eso. Al levantar la vista, vio que una comisura de la bien formada boca de Julian se crispaba, como si le doliera.

"Lo siento". Sonaba tan formal, sus ojos tan distantes, como si no la viera a ella, sino a través de ella. "La botella me llamó y tuve que obedecer".

La curiosidad pudo con ella.

"¡Pero eso fue hace días!", protestó. "Sólo he encontrado la botella esta tarde".

Se encogió ligeramente de hombros.

"Una vez que la botella dejó de estar en mi poder, quedé atado a ella hasta que me llamara el *Sahib...* el propietario".

"Eso es imposible. Ese baúl no se ha abierto desde hace al menos dos años".

"Sin embargo", respondió pacientemente, "mi recipiente de Djinn... la botella... lleva ahí dentro sólo unos días. Cuando sale de mí, no tengo ningún control sobre adónde va, ni sobre cuándo la encuentran".

Alessandra se pasó una mano por el pelo con un suspiro, y de pronto se dio cuenta de que estaba sentada en la cama de su dormitorio vestida sólo con una bata, con un hombre semidesnudo ante ella.

"Por el amor de Dios, ve al salón y siéntate", le dijo. "Me vestiré y te prepararé un té y podrás explicarme más cosas. Ya nos conocemos, así que deja de ser tan rígido y formal".

Su expresión distante se oscureció hasta convertirse en un ceño fruncido.

"No debería estar aquí. Mi nave no debería haberme abandonado tan pronto, y no debería haber llegado hasta ti".

Dolida, Alessandra se mordió una aguda réplica. Nada era lo que parecía, y no juzgaría hasta que él se lo explicara. En lugar de eso, señaló la sala de estar.

"¡Fuera! Déjame cambiarme y voy enseguida".

Cerró la puerta cuando se marchó y se puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes al azar, deteniéndose sólo para recogerse el pelo del cuello por el calor. Miró su reflejo en el espejo.

"Un genio", se dijo a sí misma. "Un genio de verdad, con carne".

Seguía sin creérselo del todo, pero no podía dudar de la evidencia de sus propios ojos. ¡*Había* salido de aquella botella!

Cuando entró en el salón, Julian la esperaba en el sofá. Ya tenía delante una taza de café humeante.

"No llevamos tarjetas", le dijo con un toque de humor que antes no tenía. Hizo un pequeño gesto, un chasquido de dedos, y apareció otra taza sobre la mesita.

Alessandra se detuvo en seco, mirando la taza con su infusión humeante. ¡*Eso sí* que era raro! Se sintió como si de repente la hubieran desarraigado y metido en medio de uno de esos programas de televisión de los años sesenta.

"Ven a sentarte, antes de que vuelvas a caerte", aconsejó Julián. Dio una palmada en el asiento de al lado.

Se hundió en el profundo cojín, sintiéndose algo nerviosa. Cuando ella no hizo ademán de coger la taza de té, Julian sonrió y la cogió, entregándosela.

"No te morderá. Te lo prometo".

Cogió la taza y, por primera vez desde que entró en la habitación, le miró de verdad. Tenía una sonrisa en la cara y había empleado un tono de voz burlón, casi como el Julian que ella había conocido, pero eran sus ojos los que contaban la verdadera historia. Eran ojos planos, muertos, el zafiro brillante atenuado a un azul marino profundo sin el menor brillo. Pensó que nunca había visto tanta desesperación, tanta desesperanza, en toda su vida. Y en su trabajo había visto muchas.

Aun así... le costaba creerlo. Dejó la taza en el suelo y, levantándose, fue a su dormitorio. Volvió con la botella de cristal y la colocó en la mesita ante ellos.

"Deja que te vea entrar en eso". Te desafió, inclinando la barbilla.

Aquella ceja negra y móvil se alzó y ella levantó un dedo, recordando los truenos y relámpagos que habían marcado su primera aparición. Quizá fuera un truco de magia, después de todo. "¡Espera!"

Esperó.

"¿Puedes hacerlo sin el... umm... espectáculo de luz y sonido?"

Se encogió de hombros y desapareció.

No pudo contener un grito de sorpresa. Sin embargo, su grito ahogado se oyó en el silencio de la habitación y su corazón palpitó con fuerza. A pesar de su repentina aparición en su dormitorio y del truco de prestidigitación con el café, aún no se había creído que fuera cierto. Tragó saliva y se inclinó para mirar la botella ornamentada que descansaba sobre la mesita. El cristal era translúcido, incluso con el tinte púrpura, y podía ver a través de él. Parecía vacía.

"¿Cómo sé realmente que estás ahí?". La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Se sintió muy tonta, mirando por encima del hombro hacia la ventana del salón, como si alguien pudiera pillarla hablando con un objeto inanimado.

En respuesta, la botella se balanceó de un lado a otro. Ella se mordió otro grito y agarró la botella instintivamente, a pesar de que él le había dicho antes que no podía romperse.

"Vale, eso es muy raro. Vale, ya puedes salir".

Al instante siguiente, él estaba ante ella. Se estremeció, preparándose para el trueno y el relámpago, pero no llegaron.

Una sonrisa sin gracia le rozó los labios. "El espectáculo de luz y sonido, como tú lo llamas, es para cuando la magia me llama a salir de la botella para cumplir las órdenes del *Sahib*... o, en tu caso, *Sahiba*. El Amo de la botella. Pero puedo ir y venir a voluntad, en silencio".

"El Maestro de la botella". Esto era muy extraño.

Dio un sorbo cauteloso a su taza. Sabía al mismo café arábigo que él le había preparado en su apartamento la semana anterior. Incluso tenía un ligero sabor a cardamomo.

Ella se lo dijo y añadió: "Aunque creía que lo habías hecho tú".

"Lo hice". Volvió la mirada sombría. "Cuando no estoy atada a la botella, utilizo mi magia lo menos posible".

Ella enarcó una ceja inquisitiva, y él comprendió la pregunta tácita.

"Utilizar la magia es... agotador, como poco. Es más fácil cuando puedo invocar la magia Djinn, cuando estoy bajo el hechizo de la botella, como ahora".

Frunciendo el ceño, Alessandra reflexionó sobre aquello, y encontró más preguntas que respuestas. Recordó el primer día que lo había conocido, en el hospital, cuando estaba pálido y con aspecto enfermizo.

"Usaste la magia, ¿verdad?, allí con Bobby".

Sólo recordarlo parecía drenar parte de su energía. Sus hombros se hundieron un poco y la tristeza de sus ojos se hizo más profunda.

"Sí. Para que le ayudara a cruzar sin miedo. Por eso estaba allí, para ayudarle a no tener miedo. Sin un deseo, no podía hacer más".

La conciencia la inundó y lo miró fijamente. "¿Quieres decir que podrías haberle salvado? ¿No habría muerto?"

Julián abrió la boca para explicarse, pero Alessandra se puso en pie de un salto, con los ojos encendidos.

"¿Podrías haber salvado a Bobby! ¿Estabas allí y no hiciste nada! Y luego le diste a mi hermana un trabajo y un lugar donde vivir, mientras lloraba al hijo que podías haber salvado. ¿De qué iba todo eso? ¿Una especie de culpa fuera de lugar?"

Julian se levantó y la agarró por los hombros, apretándole los dedos, dándole una ligera sacudida para que lo mirara.

"No, no era culpa. No de la forma a la que te refieres. Sí, me sentía culpable. Pero fue porque no pude salvarle, no porque no *quisiera*. Pero como no podía, sí, fui allí para ayudarle a morir más fácilmente, a irse en paz, porque era lo único que podía hacer."

"¿Pero podrías haberle salvado!" Alessandra se aferró a ese único pensamiento.

Julian suspiró. "No, *yo*... No podía salvarle. No solo. La magia Djinn podría haberlo salvado, pero sólo si alguien lo hubiera deseado. Sólo con el deseo de un Djinn, Alessandra. Yo no tengo ese tipo de poder por mí misma, e incluso con el deseo Djinn habría sido difícil... pero no más allá de los poderes Djinn".

Le miró fijamente un largo instante, sus palabras calaron hondo, dispersando su ira.

"¿Un deseo de Djinn? ¿Quieres decir que alguien tendría que haber tenido esta botella y haberla deseado?"

"Sí. Había una mujer... la *Sahiba*, la dueña de la botella entonces. Intenté que le deseara lo mejor. Intenté todos los argumentos que se me ocurrieron, pero ella no renunció al deseo de salvar a un niño".

Le asaltó un pensamiento y se le cortó la respiración. Entonces comprendió. "Bobby lo sabía, ¿verdad? Tú se lo dijiste".

"Sí".

La única palabra quedó suspendida en el aire, y esta vez pudo oír, no sólo la culpa, sino la pena, el dolor.

"Sabías que no podías ayudarle. Pero viniste a estar con él de todos modos, para ayudarle".

Le vio estremecerse, apartando la cabeza de ella. Cuando hablaba, lo hacía en voz baja.

"Tenía mucho miedo. Podía sentir su miedo, incluso desde la habitación del *Sahiba*, al otro lado del patio del hospital. Pensé que tal vez podría darle algo más, para sustituir el miedo".

Sonrió y le llevó una mano a la mejilla, girando el rostro hacia ella. Le miró fijamente.

"Lo hiciste, Julian. Yo estaba allí cuando.... murió. Sonreía, como si... como si se embarcara en una nueva gran y emocionante aventura".

Julian exhaló un largo suspiro y, por primera vez, la oscuridad de sus ojos se disipó, y las luces de zafiro sustituyeron al apagado azul marino. "Quizá lo fuera. Me alegro. Eso es lo que esperaba. Gracias, Alessandra, por decírmelo".

"Aunque podrías haberle salvado... si ella lo hubiera deseado".

Un temblor la sacudió al pensar también en otra niña, que yacía enferma y consumida en la cama de su casa, sin que los hospitales pudieran ayudarla. Su madre, desesperada, había optado por llevar a Sylvie a casa para que muriera, en lugar de mantenerla en el hospital, donde de todos modos no se podía hacer nada por ella. Con semanas... quizá sólo días... de vida, Sylvie se desvanecía ante sus ojos.

Alessandra alargó una mano y agarró la de Julián, con fuerza.

"Ven conmigo", le dijo. "Ven ahora".

Casi lo arrastró hasta la puerta principal, bajando los escalones hasta donde la esperaba su fiel VW. Él la detuvo, con una mano en el hombro, volviéndola hacia él.

"Trabajas en un hospicio, Alessandra. Ves a muchos enfermos y moribundos. No puedes salvarlos a todos".

Le miró de frente, con la barbilla levantada. "¿Has oído la historia de la estrella de mar, Julian?".

Sacudió la cabeza.

"Un día había un hombre en la playa", dijo. "La marea había bajado, dejando a cientos de estrellas de mar varadas en la playa para que murieran. Empezó a recogerlas y a devolverlas a las olas. Alguien se le acercó y le dijo que eran demasiadas, que no podía salvar a todas las estrellas de mar... que no podía cambiar las cosas. El hombre levantó la estrella de mar que tenía en la mano y replicó: 'A ésta sí que le importa'. "

La expresión de Julian se aligeró y le cogió la cara, rozándole ligeramente la mejilla con el pulgar, con un cálido cosquilleo.

"Sólo tienes tres deseos, Alessandra".

"Ya lo sé. Tú me lo dijiste". Resistió el impulso de inclinarse hacia él, de hundir la mejilla en la palma de su mano. Pensó en Sylvie, que yacía pálida y mustia en la austera cama de hospital de su brillante dormitorio infantil, con tubos de fluidos vitales manteniéndola con vida hasta que su cuerpo le falló por completo.

"Es una niña con leucemia, como Bobby pero más joven. Ven conmigo a conocerla", me suplicó. "Sólo para verla. Entonces podrás decirme si puedes... si puedes curarla... hacer que viva, con un deseo".

No es que tuviera elección, pero Julian descubrió que en realidad quería ver a la niña. El recuerdo de Bobby le atormentaba. Subió al VW bug, colocando el asiento del copiloto lo más atrás posible para acomodar sus largas piernas. Consciente de que iban a conocer a una niña, se preparó una camisa y unas sandalias. Tuvo que sonreír ante la mirada de sorpresa de Alessandra cuando se sentó en el asiento del conductor, pero luego se relajó con una sonrisa.

"Al menos así te ahorras tener que dedicar tiempo a cambiarte", bromeó.

Casi podría reírse con ella, si no fuera por el torrente de emociones que surgía en su pecho y

le hacía casi imposible hablar. La impotencia y la desesperación que le eran familiares iban ahora acompañadas de humillación y de una rabia impotente. ¿Cómo había podido ocurrir? Nunca debería haber sido posible que Alessandra se apoderara de su vasija. De todas las personas del mundo, en todos los siglos de su encarcelamiento, que habría querido que no poseyeran su vasija, que no conocieran su secreto, el hechizo que lo ataba, esa única persona habría sido Alessandra.

Por primera vez en años... en décadas... había encontrado a alguien con quien había conectado, alguien que le importaba, cuya compañía disfrutaba. Un amigo, aunque no pudieran ser nada más. Debería haber tenido al menos unos meses para disfrutar del tiempo que pasó con ella, quizá incluso varios años. Y si el siguiente propietario de su botella se hubiera apresurado a pedir sus deseos, Julian podría haber vuelto, haber continuado la amistad a lo largo del tiempo.

Pero ahora... ahora todo había cambiado. Una vez formulados y cumplidos sus deseos, no volvería a verla. Jamás. Puede que hubiera sido capaz de saltarse las normas para ir a ver a Bobby al hospital, pero la magia nunca le permitiría seguir viendo a un *Sahib* una vez cumplidos los deseos. Ni siquiera era cuestión de si le castigarían por hacerlo. Nunca volvería a verla. Jamás.

¿Era un castigo más? ¿Y por qué? Había dejado de rebelarse contra el hechizo hacía siglos. Obedecía las normas... casi siempre. No se quejaba ni lloriqueaba, hacía todo lo posible por mantener algún propósito y sentido en su vida cuando no estaba ligado a su recipiente por el hechizo. Nunca había pedido nada para sí mismo, ni siquiera se había atrevido a esperar siquiera una amistad significativa, excepto quizá con Jacinth, pero incluso a ella la veía raramente.

Miró a Alessandra, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes de emoción y esperanza mientras conducía su pequeño coche por las calles, lidiando competentemente con los esporádicos ahogos y chisporroteos del viejo motor. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que podría haber deseado un coche nuevo, un vehículo más grande, algo más fiable. No, en lugar de eso, sus pensamientos saltaron instantáneamente hacia un niño al otro lado de la ciudad al que veía la posibilidad de salvar. De vez en cuando se había encontrado con un *Sahib*, un maestro de la botella, que pedía un deseo para otra persona cercana, pero, según su experiencia, lo dejaban para el final. Nunca ese deseo para otro, había sido su primer deseo. Nunca.

Al parecer, sintió sus ojos clavados en ella, Alessandra lo miró, con su encantadora sonrisa iluminándole el rostro.

"Entonces, ¿te gusta ser un Djinn?"

¡Dios!

Tardó un momento en poder hablar, el dolor que sentía en el pecho era como un infarto. Los rostros de su familia perdida pasaron ante sus ojos, personas y lugares que había conocido y que se habían ido para siempre.

"No", consiguió decir. "No".

Casi atravesó el parabrisas cuando ella frenó en seco, al parecer un reflejo instintivo de la sorpresa. Ella lanzó una rápida mirada en su dirección.

"¿No? ¿Es algo en lo que estás atrapado, como en Aladino?"

No exactamente, pero consiguió asentir. Su rostro se iluminó, como si acabaran de ofrecerle un millón de dólares.

"¡Entonces quizá pueda desearte que seas libre!"

Tuvo que reírse. ¡Ojalá fuera tan fácil! Aunque, en ninguno de los siglos, ningún *Sahib* le había preguntado siquiera si quería ser liberado, y mucho menos se había mostrado dispuesto a utilizar uno de sus deseos para conseguirlo. Conocía a Alessandra lo suficiente como para estar seguro de que, si decía la palabra, en el espacio de un latido sería liberado.

En efecto, podía liberarse del hechizo, aunque no era tan fácil como en la película de Disney, pero sintió una oleada de gratitud. Alessandra tenía el corazón más grande de cuantos había conocido. Aun así, después de tanto tiempo, de tantos siglos, le asustaba incluso la esperanza de que fuera ella quien rompiera el hechizo. Hacía tiempo que había perdido la esperanza, resignado a pasar una eternidad esclavizado al recipiente del Djinn. Disfrutaba con pasión del tiempo que pasaba libre, entre las llamadas de la magia Djinn. Era todo lo que tenía. Suspiró.

"Me temo que no", respondió él, con pesar. "Pero gracias por preguntar".

Frunció el ceño, redujo la velocidad al llegar a un semáforo en rojo y se detuvo. Lo miró.

"Seguro que hay algo que hacer. ¿O es sólo lo que los genios... Djinn... hacen, te guste o no".

"En sentido estricto, no soy un Djinn", respondió, observando su rostro con expectación, preguntándose cómo reaccionaría. Nunca había contado su historia a otro mortal. "Era un mago... lo que hoy en día llamarías un mago ceremonial. Un hechizo que hice me salió mal y me esclavizó a ser un Djinn hasta que se cumplan ciertas condiciones y se rompa el hechizo".

La boca de Alessandra se abrió de asombro. No había pensado que nada pudiera dejar muda a Alessandra, pero no surgió ninguna palabra, sólo una especie de chillido sin aliento. A pesar de la desesperación que lo atenazaba, soltó una risita.

"La luz ha cambiado".

Al atravesar el cruce, Alessandra respiró hondo. Como había previsto, las siguientes palabras que salieron de su boca fueron un torrente de preguntas.

¿"Magia"? ¿Magia de verdad? ¿Qué tipo de hechizo era? ¿Hace cuánto tiempo? ¿Qué hay que hacer para romper el hechizo?".

Julian eligió la pregunta más fácil para responder primero.

"Han pasado seiscientos años".

Se le escapó un grito, y él se abalanzó sobre el volante mientras Alessandra se tambaleaba. No debería habérselo dicho así, mientras ella conducía. Ella se recuperó casi instantáneamente, apartándole las manos.

"No pasa nada", jadeó. "Ya lo tengo. No pasa nada".

Encendió el intermitente y giró rápidamente a la derecha para entrar en un aparcamiento. Detuvo el cochecito en una plaza de aparcamiento y se inclinó hacia delante para apoyar la frente en el volante.

"¿Has dicho seis... *cien*... años?". Preguntó, sonando como si todo el aliento hubiera abandonado su cuerpo.

"Lo siento". Le acarició el largo cabello mientras ella tomaba profundas bocanadas de aire, sintiendo cómo las sedosas hebras se aferraban a sus dedos. "No debería haberlo soltado así. No estaba pensando".

Respiró hondo unas cuantas veces más y se irguió, girándose en el asiento para mirarle.

"¿Tanto tiempo y lo odias? ¿Cuánto tiempo te queda?"

Se le revolvía el estómago sólo de pensarlo. "No lo sé. Quizá para siempre".

Parecía atónita.

"Dijiste que era una especie de castigo... ¿no hay una especie de término, o límite de tiempo o algo así?".

Se encogió de hombros, apartando la vista de su mirada preocupada.

"Había condiciones que cumplir. Condiciones sobre las que no tengo control. Cuando eso ocurra, me liberaré del hechizo".

"¿Serás... bueno, mortal, supongo... después de eso?".

"Sí". Tendría una familia. Una gran familia. Una familia *enorme*, con muchos hijos. Una gran

casa con una docena de habitaciones, y un gran patio con mucho sol y risas. Y nunca volvería a estar solo. Nunca se alejaría durante meses o años y volvería para encontrarlos a todos desaparecidos, muertos.

Alessandra había estado hablando con él y le miraba expectante. Volvió a centrar su atención en ella.

"Lo siento. ¿Qué?"

"Te pregunté si sabías cuáles eran las condiciones".

Naturalmente. No pudo evitar sonreír. Señor, ¡era tenaz! Decidida a salvarlo, costara lo que costara.

"Sí, así es". Levantó una mano, anticipándose a su siguiente pregunta. "Y no, no puedo decírtelo".

Sus ojos verdes se entrecerraron, se agudizaron. Casi pudo ver cómo se ponía a pensar y llegaba a la conclusión correcta.

"Entonces es algo que yo puedo hacer. Y si me dices lo que es, eso invalidaría las condiciones, y no te liberaría aunque lo hiciera".

No quería hablar de esto... ni siquiera quería pensar en la posibilidad de que se rompiera el hechizo. El anhelo de ser libre, de volver a tener una vida real, era casi insoportable, mientras el futuro seguía extendiéndose eternamente.

Para cambiar de tema, se llevó a la mano una botella de líquido verde y la levantó para que ella la viera.

"Cuando lleguemos a casa de la niña, pídele a su madre que añada una cucharada de esto a un poco de zumo, y dáselo una vez al día durante una semana".

Alessandra se quedó mirando la botella que había aparecido en su mano de la nada.

"Creía que no podías hacer magia a menos que yo lo deseara".

"Yo era mago, ¿recuerdas? Así es como acabé en este lío. Tengo magia propia. Pero no... ¿cómo lo decían en la película de Disney? "poderes cósmicos fenomenales". Para eso necesito la magia de los Djinn. Sin embargo, cuando estoy atada a la botella, como ahora, la magia de Djinn mejora la mía y hace que me resulte más fácil".

"¿Y cómo te ayudarán?"

"Les añadí un poco de magia curativa propia para ayudar a la niña con su dolor. Esto de aquí es un viejo remedio popular, trigo orgánico, cosechado y colado".

Sus ojos brillaron con un humor repentino. "La receta se puede encontrar por todo Internet. Pero más que eso, te protegerá a ti... y a mí mismo... de atenciones no deseadas. Porque si entras en esa casa donde te conocen, llevando contigo a un completo desconocido, y el niño que estaba a las puertas de la muerte por una enfermedad casi incurable se recupera de repente y se pone sano, te aseguro que se notará. Así que cualquier relación con la mejora de su salud se centrará en las hierbas, no en nosotros, y se aclamará como una victoria del ya popular remedio popular."

Ella asintió, comprensiva. Una mejora tan espectacular en un caso terminal bien documentado, sí que se notaría.

"¿Y la... la magia... ayudará con el dolor?"

"Se cobra por eso, sí. Aliviará su dolor y le permitirá sentirse satisfecha cuando se acerque el final de su vida. También la adormecerá más de lo normal, para que, si deseas que la cure, su nueva salud no sea tan evidente de inmediato".

"¡Vaya!" Alessandra parecía impresionada. "¿Se pondrá mejor así de rápido, cuando esté en remisión?"

"No estará en remisión".

"Pero dijiste...."

"¡Alessandra!" Le puso la mano en el hombro, la sacudió ligeramente, obligándola a mirarle.

"No estará en remisión", repitió. "Si deseas que la cure, se curará. La leucemia habrá desaparecido".

Lo miró fijamente durante un largo instante. La determinación se reflejó en su mandíbula y estiró la mano para poner el coche en marcha. Salió del aparcamiento y se adentró de nuevo en el tráfico, agarrando con fuerza el volante.

"Se llama Sylvie", dijo bruscamente. "Tiene seis años. Estaba tan enferma por la quimioterapia que tuvieron que suspenderla. Luego le hicieron un trasplante de médula ósea, pero no funcionó. Volvieron a probar con la quimioterapia, pero con los mismos resultados. No pudieron hacer nada más por ella y la pusieron en cuidados paliativos. Ha ido empeorando rápidamente, y los médicos dicen que podría vivir unas pocas semanas más, como mucho. Su madre está divorciada; ella se quedó con la casa, pero el ex marido se saltó la manutención. Con Sylvie tan enferma, no ha podido mantener un trabajo. No puede recibir asistencia social porque es propietaria de la casa, pero si la vendiera no tendría dónde vivir, porque sin trabajo le resultaría difícil encontrar un lugar adecuado para una niña enferma, y además tiene que hacer frente a todas las facturas del hospital."

Julian tuvo de repente un mal presentimiento.

"Sólo sé que no vas a desear que desaparezcan sus facturas", le dijo.

Salieron de la carretera principal y se dirigieron a una urbanización antigua. Las casas eran de clase media, con bonitos jardines y niños montando en bicicleta por las aceras. Alessandra le dirigió una mirada ligeramente culpable y sonrió.

"No... No soy *tan* desinteresada, aunque lo he pensado. Pero Susan no querría eso de todos modos. No le importa cuánto tenga que pagar a los hospitales y a los médicos... lo único que quiere es que su hijita esté bien".

Disminuyó la velocidad del coche y giró hacia la entrada de una casa pequeña, cuyo patio estaba ligeramente cubierto de maleza, y aparcó. Cuando salieron del coche, la puerta principal se abrió y una mujer joven salió al porche. Era una morena pequeña y regordeta, con aspecto estresado.

"¡Alessandra!" La mujer bajó apresuradamente los escalones, limpiándose las manos en el delantal. "Me alegro mucho de que hayas venido. Sylvie se despertó hace media hora y ha estado preguntando por ti. Le dije que no era tu día para venir, pero estaba tan segura de que vendrías... ¡y aquí estás!".

Alessandra lanzó una mirada a Julián, y éste se encogió de hombros. A veces la magia sabía lo que ocurriría, y le precedía. Estaba claro que curaría al niño. Sólo deseaba haber tenido más tiempo de recuperación desde que cumplió los deseos anteriores. El calor le inundó en un torrente de consuelo, y sintió un bulto familiar en el bolsillo de sus vaqueros. Su recipiente Djinn había llegado hasta él. Gracias a él, tendría la fuerza adicional que necesitaba. Suspiró. Para la mayoría de los deseos, el collar que llevaba le proporcionaba la conexión con la magia Djinn. Iba a ser una curación difícil, si el frasco había acudido a él sin que lo hubiera invocado.

Siguió a las dos mujeres hasta el interior de la casa, y por un pasillo llegó a una habitación muy iluminada y alegre, en desacuerdo con la niña pálida y flácida que la ocupaba. Se apartó y observó cómo Sylvie se iluminaba al ver a Alessandra.

Enseguida vio por qué aquella niña le recordaba a Bobby. Era notablemente igual en rasgos y colorido, y tenía la misma aceptación cansada en su forma de ser. Tenía ojos viejos... ojos que sabían demasiado para una niña de su edad. Ojos que conocían la muerte.

Sin embargo, al igual que Bobby, aquellos ojos también conocían la Magia. Sylvie le echó una mirada, de pie en la puerta, y toda su cara se iluminó. También había sido así con Bobby... había echado una mirada a Julian y lo había conocido. No quién o qué era, por supuesto... no que fuera Djinn... pero lo había reconocido como... Otro.

Julian dio un paso adelante, hacia el lado de la cama, y cogió la mano delgada y fría que le tendía.

"Hola, Sylvie. Soy Julian".

Ella le miró, acogedora en aquellos ojos viejos y sabios. "Has venido a ayudarme, ¿verdad?".

Alessandra puso cara de horror y se dirigió a la sorprendida madre.

"Julian es herborista", explicó ella, haciendo gala de una rapidez mental que tenía a Julian perdido de admiración. "Ha traído un... brebaje de hierbas para Sylvie que podría hacerla sentir un poco mejor, para que al menos pueda dormir más cómodamente".

"Probaré lo que sea", suspiró Susan, dirigiendo una sonrisa dubitativa a Julian. "El Señor sabe que la medicina tradicional no ha podido ayudarla".

Alessandra sacó a la mujer de la habitación. Estaba a punto de seguir a Susan, cuando Julian la detuvo con un gesto.

"Me sentaré aquí un rato y le cogeré la mano. ¿Puedes alejar a la madre un rato? Haz que prepare café o té o algo".

Alessandra asintió y se echó hacia atrás, echando un vistazo al vestíbulo para asegurarse de que Susan estaba fuera del alcance del oído.

"¿Puedes hacerlo? ¿Salvarla, quiero decir?", susurró.

Asintió con la cabeza. La niña estaba mucho más cerca de la muerte de lo que Alessandra o la madre sabían... habría fallecido esta noche. Necesitaría todo lo que tenía, incluso con la ayuda del recipiente de Djinn en sus manos, para curarla, pero podría hacerlo.

"¿Es éste tu deseo?", preguntó formalmente.

Alessandra apretó la mandíbula con determinación. "Así es. Deseo que cures a Sylvie".

"Muy bien. Asegúrate de que no nos molesten durante un rato".

Cuando se quedaron solos, miró a Sylvie. La niña le devolvió la mirada con solemnidad.

"¿Eres mágica?"

"Sí", reconoció. "Voy a hacer que te pongas mejor. Pero no puedes decírselo a nadie, Sylvie. Los médicos dirán que estás en remisión y querrán hacerte pruebas de vez en cuando, cuando crezcas, para asegurarse de que la leucemia no reaparece. No reaparecerá, habrá desaparecido por completo, pero ellos no lo sabrán y no te creerán si se lo dices. Así que que sea un secreto, sólo entre tú y yo, ¿vale?".

"De acuerdo", aceptó la niña. Ya se le estaban cerrando los ojos, la excitación de las visitas y de hablar sólo durante estos minutos había agotado su pobre cuerpo enfermo. "Y Alessandra".

"Sí, y Alessandra. Te sentirás mejor muy pronto", prometió Julián, sentándose en el sillón que había junto a la cama de la niña. "Sólo tienes que cerrar los ojos y pensar en tu lugar favorito del mundo".

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la niña. "Disneylandia", dijo, cerrando los ojos obedientemente. "Quería ir, pero estaba demasiado enferma. Quiero ver a Mickey Mouse, y a Campanilla, y montar en las tazas de té y al señor Sapo".

"Pronto estarás lo bastante bien para ir. Encontraremos la forma de llevarte allí", juró precipitadamente Julián.

Puso una mano sobre el delgado brazo de Sylvie, con la botella de Djinn en la otra. Sintió la enfermedad en el pequeño y frágil cuerpo, los glóbulos blancos multiplicándose sin control,

consumiendo las células sanas. Llamó a la energía curativa hacia él, sintió que le llenaba. El recipiente de Djinn que tenía en la mano se encendió, calentándose rápidamente mientras inundaba a Julian con una oleada de poder, mientras el colgante que tenía sobre el pecho chisporroteaba, enviando pequeños destellos de luz. Dejó que se acumulara, reuniéndola en su interior, y luego la canalizó hacia el exterior, a través de sus brazos y manos, dejando que fluyera a través de él y hacia el niño.

Una luz brillante llenó el cuerpo de la muchacha, calmándolo, curándolo. Reparando el daño causado a huesos y órganos, fortaleciendo el debilitado corazón. El tiempo parecía pasar, infinito e incontable. Profundizó aún más, invocando la magia del Djinn a medida que su propio poder se agotaba.

Entonces se hizo, y la magia retrocedió en una ola, llevándose consigo cada gramo de su fuerza.

Se desplomó contra los cojines del sillón. Pensó fugazmente que se alegraba de que no fuera un sillón recto, pues de lo contrario se habría deslizado hasta el suelo. No recordaba cuándo había tenido que utilizar magia tan fuerte por última vez.

Sintió una mano fría en la frente y abrió los ojos. Era Jacinto, que le miraba preocupado.

"Julian, ¿estás bien?"

"Cansado". Arrastró las palabras. "Comprueba al niño".

El Djinn se volvió, estudiando a la niña dormida en la cama.

"Está bien", pronunció. "Lo has hecho bien, Julian. Ha sido difícil; estaba casi a las puertas de la muerte".

Volvió a centrar su atención en él. "Ha sido una magia muy pesada para que la hayas hecho cuando no estás en plenas facultades".

Consiguió soltar una risa áspera. "Dímelo a mí".

Ella fruncía el ceño. "Julian, no he podido averiguar por qué te han vuelto a llamar tan pronto. No sé qué está ocurriendo. Nada es como debería ser. Te ayudaría a recuperar tus fuerzas, Julian, pero no comprendo lo que está ocurriendo ahora y tengo miedo de intervenir."

"No pasa nada. Sólo con saber que lo harías si pudieras, es suficiente". Cerró los ojos un momento. "No te he dicho lo suficiente cómo he apreciado tu apoyo a lo largo de los siglos".

Hizo un gesto con la mano. "¿Necesitas algo?"

"No podrías conjurar un poco de chocolate, ¿verdad?"

Ella le sonrió. "Claro que puedo".

Sacó un trozo de chocolate envuelto en papel dorado. Godiva, por supuesto. Sólo lo mejor para Jacinto. Lo desenvolvió y se lo metió en la boca. El dulce dulce se derritió en su lengua, el calor se extendió, infundiendo vida a sus venas. Se removió en la silla, un poco menos debilitado.

"Gracias, Jacinth".

"Será mejor que me vaya", respondió ella. "Ya vienen, tu *Sahiba* y la madre".

Ella guiñó un ojo y Julian se incorporó con dificultad, intentando no parecer tan débil como se sentía. Alessandra le lanzó una rápida mirada al entrar en la habitación, y él asintió infinitesimalmente.

"Está durmiendo", les advirtió en voz baja. "Cuando se despierte, dadle un poco de la hierba mezclada con zumo".

"Te he traído té", dijo Susan, acercando una mesa a su lado. "Alessandra me ha dicho que te gusta el té".

"Sí, gracias". Sorbió agradecido el oscuro brebaje. Seguía sosteniendo la mano de la niña,

sintiendo la paz de su sueño profundo y reparador. Su vasija *Djinn* había desaparecido, sin duda había regresado al hogar de Alessandra. A veces podía jurar que la maldita cosa tenía vida propia.

Alessandra se posó en el brazo de su silla. Podía oler su fresco aroma, sentir su fuerte esencia vital.

¿Por qué esta mujer, ahora, en este momento? Nada podía haber entre ellos. Era un tormento más añadido a su castigo.

CAPÍTULO 13



JULIAN MIRÓ A SU alrededor al salir del pequeño VW. No había tenido ocasión de ver realmente la casa de Alessandra cuando ella le había llevado antes con tanta urgencia.

La pequeña casa de una sola planta se alzaba sobre un gran terreno, que a primera vista parecía un alborotado desierto de flores. Sin embargo, con una segunda mirada, pudo ver que era un caos ordenado. Las rosas trepadoras y las buganvillas cubrían casi por completo los muros de piedra que rodeaban la propiedad, además de estar trepadas en amplias espalderas colocadas contra las paredes de la casita y serpenteando alrededor de los pilares del porche. Los setos de rosas, bastante inusuales en América, creaban los bordes de las grandes parcelas de los jardines de flores, además de bordear la acera delantera. Le recordaba más a un jardín inglés descuidado que a un suburbio americano. No había paseos de piedra o grava, pero los caminos del jardín estaban alfombrados con una hierba espesa y exuberante, que invitaba a caminar descalzo.

Se volvió y observó la parte trasera de la casa. En un amplio arcén cubierto de hierba, frente a la puerta trasera, había un columpio antiguo, perfectamente situado para contemplar el desbordante jardín en una cálida tarde de verano. Cerca había una hoguera de piedra rodeada por varios bancos curvados de madera roja. En la parte trasera de la propiedad, los cornejos brillantes contrastaban con las azaleas rebosantes de color, todo rodeado por una valla de madera blanca y un arco, con rosas floreciendo a medida que crecían por encima de la valla y el arco. El conjunto estaba dispuesto para crear una alcoba, casi un emparrado, alrededor de un banco de hierro forjado colocado bajo un cerezo en flor. Entre el jardín y la casa, bajo un extenso roble, había una mecedora con amplios cojines a rayas verdes y blancas.

"¿Te gusta?" preguntó Alessandra, poniéndose a su lado.

"Sí, es hermoso", respondió, caminando por el sendero que lo atraía. Quería ver de cerca aquellas hierbas. Alessandra, en silencio a su lado, estudió la cama más cercana. Las hierbas... de hecho, todas las flores y plantas de la casa... estaban floreciendo. Pasó la mano por encima de una hilera de equinácea y sintió un leve cosquilleo en la palma. Sorprendido, apoyó la palma en la tierra. Aquí había una energía sutil. Alessandra tenía un don, una conexión con la tierra y el cultivo. Otra extraña coincidencia, ¿las similitudes entre ellas?

"Me interesan las hierbas como terapias alternativas... lo que llaman medicina complementaria", le dijo Alessandra, bastante innecesariamente.

"Ya lo veo". Se agachó para tocar una hoja de equinácea. "En esto trabajaba... aprendiendo a infundir hierbas con magia, hace seiscientos años. La magia en mí era muy fuerte, pero no tenía los conocimientos ni la experiencia para ser sanadora. La peste estaba diezmando mi país, y yo

tenía prisa".

"Voy a esperar oírlo todo", le advirtió Alessandra, llevándolo hacia el columpio. Julian se acomodó a su lado. Un suave crujido se mezcló con los sonidos nocturnos del jardín cuando puso el columpio en movimiento con un pie.

"No hay mucho más que contar. Era joven e impaciente, y estaba desesperada por hacer algo con la magia sin explotar que sabía que poseía. Hacía años que era aprendiz de un mago, pero él estaba de viaje cuando apareció la plaga. Tienes que comprender cómo era entonces. Seguro que has visto las imágenes, las descripciones, en los libros de historia. Estar allí... era mucho peor. Mil veces peor. Todo el mundo enfermaba. Moría. Ricos y pobres, campesinos y nobles. Las imágenes, los sonidos, los olores, el *horror*, no se pueden describir. Los médicos y sus medicinas eran tan ineficaces como los sacerdotes con sus oraciones. Y mi vocación era la curación. Llevaba estudiando las artes curativas y la magia ceremonial desde los doce años. Todos mis instintos me gritaban que hiciera algo. Estaba segura de que, con toda esa capacidad mágica sin explotar tan fuerte en mí, podría detener esta plaga devastadora. Así que una noche trabajé con una energía poderosa, invoqué a los cuatro elementos y a sus elementales, reuní toda mi concentración y la volqué en un hechizo que me diera... casi exactamente como en la película de Disney... 'poderes cósmicos fenomenales'. Y aquí estamos".

"Entonces, ¿por qué no te gusta ser un... un Djinn?". preguntó Alessandra. "Quiero decir, has vivido más de medio milenio, y tienes todos esos poderes mágicos... Es decir, puedes *curar*. Dios mío, Julian!"

Un aroma exótico llenó el aire cuando dos pequeñas tazas demitas aparecieron en sus manos. Le tendió una y ella la olió experimentalmente.

"¿Té, pero especiado?"

Julian sorbió el suyo con placer. "Pruébalo", le aconsejó. "Te gustará".

Lo probó, y sonrió cuando los sabores mezclados de las especias aterrizaron en su lengua. "Canela, sólo un toque, ¿verdad?"

Julian asintió. "Sí, y también nuez moscada, clavo y pimienta de Jamaica. Es una forma tradicional de preparar el té en algunos lugares de Oriente Próximo. Tras unos siglos entre los djinn, he aprendido algunas de sus costumbres".

Cuando hablaba de los djinn, había un afecto divertido en su voz, un relámpago en la melancólica oscuridad que se cernía sobre él como un sudario.

"¿Así que existen realmente los Djinn? ¿No sólo magos hechiceros?" Sonaba a locura, dicho en voz alta. "¿Pasas mucho tiempo con ellos?"

"No. Soy bienvenido a Qaf, la aldea de los Djinn, en cualquier momento. Pero no soy verdaderamente uno de ellos. Ellos lo saben y yo lo sé. Hacen todo lo posible para que me sienta como en casa, pero no encajo".

Alessandra lo comprendía... quizá mejor de lo que él lo sabía. Julian no encajaba en el mundo de los djinn, ni tampoco en el de los humanos. Eso explicaba la mirada solitaria de sus ojos, la tristeza que irradiaba en oleadas.

"No tengo control sobre la botella de Djinn que me mantiene hechizado a ella". Julian miraba fijamente su taza, con una mirada lejana en los ojos. "Cuando se activa el hechizo... es decir, cuando la botella está en posesión de la persona a la que se le concederán los deseos, no puedo abandonar la propia vasija de Djinn. Una vez que se me llama, como cuando abriste la botella esta tarde, puedo salir de la botella, pero debo permanecer en sus proximidades a menos que el Amo de la botella decida permitirme ir y venir. Y eso me pasa factura, tanto a la magia del Djinn como a la mía propia. Cuando se cumple el tercer deseo, me libero del hechizo durante un

tiempo, para descansar y curarme, para recuperar mis fuerzas. Siempre he tenido meses por lo menos, a veces hasta un año o dos, antes de que la botella deje de estar en mi poder".

"Durante ese periodo de tiempo, soy libre de ocuparme de mis asuntos, de llevar una vida tan normal como pueda... o, tan normal como pueda ser. Sin embargo, una vez que la botella vuelve a abandonarme, nunca sé cuándo me llamarán. Pueden pasar horas, o días... incluso meses o años, antes de que la persona a la que se le concederán los deseos, encuentre la botella. Pero sigo siendo libre hasta ese momento. Una vez que la botella sea descubierta por su nuevo propietario, deberé permanecer dentro de ella. Y pueden pasar días, semanas, meses... incluso años... antes de que descubran la *muftah*... la llave... para llamarme".

Alessandra estaba horrorizada. "¿Quieres decir que... podrías estar paseando por la calle y, ¡puf!, te arrastran de nuevo a la botella? ¿Y podrías quedarte atrapada allí durante *años*?"

"Sí". Su respuesta fue tajante, inflexible.

Frunció el ceño. "Dime si lo he entendido bien. La botella te succionó dentro de ella, luego se colocó en el baúl de mi desván, y tú tenías que permanecer en su interior hasta que yo encontrara la forma de abrirla, por mucho tiempo que pasara. Entonces tienes que quedarte conmigo, hasta que haya utilizado todos mis deseos. Después serás libre durante un tiempo, hasta que vuelva a absorberte".

Julian asintió. Las implicaciones más amplias estallaron en ella con desagradable claridad.

"Nunca podrás tener una familia.... ni siquiera una relación, ¿verdad?"

No necesitaba ver su asentimiento. Ni siquiera podía tener una mascota.

"¿Cómo te las arreglas para mantener en marcha Caprichos?"

"Los Djinn me han ayudado. Hay algunas personas en el mundo... normalmente aquellas a las que se les han concedido deseos de Djinn, o amigos íntimos o familiares de los que lo han hecho... que son conscientes de la existencia de los Djinn. Jackson es una de ellas. Gestiona mi casa, mis cuentas bancarias y mis negocios por mí. Sabe que cada vez que respondo a la llamada, puede que no vuelva a verme. Jamás. Si así fuera, el Djinn encontraría un sustituto cuando decidiera marcharse o jubilarse, traería a alguien para que ocupara su lugar, de modo que yo tuviera algún tipo de continuidad cuando por fin pudiera regresar. Pero, por supuesto, nunca sé cuándo volveré, ni quién estará aquí, ni siquiera si mi negocio y mi hogar siguen en pie, debido al giro del tiempo y al estado del mundo."

La desesperanza en su voz, la caída derrotada de sus hombros, querían hacerla llorar. Quería preguntarle por su familia... qué les había ocurrido a los que estaban en Italia cuando él hizo el hechizo por primera vez, pero no quería hacerle más daño haciéndole pensar en eso.

Le vino a la mente un eco de su conversación anterior y frunció el ceño.

"¿No decías que habías estado bajo el hechizo de la botella cuando te enteraste de la existencia de Bobby?"

"Sí". El té de él, que se había enfriado en la taza, empezó a humear de repente, al igual que el de ella, y ella dio un respingo.

"Podrías avisarme", le dijo ella, un poco severa.

Una pequeña luz bailó en sus ojos. "Pero eso le quitaría la diversión".

"Y sí", continuó. "Tienes razón. Hace sólo dos semanas que cumplí el último deseo".

"¡Creía que habías dicho que te quedaban al menos seis meses!" exclamó ella.

"Debería haberlo hecho. Mi magia aún no está a pleno rendimiento. Se necesita mucha energía para trabajar con la magia Djinn, aunque estoy obligada a hacerlo. No sé por qué me han vuelto a llamar tan pronto".

"Y por eso me invitaste a cenar aquella noche", adivinó astutamente. "Pensabas que te

quedaban meses por delante".

"Sí. Nunca te lo habría pedido, si hubiera pensado que no podría estar allí".

"¿De verdad que no tienes ningún aviso? ¿Ninguna?"

Se encogió de hombros. "Depende. Una vez que se acaba mi tiempo de gracia... una vez que la botella desaparece de mi posesión, nunca sé cuándo me apartarán de ella. La semana pasada sólo tuve unos minutos después de darme cuenta de que había desaparecido, antes de que se metiera en el baúl de tu desván, poniéndola en tu poder, y me llamaron para que entrara en él, atrapada allí."

"¿Y no pudiste dejar la botella, por ningún motivo, hasta que saqué el tapón?". Sintió que el temperamento le calentaba la cara. "¡Eso es completamente injusto! ¿Y si hoy no hubiera decidido limpiar el desván? Podrías haber estado ahí dentro durante años".

"Sí", convino Julián, con el rostro desprovisto de toda expresión. "Pero así son las cosas".



HORAS DESPUÉS, cuando Alessandra se había ido a la cama, Julián yacía pensativo sobre los cojines bajos de su vasija.

"¿Julian?"

Se incorporó, suspirando. Lo único que deseaba era que le dejaran en paz, pero no tenía sentido negarle la entrada a Jacinto; ella no le dejaría en paz hasta que supiera que estaba bien. Al menos, todo lo bien que podía estar, dadas las circunstancias.

"Ven".

Apareció ante él, con una mirada preocupada en su bonito rostro, y lo estudió ansiosamente.

"Julian..."

"Estoy bien, Jacinth. De verdad".

No, no lo estaba.

"No, no lo eres", se hizo eco de su pensamiento, asintiendo sabiamente.

Se encogió de hombros. "¿Qué se supone que debo decir, hacer? ¿Enfurecerme, gritar, arremeter contra un destino sobre el que no tengo control? He terminado con esto, Jacinth. Ya no puedo más".

Los suaves ojos marrones se abrieron alarmados y ella acudió a su lado.

"¿Qué quieres decir?"

"Significa que durante seiscientos años he vivido así. Después de aquellos primeros años conseguí encontrar cierta aceptación, sabiendo que era cosa mía. Pero ahora..."

La ira, el resentimiento, la desesperación, todo hervía en una rabia impotente. Saltó del sofá y se paseó por los confines del salón.

"En cuanto vi a Alessandra, supe que era la indicada para mí. Mi alma misma la reconoció, Jacinto. Sabía que no podía tenerla... pero nunca le habría hecho daño. Nunca le habría causado ningún daño, ni angustia. Todo lo que quería era pasar un tiempo con ella, disfrutar de su compañía, oír su risa, ser una pequeña parte de su vida durante un rato. Un amigo... un recuerdo agradable para ella".

Llegó a la brillante pared plateada que era la botella del genio. La ira que le invadía hizo que estrellara el puño contra su porosa superficie.

"¡Maldita sea!", gritó. "¿No basta con haberla conocido, con conocerla, con ver lo que nunca podrá ser mío? ¿Voy a ser castigado aunque sólo sea por unos días de amistad? ¿Cómo es posible? ¿Por qué? La nave nunca ha ido a la ciudad donde yo vivía. Nunca ha ido a alguien que

yo conociera. La magia me ha dado tiempo para recuperarme, tiempo para recrear la vida que había tenido antes. Y ahora... esto. Todo está cambiando, y ya no conozco las reglas".

Se volvió hacia Jacinto. Los ojos de la djinn eran enormes en su rostro pequeño y ovalado, llenos de aprensión.

"Julian..."

"No. Dejé que la rabia lo atravesara, la canalizó fuera de su cuerpo, y tomó aire, permitiendo que la calma se asentara sobre él como un manto.

"No, Jacinto. Han pasado seiscientos años. *Seiscientos*, Jacinto. Es razonable pensar que alguien pueda pedir un deseo que fuera para otra persona. ¿Pero los tres deseos, para otra persona? ¿Tres deseos completamente desinteresados? Ésa es la única forma de liberarme, y no va a suceder. Este es el final. Cumpliré los tres deseos de Alessandra, y nada más. No responderé a la llamada de la botella, nunca más".

Parecía absolutamente aterrorizada, su piel cremosa palidecía.

"¿Pero Julian! No sabes lo que podría pasarte".

Soltó una breve carcajada, hundiéndose de nuevo en el sofá. "No podría ser peor que lo que ya me ha ocurrido durante los últimos seiscientos años... lo que está ocurriendo ahora".

"Pero... ¡pero la magia! Julian, ¡ninguno de nosotros sabe lo suficiente sobre esta magia! Los Djinn no podemos ayudarte, no podemos intervenir. Podrías quedar aprisionado en la botella para siempre... o... ¡o tal vez incluso morir!".

Había considerado, y aceptado, el sombrío futuro que tenía ante sí. Ése era el camino que seguiría, sin importar las consecuencias. Ella leyó la determinación en sus ojos y se arrodilló ante él, con la mano en su brazo.

"Julian, piensa. Alessandra ya ha pedido un deseo a otra, a esa niña..."

"¡*No lo hagas!*" rugió, agarrándose la cabeza con las manos mientras la angustia le desgarraba, surgiendo como espadas en llamas. "No mantengas esa esperanza, Jacinto. ¡Jamás! Antes moriría ahora que pensar que podría liberarme, y que podría vivir el resto de mi vida con ella, sólo para equivocarme. No soporto ni siquiera pensarlo".

"Vale. Vale". Estaba temblando como una hoja, sus grandes ojos marrones brillaban de lágrimas. "Lo siento, Julian. Lo siento mucho".

"Yo también".

Se inclinó hacia ella para besarle la frente.

"Vete ya, Jacinto. Estaré aquí un rato de todos modos. Alessandra tiene dos deseos más, y no parece tener prisa por utilizarlos. Volverás a verme".

"Puedes contar con ello, Julian", juró ella, con su suave rostro inusitadamente feroz. "Volveré".

CAPÍTULO 14



JULIAN SE DESPERTÓ TEMPRANO. La noche anterior había hechizado las paredes plateadas de la botella de Djinn para que reflejaran el cielo, de modo que pudiera ver en su superficie resplandeciente el sol que se asomaba por los tejados del este. Salió de la botella y se quedó descalzo, vestido sólo con vaqueros, en el salón de Alessandra. Se preparó una taza de té y atravesó la cocina hasta el porche trasero, respirando el aire cálido y perfumado. Aunque era temprano, el calor ya se extendía por la tierra, y el día prometía ser bochornoso. En el horizonte se acumulaban nubes que se elevaban en el cielo. No tardaría en llover, pensó. Quizá esta tarde. El aire estaba cargado con la promesa de una buena lluvia limpiadora, el tipo de limpieza que sólo una buena tormenta podía proporcionar. Las plantas lo sabían, pensó, y sus hojas se abrían hacia el cielo con anticipación.

Satisfaciendo su interés por Alessandra, paseó por su jardín. Era una propiedad de buen tamaño, probablemente un acre entero, pensó Julián. Deambuló, explorando cada sendero, cada rincón. Se dio cuenta de que aquí había paz, respiró hondo e inhaló la riqueza de la tierra, las flores y las hierbas. Alessandra había creado este pequeño oasis como lugar de curación y descanso. Estaba claro que Alessandra disfrutaba mucho con su jardín y con las cosas vivas y crecientes de todo tipo.

Julian reprimió una punzada de dolor. A él también le habían gustado los jardines y las hierbas, le había encantado trabajar con la tierra, cultivar las plantas jóvenes, enorgullecerse de su capacidad para preparar lociones y pociones calmantes y bolsitas para ayudar a los demás. ¿Cuándo había sido la última vez que había trabajado la tierra? Hacía mucho tiempo que ni siquiera había estado en un jardín, quizá ni siquiera desde que había lanzado su fatídico hechizo seis siglos atrás.

Atraído una vez más hacia el jardín de hierbas, se arrodilló, deslizando los dedos en la tierra, dejando que la cálida energía terrestre lo calmara. Brotaban malas hierbas, probablemente porque Alessandra había estado muy ocupada esta semana y más. Debía de pasar mucho tiempo aquí, cuidando de todo esto. Sonrió y sus dedos se clavaron en la tierra. Podía imaginársela aquí todos los días, yendo de una parcela a otra, alisando la tierra en torno a las raíces, escardando, podando, estimulando el crecimiento joven. Le sentaba bien, pensó.

ALESSANDRA SE INCORPORÓ bruscamente en la cama, pasando del sueño profundo al despertar

completo en un instante. Su mente se inundó de recuerdos del día anterior. Julian... Sylvie y Susan. ¡Genios! Ay. *Dios. Dios.* Volvió a caer en el colchón y enterró la cara en su almohada de plumón, amortiguando la risa que no se reprimía. ¡Un genio! Un genio de verdad. Recién salido de la botella... como en los cuentos de Las mil y una noches de su infancia... ¡y vaya! ¡Hubba hubba! Julian era tan diferente del gentil gigante azul de las imaginaciones de Disney que ni siquiera tenía gracia. Pero, genios... Djinn... Se puso boca abajo, apoyando la barbilla en la almohada. El placer la invadió y amenazó con estallar en carcajadas una vez más. Quería saltar y reír y bailar y gritar de alegría que era verdad, que había genios en el mundo, genios que venían y concedían deseos.

Quizá estaba histérica. ¿O deliraba? Se pellizcó el brazo, con fuerza. ¡Ay! Vale, no estaba soñando y no creía estar alucinando. Durante todo el día de ayer había tenido la sensación de estar caminando en un sueño, de que en cualquier momento se despertaría. Giró ligeramente la cabeza. Allí, en su tocador, estaba la bonita y delicada botella de cristal. La que albergaba a un genio.

Julián. Oscuro y melancólico, no era como ningún genio que ella hubiera imaginado. Djinn, se recordó a sí misma. Él parecía preferir esa palabra a "genio", así que ella también debería intentar usar Djinn. Con tanta sorpresa y emoción, todo aquello la había pillado por sorpresa. Ahora que tenía algo de tiempo a solas, tiempo para pensar, su cerebro volvía a la vida. Y con él, un millón de preguntas. ¿Quiénes eran los Djinn? ¿Qué eran? Si llevaban milenios existiendo, como parecía, ¿por qué no había más que un puñado de historias, cuentos de hadas en realidad, sobre ellos? Seguramente, en todo ese tiempo, *alguien se habría* presentado; la riqueza repentina de alguien... o lo que fuera... se habría notado. No podía imaginarse que Hacienda fuera muy comprensiva con la aparición de un millón de dólares en su cuenta bancaria sin mejor explicación que la de que un genio... Djinn... le había concedido su deseo.

Un millón de dólares. La comprensión fue cegadora. Podía tenerlo... un millón de dólares... o mil millones de dólares. Sólo tenía que pedirlo. ¡Un millón de dólares!

Tenía que haber una trampa... tenía que haberla. Antes de pedir otro deseo, sería mejor que se lo aclarara a Julian. ¿Y si se trataba de algo parecido a aquella horrible historia de "La pata del mono" que había tenido que leer en la clase de inglés del instituto, en la que la pareja había pedido un montón de dinero y habían recibido un aviso de que su hijo había muerto, y el seguro o lo que fuera era exactamente la cantidad que habían deseado? Ella había odiado aquella historia. Los finales felices eran más de su estilo, tanto en los libros como en las películas... o en la vida real. No es que viera muchos.

Finales felices... como Sylvie. Se abrazó a sí misma en la oscuridad, la esperanza brotaba con tal intensidad que casi dolía. Susan había llamado a última hora de la noche, justo antes de irse a la cama, hablando maravillas de las hierbas que les había traído Julian. Sylvie se había sentido mucho mejor, según Susan, y aunque había dormido durante horas, cuando se despertó parecía tener más vida en su cuerpecito, más fuerza. Se había sentado en la cama y había pedido sus alimentos favoritos, y había podido comer una buena comida. Aunque había visto con sus propios ojos las pruebas de que Julian era un Djinn, Alessandra casi tenía miedo de esperar que realmente pudiera ser cierto, y que Sylvie volviera a estar bien. Curada, había dicho Julian. No en remisión. La leucemia había desaparecido para siempre de aquel cuerpecito.

De nuevo las preguntas se arremolinaron en su mente. Djinn. Cómo deseaba saber más sobre ellos... más que el cuento infantil que había oído toda su vida. ¿Quiénes eran? ¿Dónde vivían? ¿Qué hacían cuando no concedían deseos? Es más, ¿por qué concedían deseos? ¿Tenían un gobierno o algún tipo de órgano rector? Tantas preguntas.

Por fin se levantó de la cama, dispuesta a empezar el día. Miró pensativa la botella de cristal que había sobre la cómoda. ¿Estaba Julian ahí dentro? ¿Estaba despierto y podía ver hacia fuera? Para estar segura, recogió su ropa y la llevó al cuarto de baño para cambiarse. Sería mejor que sacara la botella del dormitorio y la llevara al salón.

Se dirigió a la cocina, llenó la tetera y la puso a hervir. Se preguntó si Julian estaría despierto y cómo lo sabría. ¿Saldría si la oyera moverse o esperaría a que lo llamara? ¿Y cómo lo sabría ella? Un movimiento en el exterior le llamó la atención a través de la ventana. Se asomó y una sonrisa curvó sus labios.

¡Uf! Toda esa cruda masculinidad arrodillada en su jardín. ¡Qué potente! El rubor que sintió no podía atribuirse enteramente al calor del sol matutino. Él aún no se había dado cuenta de su presencia. Vestido con unos vaqueros raídos, tenía el pecho y los hombros desnudos. También tenía los pies desnudos, con tierra pegada a las plantas. Tenía las manos hundidas en la tierra mientras trabajaba, los dedos suaves mientras alisaba el suelo alrededor de las hierbas. El sol de primera hora de la mañana brillaba en su pelo despeinado. Sus dedos ansiaban recorrer la espesa melena, negra como la noche. Su espalda bronceada estaba cubierta por el ligero brillo del sudor, y algunos mechones de pelo de ébano se pegaban húmedamente a sus anchos hombros.

La tetera silbó y ella preparó dos tazas de té, dirigiéndose con ellas al exterior.

"Buenos días", le saludó alegremente. Se alegró de verle sonreír mientras la miraba. Tenía un aspecto maravilloso, arrodillado allí, en su jardín. Casi como si formara parte de él. Casi como si, pensó, perteneciera a ella. Ahuyentando ese pensamiento, le tendió una de las tazas. Sus dedos rozaron los de ella al cogerla, y sus mejillas se calentaron involuntariamente.

"Te has levantado temprano", dijo sin sentido. ¡Pues claro!

"Menos mal", señaló con la cabeza las nubes que seguían oscureciéndose en el horizonte, coloreando el cielo. "Lloverá antes de que pasen muchas horas. Y éste es el mejor momento del día para trabajar en el jardín".

Ella le sonrió en perfecta concordancia. "¡Así es! Me encanta levantarme cuando todo el mundo sigue durmiendo y trabajar aquí".

Aquellos ojos de zafiro la miraron por encima del borde de su taza. "Tienes preguntas".

Alessandra no pudo evitar reírse. "¡Sí! ¿Es tan evidente?"

Ella cruzó el patio hasta la mecedora situada bajo el roble, y él vino a sentarse a su lado. Hoy parecía más relajado, sonreía con facilidad, sus ojos no estaban tan ensombrecidos como el día anterior.

"Te contaré todo lo que quieras saber", le aseguró.

Se le ocurrió otro pensamiento.

"¿Cómo puedes decírmelo? ¿Cómo puedes saber que no llamaré a los periódicos y se lo contaré todo?"

La sonrisa de Julian era indulgente. "¿El National Enquirer, por ejemplo?", sugirió, con un brillo perverso en el fondo azul noche de sus ojos. "¿El Globe?"

"Ah". Eso la hizo reflexionar. Las únicas revistas susceptibles de publicar una historia así no eran de las que nadie se tomaría en serio. Y si alguien pensaba que realmente creía su historia, la encerrarían por lunática.

Julian pareció percibir la tendencia de sus pensamientos.

"Además, si hicieras un intento serio de que la gente te creyera, los genios se darían cuenta. Se consideraría el colmo de la ingratitud intentar sacar a la luz su existencia tras habersele concedido deseos de tu elección, y tomarían medidas para tratar contigo. Y créeme... no querrás enfadar a un genio de verdad".

"Me lo imagino", respondió Alessandra con sinceridad. La sola idea de lo que un djinn, lo bastante poderoso como para curar de leucemia a un niño enfermo terminal, podría hacerle a un simple mortal que hubiera provocado su ira, le llevó el corazón a la garganta.

Julian le sonrió. "Pero no te hagas una idea totalmente equivocada de los djinn. Son un grupo despreocupado y hedonista en el mejor de los casos, que se contenta con pasar los días repanchingado en cojines y comiendo dulces".

"¿Tienen un gobierno, o algo así?"

"Más o menos. Está el Consejo, que supervisa todos los asuntos".

"¿Dónde viven los Djinn? ¿En sus botellas?" Le dirigió una mirada de disculpa. "Sé que anoche me contaste bastante, pero creo que estaba en estado de shock o algo así. Sólo recuerdo trozos".

"No te preocupes. Viven en un lugar llamado Qaf".

"¿Qaf? ¿Es como un país?"

Julian se frotó el puente de la nariz, pensativo. "No es exactamente un país. Qaf es cualquier lugar donde viven los Djinn. Tienen pequeñas aldeas diseminadas por el mundo donde se cría y enseña a los niños, y los Djinn tienen hogares donde van y vienen a su antojo. Cada Djinn nace en una tribu, y cada tribu tiene su propia aldea, y todas las personas que residen en ella son su familia."

"¿O a ella?" interrumpió Alessandra. "¿Hay Djinn hembras?"

"Djinnaya", la corrigió Julian con una sonrisa. "Por supuesto. Los hay masculinos y femeninos, jóvenes y viejos, gordos y delgados... como los humanos. Incluso hay Djinn buenos y malos... aunque no tantos malos, porque los Djinn vigilan a los suyos. Y a los Djinn malos no se les permite ser Portadores de Deseos, ni hacer daño a la humanidad".

"¿Cómo funciona eso de los deseos? preguntó Alessandra, curiosa. No le había gustado preguntarle antes, ya que estaba claro que a Julian le causaba mucha agonía. Como parecía estar mucho mejor de ánimo, pensó que podría mostrarse receptivo a sus preguntas. "Sé cómo funciona en cuanto a conceder los tres deseos, pero ¿qué ocurre después? Es decir, ¿cómo funciona para ti?".

"Los deseos agotan mi propia magia", respondió Julián. "Tales deseos están casi siempre muy por encima del alcance de mis propias capacidades mágicas. Dispongo de la botella de Djinn para invocarla, pero al no ser Djinn, utilizo mi propia magia de Mago para acceder a la magia de Djinn. La magia de los Djinn es muy poderosa, y se necesita toda la reserva de energía que poseo para poder aprovecharla y canalizarla en la concesión de los deseos. Me deja agotada y exhausta durante mucho tiempo... meses, a veces. Después de un deseo difícil... como curar a tu Sylvie... o si el dueño de la botella pide sus deseos en rápida sucesión, a veces apenas puedo levantar la cabeza, dependiendo de cuánta magia se haya necesitado. Tardo mucho en recuperarme físicamente, y aún más en recuperar mi magia, las reservas de energía necesarias para invocarla".

"Una vez que el *Sahib* ha pedido el tercer deseo, soy atraído hacia el recipiente del Djinn y éste desaparece. Suelo despertar en algún lugar lejano, lejos de esa persona. La mayoría de las veces, acabo en una playa de las islas Seychelles".

"Pero... ¿pero cómo se vuelve?".

Las comisuras de sus labios se torcieron ligeramente, su rostro se suavizó. "Los Djinn me ayudan, me traen ropa, identificación, dinero si es necesario. Al menos hoy en día es mucho más sencillo, con los viajes en avión y los cajeros automáticos en todo el mundo. Los Djinn no pueden utilizar su propia magia para ayudarme más que en pequeñas cosas; va en contra de sus

propias reglas y, presumiblemente, de las reglas de mi propio hechizo. A nadie le ha gustado arriesgarse a probarlo. Y, por supuesto, tal vez pueda desearme a mí misma volver a mi ático, si la magia de los Djinn no se agota demasiado con el tercer deseo".

"¿Pero entre medias vives en Nueva York?"

Asintió con la cabeza. "Me establecí en Nueva York hace casi cien años. Me gusta estar aquí, el ajetreado bullicio, pero al mismo tiempo puedo estar solo. Es... inusual... que mi última *Sahiba* fuera de Nueva York. La magia rara vez me sitúa tan cerca de mi hogar, porque tengo prohibido cualquier tipo de contacto con el *Sahib* una vez concedidos los deseos".

"Luego, durante un tiempo, el hechizo me deja en paz para que recupere mi fuerza, mi magia. Soy libre para retomar los hilos de mi vida, si puedo, desde la última vez que fui libre. He construido mi negocio de antigüedades a lo largo de los siglos. Los Djinn me han ayudado a mantenerlo en marcha cuando no puedo estar aquí, encontrando a personas como Jackson a las que confiar nuestro secreto, y que continuarán con el negocio incluso después de que me hayan secuestrado sin previo aviso. Creo que te conté esa parte anoche. Jackson sabe que cada vez que me ve puede ser la última vez... durante meses o años, o quizá incluso para siempre. Puede que vuelva a verme, puede que no. La próxima vez que sea hechizada en el recipiente del Djinn, podrían pasar décadas antes de que la persona que va a ser mi *Sahib* abra la botella".

Frunció las cejas. "¿Así que no tienes ningún aviso? ¿Ninguna en absoluto?"

"Puede haberlo. Una vez que el hechizo se reactiva, una vez que la botella puede abrirse de nuevo e invocar al Djinn, deja de estar en mi poder. Así es como sé que puedo ser llamado a la botella. Por lo que he podido descubrir, la vasija va a dondequiera que la encuentre la persona que será el *Sahib*".

¿"Como cuando se encontró en el pecho de Elspeth"? adivinó Alessandra.

"Sí, así es. Y eso me sirve de advertencia, de que podría ser arrastrado a la botella en cualquier momento. No es habitual que vaya directamente al *Sahib* inmediatamente después de salir de mi posesión, como ha ocurrido esta vez. Nunca me había ocurrido antes. Nunca he tenido menos de seis meses para recuperar mi fuerza, mis reservas de magia. Y una vez que está en posesión del *Sahib*, a la espera de ser descubierto, estoy atado al recipiente, incapaz de abandonarlo hasta que se me llame".

Julian se levantó del planeador y se estiró, tendiéndole una mano. "Ven dentro. La madre del niño está a punto de llamarte".

"¿Cómo puedes saberlo?" Pero se apresuró hacia la casa justo cuando su móvil, que había dejado sobre la encimera de la cocina, empezó a sonar.

"¿Diga?"

"¿Alessandra?" Era Susan, con voz excitada. "Estoy en el móvil, vamos de camino al hospital. Pero, ¡oh, Alessandra! ¡Sylvie ha caminado esta mañana! Se ha despertado antes que yo, se ha levantado de la cama y ha entrado en mi habitación. No puedo... No puedo creerlo. He llamado al médico y nos va a llevar a la consulta enseguida, quieren hacernos unas pruebas, pero tenía que llamarte y decírtelo, ¡es tan maravilloso!"

"¿Qué creen que puede ser?" preguntó Alessandra, preguntándose si la repentina salud de Sylvie atraería sobre ella y Julian un escrutinio no deseado.

"No lo saben. Siempre existía la posibilidad de una remisión espontánea, por supuesto, pero es tan rara... los médicos nunca me animaron a tener esperanzas en ello. Pero ahora el Dr. Greene cree que quizá fue eso lo que ocurrió. Dice que no fue la quimioterapia, o habríamos visto resultados antes, así que es la única otra respuesta. I... Tengo tanto miedo, Alessandra. Miedo de tener esperanza. Sylvie y yo nos habíamos rendido".

"¿Qué dice Sylvie?"

Susan emitió un sonido extraño, entre una risa y un sollozo. "Dice que ya está mejor y que no quiere ver a ningún médico más".

"Ohhh", suspiró Alessandra. "Pobre bebé. Dime qué dice el médico, ¿quieres?"

"Serás la primera a la que llame", prometió Susan.

Alessandra colgó y miró a Julian, sentado a la mesa de su luminosa cocina. Sentada frente a él, jugueteó un minuto con el teléfono y luego levantó la vista, sosteniéndole la mirada.

"¿Se pondrá bien de verdad?", preguntó.

Algo oscuro, como si recordara algo de hacía mucho tiempo, brilló en sus ojos, y desapareció. "Está bien, Alessandra. Te lo juro".

"Susan la va a llevar al hospital para que le hagan pruebas. Su médico habla de una remisión espontánea".

Asintió con la cabeza.

"¿Sospecharán de las hierbas?" La pregunta sonó tonta incluso a sus propios oídos, y sintió que sus mejillas se sonrojaban. "Lo siento. Sé que me lo has explicado. "

"Sólo eran hierbas, Alessandra, y un remedio popular bien conocido, por eso lo elegí. Incluso si lo probaran por alguna razón, eso es todo lo que encontrarían... una hierba común, bien conocida por cualquier médico. No te preocupes, Alessandra. La magia Djinn se protege a sí misma".

"¿Así que no tenemos que preocuparnos de que la policía Djinn-outing llegue a nuestra puerta?"

Julián echó la cabeza hacia atrás, riendo en voz alta.

"No. Y no funciona del todo así".

"¿No hay un Departamento de Uso Indebido de Artefactos Muggles?", se burló.

Julian se rió entre dientes.

"No, nada tan emocionante como el mundo de Harry Potter", reconoció. "Los djinn son demasiado indolentes para tomarse tantas molestias. Un movimiento de la mano, un chasquido de dedos... eso es todo lo que implica la magia Djinn. La magia de los deseos es diferente, naturalmente. Los deseos requieren una magia fuerte, e incluso los Djinn a veces deben extraer su poder del recipiente del Djinn. Mi botella almacena la magia de los Djinn, más bien como una concentración a la que puedo recurrir cuando lo necesito. Los Djinn utilizan su propia magia inherente a todos ellos, pero pueden recurrir a sus recipientes si necesitan más poder del que poseen".

Su rostro se iluminó con un humor repentino. "Piensa en ello como en la Fuerza de La Guerra de las Galaxias. Es la magia que fluye a través y alrededor de los Djinn, y el recipiente, sus sables de luz".

Alessandra se rió, encantada. "¡Es perfecto! ¿Pero has dicho que vives *en* esa botella? ¿Esperando a que te llamen para pedirte los deseos?"

"Sí".

Se moría de curiosidad. "¿Cómo es? Por dentro, quiero decir".

Sonrió y sus ojos brillaron con humor.

"Tú mismo has visto mi casa".

"¿Qué? casi chilló Alessandra. "¿Cuándo? ¿Dónde?"

"En el ático. Esté donde esté, si quiero, puedo hechizar el mobiliario de la botella en cualquier espacio. Ahora mismo el ático es una habitación desnuda y vacía, sin paredes en su interior. Sin embargo, cuando vivo allí, es como tú lo viste".

"¡Esas curvas de la pared y el techo no dejaba de verlas con el rabillo del ojo!". exclamó Alessandra. "Pero luego desaparecían cuando las miraba de frente. Pensé que estaba alucinando".

Julián asintió. "Eran las curvas naturales de la nave Djinn, adaptadas al entorno lineal. Los humanos no suelen ser conscientes del fenómeno, me sorprendió que las hubieras visto. Pero ahora que he visto tu jardín, sé que es porque tú también tienes un don".

"¿Yo?" Alessandra se sobresaltó y le miró perpleja. "¿Tengo un don? Estás de broma".

"En absoluto". Sin poder contenerse, le levantó un mechón de pelo, sintiendo el sedoso rizo enroscarse en su dedo. Le encantaba su pelo, dorado pálido, como las borlas del maíz, e igual de sedoso.

"Tienes el don de curar. Se nota en todo lo que haces. Hay una luz en tus hierbas, lo noté la primera vez que pisé tu jardín".

"Te equivocas". Empezó a temblar y parpadeó rápidamente para evitar que se le humedecieran los ojos. "No puedo curar a nadie".

"No a lo grande", convino Julian. "No como la magia de los Djinn. Pero no hay que despreciar la pequeña magia, Alessandra. Como tantas otras cosas, significa mucho más de lo que parece a primera vista. Tus hierbas ayudan a aliviar y reconfortar, a dar fuerza al espíritu interior. Eso ayuda más de lo que puedas imaginar a los que están enfermos".

"Pero... pero no puedo ayudar a la gente. Quiero decir... No puedo ayudar a nadie a mejorar, lo único que puedo hacer es esperar con ellos mientras se curan o mueren".

Una sonrisa curvó sus labios, calentó sus ojos. "Y ése es tu otro don. Quizá incluso mayor que el primero. El don de la compasión, y lo tienes en grandes cantidades. Te preocupas, y eso importa a aquellos a quienes cuidas".

Sin embargo, no era lo mismo. No era suficiente. Se levantó bruscamente de la mesa.

"Ya ha pasado la hora de desayunar. ¿Quieres algo en particular?"

Julián aceptó el cambio de conversación con una mirada inquisitiva y se encogió de hombros.

"Lo que estés tomando está bien".

Alessandra examinó su fuerte cuerpo y sus anchos hombros.

"Normalmente sólo tomo un pomelo y quizá unas tostadas", dijo dubitativa.

"Está bien", dijo, y luego le sonrió. "Siempre puedo conjurar algo si me entra hambre más tarde".

Alessandra sacó un pomelo de la nevera y lo cortó hábilmente.

"¿Azúcar?"

"Por supuesto".

"Me gusta cómo has hecho esta casa", comentó Julian, paseando la mirada por su luminosa cocina. "A pesar de su antigüedad, es preciosa. Recuerda a una época de vida elegante".

Alessandra sonrió.

"Me lo dejó una amiga, Elspeth. Fue ella quien me puso a trabajar con hierbas y con el hospicio. Alquilaba una habitación a una señora de la calle, iba a la universidad con un presupuesto muy limitado, como puedes imaginar, porque papá básicamente no hizo nada por ayudarme cuando rechacé al 'buen partido' que tenía preparado para mí, como hizo con todas mis hermanas. Así que iba a una universidad pública. No sabía lo que quería hacer, salvo que quería algo más que lo que tenían mis hermanas, lo que tenía mi madre, estar atada a hombres que se preocupaban por ellas sólo por lo que les proporcionaban; un hogar limpio, criar a los hijos."

"June Cleaver", comentó Julian.

Alessandra asintió. "Exacto. Quería más que eso. Un día vi a Elspeth trabajando en el jardín y me pasé a charlar con ella, y me invitó a pasar. Era viuda y se sentía sola, y adquirí la

costumbre de pasarme un par de veces a la semana sólo para saludarla. Me enseñó su jardín de hierbas y empezó a enseñarme sobre ellas. Luego, cuando obtuve mi título de AA, me animó a que me dedicara a la enfermería".

"Luego enfermó de cáncer. No tenía familia, ni hijos ni hermanos. Es decir, realmente nadie. Lo único que tenía era esta casa y la pequeña pensión de su marido. Así que me mudé con ella y pagué el alquiler, lo que nos ayudó económicamente a las dos, y pude cuidar de ella mientras estudiaba enfermería. Cuando murió, descubrí que me había dejado la casa. Al principio no quise aceptarla. Me parecía tan... No sé, no estaba bien. Como si la hubiera estado manipulando, tras lo que podía conseguir de ella. Pero su abogado me convenció de que era realmente lo que ella había querido. Le había dejado un mensaje personal, para que me lo diera cuando se hubiera ido".

"¿Una carta?" adivinó Julián.

Su risa baja y suave llenó la habitación. "No exactamente. Elspeth era una viejecita galante, que amaba la vida al máximo. No, me dejó un vídeo que había grabado con su webcam".

Tras un momento de sorpresa, Julian se echó a reír a carcajadas. Él, un poderoso mago y Djinn, seguía dudando incluso de enviar correos electrónicos, mientras que una ancianita hacía un vídeo casero para su legado personal.

"Es asombroso", consiguió decir al fin. "Realmente asombroso".

Alessandra sonrió, disfrutando claramente de su reacción. Tuvo la sensación de que no había tenido muchas oportunidades de contar su historia a los demás.

"De todos modos -continuó Alessandra-, me dijo que quería que me quedara con la casa y su jardín. Que continuara el trabajo que tanto ella como yo habíamos estado haciendo con las terapias curativas y alternativas, que siguiera adelante. Quería que su legado siguiera vivo conmigo. Así que lo he asumido".

Alessandra reflexionó sobre el genio... Djinn... sentado a la mesa de su cocina, sorbiendo su té en silencio. No sabía muy bien qué hacer, qué decir. ¿Qué se hacía con un genio en casa? ¿Tenía que entretenerlo? No podía llevárselo a trabajar, ¿y qué iba a hacer él mientras ella no estuviera? Quizá podría ir a Whimsies.

"Tengo que trabajar a mediodía", le dijo mientras llevaba el pomelo y las tostadas a la mesa, junto con un tarrito de miel. "¿Qué harás mientras estoy fuera?".

Julian se encogió de hombros, con los músculos ondulándose bajo la camiseta. Mientras ella hablaba por teléfono, él había ido al dormitorio a cambiarse, y ahora vestía de manera informal con unos vaqueros ajustados, una camiseta y sandalias, el pelo desgreñado suelto y suelto por la espalda. No se parecía en nada a ningún genio... Djinn... que ella hubiera imaginado. Lo que sí parecía era un cachas del mes, pensó, reprimiendo una sonrisa. Simplemente delicioso.

"Aquí estaré bien. Nunca estoy a más de una palabra de distancia, Alessandra. Di mi nombre y estaré contigo".

"¿Quieres decir que si tengo un deseo?"

Él asintió, con un mechón oscuro de pelo cayéndole sobre los ojos. Alessandra quiso estirar la mano y echárselo hacia atrás, pasar los sedosos mechones por sus dedos. Se metió las manos en los bolsillos, sorprendida por la oleada de deseo que la invadió. Nunca reaccionaba así ante los hombres. Jamás.

"No necesariamente", decía Julián mientras ella centraba su atención en sus palabras. "Mientras tengas mi recipiente, te perteneceré. Si quieres que esté contigo, sólo tienes que decirlo; lo mismo si quieres que te deje en paz. Soy tuya para que me mandes".

"¡Eso es vergonzoso!" Alessandra se indignó. "¡Como si fueras una especie de esclava!"

Su expresión no cambió, no se movió ni un músculo de su rostro oscuro y apuesto, y su estoicismo casi le rompió el corazón. Seiscientos años...

"Háblame de tu trabajo. ¿Trabajas en el refugio y también en el hospicio?"

Su profunda voz irrumpió en sus pensamientos, devolviéndola al presente.

Asintió con la cabeza. "Al principio fui a la escuela para ser comadrona. Estoy certificada como tal, pero de algún modo... No sé cómo explicarlo, pero fue el otro extremo del ciclo vital el que me llamó. Acabé trabajando en cuidados paliativos para pacientes terminales, generalmente enfermos de cáncer o leucemia, pero no siempre."

Una sonrisa curvó aquellos labios firmes y sensuales, y un brillo de humor iluminó sus profundos ojos azules.

"Por supuesto. Debería haberlo sabido. ¿Trabajas sobre todo con niños?"

Alessandra soltó una carcajada. "Sí, ¿cómo lo sabías?"

"Una conjetura. ¿A quién verás hoy?"

"En realidad, hoy veo a una señora mayor en una residencia asistida. Le administro medicación intravenosa, compruebo sus constantes vitales y me aseguro de que no haya cambios, y me pongo en contacto con el médico si los hay. También me siento a hablar con ella, jugamos a las cartas y me cuenta historias de cuando era más joven. No tiene familia cerca que venga a verla o a cuidar de ella".

"Y tú te conviertes en su familia".

Alessandra se removió inquieta. Empezaba a conocerla demasiado bien. Ninguno de sus amigos había llegado a comprender lo que aquellos pacientes eran para ella. Desde luego, su propia familia tampoco, y de hecho la mayoría desaprobaba lo que ella decidía hacer con su vida.

"Sólo trabajo a tiempo parcial en cuidados paliativos. Te quemas muy rápido si trabajas demasiado".

"Y el resto del tiempo trabajas con el refugio para mujeres maltratadas". No era una pregunta.

"Sí. Enseño habilidades laborales y ayudo a las mujeres con sus currículos y entrevistas".

Le sonrió, con los dientes blancos relampagueando. "Y barba a los patrones en su guarida para exigirles trabajo".

"Oh, vaya". Alessandra le devolvió la risa. "¿He exigido? ¡Era una petición! De verdad que sí".

Alargó la mano para tocar la suya, que yacía sobre la mesa.

"Salió bien, ¿verdad?"

Pasó la mano por debajo de la de ella, apretándole ligeramente los dedos antes de soltarla.

"Sí. Yo habría pasado horas y horas, anunciando y entrevistando, comprobando referencias. O al menos -se rió entre dientes-, Jackson lo habría hecho. Pero tengo cosas mucho mejores que hacer para Jackson. Y Laura encaja perfectamente; es justo lo que tenía en mente para una anfitriona. Y lo que es mejor, he podido ayudar a alguien que realmente lo necesitaba".

Poniéndose en pie de un salto, recogió los platos del desayuno de la mesa y los llevó al fregadero.

"Bueno, de todos modos, estoy deseando ver a Laura. Me llama casi todas las tardes, ¿sabes? No puedo creer lo bien que está llevando el divorcio. Se enfrenta a Robert y exige todo lo que le corresponde. Está tan distinta que a veces me pregunto si estoy hablando con mi hermana mayor".

Eso le arrancó una sonrisa. Se levantó de la silla y se acercó a ella, cogiéndole la taza de las manos.

"Yo lavaré estos platos. Tú prepárate para ir a trabajar".

Vaya, ¡podría acostumbrarse a esto! Quizá no era tan típicamente masculino como ella había pensado. Echó un rápido vistazo al reloj.

"Trabajo hasta las cuatro, y debería estar en casa a las cinco".

"Deja que yo me encargue de la cena esta noche", sugirió, con su profundo barítono como un terciopelo musical. "Así no tendrás que apresurarte cuando llegues a casa del trabajo".

"¡Trato hecho!"

CAPÍTULO 15



"¡BETTY!"

Alessandra irrumpió en el despacho del supervisor, rebosante de emoción. Era su primer día de vuelta al trabajo después de todo lo ocurrido. Betty levantó la vista del monitor del ordenador y miró a Alessandra por encima de las gafas de lectura.

"Bienvenido de nuevo. ¿Qué te tiene tan alterado?"

"Nunca adivinarás a quién he conocido". Alessandra se posó en la esquina del escritorio de Betty, apartando con la cadera un montón de papeles de aspecto oficial, anticipándose a la respuesta de Betty.

"¿A quién?", corrigió Betty automáticamente, quitándose las gafas e inclinándose hacia delante, con las delgadas cejas levantadas sobre unos ojos azul grisáceo brillantes de interés. "No me mantengas en vilo. Dímelo".

Alessandra se inclinó hacia delante. "Julián", pronunció el nombre lentamente, enunciando cada sílaba, "DiConti".

Disfrutó viendo cómo se abrían los ojos de Betty, oyendo su jadeo audible.

"¡No!"

Alessandra se limitó a sonreír y a asentir.

"Dios mío, Alessandra. ¿Cómo le conociste? ¿dónde? ¿Está aquí, en Nueva York?"

"Sí, está aquí. De hecho, resulta que vive aquí, en la ciudad".

Alessandra hizo una pausa, sonriendo ante la creciente expectación en el rostro de su jefe. Le asaltó un pensamiento y reflexionó. En su mente apareció la cara de Julián, el claro placer que había sentido al enterarse de que ella trabajaba en uno de los refugios que habían recibido donativos del fondo que él había creado. Pensó que nunca le pediría que visitara el refugio para verlo por sí mismo. Sería muy consciente de la seguridad y el anonimato que exigían. Pero apostaría un dólar a que le encantaría ver por sí mismo la diferencia que su Fundación había supuesto para algunos.

"Me pregunto", dijo lentamente. "Me pregunto si podríamos invitarle a visitarnos y ver qué mejoras han hecho posibles sus donativos".

"¡Sí!" Betty se levantó de la silla. "Alessandra, esto podría ser maravilloso para nosotras".

"Le he hablado un poco de lo que hemos podido hacer con los fondos que hemos obtenido de Uncommon Threads. Resulta que nunca ha visto un piso franco, y sólo tiene los conocimientos más básicos de lo que hacemos aquí. Me dijo que nunca había conocido a nadie que se hubiera beneficiado directamente de su Fundación, no aquí en Estados Unidos, quiero decir. Creo que le

gustaría mucho ver el lugar, lo que hemos podido hacer con la financiación adicional".

Betty se hundió en su silla, mirando fijamente a Alessandra.

"No me lo puedo creer. Has *conocido* a Julian DiConti. Has hablado con él. ¿Sabes que sólo ha aparecido en público una vez? Una vez. Y fue en la inauguración de su exposición Uncommon Threads el año pasado. Nunca se le había visto antes y nunca se le ha vuelto a ver desde entonces. Viaja mucho, dicen los periódicos".

Betty parecía seguir sumida en el asombro. Bajó la voz, inclinándose hacia delante con aire conspirador: "¿Sabes que nadie ha conseguido nunca una foto suya? Nunca ha salido en el periódico ni en una revista, ni en Internet... ¡nada! Ni siquiera los paparazzi consiguen sacarle una foto".

Alessandra lo guardó en el fondo de su mente para reflexionar. Se lo preguntaría a Julian más tarde. Parecía imposible que los periodistas, tan insistentes como molestos, no le hubieran hecho alguna foto. Una persona tan rica y reclusa como Julian DiConti atraería la atención de los paparazzi como las abejas a la miel. Quizá tuviera algo que ver con la magia de los Djinn. Desde luego, uno no podía vivir tantos cientos de años y dejar un registro, algo por lo que pudiera ser reconocido, sobre todo ahora con la fotografía. Qué vergüenza que resurja una fotografía de uno medio siglo después y no hayas cambiado ni un ápice.

La mente de Betty ya estaba en marcha.

"Podemos invitar al Consejo de Administración, y quizá a algunos de los...".

"No, en absoluto", se apresuró a interrumpir Alessandra. No tenía que preguntarle a Julian para saber qué opinaba él al respecto. "No le gustaría nada. Es una persona muy reservada. De verdad, Betty. Creo que apreciaría ver los resultados positivos de sus esfuerzos, comprobar por sí mismo la diferencia que se está logrando. No le gustaría que se le diera publicidad ni que se armara un gran alboroto, y sabes que si se lo contáramos a la Junta, seguro que se enteraría. Y, además -continuó-, a los residentes de aquí tampoco les gustaría. Les incomodaría. El mero hecho de estar aquí ya es bastante duro para la mayoría de ellos".

"Sí", admitió Betty. "Pero, al mismo tiempo... El Sr. DiConti es un gran contribuyente. Más de medio millón de dólares, ¡sólo para nosotros! Parece casi de mala educación no hacer todo lo posible para darle la bienvenida.

¿"Sacar la alfombra roja y la banda de música"? sugirió Alessandra riendo. "Betty, te aseguro que ni lo esperaría ni lo querría".

Betty frunció los labios, pensándose. "¿Estás segura?"

"Lo soy". Alessandra respondió con la mayor firmeza y autoridad que pudo. "Estoy muy segura, Betty. Y estaba pensando Podríamos preguntar a algunas de las mujeres si estarían dispuestas a hablar con él, a contarle sus historias. Él conoce las historias de las mujeres a las que ha ayudado en la India, ¿por qué no iba a conocer las historias de las mujeres de aquí? Podemos avisar a las residentes de cuándo vendrá exactamente, dejar que elijan si quieren salir a su encuentro o no".

"Vale millones. Miles de millones". Los ojos de Betty tenían una expresión soñadora y lejana. "La mayoría heredados, pero ha hecho un montón por su cuenta. Esa tienda de antigüedades existe desde siempre. Había un artículo sobre él en la revista People cuando abrió por primera vez Uncommon Threads, y después, cuando le fue tan bien y envió la colección de gira por toda América. También había un artículo sobre Whimsies en esa revista artística del Village. Pero nadie sabe mucho del propio Julian".

"Salvo que vale mucho dinero". Alessandra se rió, pero por dentro se encogió. ¿Millonario? Por supuesto, seiscientos años era mucho tiempo para hacer planes financieros, pero aun así...

Era casi imposible de comprender. ¿Mil millones de dólares? ¡Y vivía en una botellita de cristal en su tocador!

Habría sido divertido, si no fuera tan triste. A Alessandra le dolía el corazón por Julian. Si hubiera algo que pudiera hacer por él, alguna forma de liberarlo del hechizo para que pudiera vivir de verdad, para que pudiera tener una vida real. Con gusto daría sus tres deseos... bueno, los dos que le quedaban... pero los habría dado todos para liberarlo.

Aquel hechizo le parecía más bien una maldición. Julian era tan desesperadamente infeliz. Nunca lo decía, pero ella podía verlo en sus oscuros ojos azules, la melancólica tristeza que nunca se iba del todo, que se escondía tras la encantadora sonrisa. Tantas veces se había dado cuenta de sus silenciosos lapsus, cuando se replegaba sobre sí mismo al pensar que ella no se daba cuenta. Le parecía un castigo horrible, independientemente de lo que hubiera hecho. Sólo deseaba encontrar la forma de ayudarle.



TRAS VER CÓMO Alessandra sacaba el bicho amarillo brillante del camino de entrada, Julian volvió a entrar en la casa, aprovechando para explorar más su hogar.

Era una casa cómoda, luminosa y alegre. Los suelos de madera estaban desnudos, con el acabado de arce pulido hasta alcanzar un brillo intenso, mientras que las paredes estaban pintadas de un amarillo suave y pálido. Los ventiladores de techo giraban perezosamente en todas las habitaciones. En la ventana de enfrente había un cómodo y anticuado sofá cubierto con mantas de ganchillo, mientras que en la pared de enfrente había estanterías abiertas con un televisor, un equipo de música y libros, así como diversos cachivaches. Dos mecedoras de madera flanqueaban la chimenea en el extremo opuesto, con asientos acolchados cubiertos de bordados y una alfombra de gancho ante el hogar. Había varios soportes de madera y latón de distintos tamaños y formas esparcidos por la habitación, con macetas de flores, así como macetas colgantes con enredaderas.

El efecto general era abierto, aireado y alegre. A la izquierda de la puerta principal, el salón se abría a una zona de comedor, y la cocina más allá. En el pasillo que conducía a la parte trasera de la casa estaba la puerta del dormitorio de Alessandra, y a la izquierda había otro pasillo que llevaba al cuarto de baño y a otro dormitorio. La cocina era luminosa, en tonos amarillos y blancos, y la puerta trasera daba al porche trasero.

Volvió al salón, se acomodó en el sofá y cogió el mando de la televisión. Parecía un buen momento para ponerse al día con las noticias que se había perdido en los últimos días.

El ruido de neumáticos crujendo sobre la grava llamó su atención. Se levantó y se acercó a la ventana delantera, asomándose. Alessandra no hacía mucho que se había marchado; seguramente no estaría ya de vuelta y, además, habría oído el putt-putt del motor del viejo VW. En lugar del alegre bichito, un sedán oscuro de gama alta se abrió paso por el camino. Frunciendo el ceño, Julian observó cómo un hombre alto y fornido salía del coche. Se hizo a un lado para que no lo vieran fácilmente y lo observó desde detrás de las cortinas.

El visitante desconocido parecía mirar a su alrededor de un modo subrepticio que hizo que a Julian se le erizaran los pelos de la nuca. Al parecer había tomado una decisión y se alejó del coche para dirigirse a grandes zancadas, no hacia el porche, sino hacia la parte trasera de la casa. Se hizo más visible al pasar junto a la ventana de la cocina, y Julian reconoció a Robert, el marido de Laura.

Sin saber qué hacer, se adentró en el salón, donde no podía ser visto desde la cocina ni desde

la puerta trasera. Podía salir a desafiar al hombre, pero le parecía que la cuestión principal era qué quería Robert aquí, con Alessandra claramente ausente. Poco después de su marcha, sospechó que Robert había estado esperando cerca, vigilando para ver marchar a Alessandra. También tenía la fuerte sospecha de que el hombre había venido en busca de su esposa. Julian se debatió entre mostrarse o no. Después de todo, Robert le había visto en el cementerio con las mujeres. Por otra parte, algo en la forma de actuar furtiva del hombre le hizo dudar.

Julian vaciló, y luego se disolvió en niebla, precipitándose en su botella de Djinn, que estaba sobre la cómoda de Alessandra. Desde allí utilizó la magia Djinn, ordenando al recipiente que le mostrara las acciones del visitante. Puesto que la magia Djinn estaba a su libre disposición en todo momento para proteger el hogar y la propiedad de su *Sahib*, podía utilizarla sin temor a repercusiones. Las paredes plateadas de la botella parpadearon y apareció el exterior de la casa de Alessandra. Robert se había dirigido a la parte trasera de la casa y miraba a través del cristal que había sobre el fregadero de la cocina. Esquivando los rosales y sus espinas, miró al dormitorio de invitados, y luego al de Alessandra. No estaba claro si buscaba a su mujer o estaba vigilando la casa para asegurarse de que no había nadie. Pero Julián sabía que la dirección de Laura en Washington y el número de teléfono directo de la galería figuraban en la agenda de Alessandra, que estaba a la vista en el escritorio de ésta, en una esquina del comedor.

El pecho de Julian se tensó a medida que crecía su ira. Aquel hombre no tenía nada que hacer merodeando por casa de Alessandra, nada que hacer persiguiendo a la esposa que había decidido abandonarlo. Pero, ¿qué hacer?

Aparentemente había terminado de registrar la casa, Robert se dirigía a la puerta de la cocina, en la parte trasera de la casa. Alessandra le había dicho que sus padres nunca habían estado en su casa, así que estaba seguro de que Robert no tenía una llave de la casa de sus padres. Al mismo tiempo, no le extrañaba que Robert encontrara alguna forma de forzar la cerradura.

Julian consideró sus opciones. Lo que necesitaba era asustar a aquel hombre. Su mente se dirigió a la película que había visto una vez en el canal SciFi, ante la insistencia de Jacinto, y sonrió, sintiendo que le invadía una maligna satisfacción.

Asegurándose de que Robert estaba en la puerta de la cocina y en ningún lugar cerca de la ventana del dormitorio de Alessandra, Julian salió una vez más de la botella y reapareció en el centro de la habitación. Levantando los brazos, murmuró un conjuro y lanzó un hechizo de cambio de forma. Nunca había cambiado de forma. Era un hechizo difícil de hacer, pero no imposible; no con seiscientos años de estudio y práctica mágica a sus espaldas y la magia de los djinn para potenciarlo.

Sintió una peculiar desorientación cuando sus miembros empezaron a cambiar de forma. Se había acostumbrado a disolverse en la niebla para entrar y salir de su vasija de Djinn, y a las apariciones instantáneas que habían sido necesarias cuando su *Sahib* le llamaba desde lejos, pero el cambio de forma era algo totalmente distinto, como estar atrapado en un vórtice y que todo se separara, remodelándose. Una extraña sensación giratoria lo atrapó. ¡Luego lo soltó y cayó sobre sus cuatro... patas! ¡Lo había conseguido!

Observó lo que habían sido sus manos, ahora grandes, anchas y cubiertas de pelo negro, corto y áspero. Levantó la cabeza, contento de ser lo bastante alto para ver por encima de la cómoda de Alessandra. Cuando se incorporó para colocar las patas encima de la cómoda, vio a un perro negro, musculoso y elegante que le devolvía la mirada desde el espejo. Las anchas mandíbulas se entreabrieron en una sonrisa perruna.

Ahora podía oír a Robert en la puerta trasera, oír el traqueteo del pomo y las imprecaciones murmuradas mientras el hombre forcejeaba con la cerradura. Enterrado en lo más profundo del

cuerpo del perro, Julian sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y que bajaba la cabeza. Un gruñido se formó en lo más profundo de su pecho y retumbó a través del grueso cuello. El animal tenía fuertes impulsos protectores, todos aflorando. Julian se sintió más acompañado que controlado, mientras el perro cargaba por la casa, decidido a desafiar al intruso.

"VAMOS, VAMOS".

Robert echó una mirada nerviosa a su alrededor, esperando que ningún vecino pudiera ver a través de la jungla desmesurada que su cuñada había permitido que se adueñara del patio. Si fuera suyo, arrancaría todas aquellas estúpidas plantas y lo sembraría de hierba para tener un césped liso. Y nada de columpios ni areneros que ensuciaran el lugar. No iba a tener más hijos que ocuparan la atención de su mujer y le impidieran ocuparse de su marido, que debería haber sido su principal preocupación. No, una barbacoa de ladrillo era lo que tendría, quizá un buen jacuzzi.

Se esforzó por encajar el delgado trozo de plástico por el estrecho espacio entre la puerta y su cerradura. Todo el mundo hablaba sin parar de que las cerraduras de las puertas podían abrirse con tarjetas de crédito, pero no parecía funcionar. Aun así, confiaba en que no tardaría mucho. Alessandra era tan tonta, tan confiada. Ni siquiera tenía cerrojos en las puertas. ¿No sabía que una simple cerradura de pomo podía abrirse fácilmente?

"¡Sí!"

La lengüeta del pestillo cedió, y el plástico se deslizó hacia delante, sujetando la lengüeta en su ranura, y la manilla giró bajo los dedos de Robert.

Desde el otro lado de la puerta, oyó un ruido sordo. Sobresaltado, se enderezó y miró a través del cristal de la puerta. Mirándole fijamente, casi a la altura de su cabeza, estaba el gran danés más grande y negro que había visto en su vida. Tenía las mandíbulas abiertas y los dientes espantosamente afilados y blancos. Los gruñidos que emergían de aquellas fauces abiertas eran feroces.

El perro se abalanzó, arrojando su enorme cuerpo contra la puerta que los separaba. Robert soltó el pomo de la puerta y se apartó con tanta fuerza que se cayó, casi rompiéndose el cráneo contra el escalón de cemento. Dejó a un lado el dolor y se apartó de la puerta, rezando para que el delgado cerrojo resistiera cuando todo el peso de la bestia volvió a golpearlo, haciendo temblar la puerta. Robert dio gracias a Dios por no haber abierto realmente la puerta y por que la puerta de la cocina se abriera hacia dentro, no hacia fuera.

El animal dejó de arremeter contra la puerta y estaba de pie sobre las patas traseras, con las patas en el alféizar de la ventana, observando a Robert a través del cristal. Sus gruñidos amenazadores fueron en crescendo hasta convertirse en ladridos fuertes y feroces, y los ojos del perro se clavaron en él con intención asesina.

Robert se levantó del suelo y corrió hacia su coche. ¿Quién iba a pensar que una mujer tan frívola e irresponsable guardaría un animal tan peligroso? Robert llegó a su coche y casi se cae en el asiento del conductor en su prisa por ponerse a salvo, y no respiró con tranquilidad hasta que la puerta estuvo bien cerrada. Le temblaban las manos y tanteó con las llaves, los dedos le temblaban al encontrar la correcta y encajarla en el contacto. Salió marcha atrás del camino de entrada, dirigió el coche hacia la carretera y salió de allí entre un chirrido de goma quemada. Si no volvía a esta casa en su vida, sería demasiado pronto.

De vuelta a la casa, Julian se puso a cuatro patas y entró en el salón. Ahora que el intruso había sido repelido, el peligro de invasión que había hecho aflorar los instintos del can, Julian

controlaba por completo el cuerpo animal que había habitado. Se detuvo a olfatear los libros de la mesita y aspiró el aroma de Alessandra en su sofá, su butaca, el chal que había dejado colgado en una esquina de la estantería, y descubrió que estaba disfrutando bastante de la experiencia. De hecho, era bastante agradable.

Caminó por la casa, experimentando los pasos largos y fáciles del gran danés, con las uñas de los pies chasqueando en los suelos de madera pulida. Se detuvo ante el televisor. Las noticias de la mañana que acababan de dar cuando Robert había aparecido ya habían terminado, pero habría más. Acurrucó su enorme cuerpo en la alfombra del hogar, delante de la chimenea, sintiéndose un poco incómodo al manejar las largas extremidades desacostumbradas, pero finalmente consiguió una posición cómoda y apoyó la cabeza en las patas extendidas. Su yo perruno soltó un suspiro y se dispuso a dormir, sin dejar de mirar la televisión. Esto era definitivamente agradable.

Separó las mandíbulas y sacó la lengua mientras se reía para sus adentros, preguntándose qué pensaría Alessandra si aquella noche llegara a casa y se encontrara con un gran danés negro.



"ESTA MAÑANA HAS TENIDO VISITA", le dijo Julian, mientras cenábamos lasaña, ensalada y pan francés recién salido del horno, que engordaba deliciosamente.

"¿Oh?"

"Mmhmm. Tu cuñado". Él esperó mientras ella se atragantaba con el sorbo de vino que acababa de tomar. "Intentó forzar la cerradura de la puerta de atrás -añadió servicial.

Dejó la copa de vino para mirarle fijamente.

"Me tomas el pelo".

"No lo soy".

Su ceño se frunció, pensativa. "Ni siquiera habría pensado que supiera cómo hacerlo".

"El viejo truco de la tarjeta de crédito. Deberías tener cerrojos, Alessandra".

Frunció los labios un momento y bebió otro trago de vino. Cortó el trozo de lasaña que tenía en el plato y le lanzó una mirada vagamente culpable.

"Sí, ya lo sé. Siempre quise que me los instalaran, pero nunca llegué a hacerlo. Pero... ¡Robert! No me lo puedo creer. Seguro que quería encontrar la dirección de Laura".

"Fue... er... disuadido". Julian no pudo evitar que sus labios se curvaran al recordar complacido.

Alessandra se apresuró a tragarse el bocado de lasaña para poder preguntar. "¿Cómo?"

Le negó con la cabeza. "No preguntes si no quieres saberlo. Pero puedo asegurarte que no volverá para hacer otro intento".

Lo miró, carcomida por la curiosidad, pero al mismo tiempo aquello le recordó otra cosa.

"Laura me ha llamado mientras iba de camino a casa. La colección llegará pasado mañana, y está muy emocionada, y nerviosa también".

Pudo ver cómo Julian se retiraba, cómo la máscara inexpresiva descendía sobre su hermoso rostro. Podía sentir su retraimiento, el repentino escalofrío en el ambiente casi palpable.

"Sí. Llegará entonces".

Alessandra frunció el ceño y lo estudió, perpleja, antes de comprender.

"No puedes ir, ¿verdad? A menos que yo también vaya".

Apretó los labios y asintió brevemente. Los ojos de Alessandra se entrecerraron, mientras la instintiva simpatía que brotaba se aliviaba con un destello de ira.

"Y tampoco ibas a preguntármelo". Ella lo sabía sin la menor duda.

Julian guardó silencio, pero ella vio que un músculo se contraía en la comisura de sus labios, formando una línea sombría. Ella suspiró, reprimiendo la indignación que sentía, y le puso la mano encima.

"Julian. Puede que seas... un esclavo de esta botella, de esta magia, pero no eres *mi* esclavo. Sé que esta exposición es importante para ti, y supongo que trabajaste duro para asegurarte de que llegara mientras aún eras libre para verla hasta la noche de su inauguración".

Su mano estaba apretada bajo la de ella, inflexible.

"Debería haber habido tiempo". La desesperanza oscureció los ojos azules hasta convertirlos en cobalto, rompiendo el corazón de Alessandra. "Debería haber tenido tiempo suficiente para llevarlo a cabo".

"Lo llevarás a cabo", juró Alessandra con fiereza. Le sacudió el brazo, intentando que la mirara. "Llegaremos pasado mañana, y los dos estaremos allí la noche del estreno, Julian. Te lo prometo".

Seguía sin mirarla a los ojos.

"Gracias".

Alessandra se sentó con un suspiro. Al fin y al cabo, no era la primera vez que se enfrentaba al obstinado orgullo masculino. Empujaba y se retiraba aún más. Haz como si no pasara nada, y él entraría en razón. Con el tiempo. Salvo que... también había que tener en cuenta a Whimsies y a Jackson. De repente recordó el día que había ido a Whimsies en busca de Julian. Jackson estaba disgustado y su preocupación por su jefe era evidente.

Ella entrecerró los ojos. "Jackson no lo sabe, ¿verdad? No sabe que has vuelto, que estás conmigo".

No era una pregunta. Julian negó con la cabeza, mientras los dedos de una mano jugueteaban con el tenedor.

Alessandra bajó la mano sobre la mesa, y el fuerte golpe resonó en las paredes.

"Ahora escucha esto", anunció. "Mañana me tomo el día libre. Por la mañana iremos a Whimsies, donde harás los arreglos que sean necesarios, hablarás con Jackson, lo que sea. Cuando termines allí, iremos a tu ático, y volverás a abrirlo y a colocar tus muebles... o lo que sea... y entrarás y saldrás a tu antojo. Puedes ocuparte de tus asuntos como harías normalmente mientras yo estoy en el trabajo. Entiendo que la magia requiere que estés cerca, que estés disponible, pero de todos modos no puedes estar conmigo mientras trabajo. Así que es estúpido que tengas que quedarte aquí sola o en tu botella sin nada que hacer, esperándome, cuando tienes otras cosas que podrías y deberías estar haciendo. No lo permitiré. ¿Está claro?"

La miró fijamente. Ella le devolvió el ceño, mirándole fijamente, golpeando un pie con severidad.

Julian se levantó de la mesa y se colocó frente a ella. Llevó las manos ante sí, palma con palma, los dedos apuntando hacia arriba, y se dobló por la cintura, inclinando la parte superior del cuerpo en una reverencia formal.

"Sí, amo", entonó.

Alessandra se derrumbó. La risa brotó, negándose a ser reprimida. Se hundió en la silla, sujetándose los costados. Finalmente, cuando los espasmos de risa disminuyeron un poco, le señaló con un dedo tembloroso.

"Y no lo olvides".

Sus labios se crisparon en algo parecido a una sonrisa. "No, señora".

"Así que siéntate y termina de cenar. Voy a llamar a Betty, del refugio, para avisarle de que

mañana no estaré allí. Es la directora general y vive allí".

Cogió el móvil del bolso y se sirvió otro bocado de lasaña en el plato mientras tocaba el contacto y esperaba a que Betty contestara.

"¿Betty? Soy yo, Alessandra. Ha surgido algo y mañana no estaré. ¿Puedes conseguir a alguien que cubra mi clase de mañana por la tarde? ¿Qué? ¡Oh!"

Frunció el ceño, pensativa, y sus ojos se encontraron con los de Julian, eligiendo cuidadosamente sus palabras para que él pudiera conocer el tema que se estaba tratando.

"Sobre el Sr. DiConti, sí, eso era lo otro. Sobre lo que hablamos de invitarle a visitarnos y ver lo que se ha hecho con el refugio".

Julian se enderezó en su silla, con el rostro iluminado por el interés. Asintió con decisión. Ella sonrió, redirigiendo su atención a su conversación.

"Lo único es que, Betty -continuó-, me he enterado de que pasado mañana saldrá de la ciudad, y ya sabes que la exposición Hilos no comunes se inaugurará el mes que viene, y va a estar increíblemente ocupado, yendo y viniendo a Washington. ¿Y si veo si le parece bien pasarse mañana por la mañana? Podrá ver el lugar y conocer a cualquiera de nuestros residentes que esté dispuesto a hablarle de lo que han pasado".

Julian asentía más, olvidado el gran trozo de lasaña que tenía en el tenedor, su impaciencia era evidente. Sonrió mientras colgaba el teléfono.

"La llamaré dentro de unos minutos para confirmarlo", me dijo. "Está totalmente embelesada con toda la mística de Julián DiConti, probablemente le daría un infarto si le dijera que estás en mi casa y que vamos a cenar. Hablando de eso", le miró con el ceño fruncido. "¿Multimillonario? ¿En serio?"

Se encogió de hombros. "Seiscientos años es mucho tiempo. Las empresas acumulan dinero. Viviendo en una botella de Djinn, ¿en qué me lo voy a gastar?"

Apoyó los codos en la mesa y dejó caer la barbilla sobre las manos ligeramente enlazadas mientras lo miraba. "¿Y las fotografías? Betty dijo que nunca te habían hecho ninguna".

"Ah". Se rió entre dientes. "Está al tanto de sus cotilleos, ¿verdad? Es la magia de los Djinn. Los Djinn tienen varias formas de preservar el secreto de su existencia, y se han asegurado de que yo también estuviera protegida. Todas las fotografías que me hacen acaban misteriosamente borrosas, irreconocibles. La verdad es que no sé más sobre cómo se hace, sólo que se trata de algún hechizo que los Djinn pusieron sobre mí hace unas décadas, cuando la fotografía se convirtió por primera vez en una tecnología móvil al alcance del público".

Le dio vueltas a la cabeza y encontró una objeción. "¿Pero qué pasa con los documentos legales? ¿El carné de conducir, la tarjeta de la Seguridad Social, el pasaporte? Hoy en día hay que tenerlos para hacer cualquier cosa".

"Los djinn también tienen formas de obtenerlos... y no", levantó una mano, adelantándose a ella. "No sé cómo. Sólo sé que ellos me proporcionaron todas esas cosas, y que son legales y parecen válidas". Le brillaron los ojos. "Incluso pago impuestos".

Hizo una mueca. "¡No hay escapatoria!"

Se levantó y retiró los platos de la mesa. "Yo recogeré la mesa. Tú -y miró el móvil de ella con atención- llamarás a un cerrajero para que venga esta tarde. No saldremos de esta casa hasta que tengas cerrojos adecuados en ambas puertas".

Ella le miró fijamente. Él le devolvió la mirada. Le temblaron las comisuras de los labios y se puso en pie. Juntó las manos y se inclinó ligeramente.

"Sí, amo".

CAPÍTULO 16



JULIAN SE ECHÓ hacia delante en el asiento mientras Alessandra aparcaba el VW en paralelo a la calle, y su atención se centró en la casa de piedra gris de dos plantas del tranquilo barrio antiguo. Tres escalones poco profundos conducían a una entrada arqueada en el centro, y las ventanas dobles de las paredes que se extendían a derecha e izquierda daban a la calle. Un frondoso patio de hierba, pulcramente cortado, estaba bordeado por un espeso seto, y una verja en una amplia abertura del seto daba acceso al camino de baldosas pavimentadas que conducía a la casa.

"La habían convertido en pensión a principios del siglo pasado", explicó Alessandra. "El propietario murió hace unos años y se la habíamos alquilado a su hijo. La tenía en venta cuando llegó la financiación de tu Fundación, así que pudimos hacerle una oferta. Fue muy oportuno. Nunca habríamos podido comprarlo antes, y estábamos buscando otros locales."

"Parece bien mantenido".

"¡Oh, sí! El propietario original la mantenía imaculada. Contratamos a un adolescente que vive al final de la calle para que corte el césped, y tenemos un chico de mantenimiento que recorta los setos y arregla los problemas cuando surgen, ese tipo de cosas."

Mientras seguía a Alessandra a través de la verja, sus ojos barrieron la zona. Observó con aprobación la valla metálica que se extendía a ambos lados de la casa hasta el espeso e impenetrable seto. Ella siguió la dirección de su mirada.

"Siempre hay un vigilante en el patio trasero cuando los niños están fuera".

Apenas habían puesto un pie en el escalón más bajo de la entrada cuando se abrió la puerta y salió Betty. Alessandra se dio cuenta enseguida de que su amiga y empleadora rebosaba excitación reprimida, aunque se esforzaba por presentar un comportamiento tranquilo y oficial mientras daba la bienvenida a su famoso visitante.

"Bienvenido, Sr. DiConti", saludó ella, tendiéndole la mano. "Buenos días, Alessandra".

"Ésta es Betty Sandoval", presentó Alessandra. "Es la encargada del refugio".

Julian cogió con fuerza la mano de Betty y la estrechó brevemente. "Es un placer conocerte. Me alegra tener la oportunidad de ver lo que has hecho aquí".

Alessandra se contentó con quedarse en la retaguardia, siguiendo a Betty mientras ésta acompañaba a Julian por la gran casa. Sus ojos se desviaban hacia Julian la mayor parte del tiempo, admirando la gracia despreocupada con la que caminaba por el pasillo, el fácil encanto de sus modales mientras escuchaba a Betty, intercalando alguna que otra pregunta cuando ella le mostraba la cocina y el comedor, el estudio delantero convertido en despacho.

"Como esto solía ser una pensión, es perfecto para nuestro propósito", explicaba Betty. "Cada

residente tiene su propia habitación, y hay algunas habitaciones más grandes donde alojamos a madres con hijos. Las residentes se turnan para cocinar y limpiar, en un horario rotativo. La estructura es una de las cosas que intentamos proporcionar. Además de ser necesaria, la rutina puede ser reconfortante, en sí misma".

Al final del pasillo, Betty se detuvo ante una pequeña puerta situada bajo la escalera. Miró hacia atrás e intercambió una sonrisa con Alessandra. "Esto es lo que hace que esta casa sea aún más singularmente perfecta para nosotros".

Giró el picaporte de la puerta y descubrió una estrecha escalera. Accionó el interruptor de la luz y bajó las escaleras. Al llegar abajo, se volvió para observar su expresión al entrar en la sala abierta y ventilada. Señaló orgullosa con una mano las ordenadas hileras de mesas y sillas, y los dos escritorios de ordenador contra una pared.

"La mujer del propietario original enseñaba ballet, y todo el sótano se convirtió en un estudio. Hay dos habitaciones, una a cada lado, con un pasillo con un cuarto de baño bajo la escalera. Esta habitación la utilizamos para enseñar informática y ofimática".

Julian se acercó a los ordenadores, enarcando una ceja negra mientras estudiaba la pantalla. "Lo último en tecnología", comentó, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

"Éstas también fueron donadas", ofreció Alessandra. "Podemos enseñar sobre cualquier cosa... aunque, por supuesto, las mujeres vienen con una gran variedad de habilidades. Puede que algunas ni siquiera sepan encender un ordenador, mientras que otras pueden tener experiencia en el tratamiento de textos o la introducción de datos."

Julian asintió. "¿Y la segunda habitación?"

Alessandra le hizo una seña, y ella y Betty le guiaron por el diminuto pasillo, pasando junto al cuarto de baño, hasta la otra sala. Ésta también era grande, pero estaba amueblada con varios sofás y sillones agrupados en forma aproximadamente circular.

"Aquí tenemos sesiones de apoyo en grupo", dijo Betty, suspirando un poco mientras recorría la sala con la mirada. "Vienen trabajadores sociales, además de ofrecer asesoramiento individual. Además, tenemos un par de abogados que hacen trabajo pro bono, y a veces hay clases sobre derechos generales".

"Sobre lo que las mujeres saben relativamente poco", añadió Alessandra.

Betty asintió, con el rostro serio y los labios apretados. "La mayoría piensa que no tiene ninguno y a menudo se niega a creer que tiene algún derecho, incluso ante pruebas irrefutables. Pero cuando viene un abogado de verdad a hablarles de derechos, escuchan".

El ruido de pasos en la escalera les hizo volverse, mientras Marie, la ayudante de oficina de Betty, asomaba la cabeza por la esquina de la habitación. "Alerta hombre. Por lo visto ha estado echando un vistazo a la casa, Angela lo vio dando la vuelta por el lateral y lo vio probando la valla trasera. Ahora está subiendo por el paseo delantero".

"¿Qué tenemos?" Betty se dirigió rápidamente hacia la escalera. "¿Ansioso? ¿Enfadada? ¿Patéticamente arrepentida? ¿Autojustificada e indignada?"

reflexionó Marie. "Mmmm. Creo que santurrona al menos, posiblemente indignada".

Bueno, eso era mejor que homicidamente furiosa, pensó Alessandra.

"¿Llamo a la policía?" preguntó Marie cuando salieron al pasillo de la planta principal.

Betty asintió, levantando un dedo en señal de precaución, y se dirigió hacia la puerta. "Sí, desde luego. Pero mantente cerca de la ventana y vigila la situación, Marie. Si empieza a echar espuma por la boca o, Dios no lo quiera, saca un arma, cierra el local, llama a la policía y mantenla al teléfono. Pero veamos si puedo calmar los ánimos".

"Seré refuerzo", se ofreció Alessandra. Hizo una mueca a Julian. "Bienvenida a nuestra

realidad".

Betty abrió la puerta principal, y Alessandra se quedó unos pasos detrás. Betty era buena con la gente, capaz de mantener la calma incluso ante una confrontación ruidosa y airada. Alessandra la había visto suavizar muchas situaciones con su tranquilo sentido común, persuadiendo a maridos descarriados para que se retiraran con sensatez.

Betty salió por la puerta a la brillante luz del sol.

"¿Puedo ayudarte?" la oyó preguntar Alessandra.

"Busco a mi mujer". El pomposo barítono era uno que Alessandra conocía bien, y su aliento se entrecortó de indignación. Con unos pasos rápidos, rodeó a Betty y bajó los tres escalones de poca profundidad para plantarse en la acera de enfrente y enfrentarse a su cuñado.

"¡Robert, cómo *te atreves a* venir aquí!" Miró fijamente a su cuñado. "¿Y cómo has encontrado este sitio?".

Me devolvió la mirada, impenitente.

"Te he seguido. Tienes aquí a mi mujer", acusó. "Ve a decirle que estoy aquí y que tiene que venir conmigo".

Alessandra se volvió hacia Betty, que permanecía pacientemente a su lado observándolas con sus ojos tranquilos y alerta.

"Éste es mi cuñado, Robert Dawson", le dijo Alessandra. "Cree que estamos dando cobijo a mi hermana, que decidió abandonarle".

Volviéndose hacia Robert, lo fulminó con la mirada. "Puedo decirte que no está aquí".

Robert no se lo creía. Sacó pecho de forma engreída. "Claro que está aquí. Dile que estoy aquí y que quiero verla, ahora mismo".

"Pues no está aquí, ni ha estado nunca. Y si lo estuviera, seguirías sin poder verla".

El rostro redondo de Robert empezó a enrojecer. "Sé que me la estás ocultando, Alex. Sabes dónde está. No tiene derecho a abandonarme como lo ha hecho. Me he tomado muchas molestias buscándola. Tiene que volver a casa y ocuparse de la casa".

Alessandra se aferró a los delgados hilos de su paciencia, que la estaban abandonando rápidamente. Betty le puso una mano en el brazo, instándola claramente a calmarse. Alessandra suspiró, respiró hondo y asintió a su jefa antes de volver a centrar su atención en Robert.

"Laura tiene todo el derecho a dejarte si lo desea. No se esconde de ti ni de nadie", explicó, esforzándose por mantener la calma. "No ha contestado al teléfono porque simplemente necesitaba un poco de espacio para sí misma, sin que tú, nuestro padre ni nadie la acosara ni la intimidara. Ha seguido adelante, Robert. Ahora tiene su propio apartamento y un buen trabajo, y se está forjando una nueva vida... la vida que quiere. No siente ninguna necesidad de ponerse en contacto contigo personalmente, puesto que su abogado ya te ha dicho todo lo que cree que necesitas saber".

Robert parecía absolutamente atónito. "¿Un trabajo? ¿Un apartamento?"

No podría haber sonado más asombrado... o indignado, pensó Alessandra... si hubiera anunciado que Laura había entrado en un convento.

"¡Pero si no sabe hacer nada!"

Una neblina roja la envolvió, mientras la furia subía a su pecho. Ni siquiera fue consciente de que se había lanzado hacia delante hasta que un par de fuertes brazos la rodearon, tirando de ella hacia atrás. Su visión se aclaró y fue consciente de que Julian estaba a su lado. Su inefable cuñado dio un paso atrás, con una expresión de temor satisfactorio en su gordo rostro.

"Laura es una mujer brillante e inteligente, algo por lo que nunca le diste crédito". Tartamudeaba, estaba muy enfadada. "Está haciendo una vida maravillosa lejos de ti. Es feliz por

primera vez en su vida, y no hay nada que puedas hacer para estropeárselo. Ha terminado contigo. Ha pedido el divorcio y ya no tienes ningún derecho sobre ella. Punto".

Betty la secundó, dirigiendo a Robert una mirada severa. "Te han dicho que tu mujer no está aquí. Te sugiero que intentes respetar su deseo de dejar de ser tu esposa. También te sugiero que abandones este lugar inmediatamente, a menos que quieras esperar a la policía, que te acusará de allanamiento".

Robert hizo una pose. "Si esto no es una residencia privada, tengo derecho a ponerme donde quiera".

Betty le dirigió una mirada severa. "Esto es un piso franco, señor Dawson, un refugio para mujeres maltratadas. No tienes derecho a estar aquí, y la policía te detendrá sin dudar. Tu mera presencia dentro de esa verja -y señaló la acera de enfrente- es un delito de allanamiento".

"No te atreverías". Se quedó atónito, incrédulo. Se volvió hacia Alessandra, como si fuera ella personalmente la responsable.

Alessandra se rió. "Oh, puedes apostar a que sí. Me daría un placer increíble ver cómo te llevan esposada".

"Es más, no depende de Alessandra". anunció Betty con tranquila dignidad. "Yo soy la gerente de aquí, y te aseguro que aquí nos tomamos muy en serio las intrusiones. Puedes estar segura de que se presentarán cargos, tanto si te quedas como si te vas".

"La policía está en camino", dijo Marie, servicial, desde su puesto junto a la ventana abierta. Levantó el móvil. "Me mantienen informada de sus progresos".

Robert parecía sorprendido y enfadado. Alessandra pensó que le habría gustado pegarle.

"Me voy", murmuró, lanzándole una mirada furiosa. "Si no hubiera sido por ese maldito perro tuyo...".

¿Perro? Se quedó mirándolo, boquiabierto. Antes de que pudiera decidir si preguntarle de qué estaba hablando, Robert se dio la vuelta y se alejó... apresuradamente, notó Alessandra con satisfacción... por el paseo y salió por la verja.

Alessandra contuvo una repentina carcajada. Había tenido que contenerse para no acusarle de haber intentado entrar ayer en su casa. Como, por supuesto, Robert desconocía la presencia de Julian en su casa, no tenía forma de explicar cómo sabía que había estado allí y lo había intentado. Eso sólo añadía leña a su ira. Pero algo en la expresión indignada de Robert, como si hubiera tenido un perro sólo para fastidiarle, le hizo gracia y se le pasó el enfado. Se alegró de que hubiera terminado, al menos por ahora. ¿Y qué era eso del perro?

Alessandra volvió a entrar en el edificio en medio de aplausos y vítores. Tanto el personal como los residentes se alinearon en el pequeño pasillo, y Marie se llevó las manos a la cabeza en un gesto de victoria.

"¡Así se hace!"

"¡Se lo has dicho!"

"Así es".

Un poco ruborizada, Alessandra entró en el despacho, Marie muy cerca de ella.

La mujer más joven le dio una palmada en el hombro. "Tu propio cuñado. Eso requiere valor. Pero lo has manejado muy bien".

Ahora que el episodio había quedado atrás, toda la energía parecía agotarse, y se hundió en una silla, sintiéndose abatida. "Parece que nunca aprenden, ¿verdad?"

Las luces intermitentes del exterior llamaron su atención y se puso en marcha.

"Oh, no, se nos olvidó llamar a la policía para decirles que no vinieran".

"No, no lo hicimos". Julian se sentó en su silla, dando toda la impresión de estar

completamente relajado, pero con la boca resuelta. "Tu cuñado no sólo entró ilegalmente en este refugio, sino que obviamente esperó fuera de tu casa esta mañana y te siguió hasta aquí. Añade a eso el intento de allanamiento de ayer mientras estabas aquí..."

"¿Intentó entrar en tu casa?". La mirada de Betty se estrechó en su rostro. "Esto no está bien, Alessandra".

"Es acoso". dijo Julian con rotundidad. "Es más, deberías ponerle una orden de alejamiento para que no venga por aquí. Eso quizá le haga tomarse esto un poco más en serio".

Betty puso cara de aprobación. "Me gusta cómo piensas".

"Sí, pero", se preocupó Alessandra con el labio inferior entre los dientes. "Julian, tendrías que hacer una declaración si le denunciara por intentar entrar en mi casa".

Los ojos de Julian brillaron divertidos ante la evidente confusión de Betty.

"Yo estaba allí -explicó- y vi cómo intentaba entrar forzando la cerradura de la puerta de la cocina. También lo consiguió, y habría entrado, pero fue disuadido por... -su mirada se dirigió a Alessandra-, mi gran danés, aunque creía que estaba encerrado en tu habitación de invitados. Y sí, por supuesto que estoy dispuesto a declarar".

Los ojos de Betty se redondearon de asombro. Alessandra no tenía que ser vidente para oír los pensamientos de Betty: ¿Julian DiConti estuvo en tu casa? ¿Con su perro?

Alessandra asintió lentamente, pensándose, y sus labios se apretaron. "Entonces yo también presentaré mi propia denuncia, mientras esté aquí la policía. No se saldrá con la suya".

"Y asegúrate de que el abogado de Laura recibe copias", aconsejó Julián.

CAPÍTULO 17



ALESSANDRA SE DESLIZÓ en el asiento del conductor de su pequeño coche, bajando la ventanilla mientras Julian se sentaba a su lado. El bichito no tenía aire acondicionado, y el calor se había acumulado dentro, haciéndola jadear en busca de aire.

"¡Vaya! Ha tardado más de lo esperado".

"Siempre que interviene la policía, se tarda más", convino, bajando la ventanilla de su lado. Movié ligeramente los dedos y una brisa fresca agitó el aire del pequeño coche.

"Tenerte cerca tiene sus ventajas". Alessandra le dedicó una sonrisa afable, puso el coche en marcha y salió del aparcamiento. "¿Era magia de djinn o tuya?"

"La mía. Intento no utilizar la magia de los Djinn, a menos que haya deseos de por medio, claro. Tiene... repercusiones".

Le miró de reojo. "Eso suena siniestro".

"No es divertido", admitió Julian. Una sonrisa curvó sus labios. "Ese hombre no va a estar contento contigo cuando la policía llegue a su puerta".

Una sonrisa de satisfacción curvó los labios de Alessandra. "No, no lo está, ¿verdad? Ni tampoco papá, cuando Robert se lo comunica. Hablando de Robert...". Le lanzó una mirada mientras se detenía en el tráfico lento que se dirigía a la ciudad. "¿Un gran danés? ¿En mi habitación de invitados?"

Mordiendo una sonrisa, Julian asintió solemnemente, aunque le bailaban los ojos. "No podía permitir que destrozara tu casa o arañara con las uñas tus pulidos suelos de madera".

"Te lo agradezco. ¿Dónde está ahora?"

Se frotó la nariz pensativo, mirándola de reojo. "Digamos que... no está dentro de tu casa". Hábilmente cambió de tema. "Estaba pensando en ir primero a mi casa y luego a Whimsies. Como he estado desconectada, me gustaría ponerme al día en algunas cosas antes de enfrentarme a Jackson, y mi ordenador está en el ático. Me lo dejé cuando me llamaron a mi botella. Me gustaría instalarlo en tu habitación de invitados, si no tienes inconveniente".

"¿Qué, no hay conexión a Internet en las botellas de los genios?", se burló.

Su carcajada llenó el pequeño coche. "Todavía no. Puedo invocar libros, papeles y demás para estudiar, revistas para hojear. Pero mi contacto con el mundo exterior se limita a eso. Los Djinn, por supuesto, pueden ver todo lo que deseen en las paredes de sus vasijas. Las vasijas de los Djinn son de plata o latón, y las paredes se vuelven fluidas, permitiéndoles ver lo que elijan proyectado allí. A Jacinth, por ejemplo, le gusta ver viejos programas de televisión".

"¿Jacinth?"

El rostro de Julian se suavizó con afecto, sonriendo ligeramente. "Ah, cómo explicar lo de Jacinto. Cuando me hechizaron por primera vez, el Consejo de Djinn asignó a Jacinto para que me ayudara a aprender a utilizar mis nuevos poderes de Djinn, para que me enseñara las reglas de los Djinn y se asegurara de que no sobrepasaba mis límites. Ella también estuvo allí cuando sobrepasé las reglas de mi propio hechizo, que son diferentes de las leyes que rigen a los Djinn. Ella me ayudó a lidiar con todo, a sobrellevar esta existencia durante todos estos siglos. Realmente no sé cómo habría sobrevivido sin Jacinto".

Alessandra sintió un destello de lo que reconoció como celos. La simpatía de Julian por la Djinn hembra era evidente. Desterró el sentimiento al instante. No tenía motivos para estar celosa, ni tampoco derecho. Sólo podía alegrarse de que hubiera alguien que vigilara a Julian.

"Entonces, ¿tu ático será igual que cuando yo estuve antes? Me gustaría volver a verlo así, todo arreglado al estilo del Harén de Oriente Medio".

Julian la miró y sus ojos brillaron con maldad. "¿Lo deseas?"

"¡Oh!" Alessandra se tapó la boca con la mano.

Se echó a reír. "No, ya sé que no era un deseo formal, Alessandra. No he podido resistir la broma".

"Me gustaría volver a ver tu casa", declaró Alessandra eligiendo cuidadosamente sus palabras, resistiendo el impulso de golpearle.

Él seguía riendo entre dientes, con su sonrisa torcida y tranquilizadora, mientras le cogía los dedos con un cálido apretón. "Y así será".

Era tal y como ella lo recordaba, opulento y exótico, con una pizca de incienso flotando en el aire y ventiladores de techo que hacían girar perezosamente el aire refrigerado por el aire acondicionado. Si no hubiera sabido que el ático estaba cerrado, vacío y probablemente sofocante por el calor del verano, nunca lo habría adivinado. Era como si se hubieran marchado esta mañana y hubieran regresado tras un día de excursión.

"¿Quieres comer mientras estamos aquí?" ofreció Julián. "Hace mucho que no desayunamos".

Alessandra asintió. Aquella mañana habían tomado un ligero desayuno a base de cruasanes y té en su casa, pero ya era mediodía y el estómago le rugía ligeramente ante la perspectiva de comer.

"Me gustaría", dijo Alessandra, y vio cómo Julian desaparecía en la cocina.

Se acomodó en los cojines bajos que cubrían la habitación, mirando a su alrededor con asombro. Volvió a experimentar la extraña sensación de que las esquinas de la habitación se curvaban hacia dentro, pero esta vez estaba preparada y ya no se preocupaba por su visión ni por su cordura. Se preguntó cómo sería vivir tanto tiempo en una botella, aunque estuviera tan lujosamente amueblada.

Sin previo aviso, apareció una aparición en medio del salón. Alessandra ahogó un grito, mirando fijamente a la mujer, que le devolvió la mirada con cierta consternación. Al cabo de un momento, la conmoción de Alessandra desapareció lo suficiente como para darse cuenta de que se trataba de un Djinn, una mujer joven. El Djinn pareció relajarse también y avanzó.

"Hola. ¿Quién eres?", preguntó con un bonito acento.

"Soy... um... Alessandra". Aún estaba un poco conmocionada por la repentina aparición. La djinn la estaba estudiando con una evaluación amistosa, aunque franca. Era tan abierta e inquisitiva, casi infantil, que Alessandra pudo estudiarla de vuelta, sin sentir ninguna de las limitaciones que podría haber sentido con una completa desconocida. La djinn era una joven extraordinariamente guapa, menuda, con una larga cabellera negra y unos grandes y atractivos

ojos marrones como los de Bambi. Iba vestida con unos pantalones largos de gasa vaporosa y un corpiño ceñido de un tejido brillante. Llevaba el vientre y los pies desnudos, aunque las cadenas de los tobillos lucían gemas, y llevaba el pelo negro azulado recogido en la parte superior de la cabeza y le caía por encima de la cintura en una larga y pesada coleta.

"Alessandra, ¿quieres...?"

Julian se detuvo en seco a medio camino de la puerta de la cocina. Miró al recién llegado con un suspiro.

"Jacinth Sinceramente, *¿tienes que* vestirse así? Es increíblemente hortera".

Jacinth se rió, sus dientes diminutos y blancos brillaban, los ojos marrones brillaban de diversión. Todo en ella brillaba, pensó Alessandra, sintiendo una burbuja de risa en su interior. La Djinn era encantadora e increíblemente atractiva.

"Me gusta ver la televisión", le dijo Jacinth a Alessandra, con tono confidencial mientras se acercaba. "Este Hollywood es increíble. Mira".

Asumiendo una expresión decidida y pensativa, se cruzó de brazos y asintió con la cabeza una vez, con decisión, y desapareció al mejor estilo de "Sueño con Jeannie". Un momento después reapareció, esta vez vestida con un largo caftán negro de grueso algodón, ricamente bordado en un fantástico diseño con hilos de oro y plata, generosamente salpicado de cuentas de piedras preciosas. Llevaba el pelo suelto, largo y suelto en una caída recta de seda color ébano. En sus muñecas relucían brazaletes de oro y en un delicado tobillo llevaba una cadena de cascabeles de plata.

"Ya está, ahora podemos ponernos cómodas", dijo, sentándose junto a Alessandra y metiendo los pies debajo de ella. Les sonrió y preparó su propia taza de café. Alessandra hizo lo posible por no soltar una risita cuando Julian volvió a suspirar, aparentemente resignado, y se acercó para dejar las dos tazas humeantes que sostenía sobre la mesita, delante de Alessandra.

"Alessandra, como seguramente habrás deducido, te presento a Jacinth".

"Creo que ya lo he averiguado", le aseguró Alessandra.

Jacinth sorbía su café, y sus grandes ojos marrones la miraban con amistoso interés por encima del borde de la taza. Alessandra no estaba segura de qué decirle a un Genio real y vivo. Djinn. Lo que fuera. Acababa de acostumbrarse... apenas... a la idea de que Julian fuera una especie de genio. Djinn.

"Entonces... ¿te gusta ser un Djinn?", preguntó, sintiéndose incómoda, pero la curiosidad ardía en su interior. Esta chica, pues apenas parecía haber salido de la adolescencia, era tan diferente del torturado y melancólico Julian.

"¡Oh, sí!" A Jacinth se le iluminó toda la cara y sus ojos brillaron de entusiasmo. "Me encanta. Ayudar a la gente... es tan bueno".

No había duda de su sinceridad, pero Alessandra frunció el ceño, pensando en todos los deseos que la gente podía pedir y que no eran tan buenos.

"¿Pero qué pasa con los malos deseos?", preguntó. "Los que son para vengarte de alguien, o para ayudar a la persona a convertirse en ladrón, o para hacer... no sé. Algo malo".

"Ah, ésos". Jacinto hizo un mohín de desagrado. "No entiendo a esos tipos. Forma parte de la magia, ya ves. A mí, eso no me gusta. Me gusta la gente positiva, y la gente buena que sólo necesita que le echen una mano. Los malos, cuando ven mi recipiente... el mío es una tetera de plata... no les interesa. No la compran ni se la llevan a casa, ni intentan utilizarla. Sólo atrae a los que me desean, ¿lo ves?".

Esto era interesante. Tantas posibilidades. "¿Y si la persona adecuada se siente atraída por tu tetera, pero se la regala, como regalo de boda o algo así, al tipo de persona equivocado?".

Jacynth le sonrió, con los ojos brillantes, y se acomodó más cómodamente en el sofá, al parecer con una historia que contar.

"Bueno", dijo confidencialmente, sorbiendo de su taza de café, que acababa de rellenarse sola. Alessandra intentó no quedarse mirando. "Eso me pasó una vez. Estuve atrapada durante todo *un siglo* en casa de una familia de españoles absolutamente miserable. Tan fríos, tan formales. Era muy deprimente".

"¿No vivirás *en* la tetera?". Alessandra se horrorizó.

"¿Por qué no?" Jacinto le lanzó una mirada maliciosa. "Además, es de rigor, ya sabes. Muy hollywoodiense. Y podemos hacer todo tipo de cosas con el interior, ya sabes".

"¡Jacynth!" Julian parecía exasperado, pero ella se limitó a reír y le guiñó un ojo a Alessandra.

"Entonces, ¿Julián te ha mostrado lo que puede hacer aquí?". En el rostro expresivo de Jacynth se dibujó una sonrisa juguetona, con una brillante expectación en los ojos.

"¡Jacynth!" repitió Julián, con voz de severa advertencia.

Alessandra ahogó una risita. Tenía la sensación de que utilizaba mucho ese tono cuando Jacinto estaba cerca.

La mujer djinn mostró a Alessandra una sonrisa impenitente.

"Mira hacia arriba", sugirió, con voz engañosamente dulce.

Alessandra levantó instintivamente la cabeza y jadeó en voz alta. De no haber sido por el rápido brazo de Julián que la rodeaba, habría caído de espaldas. Por encima de ellos, en todo su esplendor, con techos abovedados, pátina ahumada y todo, se extendía el techo de la Capilla Sixtina.

Un instante después, estaban en un patio aireado, en el que las ventanas y paredes del ático habían dado paso a hileras de columnas de mármol de las que brotaban graciosos arcos de mármol blanco y negro. El sonido del goteo del agua atrajo su atención hacia lo que habrían sido los dormitorios, y a través del laberinto de columnas divisó otro patio más pequeño, con una elegante fuente tocando en el centro.

"¿Dónde está este lugar?", exclamó asombrada.

"Es la Alhambra", respondió Julián. "Un palacio árabe del siglo XIV en España".

Jacinto asintió, mirando a su alrededor con gran satisfacción. "Estuve allí cuando se construyó, hace siglos. Es tan hermoso, como éste. Ahora no es tan bonito, claro, pero lo han cuidado mucho".

Dijo esto último a regañadientes, como si, pensó Alessandra, el edificio no tuviera derecho a haber perdido su nuevo brillo después de seiscientos años. Seiscientos...

"Es casi tan viejo como tú", bromeó Julian, dándole un codazo.

"Mayor. Oía hablar de las glorias de la Alhambra cuando era niño -respondió, aparentemente imperturbable por el recordatorio de su edad.

Alessandra miró a su alrededor, torciendo la cabeza para mirar a un lado y a otro. No había rastro de la puerta principal. De hecho, no había ni rastro de la puerta de la cocina ni del pasillo que conducía a los dormitorios. Mirando detrás de ella, descubrió que la pared de detrás del sofá había desaparecido, de modo que se encontraban, en efecto, en el centro del patio. "¿Has podido transportarnos a España?", chilló. "¿Así de fácil?"

La sonrisa tímida de Jacynth era muy de gata canaria y levantó las rodillas, apoyando la barbilla en ellas, mientras observaba a Alessandra.

"Oh, no. Seguimos en el apartamento de Julian".

Se quedó boquiabierta al contemplar las columnas y los arcos, la fuente tintineante. Respiró

hondo, aspirando los aromas cálidos y calientes, cargados de rosas. "Es... es imposible", susurró.

"Alessandra". La voz de Julian la recordó, su mano cubriendo la suya, presionando ligeramente, pues de repente estaban de nuevo en el ático. "Respira".

Tragó saliva y apartó la mirada de la opulencia de su apartamento, similar a la de Las mil y una noches, para mirarle a él. Su cálida sonrisa la tranquilizó, y el azul de sus ojos se tornó más profundo, comprensivo y tranquilizador.

"Piensa en la TARDIS", sugirió. "Como en Doctor Who".

"Una TARDIS", repitió ella, asintiendo. Sus dedos aferraron con fuerza la mano de Julian. "Vale, entendido. Entonces... la botella, o la tetera, o lo que sea... ¿puedes hacer esto con eso? No sólo con el apartamento de aquí".

"De acuerdo". Jacinto asintió. "En realidad no tenemos muchas limitaciones".

El aire volvió a cambiar, y Alessandra se volvió para encontrarse encerrada entre los muros de piedra de una especie de casita o cabaña. Donde habían estado las amplias ventanas de espejo del ático con vistas a Manhattan, ahora había unas pintorescas ventanas de cristal con un marco de madera anticuado, y los alféizares de las ventanas estaban llenos de jardineras. Bajo sus pies había un tosco suelo de tierra y, por encima, colgaban ristras de ajos, cebollas y hierbas de unas vigas toscamente labradas bajo un tejado de paja. En el otro extremo de la habitación, donde debería haber estado la cocina, bostezaba una gran chimenea, con un fuego enérgico que aumentaba el calor del día de verano. Un caldero de hierro colgaba de un gancho sobre el fuego, humeando lo que olía mucho a caldo de verduras.

Entre la risa y la respiración entrecortada por el aire sobrecalentado, Alessandra apenas podía hablar.

"Esto es... increíble", consiguió pronunciar.

"Lo es". replicó Julián frunciendo el ceño hacia Jacinto. "¡Y quiero recuperar *mi* hogar!"

Al minuto siguiente, estaban de nuevo en el exótico ambiente de Oriente Medio que Julian prefería.

"Es cómodo", se defendió ante el mohín acusador de Jacinto. "Me gusta tal como está".

Jacinto se echó a reír, gloriosamente impenitente. "Te encanta cuando hago eso. Sabes que sí".

Alessandra se rió, y el Djinn le dirigió una sonrisa radiante.

"Puede ser muy estirado. En fin, sobre la familia española. Habían adquirido mi tetera como regalo y la habían transmitido de generación en generación como una reliquia que les parecía horriblemente fea, pero muy valiosa, así que, por supuesto, la conservaron. ¡Pensé que nunca saldría de allí! Por supuesto, eso fue justo cuando todo eso estaba ocurriendo con Inglaterra y España, e Isabel vilipendiando a Felipe, y la Inquisición y todo eso. Posiblemente fue mejor así; cualquiera a quien hubiera ayudado entonces podría haber sido quemado en la hoguera por brujo, si lo descubrían".

Alessandra se sintió asombrada ante este breve y despreocupado resumen de uno de los periodos más sangrientos y horribles... aunque intrigantes... de la historia.

"Pero... ¡cien años!". Apenas podía concebirlo. "¿Nunca pulieron la plata?".

Jacinto le hizo un hoyuelo. "No es tan fácil. Sólo un roce, eso no es nada. ¿Acabas de frotar la botella que sujeta a Julian Djinn?".

"No". Alessandra recordó, arrugando la frente mientras intentaba recordar. ¿Qué *había* hecho? "Estaba girando el tapón del cuello de la botella. No salía, y pensé que quizá estaba enroscado".

El Djinn asintió. "Con cada recipiente, y cada Djinn, es diferente. Es nuestra magia, y

nosotros elegimos cómo se hace la llamada. Para mí, hay que sostener mi tetera y acariciarla, pensando que es hermosa".

"¿Y cómo saliste finalmente de ese lugar?"

"Al final, todo salió bien. Contrataron a una criada joven, que pensó que mi tetera era preciosa. Era muy guapa y quería mucho al hijo mayor de la casa. Un día que no había nadie, bajó mi tetera y le estaba dando un pulido extra, y yo vine y le concedí su deseo de casarse con el joven. Tuvieron unos hijos preciosos, y todo el mundo fue mucho más feliz después de aquello, ya no era tan lúgubre, y cuando ella había pedido su tercer deseo, ¡puf! ¡Yo me había ido!"

"Pero seguían siendo muy felices", añadió, con una sonrisa gamberra. "Los controlaba de vez en cuando, sólo para ver cómo funcionaba. Toda mi magia funciona bien".

"La humildad *no forma* parte de su magia", añadió Julián, y Jacinto hizo un hoyuelo.

"No. ¿De qué sirve la humildad cuando sólo se dice la verdad?"

Era absolutamente encantadora. Alessandra podría haberse sentado todo el día a escucharla, a observarla.

"No parece que quieras que te liberen", comentó.

Jacynth parecía sorprendida, incluso un poco horrorizada. "¿Liberado? ¡Claro que no! ¿Por qué iba a querer eso?"

Alessandra miró de Jacinto a Julián, y luego de vuelta.

"Pero Julian..."

"Ah". Jacinto se inclinó hacia delante para acariciarle ligeramente la mano. "Julian no concede los deseos por elección propia. Tampoco es Djinn; no nació para ello. Es humano, como tú, pero está unido a nosotros por la magia".

Volvió a sentarse contra los cojines del sofá, acurrucándose a la manera de un gato doméstico. "Pero para mí... no, no. Esto es lo que soy, para lo que nací. Es todo lo que quiero".

"¿Pero y si quisieras otra cosa?"

El Djinn la miró con sabiduría. "Ninguno de nosotros es realmente libre, ¿verdad? Las cadenas adoptan formas diferentes, pero siempre hay barreras, restricciones, reglas. ¿No es así?"

Alessandra pensó en su familia, en sus hermanas. En su propia lucha por encontrar quién era, por ser libre para ser esa persona. Aun así...

"¿Y el amor? ¿Puedes enamorarte, tener hijos?"

Jacynth soltó una carcajada. De repente estaba de pie ante ellos, vestida de nuevo con su traje de "genio" de Hollywood... y con un vientre abultado y muy embarazado. Sus ojos brillaban con picardía.

"¿Sí, amo?", entonó.

Alessandra estalló en carcajadas, mientras Julián se limitaba a gemir, cerrando los ojos como si le doliera.

"Por favor", suplicó. "¡Jacynth, compórtate!"

Ella le ignoró con un mohín y un movimiento de su bonita cabeza, mientras guiñaba un ojo a Alessandra.

"Aprecia tan poco los estereotipos. ¿Es esa una palabra? ¿Desaprecio? No importa". Entre un segundo y el siguiente, el atuendo chillón... junto con el abdomen prominente... desaparecieron, sustituidos por el caftán negro, y Jacynth volvió a sentarse en el sofá. Cogió una almohada, la abrazó contra su pecho y metió los pies bajo un cojín del sofá.

¿"Amar"? Sí, podemos amar. Y tener hijos. Los Djinn no estamos atados al recipiente en todo momento, como Julian. E incluso Julian tiene un breve respiro tras ser llamado. Es una elección que tenemos. Yo soy lo que se llama, lo mejor que puedo traducir a tu idioma, un

Portador de Deseos. No todos los Djinn están ligados a recipientes y conceden deseos a la humanidad. La mayoría de los Djinn tienen una vida cotidiana normal, igual que los humanos. Conceder deseos es algo que elegimos hacer, una vocación especial, se podría decir. Los Portadores de Deseos adoptan un recipiente y establecen los límites de la magia, como yo, que quiero ayudar a la gente que sólo necesita un empujoncito, ¿sí? Cada Djinn es diferente. Los Portadores de Deseos tampoco estamos atados para siempre. Podría llevarme mi recipiente, ya ves, de este mundo durante un tiempo, para tener hijos en Qaf, criarlos. Si envejeciera... oh, dentro de muchos miles de años... y quisiera que me dejaran en paz, podría hacerlo".

Alessandra se echó a reír; no pudo evitarlo. "¿Un genio jubilado?"

El hoyuelo apareció en la mejilla de Jacinth y sonrió. "Sí. He oído que las cimas de las montañas de Nepal son lugares excelentes para retirarse. Sin gente, sin ruido ni contaminación...".

"Ni nada", añadió Julián. "Si fuera a jubilarme, lo haría en Las Vegas o Montecarlo".

Jacinto le lanzó una mirada divertida. "Lo harías, por supuesto. Después de todo, fue tu deseo de eclipsar a todos los demás lo que te metió en este lío".

"¡Eso no es cierto!" objetó Julián. "Había gran necesidad de alguien con habilidades curativas. Ya se lo he contado a Alessandra".

"No parece que lo que hizo fuera tan malo como para necesitar seiscientos años de castigo". Alessandra sintió que su indignación aumentaba al recordar.

Jacinto, sin embargo, levantó una ceja delgada... igual que Julián, observó Alessandra distraídamente.

"No es un castigo. Es lo que él deseaba, ¿recuerdas? Pidió al universo un gran poder para él, una capacidad mágica ilimitada, y ¡voilà! Ya lo tiene".

"Ten cuidado con lo que deseas", convino Julian con cierta tristeza. "Puede que me oponga, pero yo lancé el hechizo, Alessandra, y conseguí lo que quería. No es culpa del djinn ni de nadie más que mía".

"Además, debería estar disfrutando de esto", insertó Jacinth con una alegría irreprimible. "¿Cuántos humanos llegan a vivir seiscientos años? Para ser un Djinn, aún es joven".

"¿Cuántos años tienes?" preguntó Alessandra con curiosidad.

"Novecientos años", fue la sorprendente respuesta.

Alessandra sintió que se le cortaba la respiración y miró asombrada al Djinn que tenía delante. Jacinth parecía más joven que ella, posiblemente de unos veinte años.

"Es increíble".

Los delgados hombros se movieron en un leve encogimiento de hombros.

"No soy tan viejo entre los Djinn. Y aún no he tomado pareja. No amaré a nadie durante mucho tiempo. Pero cuando me llegue la hora, elegiré una compañera a la que amar, y nos trasladaremos a la aldea Djinn de Qaf y criaremos un montón de niños Djinn, y me divertiré jugando con ellos y enseñándoles su magia".

Frunciendo el ceño, Alessandra le dio vueltas a la idea. Lo había hecho parecer tan... sencillo. Pensó que alguien que había vivido casi un milenio sabría que no se podía mandar amar cuando se quisiera y con quien se quisiera. Se le ocurrió otra idea.

"¿Y si te enamoras de un humano?"

Jacinth la miró sin comprender, pareciendo un poco horrorizada. "¿Una humana? ¿Por qué querría hacer eso?"

"Bueno, la gente no siempre puede elegir a quién ama", dijo Alessandra razonablemente. "Podrías enamorarte con la misma facilidad de un hombre humano que de un Djinn".

"Nunca". En la voz de la mujer Djinn resonaba una convicción absoluta. "Hay docenas de Djinn que desean ser mi pareja. Cientos. ¿Por qué debería amar a alguien que envejecerá y morirá?".

"Ella no ve las cosas como nosotros", informó Julián a Alessandra con voz irónica.

"Ya lo veo".

"¿Y tú?" preguntó Jacinto, tan ansioso y curioso como un niño. "Aún tienes dos deseos, Alessandra. ¿Qué es lo que quieres?"

Los deseos... eso era lo último en lo que quería pensar. No era tonta de nadie, y Julian le había explicado cómo funcionaba la botella. En cuanto ella pidiera sus deseos, él desaparecería de su vida para siempre. Se habían conocido por casualidad, gracias a Bobby, y él se había quedado porque ella había encontrado su botella.

Por otra parte, quizá lo mejor sería que pidiera sus dos últimos deseos. Antes de perder más de su corazón por él. El problema era que no se le ocurría nada que deseara que no pudiera conseguir fácilmente por sí misma. Le parecía una lástima malgastar deseos mágicos en hacer florecer su huerto, que lo haría cuando estuviera listo, o en pagar la factura del cable que había olvidado el mes pasado, cuando ya tenía el dinero... sólo tenía que enviar el cheque por correo. Y no creía que un deseo de paz mundial fuera algo que ni siquiera la magia de los djinn pudiera conseguir.

"Estoy pensando en ellos", disimuló, intentando no reírse ante la expresión de decepción de Jacinth. Estaba claro que la mujer djinn estaba dispuesta a acomodarse y discutir en detalle los posibles deseos de Alessandra.

¿Por qué había venido, de hecho? De repente, a Alessandra se le ocurrió que quizá hubiera una razón para que Jacinto hubiera venido a visitar a Julián, y que tal vez debería darles la oportunidad de hablar a solas.

"He visto que hay una panadería justo al final de la manzana, y una charcutería", dijo. "Ya que es casi mediodía, ¿qué tal si bajo y nos traigo algo de guarnición para hacer bocadillos?".

Julian le dirigió una mirada de agradecimiento, mostrando su comprensión con una sonrisa. Tarareando ligeramente, Alessandra se echó el bolso al hombro y dejó solos al Djinn y al mago.

CAPÍTULO 18



LA PEQUEÑA DJINN ladeó la cabeza y miró a Julian con interés.

"Te sientes atraído por ella".

Se encogió de hombros ante su comentario y se acercó a las ventanas de la fachada, observando la calle que había más abajo. En un momento, Alessandra salió del edificio. El portero se quitó la gorra y el encargado del aparcamiento se apresuró a preguntarle si quería su coche. Todos los que la conocían, la querían, caían bajo el hechizo de sus maneras fáciles, de su encanto innato.

Jacinto llegó a su lado y siguió su mirada, frunciendo el ceño.

"¿Por qué te molesta esto, que te atraiga? En mi tetera podía sentir tu angustia. Hacía tiempo que pensaba que necesitabas a alguien en tu vida, alguien por quien preocuparte. El hechizo no prohíbe eso. Eres libre de amar, Julian. Ya hemos hablado de esto antes".

"¡No, no lo estoy!" discrepó violentamente Julián, apartándose de la ventana. "¡No tengo nada que ofrecerle! No puedo darle estabilidad ni prometerle que siempre estaré a su lado. En cualquier momento, ¡puf! podría ausentarme durante meses, incluso años. Ella no tendría ninguna seguridad de saber cuándo volvería, o incluso si volvería, porque ni yo mismo lo sabría. No volveré a hacerlo, Jacinto. Aparte del dolor que le causaría a Alessandra, no puedo volver a pasar por eso. Volver de cumplir el deseo y encontrarme con que mi familia, todos los que amaba, ya no están. No puedo hacerlo, Jacinth".

Jacinto avanzó unos pasos hasta donde él estaba, apoyando una mano en su brazo. Había simpatía y una profunda tristeza en sus ojos oscuros.

"Lo siento, Julian. De verdad que lo siento. Si hubiera algo que pudiera hacer, lo haría... pero no lo hay".

"Lo sé". Le dio unas palmaditas en la mano. "No es culpa tuya, Jacinto".

Desapareció y Julian se acercó de nuevo a la ventana para mirar hacia fuera con mal humor, observando el denso tráfico de la calle. El calor brillaba en el aire, crispando los ánimos de los que esperaban en sus acalorados vehículos, y el sonido de las insistentes bocinas de los coches llegaba débilmente a sus oídos. El verano se había adelantado este año y prometía ser abrasador durante los próximos meses.

Vio a Alessandra salir de la panadería y cruzar la calle, fresca y pulcra con su falda y túnica vaporosas, brillante como la luz del sol al reflejarse en su pelo dorado pálido. Ni siquiera en medio de una humedad agobiante la había visto marchitarse ni parecer menos luminosa y aireada. Ella desapareció bajo el pórtico de su edificio y él se dirigió a la puerta del ático,

sintiendo que se le aceleraba el pulso ante la perspectiva de volver a estar con ella.

JULIAN ESTABA ESPERANDO en la puerta del ático cuando Alessandra salió del ascensor. Aún estaba sonrojada y jadeaba un poco, ligeramente sin aliento por el calor y la humedad del exterior.

"¡Qué calor hace ahí fuera!", anunció, jadeando ligeramente. "La humedad es como para ahogarse".

Él se apartó, manteniendo la puerta abierta para que ella pasara. Como siempre, su cercanía la dejó sin aliento. Se detuvo justo delante de la puerta, echando un vistazo al ático.

"¿Se ha ido Jacinto?"

Por mucho que deseara quedarse a solas con Julian, no podía evitar sentirse ligeramente decepcionada. La mujer djinn era sin duda alguien a quien le gustaría conocer mejor. Era una curiosa mezcla de inocencia y sabiduría, a la vez atractiva y divertida, y a Alessandra no le habría importado volver a verla.

"Sí, se ha ido. No suele quedarse mucho tiempo".

Cerrando la puerta, Julian llegó a su lado y le quitó la baguette y la bolsa que contenía los productos de charcutería, y las dejó sobre la mesita.

"Lo siento, tengo que hacerlo -murmuró. Le cogió la cara con las dos manos y le acarició suavemente el rostro, apartándole los mechones de pelo húmedo que se le pegaban a la cara.

Inclinó la cabeza, y Alessandra levantó la cara de buena gana. Su boca se posó firmemente sobre la suya, su aliento cálido y dulce. El mundo pareció desaparecer cuando sus brazos la rodearon y ella se fundió en su abrazo. La engatusó con los labios, mordisqueándole el labio inferior, hasta que se abrió a él. Sus labios se deslizaron sobre los de ella, aumentando la presión, exigiendo, y el beso pasó de suave a abrasador en el espacio de un latido. Su lengua se deslizó, saboreando, explorando.

Alessandra sintió un calor que nunca antes había experimentado. Sus manos parecían moverse por sí solas en torno a Julian, acariciándole la espalda, instándole a acercarse aún más, mientras la invadían impulsos salvajes y se estremecía en su abrazo.

Con un suspiro tembloroso, Julian levantó la cabeza, retrocediendo apenas una fracción. Apoyó la frente en la de ella, con la respiración agitada. El pulso que latía en su cuello era tan frenético como el de ella.

"Alessandra", murmuró, su voz como seda contra su piel. Le pasó los brazos por los hombros, bajó por los brazos y le cogió las manos con firmeza. Ella sintió un hormigueo que le llegó hasta los dedos de los pies cuando él le sonrió, con los ojos azules brillantes.

"Ven", la instó, conduciéndola hacia la cocina. "Te enseñaré a hacer café árabe".

Entrelazando sus dedos con los de él, permitió que Julian la condujera a la cocina. Exclamó complacida ante la fuente que descansaba sobre la encimera, llena de fruta fresca y trozos de varios quesos.

"¿Cómo lo sabías? Eso era justo lo que tenía en mente".

Se encogió ligeramente de hombros. "Ya que traías pan, me pareció justo que lo acompañara con queso. Y sé que te gusta la fruta".

"Hace demasiado calor para cocinar", aceptó de buena gana, inspeccionando la fruta.

Un racimo de uvas verdes la atrajo, rompió una y la probó. Fresco y dulce, el sabor se extendió por su lengua.

"¡Son buenos!", exclamó.

Julian estaba sirviendo café en una de las pequeñas ollas de latón que había descolgado de su gancho en la pared.

"Toma, prueba una". Le acercó la uva a la boca. Sus labios se cerraron en torno a las puntas de los dedos de ella mientras comía la fruta, y sus miradas se encontraron y se sostuvieron. Ella se sintió atraída por la intensidad de su mirada.

Con un movimiento brusco, se apartó de la estufa y la pequeña llama que acababa de encender se apagó por sí sola mientras se volvía completamente hacia ella. Arrastrándola a sus brazos con un movimiento rápido, su boca se posó en la de ella, con fuerza y rapidez. Su boca era dulce por la fruta, y sus lenguas se batieron en duelo, compartiendo alientos.

Olvidado el café, apenas fue consciente de que él la levantaba de los pies y la llevaba al salón. La bajó suavemente sobre un montón de cojines que hacía un momento no estaban allí, se dio cuenta vagamente en el fondo de su cerebro. Él la siguió hacia abajo, con la boca dura e insistente contra la suya. Se deleitó en su tacto, en el peso de su cuerpo firme contra ella, apretándola contra los cojines. Una mano grande y fuerte le acarició la cara.

"Alessandra". Le encantaba el sonido de su nombre cuando él lo decía.

Entonces su boca se abrió contra la suya y ella se encontró con su lengua. Sus manos dejaron un rastro de fuego al tocarle el cuello y descender lentamente. Ella se tensó hacia arriba, esperando ansiosamente que la tocara, y la respiración casi abandonó su cuerpo mientras esperaba, temblorosa. Un suspiro, casi un gemido, escapó de su garganta cuando la mano de él se posó firmemente sobre su pecho. La acarició, evocando sensaciones que ella desconocía. Deslizó la palma de la mano por debajo de la camisa, por el pezón tenso, y emitió un sonido de placer en la garganta ante la evidencia de su excitación.

Con un murmullo contra sus labios, la blusa de ella se abrió, desabrochándose por sí sola, y él deslizó la mano por su carne desnuda y tersa, bajo el sujetador, y ella se estremeció cuando él acarició el suave montículo. Sus propias manos se introdujeron bajo la camisa de él, acariciando acaloradamente la amplia extensión de su espalda, los fuertes músculos de sus hombros. Su boca abandonó la de ella para esparcir pequeños besos mordisqueantes por su cara, la comisura de los labios y la barbilla, y luego por el cuello, haciéndola jadear de placer. Estaba ardiendo, abrasada en cada centímetro, enloquecida por su tacto, sus caricias. El cálido aliento se cernió sobre su cuello durante un instante, para ser sustituido por sus labios, el calor de su boca abrasándole el cuello. Se sintió marcada por su beso en el cuello.

Sus dedos hacían magia en sus pechos, en sus pezones, excitándola hábilmente. Se movió contra él, inquieta, deseosa de más. Sus manos bajaron hasta su cintura, sus flancos esbeltos, empujándolo contra ella mientras se arqueaba hacia él. Deseaba a aquel hombre como nunca había deseado a nadie en su vida.

"Julian". Era una súplica. "Julian".

Como si su voz hubiera roto algún hechizo, Julian respiró hondo. Todo su cuerpo parecía congelarse por espacio de un latido, y levantó la cabeza, con el rostro convertido en una máscara de agonía, las profundidades sin fondo de sus ojos oscurecidas hasta la medianoche por algún dolor interno.

"Alessandra. No podemos".

Se echó hacia atrás, tirando de la blusa de ella por encima de sus pechos llenos y doloridos. Un profundo suspiro estremeció su corpulento cuerpo.

Temblaba de deseo, cada centímetro de su cuerpo exigía, necesitaba su contacto, su núcleo femenino clamaba por su posesión. Nadie más que este hombre, Julian. Y ahora...

"¿Por qué?", susurró ella. "Es mi elección. No me estás obligando, los dos somos adultos. Me

deseas, sé que lo haces. Y yo... también te deseo, Julian".

Se mordió las palabras de amor que brotaron de sus labios. Lo amaba desesperadamente, desde el día en que la abrazó en el pasillo del hospital. Nunca podría haber nadie más para ella, después de Julian. No veía cómo podría volver a amar a ningún hombre. Su alma clamaba por él con cada respiración. Nunca estaría completa sin Julian. Nunca volvería a ser la misma.

"Háblame", susurró.

Sacudió la cabeza desgreñada, los mechones negros cayendo pesadamente sobre su hombro, y se negó a encontrar su mirada interrogadora.

"Lo siento".

Se levantó para arrodillarse sobre una pierna, tiró de ella y la acunó en sus brazos, de modo que quedó sentada apoyada en su ancho pecho, con la cabeza en su hombro. Sintió que le tocaba ligeramente el pelo, acariciándose.

"Lo siento, Alessandra". Su aliento le revolvió el pelo. "No debería haber llegado tan lejos. Dios sabe que te deseo. Pero estaría mal por mi parte".

Se aferró a él, sintiendo el rígido control que ejercía sobre su cuerpo, los duros músculos tensos.

"¿Por qué? No me has coaccionado ni seducido contra mi voluntad. Ambos queremos esto, estar juntos. ¿Dónde está el daño?"

Él suspiró, tan profundamente que ella pudo sentir cómo su pecho se agitaba bajo su mejilla.

"Tendré que marcharme, Alessandra. Cuando la magia esté hecha, no tendré elección. Ninguna, ¿comprendes? Por mucho que desee quedarme... ¡y Dios sabe que lo deseo! me iré de tu vida para siempre. No quiero hacerte daño. No podría vivir conmigo misma, sabiendo que te he amado y luego te he abandonado".

Ella habría respondido, pero él la silenció con un dedo apoyado en sus labios. La estrechó contra sí, abrazándola con fuerza durante un largo rato, con la cabeza inclinada contra la suya y los mechones negros de su pelo cayendo sobre su hombro. Ella oía su corazón acelerado y se inclinó hacia él, deseándolo desesperadamente.

Quería interrogarle, preguntarle por qué, cómo podía estar mal. ¿No era mejor amarse, sabiendo que su tiempo sería breve, que negar lo que había entre ellos mientras tuvieran la oportunidad? Los argumentos se agitaban en su mente, pero no los pronunciaba, consciente de que Julian, en algún nivel, se había alejado de ella, en algún infierno de su propia creación. Era un consuelo saber que él la deseaba tan desesperadamente como ella a él. Aún podía sentir el bulto de él, duro y pesado, apretado contra su cadera.

Pero tenía tiempo. Tendría paciencia. Con el rostro oculto en la curva de su cuello, Alessandra sonrió para sí. Al fin y al cabo, ¿no le pertenecía?

CAPÍTULO 19



"NOS HE RESERVADO habitaciones en el Marriott", mencionó Julian, mientras se alejaban de la autopista Beltway.

"¿El Marriott? Eso es vivir con estilo".

Julian se encogió de hombros. "Me lo puedo permitir". Debatía un poco, y luego sonrió con la traviesa culpabilidad de un niño pequeño. "Además, asociarme con los Djinn durante tanto tiempo me ha vuelto un poco hedonista".

Ella se rió, recordando la exótica opulencia de su ático. "No me digas".

"Mhmm. Jackson también se queda a dormir, aunque prefiere el King's Arms. Le hice volar ayer para que pudiera estar temprano en la tienda para ayudar a Laura".

"¿Quién se ocupa de los caprichos?"

Una visión de la adolescente que atendía su tienda de antigüedades bastó para que Julian se estremeciera. Le lanzó una mirada de reojo, preguntándose qué pensaría de Zack.

"Un sobrino de Jackson. No es muy listo, y las ventas suelen bajar cuando le dejamos mucho tiempo solo en la tienda. Le gusta mucho la cultura gótica. Un joven bastante interesante. Ha sido toda una educación para mí en el siglo XXI".

"Entonces deberías llevarte bien con él. ¿No viviste tú también en la época gótica?", se burló.

"¡Eh, eh, sé amable!" protestó Julián. "Yo era un hombre del Renacimiento, hasta el final".

Alessandra se sentó más recta en su asiento, inclinándose hacia delante con interés al ver el gran furgón blanco en marcha que había fuera de la galería, con las luces de emergencia parpadeando. "¡Oh, mira! Ya están aquí!"

Los ojos de Julián brillaban de emoción reprimida. Se habían invertido meses de cuidadosa planificación y por fin había llegado el momento. La exposición se colocaría en su sitio, la siguiente colección estaría en camino. Pasara lo que pasara, aquello que había hecho seguiría adelante, continuaría creciendo y haciendo el bien, recogiendo la cosecha que había sembrado. Éste era el acontecimiento decisivo de su vida... esto, y Alessandra.

Alessandra. La había conocido hacía poco tiempo, pero era como si la conociera de toda la vida. Era tan bella y elegante como su nombre. Y tan bondadosa. Se preocupaba por todos. Si hubiera sido de su época, la habría reclamado como su Condesa, la habría vestido con los mejores terciopelos y encajes, como le correspondía, le habría dado sirvientes para que se ocuparan de ella y la habría cuidado siempre.

"¿Julian? Su voz clara irrumpió en sus cavilaciones y se dio cuenta de que había pasado de largo por la sala de exposiciones.

"Lo siento".

Tardaron otro cuarto de hora en dar la vuelta a la manzana en medio del ajetreado tráfico de mediodía, a tiempo de encontrar una plaza de aparcamiento recién desocupada delante de la galería.

"Ojalá supiera cómo lo haces. ¿Cómo es que nunca consigo aparcar bien cuando quiero?". se quejó Alessandra, mientras Julian aparcaba el Mustang en paralelo.

Julian le guiñó un ojo, sintiéndose feliz. "Está en la magia, dulce".

"¿Cosas dulces?" Ella intentó fruncir el ceño, pero parecía más bien que se mordía la mejilla para no estallar en carcajadas. Julian quiso inclinarse y besar aquellos labios anchos y carnosos, con las comisuras hacia arriba. Luchó contra la compulsión. *Nunca lo olvidas*. Pero apartó esos pensamientos... no hoy, no cuando su colección estaba aquí, el día era hermoso y Alessandra estaba con él. No había nada mejor. Disfrutaría de cada minuto.

El camión había aparcado a la vuelta de la esquina, en la calle lateral, su amplia furgoneta era demasiado grande para estar aparcada en la concurrida calle. Había hombres yendo y viniendo, llevando cajas de diversos tamaños y formas por la acera hasta las puertas delanteras.

Dentro, encontraron a Laura en estado de frenesí, dirigiendo a los de la mudanza para que apilaran las cajas aquí y allá mientras intentaban mantener despejado un camino para poder desembalar y exponer los objetos más tarde.

Jackson no estaba en mucha mejor forma.

"Eh, jefe, por aquí", llamó en cuanto vio a Julián. "Éstas son las vitrinas para las joyas y los objetos pequeños. ¿Dónde quieres ponerlas? Deberían estar en el centro de la sala, pero ahora no podemos ponerlas allí con todas estas cajas, estorban."

"Te dije que deberíamos haber hecho que los hombres las apartaran para traerlas al final", reprendió Laura.

Julián y Alessandra se sonrieron mientras Laura y Jackson empezaban a reñir, más bien como hermano y hermana.

Jackson se marchó, refunfuñando en voz baja.

"¡Oh, Alex!" Laura se volvió hacia Alessandra, abrazándola con fuerza. "¡Esto es tan emocionante! ¡Es lo mejor que me ha pasado nunca! No te creerías por lo que han pasado algunas de estas mujeres...".

"Sí, lo creería". Alessandra rió, devolviéndole el abrazo a su hermana. Julian la observó en silencio, apartando los indignos sentimientos de envidia por su fácil compañía, la cercanía que había crecido entre las hermanas desde aquel horrible día en el hospital.

"Recuerda que fui yo quien intentó que vinieras a ver la exposición cuando Julian la inauguró".

"Ah, es verdad. Y también trabajas en ese refugio". Laura soltó una risita, con la cara llena de humor. "¿Sabías que Robert cree que estoy allí? ¿En el refugio? Me ha mandado mensajes diciendo que tengo que dejar de esconderme, que tengo que 'superarlo' y aceptar la vida real".

Alessandra resopló. "¿Y volver a casa y prepararle la cena?"

Laura se había cortado el pelo, observó Julián. Ahora lo llevaba corto, con un bonito rizo hacia arriba en las puntas. Le sentaba bien, pues daba a sus rasgos clásicos un aspecto brillante y atractivo. En lugar de la belleza fría que había mostrado antes, el nuevo aspecto la hacía mucho más atractiva, más accesible. Sus ojos azules también parecían menos apagados, brillando con la excitación que daba color a sus mejillas.

"Le dije que no estaba en el refugio, ¡pero de verdad! Una vez que a ese hombre se le mete una idea en la cabeza, ¡no puedes desalojarla!".

"Me lo creo. No he tenido ocasión de decírtelo, pero se presentó en el refugio insistiendo en que estuvieras allí. De hecho, merodeó fuera de mi casa para seguirme hasta allí. Y eso fue después de intentar entrar en mi casa el día anterior. Te he traído los informes policiales para que se los des a tu abogado".

Laura la miró fijamente y abrió la boca para replicar, pero la interrumpieron.

"¡Abra paso!"

Cuatro hombres forcejearon con una enorme caja de dos metros y medio de altura, equilibrada con cuidado sobre una plataforma rodante baja, y la introdujeron en la sala entre las pilas de cajas. Julian saltó para ayudar.

"Toma, vamos a colocar esto en su sitio. Jackson, Laura, ¿podéis mover estas cajas? A lo largo de la pared del fondo, aquí".

Haciendo fuerza con la cosa para colocarla en su sitio, los hombres se apartaron, jadeantes, mientras Julian palmeaba satisfecho el inexpresivo cajón de madera.

"Un telar", dijo a sus interesados espectadores. "Para tejer. Tengo luces que lo iluminan. Laura, tendrás que aprender a utilizarlo, a enhebrar las urdimbres y a lanzar la lanzadera. Será un telar en funcionamiento, para que los visitantes puedan sentarse y probarlo ellos mismos. Tendrás que enseñarles cómo se hace".

Laura parecía horrorizada, y él se rió.

"¡No tendrás que aprender sola! Dentro de una semana vendrá una señora de la India para enseñarte".

Jackson llamó a Laura para que consultara con uno de los de la mudanza, y Alessandra vio cómo su hermana se apresuraba a cruzar la habitación para participar en una animada discusión con los dos hombres.

"Se lleva muy bien", le dijo Alessandra a Julian en voz baja. "¡No puedo creer lo feliz que parece! Tampoco ha pasado tanto tiempo".

"Ha sido infeliz durante mucho tiempo", dijo Julian. "Ahora por fin está descubriendo lo que es poder ser ella misma".

Alessandra estuvo de acuerdo. "Nunca tuvo la oportunidad de ser ella misma, ni siquiera de descubrir quién es... al menos no en nuestra casa. Todos teníamos que hacer lo que nos decían, lo que se esperaba de nosotros, incluso cuando ya éramos mayores. Papá eligió a Robert para Laura, ¿sabes? Lo eligió entre sus mejores vendedores y socios. Eligió a alguien para todas mis hermanas".

"¿Y eligió uno para ti?" preguntó Julian, enarcando una ceja.

"Por supuesto". Sonrió complacida. "Vertí sopa caliente en el regazo del primero durante la cena, la noche que papá lo trajo a casa para presentármelo".

"Luego estaba aquel tipo que vivía con su madre, aunque debía de tener al menos treinta años", intervino Laura, que al parecer había interrumpido otro altercado *sotto voce* con Jackson para captar esta última parte. "El día antes de que te llevara a conocerlo, fuiste a hacerte un piercing en la nariz y te hiciste un tatuaje de henna que parecía muy permanente en el pecho derecho, justo donde se vería por encima de la camiseta".

"Sí, y me compré una camiseta de tirantes muy escotada y una minifalda vaquera", recordó Alessandra con aparente placer. "Y llevaba zapatos de tacón de ataúd y medias de cuadros morados que se descolgaban".

Sonrió al recordarlo. "Qué tiempos aquellos".

"El pintalabios negro fue un bonito detalle. Pensé que a papá le daría un ataque -dijo Laura con una risita-.

Alessandra le devolvió la sonrisa y luego se inclinó hacia delante, ansiosa por saber cómo evolucionaba la situación con Robert.

"¿Has sabido algo del abogado?"

"Sí. Se supone que el mes que viene habrá una especie de reunión para llegar a un acuerdo previo al divorcio. El juez decidirá qué se hace con los coches, la casa y ese tipo de cosas".

"Que no se me olvide darte luego los informes policiales de ayer. A tu abogado le interesarán mucho".

"¡Vale!" Jackson se reunió con ellos, jadeando ligeramente y un poco sudoroso. "Ya tenemos todas las vitrinas y los muebles en su sitio. ¿Queréis empezar a desembalar algunas de estas cajas?"

"¡Claro!"

Alessandra estaba ansiosa por volver a ver los objetos, por inspeccionarlos más de cerca. Los había visto el año anterior en la exposición original, pero ansiaba volver a verlos, poder tocarlos, acariciarlos. Antes sólo había podido mirar, como todos los demás visitantes.

"Tendremos que hacer palanca en la parte superior", dijo Julián. "Déjame que coja un martillo y un destornillador".

Unos minutos más tarde, la tapa de madera se apartó y Alessandra y Laura hurgaron con cuidado en la caja estrechamente embalada.

"¡Ohhh!" exhaló Alessandra, sacando la preciosidad de la caja, cayendo el papel de seda al desplegarse. "Es lo más bonito que he visto nunca".

Julian sonrió, se la quitó de las manos y la levantó para que pudiera verla.

"Éste es el premio de la colección", le dijo.

Alessandra se inclinó hacia delante para tocar la tela del vestido largo hasta el suelo.

"¿Qué es esta tela? Nunca he visto nada igual. Es algo... rugoso, supongo".

"Eso es seda... seda cruda. Los hilos de oro también son oro auténtico, martillado e hilado".

Los tonos brillantes de la seda púrpura resplandecían, cayendo en pesados pliegues para crear sombras de oscuridad y luz. Las lentejuelas doradas y plateadas creaban largos dibujos rectangulares desde el escote hasta el bajo, entremezclados con intrincados bordados de hilo dorado y trenzados. Las mangas largas tenían puños anchos con un motivo a juego, y el conjunto estaba rematado por largas borlas de seda morada.

"Precioso", repitió, acariciándolo con reverencia.

"Cuando vi esto por primera vez, no podía creer lo que veían mis ojos. Lo cosió una señora mayor tan ciega que no podía ver los agujeros de las lentejuelas para enhebrarlas en la aguja. Tenía las manos lisiadas por la artritis, pero se sentaba en una alfombra para proteger la tela de la suciedad y el barro mientras cosía este exquisito bordado."

Sonrió al recordarlo. "Ella también estaba orgullosa, aquella pequeña dama, sentada en la orilla del río, con las sandalias empapadas de barro, su pequeño nieto trabajando a su lado para enhebrar las lentejuelas, mientras trabajaba por unos céntimos para un vestido que se vendería por miles de dólares en el oeste".

"Menos de un dólar", se acercó Laura por detrás, para tocar ella misma el vestido. "Eso es todo lo que le pagaron a esa señora por esto. Es una pena".

El orgullo se agitó en el pecho de Alessandra. Laura había estado hojeando los papeles, los folletos y las historias que Julián le había dado. Había leído las historias de las mujeres y los niños que trabajaban tan duramente por tan poco, apenas lo suficiente para mantener unidos cuerpo y alma.

Julian llevó el vestido a su estuche, una vitrina de cristal expuesta en un lugar destacado

cerca de la puerta principal de la galería. Se entretuvo acariciando con los dedos la rica tela, acariciando las borlas.

Colgó la *jalabiyya*, el término árabe común para el vestido largo, en su percha, reacio a retroceder, a cerrar la puerta de cristal. A dejarlo marchar. No sabía cuándo volvería a ver esto, cuándo volvería a ver alguna de estas cosas. O si alguna vez lo haría. Ni siquiera podía confiar en que estaría aquí para la inauguración. Si Alessandra no había pedido su último deseo para entonces, se aseguraría de que estuviera aquí, por supuesto. La conocía lo suficiente como para confiar en ello. Pero si ella lo había hecho, él se habría ido, y nunca podría volver aquí. No si ella sabía lo de los Hilos No Comunes y su hermana trabajaba aquí. El hechizo mágico que lo ataba nunca lo permitiría.

Jackson lo conseguiría, por supuesto. Y habría otro Hilos No Comunes después de éste, la siguiente colección ya en camino, Hilos No Comunes de Nepal. Luego vendría Sri Lanka, y quizá Guatemala y Perú, y Tailandia... pero él, Julian, no estaría aquí. Jackson sería quien se ocuparía de su galería, de sus colecciones, y de quien el Djinn eligiera para hacerse cargo después de Jackson. Quizá Jackson se casaría, tendría hijos. Tal vez sus hijos seguirían adelante, o el Djinn encontraría a otro gerente para continuar su sueño.

Pero Julian no estaría aquí para eso. Quizá no durante muchos años, incluso, hasta que las colecciones y los objetos expuestos desaparecieran, olvidados, como él mismo sería olvidado. Y ésa también había sido su elección. Nadie le había obligado a contratar a Laura para este lugar. Pero ella había sido tan perfecta para el trabajo, incluso más de lo que él había pensado en un principio... y había estado necesitada. Al verla hoy aquí, corriendo de caja en caja, radiante de entusiasmo, le resultaba imposible arrepentirse de su decisión, a pesar de las consecuencias para él mismo.

Se le había quitado la rabia, la injusticia. Sólo le quedaba una profunda tristeza. Estaba cansado de luchar, de seguir adelante, de tener esperanza. Esperanza de que, después de tanto tiempo, algún día podría librarse de esta maldición.

Una risa procedente del otro lado de la sala atrajo su atención. *Alessandra*. Lo único que lamentaba ahora era el tiempo que se perdería con ella. Era todo lo que habría buscado en una mujer. Pero haría todo lo posible para asegurarse de que ella estuviera bien cuando él se fuera. Se encargaría de que tuviera todo lo que quisiera. Nada de billetes de lotería de un millón de dólares para Alessandra. Si lo que ella deseaba era dinero, él se encargaría de colmarla de oro. Se merecía lo mejor. Más de lo que él podría darle en una docena de vidas.

Pero no había nada que pudiera darle de sí mismo. Nada. Sólo podían existir los deseos.

"¡Julian!" Levantó la voz emocionada. "¡Julian, ven a ver!"

Cerró con cuidado la puerta de la vitrina sobre el vestido de seda y se volvió. Alessandra estaba radiante de emoción, sacando otro tesoro de la caja de madera que tenía ante sí. Otro vestido, cuidadosamente bordado a mano con lentejuelas, cuentas y perlas de collar. Luego otro, éste con incrustaciones de joyas semipreciosas.

"¿Son *de verdad*?", preguntó, con los ojos muy abiertos por el asombro.

Tuvo que reírse.

"Sí".

Fue a reunirse con las mujeres para ver lo que habían desembalado. Algodones, sedas, lanas, colores y pesos de telas de todo tipo se exclamaban y admiraban a medida que iban desembalando las cajas una a una.

Laura estaba radiante de felicidad, trotando de un lado a otro entre vitrinas y armarios, colocando las cosas en su sitio y retrocediendo para admirar el resultado. Julián también notó

otra cosa. Jackson nunca estaba lejos del lado de Laura, su mirada se dirigía a ella una y otra vez. Vaya, vaya, qué interesante, pensó. Puede que el Sr. "Ámame y déjame" Jackson se estuviera enamorando por fin de una mujer que era la encarnación del hogar y el hogar.

Julian se dio la vuelta. Al menos Jackson era libre de seguir a su corazón. Para él no había esperanza.

"¡Oh, qué adorable!"

Alessandra levantó un juguete de niño, un elefante hecho torpemente con retazos de cuero, con ojos de lentejuelas y boca bordada, y largos hilos de seda colgando detrás a modo de cola. Julian lo recordaba bien. Lo había hecho una joven viuda con un niño pequeño, con retales sobrantes al final de un largo y agotador día bajo el sol estival de la India. Él había visto aquella tontería y había encargado a la mujer, que apenas tenía edad para haber dejado de jugar con juguetes, que le hiciera otro para su colección. Aunque joven y empobrecida, Rumpa era brillante e inteligente, y ahora trabajaba como capataz en el taller que Julian había construido con los fondos de la exposición original de la colección.

Había pensado traer a Rumpa a Washington como representante de la colección. Le estaba tramitando el visado de trabajo para que pudiera estar aquí para la gran inauguración, y había pensado patrocinarla a ella y a su hijo para que se quedaran, para que fueran los encargados de Uncommon Threads, y así liberar a Jackson para que se concentrara en Whimsies, dada la distancia entre las dos ciudades. Ella y Laura se llevarían bien, pensó, siendo Laura la anfitriona y Rumpa supervisando los aspectos comerciales, además de ser la persona cultural a la que acudir. Pero, de nuevo, había pensado que tendría más tiempo, tiempo para llevarlo todo a cabo antes de que la magia de los Djinn volviera a atarlo a la botella. Ahora sólo podía esperar que tuviera tiempo de acompañarla a través del proceso de inmigración.

Por fin habían descargado el furgón y se habían marchado los de la mudanza. Toda la parte trasera del edificio estaba llena de cajas que había que desembalar en las vitrinas.

"De ninguna manera vamos a desembalar todo esto hoy. Nos voy a llevar a celebrarlo", decidió Julian. "Jackson, Alessandra, volvamos a nuestros hoteles para asearnos. Laura, pasaremos a recogerte dentro de dos horas".

LA NOCHE ERA ENCANTADORA, bastante cálida pero sin el intenso calor del día. Perfecto para conducir por las abarrotadas calles de D.C. con la capota del descapotable bajada, disfrutando de las vistas y los aromas de Washington, el Monumento a Washington brillando siempre contra el cielo nocturno en la distancia. Como siempre, la ciudad estaba abarrotada, el tráfico a tope mientras los peatones se daban codazos por las aceras.

Recorrieron el laberinto que salía del centro de la ciudad hacia el norte, hasta que llegaron a otra sección de calles concurridas y muy iluminadas, donde los mercados y los restaurantes hacían un negocio enérgico.

Delante de ellos, a la derecha, un coche se apartó del bordillo donde había aparcado en paralelo, dejándoles una plaza de aparcamiento delante de un restaurante pequeño y estrecho cuyo nombre proclamaba su cocina francesa.

"¿Cómo lo haces?" Laura tenía los ojos redondos como platillos de cena. "Esta tarde también has conseguido uno delante de la galería".

Julian le sonrió por el retrovisor mientras retrocedía hacia el lugar y le guiñó un ojo.

"Quédate conmigo, nena", entonó, y todos gimieron.

Había una cola de gente esperando para sentarse, pero Julian había llamado antes y, al cabo

de unos minutos, los acompañaron a una mesa en la trastienda del minúsculo restaurante, donde los camareros se movían de lado a lado entre las sillas de los clientes. Su mesa, una de apenas una docena, apenas era lo bastante grande para los cuatro.

"Deberías habernos dicho que nos traías aquí", dijo Laura, dándose palmaditas en el estómago. "No habría comido tanta pizza antes".

"Eso era el almuerzo", le dijo Julian. "¡Esto es una celebración!"

Hizo una seña al camarero. "Champán. El mejor. Y entremeses".

"¿Qué champán, señor?"

Julian sonrió, mirando alrededor de la mesa a Alessandra, Laura, su factótum Jackson, y luego de nuevo al camarero. "El Taittinger Comtes de Champagne".

Los ojos del hombre se abrieron ligeramente. "¿Señor?"

"El Blanc de Blancs 2006".

"¡Sí, señor!"

El maitre llegó poco después, portando tiernamente una cubitera de plata de la que asomaba el cuello de una botella de champán. Le flanqueaban camareros satélites que llevaban copas de cristal fino. Cristal auténtico, observó Alessandra, así como platos de galletas, queso y frutas, además de una sustancia grisácea que reconoció de inmediato. Se animó.

"¡Pate!"

Al otro lado de la mesa, los ojos de Laura se redondearon. "¿Paté? Nunca lo había visto, y mucho menos probado".

"Ahora es la noche de las nuevas experiencias", le dijo Julián. "Adelante, inténtalo".

Alessandra sonrió. Le gustaba ver cómo su hermana empezaba a conocer las cosas buenas de la vida, disfrutaba viendo cómo Laura descubría sus alas y volaba un poco.

Alessandra untó alegremente una gruesa capa de queso en una galleta y la mordió, cerrando los ojos ante el cremoso sabor.

"Mmmm, el cielo. Me encanta el brie".

En un plato poco profundo había racimos de uvas rojas y blancas intercalados entre fresas maduras y rodajas de una extraña fruta verde que Alessandra reconoció, tras pensarlo un momento, como kiwi. Se abalanzó sobre las fresas, cogiendo una grande, gorda y madura, saboreando su dulce y jugoso sabor. Vio cómo Julian y el maître cumplían el pequeño ritual de examinar la etiqueta, lo cual le pareció extraño, ya que él había pedido aquella botella en concreto. Luego, ante el gesto de aprobación de Julian, el maître sirvió el champán en copas altas y puso una delante de cada uno. Julian levantó la suya en señal de brindis.

"¡A la colección!"

"A Uncommon Threads", secundó Alessandra, sorbiendo su champán con la debida reverencia por su calidad.

"Por Uncommon Threads of India", los ojos de Julian brillaron de emoción. "Y a la próxima colección que está de camino a América mientras hablamos... Hilos poco comunes de Nepal".

Alessandra observó que, a su lado, Jackson parecía menos entusiasmado mientras levantaba su copa. Un atisbo de tristeza flotaba en su expresión mientras observaba a Julian. Por supuesto. Jackson sería el encargado de organizar el próximo Hilos No Comunes, y el siguiente, y el siguiente. Puede que Julian nunca volviera después de pedir su tercer deseo. Sería Jackson quien elegiría la siguiente colección después de Nepal, Jackson quien llevaría la exposición a D.C., elegiría las mejores piezas para colocarlas en la galería. Jackson quien viajaría por todo el mundo para encontrar nuevas piezas que exponer, en nuevos países. Era desgarrador.

Julián debió de captar la deriva de los pensamientos de Jackson, porque pareció replegarse

sobre sí mismo, sorbiendo su champán en silencio. La única de ellos que no era consciente de la repentina tensión en la mesita, que ignoraba la verdadera naturaleza de Julian, era Laura. Lo probaba todo alegremente, estornudando ante las burbujas del champán y frunciendo la boca mientras intentaba decidir qué pensar del paté.

La felicidad de Laura era contagiosa y disipaba el repentino mal humor de los demás comensales. Pareciendo divertido, Julián pidió un platito de caracoles para que ella los probara, y Alessandra observó cómo su hermana se tragaba aquellas cosas viscosas, levantándolas de su nido mantecoso. Se estremeció; los caracoles no eran algo que ella quisiera siquiera probar.

Jackson captó su mueca y sonrió al otro lado de la mesa. "Es un gusto adquirido", le dijo.

"Pues adquiérelolo tú", replicó ella. "No podrías pagarme para que me metiera una de esas cosas en la boca".

Se echó a reír y se sirvió uno de los caracoles del plato de Laura, lo que provocó un chillido indignado de ésta, que le amenazó con el tenedor de púas largas que sostenía.

El camarero volvió empujando un carrito cargado con varios platos cubiertos. El primero era una sopera grande que, al levantar la tapa, desprendía un aroma a pollo, vino y setas. Otro plato resultó ser un arroz blanco humeante y esponjoso, y un tercero, guisantes tiernos con cebollitas perladas.

La sonrisa de Julián fue cálida en el rostro de Alessandra, antes de que su mirada pasara a incluir a Laura y Jackson. "Sé que es un poco inusual pedir para los invitados, pero éste es uno de mis platos favoritos que quería compartir con vosotros en esta ocasión. Es coq au vin, simplemente, pollo con vino. En este caso, un vino tinto".

El esperado asintió. "Un buen borgoña, señor". Habló con todo el respeto debido, estaba segura Alessandra, a quien había pedido un champán adecuado para el más exigente de los paladares.

Alessandra sintió que abría un poco los ojos cuando él procedió a servir el arroz con una cuchara en los platos, cubriéndolo con la rica y maravillosamente aromática salsa, con trozos de pollo tan tiernos que se deshacían al levantarlos de la salsa. Puso el pollo sobre el arroz, junto con una generosa ración de los diminutos y tiernos guisantes verdes. Otro camarero le cogió cada plato y lo colocó con precisión delante de cada uno de ellos por turno. Dirigiendo una mirada a los demás comensales de la sala, se confirmó a sí misma que nadie más recibía aquella atención tan personal del personal de sala. ¡Vaya!

Una suave carcajada a su izquierda la hizo volverse para ver a Jackson mirándola con una sonrisa. Se inclinó hacia ella y le murmuró al oído: "No sirve de nada tener mucho dinero si no puedes disfrutar de las ventajas". Se acomodó en su silla con un guiño.

A un gesto de aprobación de Julián, el camarero con su ayudante satélite se alejó.

"*Bon appétit*" -Julian levantó un tenedor de arroz empapado en salsa-.

Alessandra dio un mordisco al suyo y tuvo que reprimir un gemido audible cuando los sabores estallaron en su lengua. Había cebollitas perladas en la salsa de vino, así como botones de champiñón. "¡Esto es maravilloso!"

"Nunca había probado algo así", se entusiasmó Laura. "Nunca se me habría ocurrido hacer guisantes así. Para ser sincera, nunca me han gustado mucho, pero éstos son tan tiernos y sabrosos que casi no parecen la misma verdura."

El tenedor de Jackson se detuvo sobre su plato, congelado en su sitio, mientras se le desencajaba la mandíbula y sus ojos adoptaban una expresión horrorizada. "¿Verdura? ¿Me estoy comiendo una verdura?"

Todos se rieron, pero Alessandra le lanzó una mirada de gratitud. No se le había pasado por

alto que, a lo largo de la tarde en la galería, cada vez que su hermana se callaba, su expresión se volvía distante y sus hermosos ojos se oscurecían de tristeza, Jackson se las arreglaba para distraerla, diciéndole algo que la hiciera reír, o molestándola, o arrastrándola a mirar algo de una de las cajas, pidiéndole consejo.

Cuando terminaron de cenar y todos negaron interés alguno por el postre, Julian pidió la cuenta y pagó el enorme importe con tarjeta de crédito. Alessandra reprimió una sonrisa. Era cuanto menos incongruente ver a un genio de seiscientos años pagando con American Express.

Julian notó su sonrisa y le guiñó un ojo.

"Gasto comercial", le murmuró al oído, inclinándose hacia ella.

Tragó saliva, preguntándose cómo podría justificar una botella de champán de doscientos dólares ante Hacienda, si se le ocurría preguntar.

"No, la verdad es que no", se rió en voz alta, pareciendo leerle el pensamiento. "No, a menos que tuviera unas ganas locas de que examinaran con lupa mis declaraciones de la renta de los últimos siete años. No tiene sentido enviar banderas rojas".

El calor y la humedad de la noche de verano fueron un shock cuando salieron del restaurante con aire acondicionado. Aun así, era encantador conducir por las calles atestadas de gente con la capota del Mustang descapotable plegada hacia atrás, el viento en la cara y sintiendo la ligera brisa del Potomac cada vez que el tráfico les hacía detenerse.

Tras llevar a Laura a su apartamento de la galería y verla a salvo dentro, y luego a Jackson al King's Arms, el resto del trayecto por la ciudad hasta el Marriott transcurrió en un cómodo silencio. Julian conducía con soltura y Alessandra se relajó en el asiento, con la atención dividida entre las escenas de la ciudad y las pequeñas miradas furtivas al perfil de Julian, casi clásico en su perfección.

En un semáforo, giró la cabeza para mirarla, con una mirada cálida y una sonrisa tierna en los labios. Le tendió la mano y ella la estrechó, sintiendo su cálido y fuerte apretón en los dedos. Él se llevó la mano a los labios durante un largo instante.

"Alessandra. Gracias por esto... y por estar aquí conmigo".

Tragó saliva, con fuerza. Había tanto en su mirada cuando sus ojos se encontraron, afecto, cariño y humor, mezclados con pesar. Como debía de haber estado la de ella. Sus dedos se apretaron contra los de él.

"Ojalá...", se le cortó la voz. No había nada que decir, nada que decir que no se hubiera dicho.

Le devolvió el apretón de sus dedos, volviéndose para mirar hacia delante cuando cambió la luz, aunque no le soltó la mano.

"Yo también".

CAPÍTULO 20



A UNA MANZANA DEL HOTEL, Julián se volvió hacia Alessandra, con una sonrisa curvándole los labios.

"Ven a dar un paseo por el Mall", me engatusó. "Hace una noche preciosa, demasiado agradable para entrar todavía".

El National Mall no estaba ni mucho menos desierto, pero Julian fue capaz, naturalmente - observó Alessandra con un suspiro de envidia-, de encontrar una plaza de aparcamiento allí mismo. Julian podría llamarlo magia, pero encontrar aparcamiento donde él lo hacía era prácticamente casi un milagro.

Paseaban cogidos de la mano por el césped que rodeaba el Monumento a Washington, que se alzaba por encima de ellos.

"Vine aquí y vi esto poco después de que lo erigieran", dijo Julian a Alessandra. "Me alegré de que no fuera uno de los objetivos del 11 de septiembre. Eso ya fue bastante malo, pero Washington nunca sería lo mismo para mí sin el Monumento en el horizonte".

"Para mí tampoco", respondió Alessandra, contemplando el obelisco que brillaba blanco en el cielo nocturno. "No creo que pudiera volver a venir aquí si desapareciera. Mamá y papá nos traían aquí cuando éramos niños, como turistas, y hacíamos picnic en el césped". Se rió de repente. "¡A mis hermanas y a mí nos ofendía tanto la idea de subir en ascensor! Nos parecía lo más guay subir las escaleras hasta arriba".

La noche era más fresca, aunque aún cálida, llena de los sonidos y olores de la ciudad mezclados con el rico aroma de la hierba cortada, la brisa del río cercano. Con una rápida mirada para asegurarse de que no le veían, Julian conjuró una manta y la extendió sobre el césped liso. Apareció una cesta de picnic de mimbre, en cuyo interior había una botella de champán, el mismo champán fabuloso que habían tomado en el restaurante francés, junto con dos copas de champán y un cuenco cubierto con fresas y otro con azúcar en polvo.

"Me di cuenta de que te gustaban las fresas, allí en el restaurante -dijo Julian, cogiéndole la mano y tirando de ella hacia la manta para que se sentara a su lado-.

"Me encantan", convino Alessandra, eligiendo una gordita del cuenco.

Con una sonrisa perversa, Julian se la arrebató. "Permíteme".

El corazón le latió un poco más deprisa cuando él mojó la fresa en el azúcar en polvo y se la acercó a los labios. Sus ojos se encontraron, se sostuvieron, mientras ella mordía la fruta, con los labios rozando los dedos calientes de él. Disfrutó del sabor dulce, del azúcar glas que se derretía en su lengua, seguido rápidamente por el zumo ácido de la fresa, que le goteaba un poco por la

barbilla. "Mmmm".

Julian se inclinó hacia delante, con ojos oscuros e intensos. Sintió su aliento cálido en la mejilla cuando bajó la cabeza hacia ella.

"Tienes un poco de jugo aquí". Lamió sensualmente la comisura de sus labios, lamiendo el jugo con delicados golpecitos de lengua.

"Y aquí..." Un latido después, sus labios cubrieron los de ella. El tiempo pareció detenerse, el mundo se desvaneció hasta que sólo existieron ellos dos. Los labios de ella se pegaron a los de él, sus alientos se mezclaron. Su boca era de terciopelo caliente, con sabor a fresas y champán.

Un grupo de turistas se acercó, charlando ruidosamente y sacando fotos de los monumentos que les rodeaban. El hechizo se rompió y Julián retrocedió de mala gana. Alessandra se llevó las manos a las mejillas ardientes.

"¡Dios mío!", exclamó, mortificada. "¡Olvidé que estábamos en público!"

Julian se rió, tiró de ella y apoyó la mejilla en su pelo. Ella se inclinó hacia él, sintiendo la satisfacción que le producían sus brazos, fuertes y seguros a su alrededor, con la cabeza apoyada en su hombro.

"Eres tan hermosa -susurró Julian, metiéndole los dedos en el pelo y apartándole un mechón de la cara. "Cuando te veo, es como si saliera el sol en un día nublado".

El corazón de Alessandra dio un vuelco en su pecho. Podía amar fácilmente a este hombre, a este hombre de ojos tristes que se iría en tan poco tiempo y nunca volvería. Le había esperado toda su vida, sabiendo que en algún lugar había alguien especial, sólo para ella. Y ahora lo había encontrado, y su tiempo juntos sería desgarradoramente corto.

Julian bajó la frente para apoyarla en la de ella, con los dedos aún suaves en su pelo.

"Quiero que hagas algo por mí".

"Cualquier cosa", prometió.

"Cuida de los Hilos No Comunes por mí. Cuando me haya ido". Levantó la cabeza y ella pudo ver sus ojos, oscuros de dolor. "Está Jackson, por supuesto, y ahora Laura. Pero Jackson es mi gerente y estará totalmente ocupado con la parte empresarial, y Laura aún se está encontrando a sí misma. Sería un consuelo, cuando esté atado a mi nave, saber que hay alguien a quien le importa este proyecto tanto como a mí".

Su corazón se comprimió de dolor, como si se partiera por la mitad. Dolor por él, por ella misma. Al menos sería libre, pero ser libre en un mundo sin Julian... ¿de qué servía? Se acercó a la cara de él y le apretó la mejilla con la palma de la mano. Él se inclinó hacia ella y cerró los ojos brevemente.

Alessandra luchó por mantener la voz firme. "Claro que lo haré, Julian. Pero... no lo comprendo. Seguro que puedes estar aquí, en Washington. Vivo en Nueva York, por el amor de Dios. Aquí podrás estar en la galería".

Respiró hondo y se incorporó, apartando la mirada de ella. "No con tu hermana aquí, Alessandra. Aunque no conozca a los djinn, está estrechamente emparentada contigo, la *sahiba*. Eso va contra todas las reglas de la magia".

Tuvo una sensación de hundimiento en la boca del estómago, que la hizo sentirse ligeramente enferma mientras lo miraba fijamente. "¿Quieres decir que... si no hubieras contratado a Laura podrías haber vuelto aquí, a la galería, y ahora no puedes? ¿Nunca? ¿Lo sabías cuando la contrataste?".

Su mano le acarició la mejilla, su pulgar se deslizó sobre sus labios, trazando ligeramente su forma.

"Lo sabía. Al menos... No sabía que tú serías la próxima *Sahiba*. Pero Laura está demasiado

cerca, demasiado conectada a la última vez que estuve ligada al Djinn. Todo lo que he hecho desde que puse un pie en la habitación de Bobby ha ido en contra de las normas. Y poner a Laura en contacto tan estrecho con mi otra vida, mi vida fuera de la concesión de deseos... siempre habría tenido que pagar un precio. Pero podría haber buscado durante mucho tiempo a alguien tan perfecta como Laura para lo que yo quería para la galería. Y me gusta pensar que ella no podría haber encontrado un trabajo más adecuado para ella. El cambio en ella ha sido notable, incluso dadas las circunstancias".

"Estoy de acuerdo, por supuesto. Pero tú..."

Julian le puso un dedo en los labios, negando con la cabeza. "Fue decisión mía, Alessandra. I... *Necesitaba* poder ayudar a tu hermana. No podía ayudar a Bobby, pero podía hacer esto por ella. No estaba en mí contenerme, cuando es tan claramente la respuesta perfecta para todos los implicados".

Alessandra giró la cabeza hacia la mano de él, con los labios acariciándole la palma. Levantó la cabeza para sonreírle.

"Eres un buen hombre, Julián DiConti. Y, por supuesto, cuidaré de Hilos poco comunes por ti... como lo hará Laura, lo sé".

"Gracias". Se sacudió, más bien como un perro soltando agua, y le sonrió, claramente deseoso de aligerar el ambiente.

"Ahora un poco de este champán".

Bebieron, brindando de nuevo por los Hilos No Comunes, pero la alegría se había perdido, no se recuperaría. Con un grácil movimiento de los dedos de Julián, la cesta de picnic, los vasos y la fruta desaparecieron, y él se levantó, inclinándose para coger la mano de Alessandra. Con un esfuerzo mínimo, la puso en pie y la agarró con una carcajada cuando se desequilibró.

Dieron un paseo de vuelta hacia la ciudad, y a ella le divirtió comprobar que los camiones de souvenirs seguían fuera, a pesar de que había oscurecido por completo. Es más, hacían un buen negocio.

"Deja que te compre un recuerdo", le insinuó Julián. "¿Qué te gustaría? ¿Un pisapapeles? ¿Un llavero?"

Alessandra echó un vistazo a los artículos expuestos y sonrió. "¿Qué tal una camiseta negra anunciando FBI?"

Levantó la camiseta negra con grandes letras blancas, y fue recompensada por la risita baja de Julian. Encontró otra y empezó a reírse. "¡Ay! ¡Mira esto! ¿Whiskey Tango Foxtrot?"

Miró perplejo la camiseta de color camuflaje con las tres palabras en negro, seguidas de un signo de interrogación.

"No lo entiendo", admitió.

"Whiskey Tango Foxtrot... WTF". Tradujo. "En el lenguaje de Internet, WTF es un acrónimo, así que la camiseta básicamente expresa What The Fuck?" (¿Qué coño?).

La carcajada de Julián se unió a la suya. "¡Me gusta!"

"Hmm", dijo, dando la vuelta a una pila de posibilidades. "¿Qué te parece ésta? Sonrió y lo levantó.

Los ojos de Alessandra se entornaron al captar el mensaje impreso en la parte delantera de la camiseta... "Te has portado mal. Ve a mi habitación..." con el dibujo de un buche bordado en el bolsillo. "¡Vaya!"

Julian movió las cejas de arriba abajo y se inclinó hacia delante con una mirada lasciva. "¿Quieres ir a casa y ponerte perverso?"

"¡Julian! Deja eso!"

"No, te lo traigo yo".

Bufó, echándose el pelo hacia atrás. "Entonces te traeré Whiskey Tango Foxtrot".

"Hecho", cerró el trato, y ella puso los ojos en blanco.

"Oh, espera". Se dirigió al extremo más alejado del expositor. "Mira éste. ¿Programa de Protección de Testigos?"

"¿No me conoces?" Alessandra se deshizo en risitas. "¿Quizá debería ponérmelo en una de nuestras cenas familiares!".

Sus ojos brillaban con humor. "Eso debería provocar una reacción".

Le bajó la camisa y ella protestó.

"¡Eh! ¡Lo quiero! ¿Es de mi talla?"

Sacudió la cabeza, comprobando la etiqueta. "Los estadounidenses son una raza extraña", observó. "¿De verdad vas a llevar esto a una reunión familiar?"

Alessandra se encogió de hombros, sus labios anchos y suaves se tensaron ligeramente. "Probablemente no. No le verían la gracia. Papá se enfadaría, mamá se pondría nerviosa, mis cuñados harían comentarios sarcásticos para impresionar a papá y mis hermanas lo ignorarían todo".

"¿Tu familia siempre ha sido así?", preguntó. El vendedor aceptó la factura que le ofrecía y le entregó una bolsa para la camiseta de Alessandra. Sonriendo a Julian, pagó al vendedor la camiseta de la WTF y la metió en la bolsa de Julian.

Se alejaron un poco del camión, donde los turistas se daban codazos para alcanzar las mercancías. El brazo de Julian, fuerte y firme, le rodeaba la cintura, y ella se inclinó hacia él, con la cabeza apoyada en su hombro, sintiendo su aliento susurrarle en el pelo.

"Sí. Desde que tengo uso de razón, papá siempre era el que mandaba. Siempre sabía exactamente lo que quería, como una imagen en su mente, ¿sabes? Cómo quería que fuera su vida, cómo sería su mujer, sus hijos y cómo serían sus vidas cuando crecieran. Y luego se aseguraba de que sucediera, tal como él lo imaginaba".

"Para todos menos para ti", dijo Julián, con voz suave.

"Vi cómo empujaban a mis hermanas hacia carreras o especializaciones universitarias que sólo se valoraban por su comerciabilidad, para hacerlas más atractivas como esposas para uno de los especiales elegidos a dedo por Pop. Vi cómo las empujaban a casarse con los hombres que Pop elegía... jóvenes vendedores prometedores o socios comerciales que, como decía Pop, "causarían sensación en el mundo", en su opinión. Hombres de los que Pop se sentiría orgulloso de haber conocido como yernos", terminó con amargura. "Yo fui la única que no se alineó. Vi cómo mis hermanas, cuatro, quedaban atrapadas en su plan de juego, atadas por maridos e hijos antes de tener siquiera la oportunidad de descubrir lo *que* querían. Decidí que nunca me pasaría a mí".

"¿Eras tan infeliz cuando crecías?"

"Oh, no, en absoluto. Éramos niños normales, jugando y discutiendo y haciendo todas las cosas que hacen los niños. Fue una vez que llegamos al final del instituto cuando empezaron los problemas, cuando Pop empezó a presionarnos a cada uno de nosotros para que estuviéramos a la altura de sus expectativas, a moldearnos como él creía que debíamos ser para que beneficiáramos mejor a su negocio, a su imagen. Nos dijo qué trabajos debíamos aceptar, a qué universidad asistir, qué carrera estudiar... y, por supuesto, empujó a Laura a casarse con Robert un mes después de que obtuviera su título de Asociada en Artes, aunque había planeado licenciarse. Era la mayor y él quería que los nietos siguieran adelante".

Julian recordaba la forma en que el padre de Alessandra la había mirado en el funeral;

evaluadoramente, cálculo en los ojos duros.

"No creo que se haya rendido", comentó.

"Oh, no". Alessandra levantó la vista y sus labios se curvaron en una sonrisa. "Yo soy la que se ha escapado, ¿sabes? De vez en cuando me mandan a cenar, y él tiene allí alguna nueva perspectiva caliente para conocerme".

Los labios de Julián se torcieron al recordar su anterior conversación con Laura.

"Pareces muy capaz de mantenerte alejado de sus garras".

Alessandra se rió y asintió. Cerca de ella, observó a una mujer esbelta de pie junto al camión. La mujer les había estado lanzando miradas de reojo durante todo el tiempo que estuvieron examinando la mercancía. Tendría unos treinta y tantos años y era atractiva, aunque iba demasiado arreglada con un traje rosa, una blusa blanca, medias y unas sandalias blancas de tacón ridículamente alto. Alessandra reprimió el impulso de lanzar a la mujer una mirada severa anunciando *¡Mía!* y la ignoró. Tenía la impresión de que quedarse en el camión sólo había sido una excusa para que ella los estuviera observando, aunque Alessandra no podía imaginarse por qué. Julián era lo bastante guapo como para hacer girar la cabeza de cualquier mujer, pero había algo feo en la expresión de aquella mujer. Alessandra ahogó un escalofrío.

Cuando empezaron a alejarse, la mujer llegó aparentemente a una conclusión y dejó la mercancía que había estado manipulando mientras observaba subrepticamente a Julian y Alessandra con los ojos entrecerrados. Se separó de la multitud junto al camión y se acercó, sus tacones chasqueando en la acera mientras se movía rápidamente para enfrentarse a Julian.

"¡Tú! ¡Eres tú!" Agarró la manga de Julián por encima del codo. "Sé que eres tú. No intentes negarlo".

"Delores". La expresión de Julian se endureció, el azul de sus ojos se volvió obsidiana y desapareció todo rastro de azul. Liberó el brazo de los dedos que lo aferraban. "¿Qué quieres?"

Su voz era tan hostil, contenía tanta furia reprimida, que Alessandra apenas la reconoció.

"Me engañaste", acusó Delores, siseando las palabras a través de unos brillantes labios teñidos de salmón que chocaban con el rosa de su traje. "¡Se suponía que ibas a darme un millón de dólares!".

Alessandra sintió que sus ojos se abrían de asombro. Ésta era la última *Sahiba*. La que, pensó, con su propia ira agitándose en su pecho, había cambiado la vida de su sobrino por un collar de diamantes.

Julian miró a la mujer más baja con desprecio.

"Te di tu millón de dólares", mordió las palabras. "Y tu collar de diamantes, después de que tuvieras el hijo bueno y sano que deseabas. Ésos eran tus deseos, y yo te los concedí".

"Se suponía que me ibas a dar un millón de dólares", siseó. "¡Me diste un billete de lotería!".

Las cejas de Julián se alzaron interrogantes. "¿Sí? ¿Crees que puedes tener un millón de dólares así como así, en efectivo o en tu cuenta bancaria? Hacienda se te echaría encima enseguida. El boleto era legítimo, y ganó para ti un millón de dólares. Como deseabas".

La mujer casi bailó de furia. "¡Y Hacienda se quedó con la mitad! Me dieron menos de quinientos mil dólares, y debería haber tenido un millón".

"No es mi problema". Julian se encogió de hombros. "Tú lo deseaste, yo te lo concedí. Tu problema con Hacienda no es asunto mío".

Sonrojada por su tono de "me da igual", la mujer insistió. "Además, hay loterías que se llevan 16 millones, y 20 y 30 millones de dólares. Ya nadie gana sólo 1 millón de dólares. ¡La de la semana siguiente era de 64 millones! ¿Por qué no pudiste darme ese billete de lotería?"

Julian se encogió de hombros, con una amenazadora ondulación muscular.

"Un millón fue lo que pediste".

Su expresión era fría, distante, mientras la miraba. Su furia reprimida le pareció evidente a Alessandra, que observaba el enfrentamiento. "De todas formas, ¿qué importa? Lo deseabas para un fondo fiduciario para tu hijo, para su universidad y para darle un comienzo en la vida. Dentro de dieciocho años valdrá mucho más que un millón de dólares".

Delores lo miró fijamente, con resentimiento en cada línea de su rostro.

"Necesitábamos una casa", dijo hoscamente. "Y un coche más bonito. Esas cosas no son baratas. Necesita tener una buena vida, en un buen barrio".

Alessandra, observando, vio que la ira en el rostro de Julián se convertía lentamente en repugnancia.

"Así que...", dijo, con una voz hirviente de desprecio. "Malgastaste el fondo fiduciario de tu hijo. Esas cosas no eran necesarias. Tenías una casa bonita, tu marido tenía una carrera buena y estable. Con sus ingresos y los intereses del dinero de la lotería en el banco, podrías haber vivido bien y ahorrar el capital para tu hijo. No es mi problema".

La mujer miró más allá de él, hacia Alessandra.

"Tú eres el siguiente. Su nuevo dueño". Su mirada se entrecerró, calculadora. Los labios se abrieron en una sonrisa tan falsa como horrible. "¿Cuántos deseos has pedido? Podríamos ayudarnos mutuamente".

Alessandra tenía ganas de vomitar. Dio un paso atrás, con el estómago revuelto.

"No te voy a ayudar en nada", dijo claramente.

Julian rodeó con el brazo la cintura de Alessandra, atrayéndola contra él mientras se apartaba de la mujer.

"No tengo nada más que hacer contigo, mujer". Dijo por encima del hombro. "No tengo nada más que decirte. Vete".

Agitó la mano. Delores parpadeó, mirando a su alrededor como si no pudiera verlos.

"¿Dónde estás?", gritó. "¡Vuelve!"

"¿Qué está pasando? susurró Alessandra, inclinándose hacia Julián. "Estamos aquí de pie".

"He invocado un escudo", respondió Julián. Sus ojos estaban oscurecidos por el dolor y la ira. Su cuerpo estaba rígido, con el brazo alrededor de la cintura de ella como un tornillo de banco. "No puede vernos ni oírnos".

Miró a Alessandra, con una lenta perplejidad asomando a sus ojos, y su expresión le dio ganas de llorar. "El *Sahiba* no debería haber estado aquí. No deberíamos habernos vuelto a encontrar. La magia no permite algo así. Jamás".

Alessandra se inclinó hacia él, tratando de prestarle apoyo. Le cogió la mano libre, desenroscando suavemente los dedos del puño que habían formado, y entrelazó los suyos.

"Vete", le instó ella, tirando de él. "Sal de aquí, Julian".

La siguió, estrechándola contra él mientras caminaban, abrazados.

"No debería haber estado aquí", repitió, claramente incapaz de dejar pasar la anomalía. "No lo comprendo. Una vez concedidos los deseos, no debo volver a ver al *Sahib*. Ésa es la norma. Siempre ha sido así".

Parecía tan confuso, tan perdido, que Alessandra deseó consolarlo. Su mano alrededor de la cintura de él se deslizó hasta acariciarle la espalda, tranquilizándolo. "Fue sólo una coincidencia. Una casualidad que estuviera aquí, ahora".

"Tal vez", respondió, con la mirada distante, desenfocada. "Y quizá no. Tal vez fuera para recordármelo".

Miró a Alessandra, con expresión solemne. "Me iré, ya lo sabes. Cuando hayas pedido tu

tercer deseo".

"Lo sé. Y tampoco creo que necesites recordatorios. Piensas en ello constantemente. Lo veo en tu cara, en tus ojos, a cada momento".

Caminaron en silencio un rato, abrazados. Alessandra se inclinó hacia él, con la esperanza de que su presencia le ayudara un poco, deseando poder hacer algo para quitarle esa carga. Rodearon el extremo del estanque reflectante y se detuvieron para contemplar el rostro sabio y escarpado de Abraham Lincoln.

"Tenía razón en lo de que las loterías ya nunca son sólo de un millón de dólares", observó pensativa Alessandra. "Podrías haberle dado un billete que valiera más, ¿no?".

Asintió brevemente. "La magia Djinn no discierne la diferencia entre un millón o cien millones. Ella quería el dinero para una vida mejor. Lo comprendo. La vida ahora es diferente a la de mi época, pero sigue siendo dura a su manera. Un millón de dólares no es tanto hoy en día, sobre todo cuando tienes una familia que criar. El dinero es tan necesario en este siglo. No era eso lo que me enfadaba".

"Pero utilizó su tercer deseo... el deseo que podría haber salvado a Bobby... por un collar de diamantes. Me enfadé muchísimo. Si hubiera utilizado sólo uno de sus deseos para salvar la vida de un niño, le habría regalado el mundo con ese billete de lotería. Es una mujer pequeña con una mente pequeña. Para ella, un millón de dólares era más riqueza de la que podía concebir. ¿Lo entiendes, Alessandra? Era codiciosa, y la idea de poder tener un millón de dólares sólo alimentaba esa codicia. Podría haber pedido dos millones, diez millones, y comprarse la casa nueva, el coche nuevo y el collar de diamantes también, y seguir teniendo el fondo fiduciario de su hijo que ella quería. Pero tenía que tener un millón de dólares y *el collar de diamantes*. Si la hubieras visto, cuando pidió ese último deseo... sus ojos fríos y avariciosos. Entonces la odié".

Alessandra se estremeció. Ella misma había visto esa mirada, la expresión calculadora de Delores mientras intentaba averiguar qué beneficio podía sacar de haber conocido al dueño de Julian. *Dueña*. Ésa era la palabra que había utilizado la mujer. Julian no era una persona para Delores, sino una cosa.

"Lo sabías, ¿verdad?", le preguntó ella, mirándole a la cara mientras caía en la cuenta. "Sabías que Hacienda se quedaría con su mitad".

Sus hombros se movieron en un pequeño encogimiento de hombros. "Sí. Su voz era entrecortada, inflexible. "Y, francamente, me alegré de ello. Estaba dentro de los términos de la magia Djinn. Un millón pedido, un millón concedido. Las leyes humanas relativas a los impuestos y demás no son de nuestra incumbencia. A menos que así lo decidamos".

Apretó los labios. "Si hubiera cogido ese dinero y lo hubiera invertido sabiamente, habría tenido otro millón de dólares en muy poco tiempo. Medio millón de dólares se reproduce rápidamente".

Alessandra suspiró. "Un millón de dólares".

¡Lo que no podría hacer con tanto dinero! Pero entonces, no habría salvado a Bobby. No habría salvado a Sylvie.

Julian la miró con ojos brillantes y sus sensuales labios se curvaron de diversión. Se inclinó hacia ella y su aliento le acarició la oreja.

"¿Quieres un millón de dólares, Alessandra?". La tentó.

Le dio un codazo con la cadera, sonriéndole.

"¿Quién no lo haría? Y quizá sea eso lo que desee, al final. Si no surge nada más que se me ocurra. Ahora mismo quiero tomarme mi tiempo, ver qué surge. Ahora sólo tengo dos deseos. Quiero utilizarlos sabiamente, Julian, y no apresurarme a pedir un deseo sólo porque están ahí

para ser concedidos, y lamentarme después cuando encuentre algo que realmente quiera". Dudó un momento antes de admitir: "Y no tengo tantas ganas de verte por última vez".

Julian se volvió hacia ella, sus manos le acariciaron los hombros, un índice se deslizó bajo su barbilla para inclinarle la cara hacia arriba.

"Tampoco yo estoy deseando ver lo último de ti, Alessandra".

Suspiró, acercó a Alessandra y la rodeó con los brazos, apoyando la cabeza en su pelo. Podía oler su aroma masculino y especiado, envuelta en su abrazo. Era extraño lo segura que se sentía cuando él la abrazaba, como protegida de todo el mundo.

"Eres especial para mí, Alessandra. Pase lo que pase. Nunca lo olvides. Eres como un faro brillante que me trae alegría. En todos mis seiscientos años, nunca ha habido nadie como tú. Nunca te olvidaré".

Después de aquello ya no había forma de recuperar la alegría del día anterior, y volvieron al coche de él. Julian se había retirado de nuevo, y aunque sus manos permanecieron entrelazadas mientras conducían por las calles, el trayecto hasta el Marriott se hizo en sombrío silencio.

CAPÍTULO 21



CUANDO HUBIERA PASADO la puerta de su habitación para acompañarla a la suya, la siguiente puerta del pasillo, Alessandra se detuvo, tirando de su brazo.

"No". Le dijo. "*No, no* vamos a terminar así este maravilloso día".

Sintió que la invadía una feroz determinación cuando él se volvió hacia ella, y el azul intenso de sus ojos reveló su estado de ánimo. Se podía leer su tristeza, la frustración y la angustia, pero aún peor, la resignación, la derrota en sus hombros caídos. Ella le golpeó el pecho con la mano.

"Me invitas a entrar y luego vas a llamar a Jacinto".

Aquellas cejas móviles se alzaron, las dos esta vez, y una sonrisa renuente se dibujó en sus labios. "¿Ah, sí?"

"Sí". Ella asintió y se puso de puntillas para besarle suavemente. "Así es. Y luego puedes espolvorear un poco de ese maravilloso champán y más fresas, y vamos a celebrarlo un poco más".

Introdujo su tarjeta en la ranura de la puerta, la empujó y se volvió hacia ella. "¿Quieres entrar? -preguntó seriamente, con un leve brillo en los ojos.

"Sí, gracias", respondió ella con la gravedad adecuada, pasando junto a él para entrar en la larga y estrecha sala de estar de su suite. Coincidía con la suya, la larga estancia se abría a una puerta con cortinas que daba a un balcón situado frente a la puerta. Un largo y cómodo sofá estaba contra la pared derecha, frente a un largo mostrador que sostenía un enorme televisor de pantalla plana en la pared opuesta. A un lado, una amplia puerta daba a un espacioso dormitorio.

"Esto es igual que lo mío. De verdad, con una habitación en el Marriott era suficiente", comentó, mirando a su alrededor con agradecimiento. "No tenías que conseguirme también una suite".

"Quería hacerlo". Se acercó a ella, cogiéndole la cara entre las manos, mirándola con tanto anhelo que el corazón pareció darle un vuelco en el pecho. "Te lo mereces, y mucho más".

"¡Oh, Julian!" Su corazón se rompió de nuevo por él, por los dos. Se echó un poco hacia atrás, frunciéndole el ceño. "Ahora, haz lo que sea para llamar a Jacinto".

Giró la cabeza, mirando hacia el mostrador que sostenía el televisor. Siguió su mirada, y vio que el frasco de perfume, colocado por ella en un lugar seguro de la estantería de su salón, saltaba a la vista. Se acercó a él, lo rodeó con ambas manos y cerró los ojos.

Un momento después se produjo un cosquilleo en el aire, y Jacinth apareció ante ellos con un aspecto, le interesó ver a Alessandra, perfectamente normal, con unos vaqueros desteñidos, una pulcra blusa blanca, crujientemente planchada, y zapatillas de deporte. Parecía encantada de ver

a Alessandra, pero su rostro se ensombreció cuando Julian le explicó, en breves frases, lo que había ocurrido. Era fácil ver la indignación en el destello de sus ojos marrones, habitualmente amables, y la suave boca se tensó con ira.

"Esto no está bien, Julian. Pero esto me supera", dijo ella.

Como había hecho Julian, cerró los ojos, con la cara inclinada hacia arriba.

Tras haber experimentado las alegres tonterías de Jacinto, nada la preparó para el Ser que se materializó ante ellos. Alessandra retrocedió un paso involuntariamente y se llevó una mano a la garganta mientras el corazón le latía con fuerza. A su lado, se dio cuenta de que Julián se enderezaba y se ponía alerta.

Era una figura alta y erguida, vestido todo de negro, con una suntuosa túnica de terciopelo bordada con algún extraño diseño en hilo de plata. Un largo cabello del blanco más puro y brillante le caía por la espalda, liso y suave. Lo llevaba recogido en las sienes, detrás de unas orejas puntiagudas que se alzaban hacia arriba. Unos ojos penetrantes de un azul glacial los estudiaban desde debajo de unas cejas oscuras enmarcadas en un rostro pálido y estrecho. Alrededor del cuello llevaba una cadena de plata, con zafiros brillantes entretejidos en el ornamentado trabajo de volutas. El color de las piedras se reflejaba en los ojos del Djinn, pero las joyas ardían con un fuego interno, mientras que los ojos eran fríos como el hielo. Parecía casi tallado en piedra, tan frío e inmóvil era, sólo sus ojos, de un azul pálido y peligroso, parecían vivos mientras parpadeaban de un rostro a otro.

La mano de Alessandra se apretó convulsivamente contra la de Julian, y él le dio un apretón tranquilizador en los dedos. Inclino la cabeza ante el Djinn.

"Amri. Gracias por venir".

Ni por un pestañeo acusó el Djinn recibo del agradecimiento, y su atención se volvió hacia Alessandra. Ella se sintió identificada, y pesada, por el conocimiento sin edad de aquellos ojos antiguos. Volvió a mirar a Julian.

"¿Por qué me llaman?"

"Estábamos en el Washington Mall y nos encontramos con mi antiguo *Sahiba*".

Ni un solo músculo se crispó en el rostro del Djinn, ni su mirada cambió por un instante. El silencio se prolongó un largo instante.

"Enséñamelo".

Desconcertada, Alessandra miró inquisitivamente a Julián, pero la expresión de éste reflejaba su propia perplejidad. Más allá de él, vio que los ojos de Jacinto se abrían un poco.

"Soy consciente de los hechos que rodean los dos últimos deseos de la mujer". El Djinn hizo un breve gesto hacia Jacinth, que asintió con la cabeza, con expresión solemne. "Te concedo la capacidad de mostrarme ese suceso".

El alto Djinn dio un paso adelante, presionó un instante la palma de su mano contra la frente de Julian y luego dejó caer la mano. La expresión del rostro de Julian era una mezcla de sorpresa, respeto y algo que rozaba el asombro mientras miraba al hombre más alto.

Julian levantó las manos lentamente, manteniéndolas ahuecadas ante él. Sobre sus palmas apareció una esfera parpadeante, del tamaño, calculó Alessandra, de un melón. Una neblina arremolinada parecía llenar la esfera. Mientras la observaban, la niebla se disipó lentamente, desvaneciéndose para revelar una habitación de hospital con una cama junto a una gran ventana. En ella estaba sentada la mujer que habían encontrado antes, con un recién nacido envuelto en pañales en el brazo derecho y la mano izquierda aferrando un frasco de vidrio soplado que les resultaba familiar, con un tinte púrpura acentuado por los adornos de pan de oro. Junto a la cama, inmóvil, estaba Julián.

"Debería tener un fondo fiduciario para mi hijo, de mayor será médico y necesitará dinero para la universidad".

El Julián de la imagen estaba tan inmóvil, su rostro tan inexpresivo, como el alto Djinn que estaba en la habitación con ellos. "¿Tu deseo?"

"Deseo un millón de dólares", le dijo la mujer.

Julian se inclinó ligeramente desde la cintura. Cuando se enderezó, extendió una mano, con un billete sujeto entre los dedos. La mujer le dirigió una mirada cargada de suspicacia. "¿Qué es eso?"

"Es un billete de lotería premiado".

Alessandra lanzó una mirada furtiva al Djinn macho que la observaba, preguntándose si se había dado cuenta de lo que había hecho, de que la mujer había dejado a su hijo para quitarle el billete a Julian, en lugar de soltar la botella que sujetaba con tanta fuerza.

Vio que los hombros del espectral Julian se tensaban, un movimiento infinitesimal, mientras su atención cambiaba, su mirada se desplazaba brevemente hacia la ventana que había más allá de la cama del hospital. La ventana que, según sabía Alessandra, daba al otro lado del patio, al ala de pediatría y a la habitación donde había yacido Bobby. La mirada de la mujer siguió la suya hacia la ventana. Había conocimiento allí, en los ojos de la mujer, y una especie de expresión ávida, como un... un buitre, pensó Alessandra. Se estremeció y apartó la mirada, ocultando el rostro contra el ancho hombro de Julian, incapaz de mirar. Pensó que podría enfermar físicamente si seguía mirando. No se trataba de dinero ni de deseos. Esto... esto era una especie de necesidad pervertida de controlar, tal vez incluso de causar dolor. Disfrutar del dolor que estaba causando.

Vampiro emocional.

Las palabras estaban allí, en su cabeza, pero no las había pensado. Cuando levantó la cabeza para mirar a su alrededor salvajemente, pensó que los ojos del alto Djinn tocaron su rostro, sólo durante un instante, antes de volver su atención a Julian.

"¿Y tu último deseo?" entonó la voz de Julián, con un ligero eco en las palabras que emanaban de la esfera.

"Deseo..." aquella voz odiosa hizo una pausa... ¿alargando el momento? "Deseo un collar de diamantes, uno muy elegante, con muchos diamantes. Y engastado en oro. Como el de uno de esos sitios caros a los que van las mujeres de la alta sociedad".

Alessandra no soportaba mirar, su rostro se volvió de nuevo hacia el hombro de Julian, pero sentía la tensión en él, su angustia al revivir aquellos momentos.

"Ahora, hoy". La voz del Djinn mayor se entrometió, fría e inexpresiva como el hielo.

Alessandra tampoco tenía necesidad de ver la repetición de aquella pequeña escena, pero levantó la cabeza para estudiar el rostro del hombre Djinn mientras observaba. ¿Quién era? Alguien importante, claramente. Incluso Jacinth, que parecía sentirse perfectamente cómoda en su compañía... cosa que Julian claramente no hacía... mantuvo al mínimo su exuberancia aparentemente natural, y se dirigió a él de forma amistosa pero respetuosa. Como se trataría a un tigre que viviera en la misma casa.

Hubo un breve brillo en los ojos del Djinn, casi humorístico, como si se estuviera riendo en silencio, aunque su atención permaneció fija en la escena que se desarrollaba en el orbe incandescente que sostenía Julian. Dios mío, ¿era capaz de leerle la mente?

La escena terminó con el hechizo de Julian que los ocultaba de la mujer, y la niebla volvió a la esfera, arremolinándose a su alrededor, y luego tanto la niebla como la esfera desaparecieron. Julian bajó las manos a los costados. El silencio llenó la habitación de la suite del hotel durante

un largo momento, como si nadie se atreviera a hablar, toda la atención puesta en el alto Djinn.

Finalmente, el Djinn se revolvió. "El comportamiento de esta mujer es inaceptable. Nos ocuparemos de ella". Hizo una reverencia formal a Julian. "No debes temer más ser abordado por esta criatura".

Los bonitos rasgos de Jacinth se dispusieron en un mohín. "No sabía que pudiéramos hacer eso... con el orbe".

Aquellos ojos glaciales parecieron calentarse fraccionadamente al posarse en el rostro picado de Jacinto. "No *podemos*", afirmó. "Yo sí puedo".

"¿No hay nada que puedas hacer? Quiero decir, ¿por Julian? soltó Alessandra.

La mirada del djinn pasó por delante de Julian y se posó en el rostro de Alessandra. Ella se irguió, devolviéndole la mirada, pero su mano se deslizó hacia la de Julian, sintiendo su seguridad al apretar sus dedos contra los suyos. Los ojos del Djinn se clavaron en ella, como si no sólo pudiera leer su mente, sino mirar directamente dentro de su alma. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y se obligó a respirar. Entonces, increíblemente, una comisura de sus labios se crispó en algo que casi podría ser una sonrisa, e inclinó la cabeza hacia ella en un gesto parecido al respeto.

"Se han combinado dos magias, la magia de los Djinn y la magia de los Magos", le dijo. "El resultado es algo que no es ni una cosa ni la otra; un híbrido, por así decirlo. Que sepamos, nunca había ocurrido nada parecido. Los Djinn no podemos hacer gran cosa, aparte de ofrecer orientación sobre las normas y los límites de nuestra propia especie".

Luego desapareció. En un momento estaba allí, en otro... no. Alessandra respiró hondo y se dio cuenta de que había olvidado volver a respirar. Las rodillas le temblaban, amenazaban con abandonarla, y se hundió en el sofá que tenía detrás.

Jacinth se rió suavemente. "Kieran tiene ese efecto en la gente".

Alessandra se inclinó hacia Julian cuando éste se sentó a su lado, pasándole un brazo por la cintura para acercarla.

"Me dio un susto de muerte".

Jacinth hizo un hoyuelo. "Todo el mundo tiene miedo de Kieran". Parecía muy alegre por ello, como si fuera un gran cumplido.

"No lo estabas".

Jacinth se puso cómoda, acurrucándose como un gato en un sillón cerca de la puerta del balcón. Se echó el largo pelo por encima de un hombro y, conjurando un cepillo de la nada, empezó a cepillar la pesada melena. "Por supuesto que no. Pero conozco a Kieran desde que era un bebé. Era uno de los pretendientes de mi madre".

"¡Espera!" Alessandra levantó una mano. "Vale... sólo una cosa cada vez, ¿de acuerdo? Estoy sobrecargada. ¿Quién es? Tú le llamas Kieran, pero Julian le llamaba de otra forma... cuando llegó".

"Es un príncipe de los Djinn", explicó Julián. "*Amri* significa mi príncipe, en árabe".

Jacinth asintió solemnemente. "Kieran es uno de los Djinn más antiguos y poderosos. Además, forma parte del consejo gobernante".

"¿Consejo?" repitió Alessandra débilmente. Miró a Julián en busca de confirmación. "¿Los djinns tienen un consejo? Espera, no contestes. Eso va a la lista de preguntas, junto con los perros y los pretendientes".

Jacinto hizo una pausa en su acicalamiento y levantó la vista con interés. "¿Perros?"

"Eso no importa por ahora. Pero sobre lo que pasó, con la... la *Sahiba*, ¿es ésa la palabra? El tal Kieran dijo que Julian no tendría que volver a preocuparse por ella".

"Debías de gustarle a Kieran", le dijo Jacinth, con aire ligeramente asombrado. Incluyó la cabeza hacia Alessandra, con los ojos ligeramente entrecerrados, como si la considerara con una nueva perspectiva. "Porque nunca explica nada, a nadie, jamás, y sin embargo a ti sí. Pero sobre la *Sahiba*, puedes estar segura de que ni tú ni Julian volveréis a verla".

Alessandra soltó un exasperado resoplido. "Pero... ¿pero qué pasará? Es tan frustrante no saberlo".

"Ah, eso". Jacinth levantó la mano, como disimulando su preocupación. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. "Pueden pasar muchas cosas".

"De verdad, de verdad que no quieres que un Djinn se enfade contigo", afirmó Julian, acariciando el pelo de Alessandra. "Y menos a un príncipe de los djinn".

Jacinto asintió solemnemente, sus ojos oscuros brillaban con aparente deleite.

Alessandra tragó saliva. "No... no le hará daño, ¿verdad? ¿O algo parecido?"

"Claro que no", se apresuró a tranquilizarla Jacinto. "Los djinn no pueden hacer daño a los humanos, independientemente de lo que éstos hayan hecho. Pero, por ejemplo, esa casa nueva que ha comprado podría resultar estar encantada".

Los labios de Julián se curvaron con satisfacción. "Agua caliente saliendo del grifo frío, o viceversa".

"Golpes misteriosos en los techos o en las ventanas por la noche", añadió Jacinto.

"Poltergeists". Julian asintió. "Detectores de humo que saltan en mitad de la noche".

Alessandra los miró fijamente y tragó saliva cuando le vino a la mente un pensamiento inoportuno. "¡Realmente existen los poltergeist! ¡No! Espera, no contestes. De verdad, de verdad que no quiero saberlo".

"Por otra parte", añadió Julian, "todos los perros del vecindario podrían empezar a hacer sus necesidades en su césped".

Jacinth se enderezó en su silla, con cara de satisfacción. "¡Tengo uno mejor que ése! Todas las gatas en celo de los alrededores vienen a aparearse a su patio por la noche".

La risa encantada de Julian llenó la habitación. "Ah, sí. Ésa me gusta".

"Otra cosa de la que puedes estar seguro es de que Kieran eliminará de su memoria todo conocimiento de Julian, de Djinn y de los deseos". Jacinth asintió, sus hoyuelos se desvanecieron en una mirada inusualmente severa que, de repente, la hizo parecer considerablemente mayor. "No podemos permitir que alguien tan inestable conserve recuerdos nuestros. En general no lo hacemos, pero a veces es necesario. Sólo los del Consejo tienen ese poder y se les llama cuando es necesario realizar esta tarea".

Mientras Alessandra observaba, fascinada, el cepillo de Jacinth desapareció y el mando a distancia de la televisión voló por la habitación hasta posarse en su mano. La expresión seria había desaparecido, sustituida por los encantadores hoyuelos y el entusiasmo de sus ojos brillantes.

"Vale, ya está solucionado. ¿Qué vamos a ver?"

Los brazos de Julian rodearon a Alessandra y la atrajo hacia sí, sus labios se encontraron un largo instante. Julian levantó la cabeza para mirar a Jacinth. "*Nosotros* -recalcó- no vamos a ver nada. Tú te vas a Qaf, o a tu botella, o a donde sea, mientras Alessandra y yo pasamos un rato a solas".

Los labios carnosos y suaves se volvieron hacia abajo en un mohín, y los patéticos ojos marrones podrían haber arrancado la compasión de un Scrooge. "Pero quería que viéramos películas juntos".

Alessandra reprimió una carcajada. "¿Por qué no vienes de visita a mi casa, cuando estemos

de vuelta en Nueva York? Podríamos pasar una noche de cine en condiciones, o salir a algún sitio alguna noche".

Jacynth se animó visiblemente y se levantó de la silla. "Ohhh, ¡una noche de cine! ¡Eso me gusta! Sí, ¡hagámoslo! Estaré en contacto".

Se inclinó hacia Alessandra, bajando la voz hasta convertirla en un susurro conspirativo, a pesar de que era imposible que Julian no la oyera. "Y asegúrate de traer también a tu perrito".

Con un saludo alegre y un guiño ligeramente sugerente a Alessandra, se esfumó.

Alessandra no pudo evitarlo. Intentó contener la risa, pero se desplomó sobre los cojines del sofá, riendo hasta llorar, con los brazos enroscados en la cintura para sostener sus doloridos costados.

"¡Caramba!" Se enjugó las lágrimas. "¡Es preciosa!"

Julian sonrió con simpatía, sacó un pañuelo y le secó las mejillas. "Es otra cosa, de acuerdo".

Se movió de repente, empujándolo hacia atrás para que se tumbara boca abajo en el sofá, y lo siguió hasta tumbarse encima de su forma larga y delgada. Nariz con nariz, le dirigió su mejor mirada de maestra.

"Vale. Ahora vas a explicar lo del perro".

Una ceja móvil voló hacia arriba, y los ojos de Julián bailaron. "¿Ahora? Le pasó ligeramente la punta de un dedo por el labio inferior, trazando su plenitud. "¿Quieres decir ahora mismo?"

Su mano se deslizó hasta acariciarle la nuca, atrayéndole la cabeza hacia abajo hasta que su aliento le susurró en los labios. "¿Estás segura?"

Mirándole fijamente a los ojos, tan azules que casi podía caer en ellos, la invadió una espiral de deseo. Temblorosa, apenas podía respirar, esperando el contacto de sus labios con ella. "¿Qué?"

Entonces la estaba besando, y todo pensamiento se esfumó. Sus dedos se hundieron en su pelo, deslizándose entre las gruesas hebras. Su boca era de terciopelo cálido y su lengua le recorría los labios, provocándole escalofríos de placer. De algún modo, estaba boca arriba, con el peso de él presionándola contra los firmes cojines de cuero del sofá. Su respiración se aceleró y sintió una extraña agitación en el centro de su ser, un anhelo doloroso. Nunca antes se había sentido así, nunca había sabido que pudiera ser así, necesitar a alguien, anhelar fundir todo lo que ella era en todo lo que él era, perderse en él, sumergirse tan completamente que le resultara imposible distinguir dónde acababa ella y empezaba él. Podía sentir el estruendo de su corazón, tan frenético como el suyo, y también podía sentir la pesadez de su excitación contra su muslo.

"No sabía que pudiera ser así -susurró ella contra sus labios. Le llevó una mano a la cara, apartándole un mechón de pelo de ébano que había caído hacia delante. Sus ojos, oscurecidos a un azul medianoche, contenían tanta ternura, tanto amor, que la dejaron sin aliento. "Nunca quise amar a nadie. Necesitar a nadie como te necesito a ti. Y ahora, no hay nada que desee más. "

Su mano atrapó la de ella, se la llevó a la boca, y un suave gemido se formó en su garganta cuando él depositó un cálido y persistente beso en su palma. "*Coure mio*, corazón mío". Su voz era profunda, ronca. "Alessandra. Eres todo lo que quería, todo lo que esperaba".

"Entonces ámame, Julian", susurró ella.

"Alessandra", gimió, enterrando la cabeza contra su hombro. "No podemos".

Poniéndole las manos bajo la barbilla, le levantó la cara, acariciándole las líneas de dolor.

"Sí, podemos".

"¿No lo entiendes? El dolor parpadeó en sus ojos, añiles y oscuros. "No tengo nada que ofrecerte. Nada. Dios sabe que daría mi alma por pasar mi vida contigo, pero no está en mi mano. No tenemos futuro, Alessandra".

Apenas podía soportar la idea de que un día él desapareciera y ella no volviera a verlo.

"No", convino ella. "No tenemos futuro, pero sí tenemos ahora, Julian. Aprovechémoslo, para que nunca miremos atrás con pesar por lo que podríamos haber tenido aunque sólo fuera un ratito".

Un recuerdo la invadió y sonrió al recordarlo. "Permíteme que comparta algo contigo. Solía haber una columnista avanzada, Ann Landers. Fue antes de mi época, pero Elspeth siempre citaba cosas que había dicho. Y una vez me habló de una mujer que había escrito a Ann Landers. La mujer tenía cuarenta y cinco años, y sus hijos habían crecido y se habían ido, y ahora quería volver a la universidad, obtener su título. Pero, decía, ¿qué sentido tenía? Tendría cincuenta años cuando la obtuviera. Y Ann le contestó algo así como: "Dentro de cinco años tendrás cincuenta años. Puedes tener cincuenta con un título universitario o sin él".

Al ver que la sonrisa empezaba a dibujarse de nuevo en sus ojos, ella curvó los suyos y lo besó, posando suavemente sus labios.

"Ambos hemos aceptado que debes marcharte. Tú me quieres a mí y yo te quiero a ti, así que disfrutemos del tiempo que tenemos, llenemos nuestro tiempo de recuerdos suficientes incluso para toda la vida". Se detuvo un momento, con la mirada clavada en la de él, interrogante. "Si estuviéramos aquí, ahora, y tú fueras un hombre corriente... Sin Djinn, sin hechizos... ¿dudarías?".

Julian gimió, se le cerraron los ojos y dejó caer la frente para apoyarla en la de ella. "Dios. ¿Tienes que preguntar? Ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación, y mi anillo ya estaría en tu dedo".

Ella le pinchó. "Eso suponiendo que lo aceptara".

La tensión abandonó sus hombros al reírse, y los fuertes brazos que la rodeaban se tensaron, atrayéndola más cerca.

"Alessandra *mia*".

"Me encanta cómo dices mi nombre", susurró. "Siempre lo he odiado... Alessandra... suena exótico, exagerado. Cuando lo dices, me hace pensar en seda y satén".

Julián le tocó la cara con dedos suaves. "Eres seda y satén".

Sus labios se encontraron, perfilados el uno hacia el otro. Su boca era firme, su aliento picante. El calor la recorrió, un calor que se extendía por sus venas, y se acercó más. La lengua de Julian estaba en sus labios, exigiendo entrar, y ella se abrió a él. Entonces no había nada más que Julian, amándola, y ella le devolvió el amor.



ALESSANDRA NO PODÍA pensar cuánto tiempo estuvieron tumbados, con los brazos y las piernas enredados, el cuerpo de Julián tendido sin fuerzas sobre el suyo.

Por fin Julian se revolvió, deslizándose hasta el colchón junto a ella. La atrajo hacia sí, acunando su cabeza contra un hombro ancho. Entonces, aparentemente por sí sola, la sábana se levantó para cubrirlos. Unas velas brotaron por la habitación, iluminándola con su tenue resplandor.

"Nunca", susurró Julián, apartándole el largo pelo de la cara. "Ni en seiscientos años había sido así. Nunca he estado más contento. Sólo contigo, mi Alessandra".

Abrió los ojos y lo miró, su amado rostro a la luz titilante de las velas.

"No sabía que pudiera ser así".

"Yo tampoco".

Recorrió con la mirada la habitación que le resultaba familiar, su preciosa cama anticuada, la cómoda curvada con su espejo, la mesilla de noche.

"Um, ¿Julian?"

Se llevó los dedos a la boca y mordisqueó ligeramente las puntas. "¿Hmm?"

"Estamos en mi habitación".

Sus labios se crisparon. "Lo somos", respondió solemnemente.

"Como no recuerdo un viaje de vuelta desde Washington... y estoy seguro de que recordaría un viaje de cinco horas... sólo se me ocurre otra forma de haber llegado hasta aquí".

Entonces soltó una risita y la estrechó contra él, aspirando el dulce aroma de su pelo. "No deseaba que nuestra primera vez juntos fuera en una habitación de hotel, por cara y lujosa que fuera.

"¡Tu coche está en Washington!"

"Jackson puede conducirlo de vuelta".

Satisfecha, se acurrucó contra él y sus brazos se estrecharon, atrayéndola contra él.

"Te quiero". La agonía de su voz era casi insoportable. "Te amo tanto, mi Alessandra. ¿Cómo voy a soportar dejarte?"

Ella tampoco creía que pudiera soportarlo. Deslizó los brazos por su larga y delgada espalda, tranquilizándola. Acarició el largo cabello de ébano que le caía por el cuello, pegado a los hombros, mezclándose con sus mechones rubios.

"Shhh. No te rindas, Julian. Encontraremos la manera".

"No lo hagas". El marcado dolor oscureció sus ojos hasta volverlos añiles. "No tengas esperanzas, Alessandra. No quiero hacerte más daño del necesario, y si empiezas a tener esperanzas, será mil veces peor cuando tenga que irme".

"He estado intentando pensar en formas de ayudarte", confesó ella. Se mordió el labio inferior, preguntándose si él pensaría que era tonta. "No sé cómo funciona la magia, pero... ¿podría desear que te quedaras aquí, conmigo?"

Se le escapó un sonido... no estaba segura de si era un gemido o una risa.

"*Mia* Alessandra". Le besó la comisura de los labios. Levantó la cabeza, la miró y una leve sonrisa se dibujó en la comisura de su hermosa boca. "Eres maravillosa. Pero no... eso iría contra las reglas de la magia".

Le encantaba poder hacerle sonreír, desterrar la oscuridad de su alma, el dolor de sus ojos, aunque fuera brevemente.

"Entonces supongo que mi otra idea tampoco funcionaría..."

La miró inquisitivamente.

"Bueno...", le pasó los dedos por el pecho, explorando las hondonadas y crestas que encontraba, deleitándose con el tacto satinado de su piel de bronce. "Pensé: ¿y si... y si no pidiera mis otros deseos, Julian?"

Para su sorpresa, frunció los labios y miró al otro lado de la habitación con aire distante mientras pensaba en lo que ella le había sugerido.

"Lo había pensado", admitió lentamente. "Pero... las reglas no se establecen con tantas palabras, Alessandra. Ni siquiera los djinn saben exactamente cómo funciona la magia que me une a ellos. Muchas veces aprendí lo que podía y no podía hacer equivocándome y soportando el castigo. Tuve que aprender a considerar lo que estaba en el *espíritu* del hechizo, la magia que me ata, en lugar de tener reglas duras y rápidas por las que regirme".

La ansiosa esperanza que había saltado ante sus primeras palabras, murió de muerte agónica.

"No pedir los otros deseos definitivamente no estaría dentro del espíritu del hechizo". Ni

siquiera lo convirtió en una pregunta, la respuesta estaba allí, en el fondo de aquellos profundos ojos azules.

"No, mi Alessandra. Quizá podríamos salirnos con la nuestra durante un tiempo... semanas, unos meses. Pero al final, de algún modo, la magia intervendría".

Me vino a la mente algo que había dicho antes.

"¿Serías... castigada?"

Julian tiró de ella hacia sí, estrechándola. Su aliento le agitó el pelo.

"Eso no me importa", dijo. "Aceptaría cualquier castigo por estar contigo sólo un día más... una hora más".

"He esperado toda mi vida para encontrarte", susurró, con la voz quebrada. "No quiero perderte ahora".

"Y he esperado siglos por ti. Pero que sepas esto, Alessandra. Te amaré siempre. Esté donde esté, esté *cuando* esté, estarás en mi corazón, en mi alma. Siempre te recordaré... siempre te amaré. Siempre".

CAPÍTULO 22



SONÓ EL TIMBRE. Alessandra miró el reloj de la cocina. Sólo eran las ocho de la mañana, ¡por el amor de Dios! ¿Quién demonios podía ser? Dejó la botella de zumo de naranja que acababa de abrir y se apresuró a ponerse un largo albornoz de rizo en el dormitorio. Tras echar un breve vistazo por la mirilla que Julian había insistido en instalar junto con los cerrojos, abrió la puerta y se quedó mirando asombrada a su visitante.

Jacinth estaba en el umbral de la puerta, mirándola esperanzada. Iba vestida de forma poco informal, con unos vaqueros rotos, unas zapatillas de tenis sueltas y mugrientas y una camiseta azul desteñida de aspecto igualmente andrajoso, que le llegaba por encima del ombligo y por debajo de sus curvilíneos pechos. Alessandra comprobó con interés que en el ombligo llevaba un piercing, y que la vibrante gema que allí brillaba era probablemente un rubí auténtico. Llevaba el pelo largo y negro recogido en gruesas trenzas a ambos lados de la cara. Alessandra ahogó una risita al verla.

A su lado, Julian gimió. "¡Jacinth! ¿Por qué vas vestida así? No me lo puedo creer".

En su rostro acorazonado se frunció el ceño y sus grandes ojos marrones brillaron de indignación.

"No te gustó mi traje de genio", señaló algo enfurruñada.

"Hay una enorme zona gris entre lo fantástico y lo indigente", observó Julian.

Alessandra se estremeció de diversión y luchó por controlar la voz el tiempo suficiente para invitar a Jacinto a entrar.

"¿Qué te trae por aquí tan temprano?"

"¡Oh, no es pronto!" El Djinn sonrió alegremente a Alessandra. "Es media tarde en Qaf, y todo el mundo está durmiendo la siesta para escapar del calor. Así que he pensado en venir a verte y conocer tu casa. ¿Me la enseñas?"

Parecía una niña de cinco años suplicando que la entretuvieran, y Alessandra intercambió una mirada con Julian. Él también parecía luchar por ocultar su diversión mientras se apartaban para dejar entrar al Djinn.

Julián miró a su mentor con divertido cinismo. "No mientas, Jacinth. Has venido aquí para que te entretengan".

Le hizo un hoyuelo a Alessandra. "Pues sí, la verdad. Parecías alguien que sabía divertirse. Pensé que no te importaría".

Alessandra sonrió. "Por supuesto que no. Eres bienvenida cuando quieras".

"¡Oh, esto es precioso!" exclamó Jacinth, de pie en medio del suelo de madera pulida y

mirando a su alrededor con gran interés. "Es tan cómodo, Alessandra".

Deambuló de un lado a otro, hurgando en el respaldo del sillón, dejándose caer en el sofá para juzgar el tacto "mullido", como ella lo describía. Examinó los cuadros de la pared, acarició las hojas de las plantas colgantes con un toque cuidadoso de sus delgados dedos. En el dormitorio, rebotó en la cama, exclamando alegremente mientras los pliegues ondulantes del edredón de plumas se hinchaban a su alrededor.

"¡Esto es suave!"

Saltó de la cama y se dirigió a la cocina, mirando la luminosa habitación con aprobación.

"Bonito", comentó. "No he visto muchas casas americanas. Mi último *Sahib* tenía un piso en Londres".

Abrió y cerró el grifo del agua, echó un vistazo al frigorífico, luego se acercó de nuevo al fregadero y se agachó. "¿Esto es un lavavajillas? He oído hablar de ellos. Enséñame cómo funciona", exigió.

Alessandra la obedeció, mientras Jacinto la observaba, frunciendo el ceño concentrado.

"Me gusta más a mi manera", concluyó.

Julian, que les había seguido durante el recorrido por la casita, levantó los ojos hacia el cielo. "Claro que sí. Sólo tienes que dejarlos limpios".

Se encogió de hombros. "¿Qué puede no gustarte?", preguntó razonablemente. Tenía razón, decidió Alessandra.

Todos volvieron a instalarse en el salón. Julián y Alessandra se sentaron en el sofá y Jacinto sacó de la nada un gran cojín satinado para el suelo, luego invocó tazas de espeso café arábigo para todos. Alessandra se sintió orgullosa de sí misma por haber pensado en ello como una invocación. Se estaba acostumbrando bastante a esto de la magia, decidió.

Jacinto los miró con esperanza. "¿Qué tenéis planeado para hoy?"

Alessandra miró a Julian, sintiendo que se le calentaban las mejillas. Esperaba pasar el día entreteniendo a un genio de un tipo muy distinto. Por el brillo perverso de los ojos de Julian, estaba segura de que él había pensado lo mismo.

Volvió a mirar a Jacinth, que le devolvió la mirada inocentemente, sin parecer haberse dado cuenta en absoluto del rubor de Alessandra. ¿Lo decía en serio? Luchó contra el impulso de preguntar a la Djinn de novecientos años si sabía de dónde venían los bebés, junto con el impulso de reírse.

"Es mi día libre", le dijo al genio sentada con las piernas cruzadas en el suelo. "Normalmente trabajo en el jardín a estas horas de la mañana, antes de que haga demasiado calor. En realidad, no habíamos planeado hacer nada después, salvo... pasar el rato en casa".

Jacinth parecía inquieta, incapaz de permanecer sentada mucho tiempo. Dio la vuelta a las distintas secciones del New York Times que había sobre la mesita. En el reverso de una sección, un anuncio en color de una venta de zapatos captó fugazmente su atención.

"¡Ya lo sé!" Se animó. "¡Vamos de compras!"

Okie doke. Ir de compras con un genio que podía tener cualquier cosa que deseara con sólo mover los dedos. Lanzó una mirada a Julian para ver si le parecía tan incongruente como a ella, y él se limitó a sonreír, encogiéndose de hombros, mientras miraba a Jacinth con cariñosa tolerancia.

Recogió el periódico y miró los zapatos que habían llamado su atención.

"¡Jacinth! Estos tacones miden diez centímetros".

Sonrió. "Sí, estos me harán alta. Siempre he querido ser alta".

"Sólo son las ocho", señaló Alessandra. "La mayoría de las tiendas no abrirán hasta las

nueve, o incluso las diez". Le costó no reírse al ver los rasgos cabizbajos de Jacinth.

"Estaba a punto de preparar el desayuno, y Julian y yo íbamos a hablar un poco". Miró por encima del hombro a Julian, que tenía el ceño fruncido en una expresión de "¿en serio?" "Quizá quieras opinar".

Al volver a la cocina, fue consciente de lo absurdo que resultaba que la siguieran dos... genios. Un genio de seiscientos años y otro de novecientos estaban en su cocina, siguiéndola como un par de cachorros curiosos. Genios. Esto era... imposible. ¿Podría tratarse de una alucinación masiva? ¿Y si estaba experimentando algún tipo de brote psicótico o algo así?

Hizo un gesto con la mano hacia la mesa de la cocina para que tomaran asiento, y luego se quedó mirándolos. Ellos le devolvieron la mirada.

"Lo siento, estoy teniendo un momento en el que me cuestiono mi cordura", confesó Alessandra. "¿Podrías hacer algo... ya sabes.... para que sepa que no estoy perdiendo la cabeza de verdad?".

Se puso la punta de un dedo en la nariz mientras hablaba, y la movió como si se contoneara. Jacinto se iluminó como Rockefeller Square en Navidad.

"No hay problema", chistó tranquilizadora. "Nos pasa a menudo. Cierra los ojos, Alessandra".

Una mirada a Julian le mostró poniendo los ojos en blanco. "Recuerda que tú te lo has buscado", refunfuñó.

"Cierra los ojos", le dijo Jacinto. Alessandra entrecerró los ojos ante el Djinn, profundamente desconfiada por el brillo excitado de aquellos grandes ojos color chocolate.

"¿Me voy a arrepentir?"

"Gallina". Los ojos de Jacinto brillaron desafiantes. "¡Te desafío!"

Murmurando "Por favor, que no sea un gorila de seiscientos kilos", cerró los ojos con fuerza. Silencio sepulcral.

A la risita de Jacinth le siguió el repentino estruendo del equipo de música del salón, y Alessandra dio un respingo, abriendo los ojos cuando las vigas de la casa parecieron temblar al son de "Barbie Girl" de Aqua. Sintió que se le desencajaba la mandíbula al ver un mar de color rosa a su alrededor. Su cocina era rosa. Muy, muy rosa. Los armarios eran de un rosa suave, pero los electrodomésticos... Alessandra cerró los ojos con un escalofrío ante el rosa chicle del frigorífico y el horno. Al menos el lavavajillas era blanco con ribetes rosas, y el suelo de baldosas era blanco con diminutos capullos de rosa esparcidos. Sus ojos se desviaron hacia la encimera de la cocina. Había una cafetera rosa chicle y una tetera escarlata brillante. Incluso las priscillas blancas de sus ventanas lucían ahora flamantes hibiscos rosa oscuro.

Su mirada atónita se dirigió a Julian, que estaba... riendo. Su Julian atormentado, melancólico y siempre bajo control estaba desplomado en su silla, rugiendo de risa.

En el salón vio que la luz inundaba la habitación. Con cautela, se asomó a la puerta para ver la televisión encendida... e instintivamente retrocedió cuando sus ojos fueron asaltados por el vídeo musical de temática rosa, que se hacía eco de la canción que salía de los altavoces de su equipo de música. Volvió a la cocina, donde Jacinth y Julian la observaban con las mismas sonrisas. Se dejó caer en una silla, con las rodillas un poco acuosas.

"No es un brote psicótico, ¿verdad?"

Jacinth se inclinó hacia delante para colocar una mano sobre la suya en la mesa, con voz cálida y tranquilizadora. "Es real, Alessandra. Y de verdad, sabes, es mucho más normal que te preguntes si somos reales, que si nos aceptases sin pestañear".

Alessandra frunció los labios al pensar en ello. "Sería un poco extraño", admitió.

Afortunadamente, la canción que emanaba de su equipo estéreo, poseído por Djinn, llegó a su fin, y dio la bienvenida a las relajantes y melódicas voces de Il Divo. Por alguna razón, el rico barítono masculino le trajo deliciosos recuerdos de la noche anterior. Sintió que le subía el color a las mejillas, y un cosquilleo de conciencia la recorrió cuando su mirada se cruzó con la de Julian y vio la misma conciencia en sus ojos. Se levantó rápidamente, consciente de su visitante, y se volvió hacia la nevera. La nevera rosa. Se mordió el labio mientras abría la puerta, sacando leche y huevos.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Jacinth, mientras Julian preguntaba: "¿Puedo ayudar en algo?" al mismo tiempo, haciendo reír a Alessandra.

"Torrijas", le dijo a Jacinto, y luego señaló con un dedo a Julián. "Y tú te vas a quedar ahí explicándome lo del perro".

Jacinth aguzó las orejas, al menos metafóricamente. Su pelo era tan espeso que Alessandra no podía decir si eran puntiagudas como lo habían sido las del hombre Djinn. Kieran, ése era su nombre. "¿Qué perro?" Miró a su alrededor, hacia la puerta trasera, con sus rasgos picantes encendidos por la curiosidad. "No sabía que tuvieras un perro, Alessandra".

"Eso es lo que me gustaría saber", murmuró Alessandra, empujando la puerta de la nevera para cerrarla. "Y no lo sé".

Se detuvo, pues le llamó la atención el tirador de la puerta, de un blanco nacarado y reluciente que contrastaba con el rosa brillante de la puerta del frigorífico, con una depresión decorativa incrustada de piedras brillantes. No... de ninguna manera. Se inclinó hasta que su nariz casi las tocó. Piedras centelleantes que brillaban con un fuego interior. De ninguna manera. Dejó la comida sobre la encimera y miró fijamente a sus visitantes.

"Vosotros dos quedaos ahí".

Atravesó la casa y se dirigió a su habitación libre, que había convertido en su cuarto de manualidades. Rebuscando entre sus materiales para vidrieras, sacó un trocito de cristal transparente y lo llevó a la cocina. Bajo la mirada interesada de los Djinn, pasó el cristal por las piedras incrustadas en el hueco del asa del frigorífico. Miró el cristal. No tenía ni un rasguño.

Sacudiendo la cabeza, se enderezó y se volvió para mirar a Jacinto. "Te juro que son los diamantes falsos más realistas que he visto nunca. No es que sea una experta, pero nunca había visto nada de lo que estuviera tan segura de que era un diamante de verdad".

"No sirve de nada tener magia si no puedes hacer que un diamante falso parezca de verdad", observó Jacinth, aparentemente satisfecha de sí misma. Se animó de repente. "Pero si quieres diamantes de verdad, ¡también puedo hacerlos!

"¡No!" Los ojos de Alessandra se abrieron alarmados. "No, no... Estoy bien. De hecho, si no te importa, ya que voy a cocinar, quizá deberías... ¿poner mi cocina en su sitio?".

Jacinth hizo un mohín, pero sus ojos bailaron con humor mientras movía la punta de la nariz. Alessandra estuvo a punto de sobresaltarse cuando un tintineo... como en el programa... resonó en la cocina y, de repente, todo volvió a la normalidad.

"¡Jacinth!" gimió Julian, sacudiendo la cabeza.

Riéndose, Alessandra sacó un gran cuenco y empezó a romper huevos en él.

"Puedes empezar a explicarte cuando quieras", le dijo a Julián.

Volvió a acomodarse en su silla, y ante él y Jacinth aparecieron tazas humeantes. El aroma del café llenó la habitación. Levantó una ceja y la miró inquisitivamente. Qué demonios, ¿por qué no? Ella asintió, y apareció otra taza en la encimera, junto a su bol para mezclar. Parecía... normal. Dio un sorbo con cautela. Buen café americano, no árabe ni turco ni nada parecido.

"La magia Djinn me permite cierto acceso a la magia, más allá de los deseos", empezó Julian,

mirando a Jacinth, que asintió con la cabeza. "Es decir, no me limito estrictamente al cumplimiento de deseos. Puedo utilizar la magia en incrementos más pequeños, como conjurar comida y bebida, etc. Sin embargo, como eres mi *Sahiba*, la dueña de mi recipiente, puedo invocar una magia mucho más fuerte cuando se trata de la protección de tu hogar y de tu ser... hasta cierto punto".

"Por ejemplo", añadió Jacinto, "si te secuestraran y te arrojaran por un acantilado como en aquella película, Julián podría rescatarte sin que tuvieras que desear que te rescataran".

Alessandra se detuvo en el acto de batir los huevos y la leche con un batidor, arrugando el ceño mientras reflexionaba. Al cabo de un minuto, asintió con la cabeza.

"Vale, creo que ya me hago una idea. Si mi casa se estuviera quemando, podrías rescatarme desde dentro, pero tendría que pedirte un deseo para que apagaras el fuego y salvaras mi casa, o la restauraras...".

Julian sonrió. "Sí, precisamente. Así que cuando vi a Robert fuera, y por supuesto lo reconocí, me enfrenté a un dilema. Podría haberte puesto en una situación incómoda con tu familia si me enfrentaba a él, sin estar tú aquí. Así que decidí que darle un susto era una idea mucho mejor y, además, garantizaría que no volviera a intentarlo en otra ocasión."

Alessandra sonrió, complacida ante la idea de que Robert se encontrara cara a cara con un perro. "Así que has conjurado a un perro. Es fabuloso".

Jacinth soltó una risita y Julian se aclaró la garganta. "Eh... no del todo. En cierto modo... me convertí en el perro".

El batidor cayó de la mano de Alessandra, que lo miró boquiabierta. "¿Qué has hecho qué?"

Buscó a tientas el mostrador, porque creía que las rodillas le iban a fallar. Una silla apareció pensativa a su lado y se hundió en ella. "¿Qué?", repitió, aturdida.

La rica risita de Julian fue como el chocolate más rico acariciando sus nervios extenuados. "Respira", le aconsejó. "Verás, una vez vi una película sobre un perro enorme que se volvió rabioso...".

"Eso fue conmigo", añadió Jacinto. "¿Te acuerdas? Tuvimos la noche de las películas de terror hace unos años".

"¿Cómo podría olvidarlo? De todos modos, siempre me han gustado los gran daneses, así que...".

Los gran daneses eran perros *grandes*. A Alessandra le encantó que Robert se encontrara cara a cara con uno. "Dime que era... que estabas... loco". Ella sonrió apreciativamente. "Por favor. Venga, alégrame el día".

"Era negro sólido y echaba espuma por la boca al chocar contra la puerta de la cocina que la separaba de tu cuñado", le dijo Julian, disfrutando claramente de su reacción. "Había conseguido abrir la cerradura, acababa de girar el picaporte y estaba a punto de entrar".

Alessandra se permitió el lujo de imaginarse la escena, sintiendo una gran satisfacción al visualizar aquel culo pomposo corrido por un enorme gran danés que echaba espuma por la boca.

"Me gusta". Le miró esperanzada. "Entonces, ¿voy a ver?"

Jacinth soltó una carcajada y Julian se rió, pero negó con la cabeza. "La magia Djinn puedo invocarla para proteger tu hogar en caso de necesidad. No está en mi capacidad cambiar sin eso. Soy un mago, no un cambiaformas".

Alessandra se había levantado de la silla para volver a cocinar, pero al oír aquello se dejó caer hacia atrás, atónita. Lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

"Sh... ¿Muta?"

Una ceja negra se alzó. "Tienes un mago maldito y un auténtico Djinn en tu cocina. ¿Por qué

iba a ser más difícil creer que hay cambiaformas?".

"¿Hombres lobo? Su voz salió en un chirrido.

La risita de Julian no fue tranquilizadora. Jacinth lo miró con el ceño fruncido y se adelantó para estrechar la mano de Alessandra.

"No. Bueno, sí, los hay, pero son muy raros, los hombres lobo. No se les permite desbocarse, morder a la gente y causar estragos. Son totalmente distintos de los cambiaformas, que tienen doble naturaleza y pueden cambiar de forma a voluntad".

Alessandra tragó saliva. "Doble naturaleza", repitió entumecida.

Jacinth asintió, con sus rizos negros rebotando contra sus hombros, aparentemente sublimemente inconsciente de que aquél era un mundo completamente nuevo para Alessandra... uno que no estaba segura de querer conocer. Acababa de acostumbrarse a la idea de los genios y los magos.

"Los hombres lobo no son naturales". Se lanzó a explicarlo con toda la apariencia de impaciencia. "Son creados por la mordedura. Pero los cambiaformas tienen realmente dos naturalezas, la humana y la de su animal básico... lobo, halcón, lo que sea".

"Lobo o halcón", repitió Alessandra. Miró a Julián, que la observaba con unos ojos azules y firmes que ahora brillaban como zafiros, con simpatía mezclada con diversión.

"No te preocupes", la tranquilizó. "No es probable que conozcas a ninguno... o que sepas lo que son, si es que los conoces. Los metamorfos son muy reservados. Nacen en sus familias y permanecen juntos. Al igual que ocurre con los Djinn, su existencia en el mundo debe mantenerse en secreto... más aún, de hecho, ya que viven aquí entre humanos".

Vale, eso tenía sentido. Se levantó de la silla, con las rodillas todavía un poco temblorosas. "Voy a terminar de preparar el desayuno e intentaré fingir que esta conversación no ha tenido lugar", dijo a sus invitados. Sus invitados, el mago maldito y el auténtico djinn. A la derecha.

Añadió una pequeña cantidad de nuez moscada y canela a la mezcla de huevo que había empezado antes, abrió una bolsa de pan y empezó a mojarla en la mezcla de huevo. Al poco rato, el dulce aroma de las torrijas llenó la cocina mientras la sartén chisporroteaba y salpicaba. Entre vuelta y vuelta del pan en la sartén, Alessandra puso jarabe y azúcar en polvo sobre la mesa, y Julian se levantó y cogió platos y servilletas de la alacena. Se detuvo cerca de ella, rodeándole la cintura con un brazo. Con la espátula en el aire, giró la cabeza para sonreírle, sin poder evitar darle un besito en la mandíbula.

"Mañana desayunaremos en la cama", murmuró, con su aliento como una caricia en la oreja. "Con fresas frescas de tu jardín. Y, tal vez, champán".

Su cuerpo se deritió al instante, el calor la recorrió y creyó que las piernas se le iban a hacer agua cuando la visión pasó ante sus ojos, de sábanas revueltas y Julian moviéndose por encima de ella, con su piel bronceada brillando a la luz vacilante de la vela. Cerró los ojos un largo instante hasta que un chisporroteo procedente de la sartén la recordó.

"¡Para ya!", le dijo ella con firmeza, empujándole y dándole la vuelta a la torrija, que afortunadamente no se había quemado.

Sus ojos bailaban con luces traviesas. "¿Parar qué?"

Ella lo empujó hacia la mesa, y él fue, riendo, a sentarse frente a Jacinth, que los observaba con gran interés. Alessandra añadió los últimos trozos de torrijas a la pila de la bandeja y los acercó a la mesa.

Le sorprendió la rapidez con la que desapareció la pila de tostadas. ¿Es que nadie daba de comer a los Djinn? Jacinth cogió el último trozo prácticamente de debajo de los dedos de Julian, sonriendo ante su disgusto. Alessandra se rió y miró el reloj.

"Será mejor que me vista".

Jacinto agitó una mano en un gesto aéreo. "Id vosotros. Nosotros haremos la limpieza".

"Querrás decir que lo harás", intervino Julián.

Asintiendo enérgicamente con la cabeza mientras masticaba, Jacinth tragó el último bocado y le guiñó un ojo a Alessandra, con sus ojos de chocolate brillando alegremente. "No te preocupes. Tendremos la cocina limpia en un santiamén".

Alessandra rió, poniéndose en pie. "De un tirón. Vale, ahora vuelvo".

Cinco minutos más tarde, vestida con una cómoda falda de escoba que le llegaba hasta las pantorrillas y una ligera blusa de algodón sin mangas, con los pies metidos en unas sandalias, se reunió con el Djinn en su cocina. Con una sonrisa, observó que estaba absolutamente impecable. Cogió su bolso de la encimera.

"¡Vale! Vámonos!"

Fuera, Jacinth se resistió a la idea de coger el Mustang descapotable de Julian.

"Quiero ir en ese", insistió, señalando el pequeño y brillante VW bug. "Nunca he montado en uno de esos. ¿Es divertido?"

"Sólo si te gustan las atracciones E de Disneylandia", murmuró Julian.

"¡Oh!" Le miró solemnemente, con decepción en sus grandes ojos. Su voz destilaba tristeza. "Nunca he estado en Disneylandia. Tengo tantas ganas".

"Hoy no", le dijo Julian con firmeza, empujándola al asiento trasero del pequeño Volkswagen. "Vamos a comprar zapatos, ¿recuerdas?"

Alessandra se rió, rezando para que sus instintos, que le advertían de la probable capacidad de Jacinto para ir de compras, estuvieran equivocados. De lo contrario, nunca iban a poder meterlo todo en el limitadísimo espacio disponible en su pequeño coche.

"¿Por qué tengo que sentarme en el asiento de atrás?". Jacinth hizo un puchero muy parecido al de un niño pequeño.

"Porque Julian tiene las piernas largas y no cabe", le dijo Alessandra, reprimiendo la burbuja de risa que parecía tener siempre dentro cuando Jacinth estaba cerca. Se deslizó en el asiento del conductor, guardando el bolso en el suelo bajo las rodillas, metió la llave en el contacto y lo giró. Patsy emitió una especie de quejido, pero no arrancó. Sonrió rápidamente a sus pasajeros.

"No te preocupes, sólo tiene que entrar en calor. Necesita un nuevo arranque".

"Necesita un motor nuevo", corrigió Julián con cierta severidad.

Alessandra lo ignoró, volvió a girar la llave y dirigió una mirada triunfante a Julián cuando el motor empezó a resollar. "¿Lo ves?"

Se cruzó de brazos y la miró con una severidad que, de algún modo, la hizo estremecerse hasta los dedos de los pies al imaginarse besando aquella mirada. "Algún día estarás a kilómetros de casa y no arrancará. Entonces, ¿qué harás?"

Sonriendo, Alessandra levantó el teléfono. "Llama a Triple A, por supuesto".

"¿Por qué no deseas un coche nuevo?" preguntó Jacinth desde el asiento trasero.

A punto de poner a Patsy marcha atrás para salir de la entrada de su casa, Alessandra miró a Jacinth por el retrovisor, horrorizada. "¿Sustituir a Patsy? ¡Jamás podría! Ella... ¡tiene carácter!"

Acarició el salpicadero descolorido. "No te preocupes, Patsy. No dejaré que esos Djinn te cambien por un modelo nuevo".

Las dos cejas de Julián se alzaron. "¿Hablas con tu coche?"

Riéndose, Alessandra salió marcha atrás de la calzada. "Supongo que si le hablo amablemente, quizá no me deje tirada en el arcén. Sólo por precaución, ¿sabes?"

Cambiaron a primera y se pusieron en marcha.



TRES HORAS DESPUÉS volvieron a entrar en el garaje. El maletero y todo el asiento trasero estaban llenos de bolsas, cajas de zapatos y otros objetos diversos. La propia Jacinth estaba bien protegida contra cualquier posible accidente, salvo un holocausto nuclear, gracias a todas las bolsas que tenía amontonadas en el regazo.

Alessandra estaba agotada. Ir de compras con Jacinth era una experiencia que nunca debía perderse... ¡y, esperemos, que nunca se repita!

Una vez dentro de la casa, Jacinth se dirigió hacia el sofá, dejando un rastro de cajas y bolsas por el suelo. Se tumbó, suspiró aliviada y se abanicó. Alessandra se dio cuenta de que, a pesar de su displicencia, la postura de la djinn era innatamente elegante. No había un solo hueso torpe en el menudo cuerpo de Jacinth.

"¡Qué calor!" se quejó Jacinth, restregándose la sien donde se habían formado gotas de sudor. "En Qaf no hay tanta humedad".

"¡Jacinth!" regañó Julian, entrando en la casa con los brazos cargados, apartando bolsas con los pies mientras intentaba no tropezar. "¡Mira qué desorden!"

Con un gesto despreocupado de la mano de la mujer Djinn, los paquetes desaparecieron, sólo para reaparecer en un rincón del salón, pulcramente apilados.

"Más tarde los examinaremos todos y nos los probaremos", dijo Jacinth a Alessandra, con la luz apasionada de la verdadera compradora en los ojos. Se incorporó y miró a su alrededor, aparentemente renovada y revitalizada por su descanso de cinco segundos. "Ha sido divertido. ¿Qué vamos a hacer ahora?"

"Necesitamos algo de beber", añadió Julián. "Estamos todos deshidratados por el calor".

Y añadió, con una mirada significativa al Djinn: "Mi coche al menos tenía aire acondicionado".

Esto pareció pasar por alto la brillante cabeza de ébano de Jacinth. Hizo un pequeño gesto y tres vasos, altos y helados, aparecieron sobre la mesita. Jacinth parecía satisfecha de sí misma, y Alessandra se rió. Imposible no quererla.

"¿Y entonces qué?" Jacinth perseveró, con los ojos brillantes y ansiosos.

"Primero vamos a comer", dijo Alessandra con firmeza, cogiendo uno de los vasos y dando un sorbo. Era limonada y le sentó de maravilla. Bebió otro sorbo. "Antes de hacer otra cosa. Luego planificaremos la tarde".

Jacinth miró la televisión. "¿Podríamos ver la tele? Nunca veo una tele de verdad".

Las cejas de Julián se fruncieron rápidamente, prestándole toda su atención, con preocupación en los ojos. "Creía que podías ver lo que quisieras, en tu recipiente de plata".

"Oh, sí, pero eso es diferente". Tenía los ojos grandes y serios, mirándole. "No es lo mismo. Quiero ver la televisión".

Una idea brillante surgió en la cabeza de Alessandra, algo que mantendría a Jacinth, y a todos ellos, felizmente ocupados durante horas.

"¡Tengo justo lo que necesitas! ¿Alguno de vosotros ha visto El Señor de los Anillos?", preguntó.

Fue recompensada por dos cabezas oscuras que se agitaban solemnemente.

"Estuve con mi anterior *Sahib* antes de eso. Estuve en la botella cinco años antes de que él me descubriera", le dijo Julian, con voz amarga. "Cuando terminé, me fui de viaje y empecé la colección Hilos Comunes... y luego estaba Delores. No le interesaba permitir que su esclava tuviera entretenimiento. Aunque oía hablar de esas películas, claro".

Alessandra no sabía qué responder. Se le partía el corazón por él. Jacinto se sentó en el sofá, cubriendo su puño cerrado con el suyo.

"Es el pasado, Julian. Déjalo ir y disfruta de esto, ahora".

Miró a Alessandra. "Yo tampoco he visto esta película, pero he oído hablar de ella, por supuesto. Me encanta ver cosas nuevas, hagámoslo".

"Estupendo", exclamó Alessandra. "Tengo los tres DVD de la edición ampliada. Nos pasaremos toda la noche viéndolos uno detrás de otro. ¿Qué te parece?"

Julian hizo un claro esfuerzo por sacudirse su repentina depresión. "Doce horas de fantasía épica, una batalla entre el bien y el mal, el destino del mundo en juego". Se encogió de anchos hombros y sonrió a las dos mujeres. "¿Qué puede no gustar?"

Jacinto dio una palmada. "¡Maravilloso! ¿Cuándo empezamos?"

"No", dijo Alessandra, "hasta después de comer".

"De acuerdo".

Jacynth le sonrió alegremente, y una cesta de pollo frito, con un aroma que hacía la boca agua, apareció sobre la mesita. Un segundo después se le unieron un plato de mazorcas de maíz y un cuenco de ensalada de patata. Jacynth observó la mesa con ojo crítico y luego miró a Alessandra.

"¿Lo he entendido bien?", preguntó, pareciendo extrañamente ansiosa. "Es lo que les gusta a los americanos para ir de picnic, ¿no? Pensé que un picnic sería divertido".

"No pasa nada", le aseguró Alessandra con suavidad. Le conmovió que la joven... vieja Djinn, se recordó a sí misma... se preocupara tanto de que ella, Alessandra, se sintiera complacida.

"Patatas fritas". Julian conjuró una bolsa de patatas fritas Lays. "Los americanos nunca hacen nada sin patatas fritas".

Jacynth miró la mesa que tenía delante. "¿Y palomitas?"

"¡No!" Alessandra saltó antes de que pudieran aparecer las palomitas. "No con la comida. Las comeremos más tarde, con la película".

"Y Raisinettes", añadió Julián. Lanzó a Alessandra una mirada malévola. "Vi Blazing Saddles hace mucho tiempo. Los malos siempre tienen Raisinettes".

Ella le dio un codazo. "Qué malo eres".

Comieron con el apetito de una mañana de compras, y Alessandra se levantó y recogió los platos y las servilletas de papel. Los llevó a la cocina, tirándolos a la basura, cuando oyó la voz de protesta de Julian.

"¡Jacynth!"

"Oh, no seas tan estirado", replicó Jacynth. "A Alessandra le encantará. ¿Por qué no te relajas y te diviertes un poco?"

Intrigada, volvió al salón. Jacynth, vestida de nuevo con unos pantalones y un top de harén, con el dorado vientre desnudo y el pelo de ébano recogido en una coleta sobre la cabeza, se recostaba decadente en el suelo del salón de Alessandra, que ahora estaba cubierto de alguna manera por gruesas alfombras orientales. Había grandes almohadas de terciopelo y brocado, adornadas con ricas trenzas y borlas. Alessandra se echó a reír y avanzó.

"Jacinto, ¿has convertido mi casa en un harén?"

Jacynth le dirigió una mirada inocente, pero el brillo perverso de sus grandes ojos oscuros la delató.

"Nos estamos preparando para ver la película, y me gusta estar cómodo".

Julian gruñó algo desde las profundidades del sofá. Alessandra cruzó la habitación para

sentarse a su lado, acariciándole la rodilla.

"¿No quieres estar cómoda tú también?" preguntó Jacinto.

"La mayoría de mi ropa es cómoda, pero no exótica como la tuya", admitió Alessandra. "No tengo nada ni siquiera parecido a elegante".

"Oh, no hay problema".

Un momento después, Alessandra se encontró vestida con un caftán largo y vaporoso de mangas sueltas. Se levantó para verlo mejor. Era de color melocotón pálido, con ribetes plateados en el cuello y las mangas, y estaba confeccionado con algún tipo de tejido suave que se plegaba con gracia sobre su cuerpo.

"Me encanta su tacto", le dijo a Jacinth, pasando las manos por el material, sintiendo su suavidad sedosa. "¡Gracias! Es absolutamente precioso".

Se volvió para mirar a Julian, arqueando una ceja. "Tu turno".

"Oh, muy bien", suspiró, como si se sintiera importunado. Un momento después, él también estaba vestido con la versión hollywoodiense de un genio, con pantalones sueltos de color negro, una ancha faja roja alrededor de su delgada cintura y su pecho bronceado resaltado por un chaleco de terciopelo azul noche, que hacía eco del azul de sus ojos.

"¿Contento?", gruñó.

Jacinth aplaudió entusiasmada en señal de aprobación, pero a Alessandra se le secó la boca como el Sáhara sólo con mirarle. Estaba increíblemente sexy, incluso con el ceño malhumorado. Le entraron ganas de cogerle la cara entre las suyas y quitarle el mal humor a besos. Sin embargo, un momento después vio el brillo que acechaba en sus ojos.

"¡Estás disfrutando con esto!", acusó en voz baja, inclinándose hacia ella.

Se rió entre dientes.

"¿Cómo no íbamos a disfrutar de nada con Jacinto cerca?", respondió con una sonrisa irónica para Jacinto. "El mundo siempre parece un poco más brillante cuando ella está cerca".

Jacinth estaba más interesado en la cubierta de la caja del DVD.

"Deja de hablar de mí", ordenó, "y empieza la película".

Media hora después, Alessandra estaba tambaleándose. Ver una película con dos Djinn fue una experiencia, como mínimo, interesante. Había tenido que parar la película tres veces para explicarles cosas. ¿Qué eran los hobbits? ¿Por qué vivían así en la tierra? Sabían lo que eran los elfos y los magos, claro, pero ¿qué eran los orcos? ¿Y el anillo?

Al final, una vez explicados todos estos puntos a su satisfacción, Jacinth y Julian se instalaron en la película. Incluso Julian, le interesó observar a Alessandra, que tendía a mostrarse más bien distante de todo, quedó atrapado en la historia.

Observaba atentamente, tan cautivado por la historia como nadie que Alessandra hubiera visto jamás. Gritó cuando Gandalf cayó, una protesta ronca y gutural, y extendió un brazo, como si fuera a salvar al mago. Sus ojos reflejaban horror al ver cómo los hobbits lloraban la muerte de su líder. Al otro lado, Jacinto lloraba sin reparos, las lágrimas corrían por su hermoso rostro mientras sollozaba en voz alta.

Al cambiar el primer DVD, Jacinth pidió palomitas, así que las preparó, con abundante mantequilla, y Julian preparó Raisinettes. Alguien, no sabía quién, preparó té caliente y todos se acomodaron para ver la segunda película. Se sentó acurrucada junto a Julian en el sofá, con un fuerte brazo alrededor de ella mientras él la estrechaba contra sí. Alessandra no pudo evitar sentir un resplandor de felicidad que irradiaba desde el centro mismo de su ser. Él la hacía sentir especial. Deseada. Y, de algún modo, segura. Era como si se conocieran de toda la vida y encajaran el uno en el otro, y tener allí a Jacinto era como... bueno... una familia. El tipo de

familia que la suya no había tenido... el tipo de familia que siempre había deseado. Mientras veían la película, se dieron de comer palomitas y Raisinettes, y los dos Djinn discutieron amigablemente sobre si Aragorn, Gimli y Legolas deberían haber ido a por Frodo y Sam en vez de a por Merry y Pippin.

En algún lugar de Gondor, la película se desvaneció mientras Alessandra se recostaba contra el ancho hombro de Julian. Su piel de bronce la fascinaba, el juego y la ondulación de los músculos de su pecho. Un brazo fuerte le rodeó la cintura y ella se acurrucó más cerca, aspirando su aroma, cálido y masculino, especiado con sándalo. El aroma era tan propio de Julian que lo recordaría, pensó, para siempre.

En algún momento sintió que la levantaban en brazos fuertes y la llevaban por la habitación. La depositaron en su cama con un murmullo de protesta. La cubrieron con la colcha, cubriendo el caftán de seda.

"¡No!" protestó somnolienta. "El caftán".

Oyó una risita masculina y, un instante después, el material ligero y fresco de su camisa substituyó a la pesadez del caftán. El colchón se hundió y unos brazos fuertes la rodearon.

"Duerme ahora", dijo la profunda voz de Julián.

Se volvió hacia el cálido y reconfortante abrazo, y se durmió.

CAPÍTULO 23



CUANDO ALESSANDRA SE despertó a la mañana siguiente, el sol entraba por la ventana, iluminando su habitación. Los pájaros cantaban alegremente en el jardín. Bostezó con fuerza y balanceó las piernas sobre el borde de la cama. No recordaba gran cosa de la noche anterior, después de las palomitas y las Raisinettes. Recordaba vagamente que Julian la había llevado a la cama y que había dormido toda la noche abrazada a él.

Entró en la sala de estar. Un reluciente suelo de pino se encontró con su mirada; Jacinto había desaparecido, al igual que los opulentos cojines y alfombras que habían adornado el suelo la noche anterior. Alessandra sonrió al recordarlo con cariño. Realmente, era un placer estar cerca de Jacinth.

En la cocina ya estaba hecha una cafetera, que la atrajo por su rico aroma. Se sirvió una taza y salió al jardín. Julian estaba trabajando en los parterres de hierbas, de rodillas y con las manos en la masa, vestido sólo con unos vaqueros raídos. Tenía un aspecto delicioso, masculino y sexy, arrodillado en la tierra, con las manos hundidas en el rico suelo y la piel bruniada brillando al sol.

"Buenos días", dijo Alessandra. "¿Ha vuelto nuestro invitado a Qaf?"

Julian levantó la vista, sonriendo.

"Desapareció al final... llorando tanto que se diría que se había acabado el mundo. ¿Por qué lloran las mujeres en los finales felices?"

Alessandra soltó una risita, recordando la avalancha de emociones encontradas y las lágrimas mezcladas de felicidad y amargura que ella misma había derramado al ver el final.

"Es cosa de chicas", dijo ella, en lugar de intentar explicar lo inexplicable. "Siento haberme dormido sobre ti".

Se rió entre dientes. "No te preocupes. Me gustaba tenerte acurrucada a mi lado, y Jacinth estaba tan absorta en la película que apenas se habría dado cuenta si hubieras estado dando saltos".

Alessandra abrió los ojos ante él. "¡Sabes lo que son los saltos de tijera!", exclamó. Él le arrojó un puñado de tierra y ella se rió, bajando los escalones para reunirse con él en el jardín.

"¿Qué vamos a hacer hoy?" Se estiró. "La mañana ya ha empezado bien, no pensaba que me acostaría tan tarde. Menos mal que es sábado y tengo el día libre".

"Pensé que podría trabajar con tus hierbas", dijo. "He tenido seiscientos años para estudiar, aprendiendo a infundir magia en las hierbas para aumentar sus poderes de curación, alivio y consuelo. Yo te enseñaré estas cosas, Alessandra. Eres una curandera nata. Tienes el talento dentro de ti. Las plantas lo saben, pueden sentir tu afinidad por ellas, por eso crecen tan bien para

ti".

"Hago algo de destilación". Señaló con la cabeza el pequeño cobertizo que había en la parte trasera del garaje para un coche. "He hecho algunas esencias y algunos ungüentos, y velas perfumadas. Pero sólo son hierbas, Julian. No sirven para mucho".

"No critiques las hierbas medicinales", dijo. "Han hecho que el hombre sobreviva todos estos milenios. No es magia de Djinn, pero tienen algo de cierto, Alessandra. Hacen el bien. Y tú haces el bien, cuando trabajas con ellas, las utilizas para curar, para reconfortar".

Se sintió reconfortada por su aprobación. No estaba segura de creer del todo que tuviera el tacto con las hierbas que él afirmaba, pero le encantaba su jardín y estaba más que dispuesta a unirse a él trabajando con la tierra. Era una forma agradable de pasar una tranquila mañana de sábado. Trabajaron con las pequeñas plantas y charlaron. Descubrió que su conocimiento de las hierbas era mucho mayor que el de ella, incluso con todo el tiempo que había pasado estudiándolas.

Julián se detuvo al llegar a la pequeña parcela de romero.

"Pensaron que esto ayudaría con la peste. Y el ajo, y otros remedios. Pero había muchas recetas que llevaban romero. Quizá porque se decía que la Virgen María secó en él su manto, camino de Egipto", dijo con tristeza, tocando las hojas de la planta. "No sirvió de nada, por supuesto. Nada ayudó. La gente moría a montones por todas partes. Las ciudades y los pueblos no tenían lugar donde depositar los cadáveres y recurrían a vertederos donde los enterraban, fosas comunes. Los cadáveres se amontonaban en las calles. A la gente que aún no había muerto la llevaban a los carros de cadáveres. Era horrible, y yo estaba desesperado... desesperado por ayudar".

Sus dedos rozaban las jóvenes plantas que cuidaba, pero su mirada estaba muy distante. "Sabía que tenía aptitudes para la curación, era mi talento, mi vocación. Desde muy joven fui aprendiz de un Maestro Alquimista durante más de diez años. En aquella época, elegíamos nuestros estudios muy pronto y nos convertíamos en aprendices. Me había ido a vivir al castillo situado en la colina sobre la ciudad. Cuando vi morir a toda la gente, bajé a ayudar. No podía soportar ver morir a todo el mundo, los gritos de los enfermos, de los que sobrevivían, el dolor de los que quedaban atrás, que enfermaban a su vez. La gente moría rápida, pero horriblemente".

"Hoyé los libros que teníamos, pero los conocimientos de entonces, en la década de 1350, no eran suficientes. Las hierbas no ayudaban. Los hechizos, las pociones, los cánticos, las plegarias... nada funcionaba. Así que lancé mi círculo e invoqué a los seres sobrenaturales, como me enseñó a hacer mi maestro, para que me dieran un gran poder, la fuerza de la magia para combatir esta plaga. Para poder curar a cualquiera, por muy cerca que estuviera de la muerte. Poder ayudar. Eso es lo que pedí. El poder de ayudar a los demás".

Calló, sin dejar de mirar la delicada planta entre sus manos ahuecadas.

"¿Y te dieron el poder de hacer magia para curar?". adivinó Alessandra.

"Sí. La magia Djinn es la más poderosa del universo. No hay nada como la magia Djinn". Hizo una pausa. "Por supuesto, yo no sabía nada de los Djinn, por aquel entonces. Habíamos oído hablar de ellos, por supuesto, en las mismas historias que se cuentan hoy, pero nunca soñé que fueran reales. De repente, yo también era un Djinn. Podía curar a cualquiera, pero sólo en las condiciones adecuadas. La primera vez que me convirtieron en Djinn, fui absorbido por la botella. La botella se encontró casi inmediatamente, y mi primer *Sahib* pidió sus deseos rápidamente. Entonces eran tiempos más sencillos, por supuesto. La gente sólo intentaba sobrevivir. Protección contra la peste. Comida, joyas, lujos, dinero. Entonces me encontré libre y me dirigí a casa. Eran cientos de kilómetros, y no tenía dinero, ni comida, nada más que la ropa

que llevaba puesta. También era peligroso. Los viajeros eran vistos con recelo. Cualquiera podía ser portador de la peste. Las zonas pobladas habían establecido cuarentenas, y los pequeños les echaban la culpa".

Clavó la paleta en la tierra, sin encontrar la mirada de ella. "Cuando por fin llegué a casa... todo el mundo se había ido. Mi familia, todo el pueblo. No se había salvado nadie. Ni siquiera había tumbas individuales. Habían cavado fosas, agujeros enormes, y habían arrojado los cuerpos dentro. Eso fue todo lo que pudieron hacer. Los cuerpos de mi padre y mi madre, mis hermanos y hermanas estaban enterrados en alguna de esas fosas, sin posibilidad de encontrarlos. Por supuesto, no teníamos los amplios conocimientos de que disponemos ahora, pero he leído que se calcula que más de dos tercios de la población murieron en esa zona general de Italia."

Alessandra estaba horrorizada. Todo el mundo había oído hablar de la peste negra, la horrible plaga que había arrasado Europa periódicamente en la Edad Media y el Renacimiento, pero ella nunca había pensado cómo habría sido si uno hubiera vivido en aquellos tiempos.

"¿No quedaba nadie? ¿Nadie en absoluto?"

Sacudió la cabeza, con los ojos sombríos.

"Sólo el perro de nuestra familia. Estaba medio salvaje y hambriento cuando lo encontré, pero se acordaba de mí. Aún no conocía la magia de los Djinn, ni sabía cómo funcionaba. No sabía que sería arrastrado de nuevo al recipiente. Viajé por Italia con aquel perro, haciendo lo que podía para ayudar a los que quedaban. Y entonces, un día, quizá un año después, quizá más, no lo sé con seguridad... un día, fui arrastrada de nuevo a la vasija. Fue entonces cuando Kieran vino a mí. El Djinn había sentido el uso de su magia, nunca supe muy bien cómo. Después de todo este tiempo, aún entiendo poco de la magia de los Djinn y de sus poderes. Le hablé del hechizo que había lanzado y le mostré la botella. Me dijo que estaba atado al Djinn, atado a la botella y a la magia del Djinn. Pero, como me dijo la otra noche, la magia que me ata es un híbrido de mago y Djinn, y ni ellos mismos conocen su alcance. Las reglas y los límites que no han aprendido adivinando, los han aprendido con la dura experiencia".

Alessandra trabajaba a su lado en silencio. No sabía qué decir. ¿Qué podía decir? Había tanta desolación en su voz, el dolor aún fresco por la familia que había perdido hacía tanto tiempo, por no poder siquiera enterrar sus cuerpos, visitar sus tumbas. Era desgarrador. Y luego verse obligado a vivir así durante siglos, sin amigos, sin familia, sin esperanza de futuro.

Julian se detuvo, con la paleta sujeta justo por encima de la tierra que había estado removiendo.

"¿Qué ha sido eso?"

Alessandra le miró por encima del hombro. "¿Qué era qué?"

Sonó una leve campanada procedente de la casa, y Alessandra clavó la paleta en la tierra con un firme empujón.

"Es el timbre de la puerta. Voy a ver quién es".

Se quitó la suciedad suelta de los brazos y luego se pasó las manos por los muslos, haciendo una mueca al ver las manchas húmedas de tierra en las rodillas de los vaqueros. Ah, bueno.

"Ahora vuelvo".

Julian asintió, con los dedos ya ocupados con las plantas que estaba cuidando.

Alessandra atravesó el jardín y dobló la esquina de la casa, para detenerse con una mezcla de asombro y consternación. Allí, en los escalones de la entrada, estaba su padre, y a su lado un joven que Alessandra no dudó en identificar como uno de los empleados de su padre, o el empleado de un socio cercano. Reconocía el tipo por una vasta experiencia; otro joven suave, bien peinado, con el aspecto delgado y hambriento que su padre siempre lograba atraer a sus

salas de exposición de automóviles, el vendedor de éxito definitivo, destinado a convertirse en una luz brillante en el concesionario. El tipo de hombre que había elegido para todas sus hermanas... y que nunca dejaba de intentar imponerle también a ella, como maridos deseables.

Se mordió un gemido de exaceración. ¿Es que no lo entendía? ¿Cuál era su problema? Laura acababa de salir del matrimonio que él le había arreglado con uno de sus jóvenes y prometedores vendedores, y mira cómo había acabado. ¿No había aprendido nada? Había casado con éxito a todas sus otras hermanas. ¿Por qué tenía que estar siempre intentando meterle un marido a ella también?

También sentía rabia en su interior. Que su padre se presentara aquí, en su casa, con otra atractiva candidata cuando nunca antes había estado en su casa, nunca había venido a visitarla, a pesar de que había vivido aquí más de dos años. Pero ahora estaba aquí, con la actual aspirante a entrar en el redil familiar. No le interesaba, y no tenía ningún problema en decirlo.

"¡Papá!" Dio un paso adelante e intentó inyectar entusiasmo en su voz.

Walter se volvió y bajó los escalones hacia el césped. Su expresión de paternalismo benigno adquirió un aspecto de desaprobación al ver la tierra que se pegaba a sus vaqueros y a sus pies descalzos. Alessandra volvió a limpiarse las manos en los vaqueros, lanzando al joven a la sombra de su padre la más leve mirada.

"¿Has venido por fin a ver mi casa?", preguntó ella alegremente, sabiendo ya de sobra que no había venido para tal cosa. "¿Dónde está mamá?"

"Um...", su padre pareció sentirse ligeramente desconcertado. "Está en casa. Yo sólo..."

Se aclaró la garganta, volviendo a empezar en un evidente intento de recuperar el control de la conversación.

"Estábamos por el barrio. Mi amigo estaba probando su nuevo BMW y se me ocurrió pasar por allí. Alex, éste es John, por cierto. John Standish. John, mi hija, Alex".

El joven se adelantó de un salto con la mano extendida y una expresión de interés sincero y deseo de complacer. Era tan transparente que Alessandra tuvo ganas de vomitar.

"Me alegro mucho de conocerte", John derrochó entusiasmo. "He oído hablar tanto de ti a tu padre que siento como si ya te conociera".

Walt sonreía orgulloso, evidentemente anticipándose ya a tener a John como nuevo yerno. Probablemente ya tenía reservada la iglesia, pensó cínicamente.

Alessandra evitó el apretón de manos ofrecido, levantando las manos, con las palmas hacia fuera, con una mueca.

"Mejor no", dijo ella, fingiendo pesar. "He estado atrás, haciendo jardinería".

"¡Un jardín!", se entusiasmó su padre, como si fuera algo especial para su hija. "¡Qué bonito! ¿Cultivas verduras?"

La condescendencia de su voz era insoportable; bien podría haberle dado una palmadita en la cabeza. Alessandra ahogó su ira.

"No", respondió ella, apretando los dientes. "Hierbas".

Al joven vendedor, John, no parecía parecerle extraño que su padre, el trampolín de su éxito profesional, no conociera lo suficiente a su propia hija como para saber que tenía un jardín. En cambio, se quedó mirándola con una especie de calculadora posesividad... como si la considerara ya suya... que le dieron ganas de ordenarle sumariamente que se fuera de su propiedad.

"¿Quién es, cariño?"

Su padre y su secuaz se volvieron, al igual que Alessandra, para ver a Julian paseando por la esquina de la casa. Estaba peligrosamente guapo, y los ojos de Alessandra se abrieron de par en par en señal de total admiración, aunque luchó contra el impulso de reírse ante la indignación

que se reflejaba claramente en el rostro de su padre. Unos pantalones negros ajustados y ceñidos a la cadera se amoldaban a la esbelta figura de Julian, rematada por una camisa de seda suelta, también negra, que se abría mostrando una generosa extensión de piel musculosa y bronceada. Su espeso pelo negro colgaba pesado y desgredado, cayéndole húmedo sobre el cuello y los hombros a causa de la humedad. Cuando se acercó, Alessandra ahogó un jadeo al ver una larga y gruesa cadena de oro en su cuello, con gruesas letras doradas que anunciaban STUD.

Llegó a su lado sin vacilar, rodeándole la cintura con el brazo en una intimidad aparentemente casual. El brillo perverso de sus ojos disipó su ira, y su sentido de la picardía, nunca dormido durante mucho tiempo, se alzó ante su desafío.

"Julian, éste es mi padre, Walt. Papá, éste es Julian DiConti. Probablemente le viste en el funeral de Bobby".

En la que Pop no se había acercado a menos de tres metros de ellos, ni de Laura.

"Y éste es John", presentó al satélite de su padre. "Un socio de mi padre".

John fruncía el ceño ahora, no le gustaba la competencia a la que se enfrentaba, sin duda veía cómo se le escapaba de las manos su sueño de una conquista fácil y la consiguiente suavización de su trayectoria profesional.

Julian les hizo un gesto cortés con la cabeza.

"¿Cómo está, Sr. Taylor?", dijo cortésmente. "Siento que no tuviéramos ocasión de presentarnos en el funeral. No parecía el momento".

Alessandra le lanzó una rápida mirada; su voz era demasiado suave, demasiado inocente. El brillo de sus ojos le delató; estaba a punto de decir algo escandaloso, y ella se preparó.

Walt frunció el ceño. "¿El momento de qué?"

Julián enarcó las cejas, lanzando una mirada inquisitiva a Alessandra.

"¿No se lo has dicho, cariño?"

Ella le devolvió la mirada límpida, esperando a ver adónde quería llegar. El ojo derecho de él aleteó infinitesimalmente en el más leve atisbo de un guiño. Le cogió la mano y la acarició con los dedos mientras se la llevaba a los labios.

"Cara mía", exhaló reverentemente, al mejor estilo de Gómez a Morticia. Cuando levantó la cabeza, la acercó más a ella antes de mirar a Walt.

"He pedido a Alessandra que sea mi esposa".

Alessandra no pudo evitar soltar un grito de asombro, e inmediatamente tuvo que reprimir las risitas que le brotaron. ¡Esto dejaría a su padre en estado de shock! Un hombre maravillosamente guapo e increíblemente sexy saliendo de su jardín y anunciándose como su prometido. Era maravilloso.

La expresión de indignación en el rostro de su padre no tenía precio, pero ella sintió que la ira se agitaba una vez más. Era como si no tuviera derecho a elegir marido para sí misma, o que eligiera a alguien tan alejado de lo que él consideraba aceptable.

¿Esposa?" exclamó Walter. Miró a Julian con clara desaprobación. Intercambió miradas consternadas con su protegido, y luego se volvió hacia el ataque. "¿Y qué hace usted, señor...?"

"DiConti", dijo Julián. "Compro y vendo muebles viejos".

Alessandra ahogó una risita. Por la expresión de su padre, estaba pensando en tiendas de segunda mano, mientras Julian poseía un ático de un millón de dólares en pleno Manhattan. Esto era demasiado bueno. Se moría de ganas de compartir esta escena con Laura. Su hermana se derrumbaría.

A Walt parecía que le iba a estallar un vaso sanguíneo.

"¿Muebles usados?" Hizo que sonara como si Julian rebuscara en chatarrerías.

Alessandra intervino con un tono alegre y brillante: "Julian, mi padre también se dedica a las ventas. Tenéis algo en común".

Ante su completa admiración, Julian levantó una ceja, consiguiendo dar una impresión de incredulidad educadamente aburrida. "¿Ah, sí?"

"Sí, vende coches. Nuevos, por supuesto", añadió.

"Sí, bueno..." Walt retrocedía por el paseo, claramente deseoso de retirarse y reagrupar su posición. "Encantado de conocerle, Sr. Conti".

"DiConti", corrigió Julián con suavidad.

"Alex, me pondré en contacto más tarde". Su mirada prometía que aprovecharía la primera oportunidad para tomarle la palabra a su hija descarriada. "Tendremos que... eh... tener una conversación muy pronto".

Alessandra lo estaba deseando. Ella y Julián observaron cómo los dos hombres se alejaban a toda prisa, subiendo a un BMW negro brillante (por supuesto, era negro).

Alessandra se echó a reír allí mismo, en el patio delantero, mientras el coche desaparecía calle abajo. Pero al volver hacia su casa, la risa se disipó, convirtiéndose en ira.

"¿Cómo se atreve a venir aquí!", exigió. "Hace más de dos años que vivo aquí y él no ha venido hasta esta mañana. Nunca ha venido de visita, nunca ha traído a mamá a cenar. Nadie de mi familia se ha interesado por mí, me ha visitado, me ha preguntado por mi casa o mi trabajo. Y se presenta ahora, sin un por tu permiso, con un vendedor con el que quiere casar a la familia, y espera que yo caiga en la fila como cabra sacrificada. Pues no lo haré".

"Vamos", la tranquilizó Julián, atrayéndola contra su costado. "Vuelve al jardín".

Humeante, se dejó conducir por la casa. La llevó bajo la glorieta, al corazón de su jardín, se sentó en el banco de hierro forjado y la atrajo hacia sí.

"Creo que convendría tomar algo fresco".

Un vaso alto y helado apareció en su mano y se lo pasó. Contenía un espeso líquido amarillo verdoso que olía a fruta, y ella bebió con cautela. Sus cejas se alzaron sorprendidas por el sabor, que le resultaba un poco familiar, casi como a pera, pero extrañamente diferente.

"¿Qué pasa?"

"Guayaba. A los djinn les gusta, y cuando hace calor, fría, es refrescante".

"Sabe más bien a pera", comentó.

Sus ojos brillaron con maldad y enarcó una ceja. "¿Prefieres pera? Puedo cambiarlo".

Alessandra se echó a reír, y su mal humor desapareció.

"No, esto está delicioso".

Él estaba sentado a sus anchas, despatarrado en el banco mirándola, con un aspecto insoportablemente apuesto, la viva imagen de la belleza masculina. Ella le entregó el vaso, apoyándose en su hombro. Le miró, admirando la firme línea de su mandíbula. Le llamó la atención la cadena de oro y sonrió.

"Intentaste deliberadamente parecer un... como un..."

"Gigoló", dijo Julian, con cara de suficiencia. "¿Qué tal lo he hecho?"

Soltó una risita, evocando una agradable visión del rostro de su padre. "Lo has hecho muy bien. Parecía como si lo hubieran disecado".

Los dos se rieron.

"Sabes", dijo ella, recorriendo con un dedo el brazo desnudo de él, "si eres mi prometido, deberías hacer... ya sabes... cosas de prometido".

Un destello divertido apareció en sus ojos azules, haciéndolos brillar como un lago en un día soleado. "¿Ah, sí?", preguntó con voz educada.

"Mmhmm".

Se inclinó hacia él, dejando que su aliento le acariciara el cuello, y vio cómo el pulso que allí latía se aceleraba de repente. Sopló suavemente sobre la piel y oyó su rápida respiración entrecortada.

"Alessandra..." Su voz sonó repentinamente ronca.

"¿Sí?"

Le lamió delicadamente la piel bajo el ángulo de la mandíbula, con un pequeño movimiento de la lengua, saboreando la salinidad, y él se estremeció. Su aliento lo abandonó en una explosión de aire.

"Vale, ya está", gruñó. Se puso en pie con un movimiento rápido. Inclinandose, cogió a Alessandra en brazos con facilidad, como si no pesara nada. Ella, complacida, le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió.

"¿Vas a salirte con la tuya?", preguntó.

Los ojos azules brillaron hacia ella.

"Claro que sí".

No emitió ningún sonido que ella pudiera distinguir, pero al instante siguiente estaban en su dormitorio, de pie junto a su cama. Alargó la mano para pulsar el interruptor de la pared y, por encima de ellos, el ventilador del techo empezó a moverse, zumbando perezosamente, agitando el aire cálido a su alrededor.

Casi a regañadientes, Julian la dejó en el suelo, permitiendo que su cuerpo se deslizara lentamente, con su mirada sosteniendo la de ella. Ella era consciente de él, con un hormigueo en cada nervio. Con sólo una mirada de aquellos ojos azules, su ropa desapareció, deshaciéndose como si nunca hubiera existido, y se quedó desnuda ante él.

"No, no lo hagas". Le cogió las manos mientras ella intentaba cubrirse instintivamente. "Déjame verte, Alessandra".

Él le cogió las manos y retrocedió. Ella sintió que le subía el rubor a las mejillas, un rubor que se extendió por todo su cuerpo. Nunca había pensado que se sentiría tímida, pero así, a la luz del día, delante de Julian, se sentía abierta y vulnerable como nunca antes. Su intensa mirada la recorrió.

"Alessandra. Qué guapa eres".

Ella hizo un ligero movimiento hacia delante, acortando la distancia que los separaba, y él la atrapó entre sus brazos, posando su boca dura e insistente sobre la de ella. Ella lo recibió de lleno, devolviéndole beso a beso, saboreando con la lengua el sabor picante de sus labios, de su boca.

"Quítate la ropa". Ella retrocedió un poco, acariciándole con los dedos la mejilla delgada y la mandíbula. "Quítatela, como hiciste con la mía".

La llevó de nuevo a la cama, siguiéndola hacia abajo. Ella lo alcanzó con impaciencia, pero él movió el peso hacia un lado, sacudiendo ligeramente la cabeza, con el cabello de ébano cayéndole por los hombros.

"No hay prisa, mi Alessandra. Tomemos como si tuviéramos toda la eternidad".

Se inclinó hacia delante, cubriéndole los labios con los suyos. Una mano se deslizó por sus costillas, subiendo hasta acariciar la suavidad de su pecho, y ella gimió suavemente.

"Julian", susurró ella. "Julian, ámame".

Hubo una pausa infinitesimal.

"Te quiero, Alessandra". Su voz era áspera y se entrecortaba al pronunciar las palabras. "Te he amado desde el momento en que te vi. Te quiero más que a la vida misma, más de lo que las

palabras podrían expresar".

"¡Julian!", jadeó. "¡Julian!"

"Estoy contigo", le dijo, levantándole las caderas para que se encontrara con él. "Siempre estoy contigo".

Al cabo de un rato, sus respiraciones empezaron a calmarse y sus latidos se ralentizaron. El suave zumbido del ventilador del techo les relajaba, y se tumbaron entrelazados, disfrutando de la suave brisa que refrescaba sus acalorados cuerpos.

Julian le acarició el largo cabello con dedos suaves.

"Qué guapa eres", me dijo. "Alessandra".

Ella suspiró y su mano se deslizó hacia el rostro amado de él.

"Me encanta cómo dices mi nombre", confesó. "Haces que suene especial".

Julian le cogió la mano y se llevó los dedos a los labios.

"Es especial. Tú eres especial".

Sus labios se curvaron en una sonrisa. "No. Somos especiales".

CAPÍTULO 24



EL TIMBRE SONÓ justo cuando Alessandra estaba terminando de fregar los platos después de cenar. Cogió el paño de cocina y suspiró, secándose las manos.

"¿Qué es esto? ¿Nunca viene nadie a visitarme y ahora de repente soy la Gran Estación Central? Y si es mi padre el que vuelve para discutir -informó a Julian-, voy a empezar a tirar cosas".

"Ya, ya", dijo tranquilizadamente. "Sabes que no lo dices en serio".

"¡Podría!"

Cruzó el salón con paso decidido. Julian la siguió, desviándose para sentarse en el sofá cuando Alessandra abrió la puerta de golpe, dispuesta a la batalla. Ella se detuvo un instante y retrocedió, sorprendida.

"¿Mamá?"

Su madre permanecía tímidamente de pie en el porche, parpadeando ante la brillante luz que salía de la casa, agarrando nerviosamente el bolso con ambas manos.

"Alessandra. ¿Puedo... puedo entrar?"

Su mirada pasó junto a la puerta, se posó en Julián y sonrió esperanzada, volviendo a mirar a Alessandra.

"Walt me dijo... que quería conocer a tu joven. Le vi en el funeral, ya sabes, pero no tuvimos ocasión de que nos presentaran".

"¡Umm.... claro! Pasa". Alessandra se apartó, manteniendo la puerta abierta para que entrara su madre. "¿Quieres beber algo?"

Su madre echaba un vistazo a la habitación, observando el acogedor salón, los cómodos muebles, y su mirada se detenía en las macetas que colgaban de la habitación.

"¿Si no es mucha molestia?"

"Oh, no", le aseguró Alessandra, extrañada por el extraño alejamiento de su madre de lo normal. "Tenemos café o té... o zumo de guayaba".

Intercambió una mirada divertida con Julian. Había preparado una jarra entera de brebaje para ella, y se estaba enfriando en la nevera.

"Sólo café", respondió su madre.

Julián se había puesto en pie y se acercó para cogerle la mano.

"Sra. Taylor, soy Julian. Julian DiConti".

"Fran, por favor". Ella le sonrió. "¡DiConti! Walt dijo que le parecía que tu nombre sonaba a italiano".

Alessandra apostó para sí en silencio que eso era todo lo que su padre había recordado... que el nombre sonaba a italiano. Como gigoló. Reprimió una risita, evitando cuidadosamente mirar en dirección a Julián. Fue a la cocina, sirvió a su madre una taza de café, le añadió el azúcar y la leche que sabía que le gustaban, y la llevó de nuevo al salón.

"Mi abuela era italiana", le decía su madre a Julián. "De Génova".

"No, ¿de verdad?" Alessandra estaba asombrada. "No lo sabía".

Su madre esbozó una sonrisa de disculpa. "Sí. Te puse su nombre, ¿sabes? Alessandra. Te pareces mucho a ella, sólo que ella era morena y tú eres rubia. Pero tu cara se parece mucho a la suya. Tengo algunas fotos antiguas en un álbum en el desván de casa. Te las enseñaré algún día, si quieres".

"¿No quieres venir a sentarte?". Con suavidad, Julián la empujó a una silla, donde Fran se posó nervioso en el borde, como inseguro de su acogida. Alessandra le tendió a su madre la taza de café.

"No sé gran cosa de tu parte de la familia", dijo ella. "Nunca hablabas de ellos".

Su madre parecía arrepentida. "Bueno, a tu padre nunca le interesaron mucho mis historias sobre mi familia y mi infancia".

Al oír hablar de su padre, Alessandra se apretó los labios, conteniendo la irritación. Fran lo observó, y parecía aún más nervioso, si cabe.

"No debes culparle", dijo ella. "Él no conoce otra forma. Y yo... bueno, nací en una época en que a las mujeres se nos educaba de otra manera, se nos enseñaba a obedecer a nuestros maridos y a hacer lo que se esperaba de nosotras. Y él es un buen hombre, Alessandra, aunque no estéis de acuerdo en algunas cosas".

Alessandra guardó un discreto silencio, y sintió que el brazo de Julián alrededor de su cintura se tensaba en silencioso apoyo.

La mirada de Fran se dirigió a Julián. "Entonces, ¿desde cuándo os conocéis?".

Uy.

"No hace mucho, en realidad", balbuceó Alessandra. Desde que Julian se había anunciado como su prometido, apenas le gustaba decir que se conocían desde hacía menos de un mes. ¿Y qué iba a decirles cuando Julian se marchara? Que lo haría... En cuanto pidiera su tercer deseo, no volvería a verle.

Fran sonrió a Julian, un poco tímidamente. "¿Walt dice que vendes muebles?"

La risa de Julián era profunda y rica. "Podría decirse que sí".

"En realidad, mamá, Julian tiene una tienda de antigüedades en Manhattan".

"¿De verdad?" Fran parecía tan sorprendido como interesado. "¿Cómo se llama?"

"Caprichos".

"¡Whimsies!" Para sorpresa absoluta de Alessandra, su madre se iluminó como un faro, radiante ante Julián. "He estado a menudo en tu tienda, jovencito. A veces me paseo por las tiendas de antigüedades cuando Walt está trabajando, simplemente mirando, ya sabes, y pensando en la historia de todas esas cosas antiguas. Fascinante, de verdad. Me gustaron esas telas de la India, los bordados y demás, que tenías expuestos el año pasado. Lamenté que desaparecieran".

Alessandra sintió que se le caía la mandíbula mientras miraba fijamente a su madre. "¿Fuiste a ver Hilos poco comunes?"

"Oh, sí. Tres, no, cuatro veces. Había tanto que ver", explicó su madre. "¡Simplemente maravilloso, y la historia de cómo llegó a ser! Me fascinó".

Alessandra sólo pudo mirar a su madre con asombro.

"Sabes que la exposición se exhibirá permanentemente en D.C.". intervino Julián con suavidad, posando su mano en el hombro de Alessandra para calentarla y darle la oportunidad de recuperarse de la sorpresa. "He montado una galería allí".

"¡No! ¿De verdad?" Fran estaba encantada. "Tendré que ir a verlo entonces, algún fin de semana quizá, cuando Robert esté ocupado con la sala de exposiciones".

"Te enviaré entradas para la gran inauguración".

Alessandra sintió la ligera rigidez en el brazo que la rodeaba, el pequeño retraimiento, como siempre ante la mención de la Gran Inauguración, y conoció su causa. Probablemente él estaría allí para la Gran Inauguración... ella no tenía intención de usar sus últimos deseos ante ellos, pasara lo que pasara, así que él podía estar seguro de estar allí. Pero tal vez no viera la próxima colección en camino, la próxima Gran Inauguración. Su corazón volvió a romperse por él.

Su madre expresó su alegría a Julián, y luego dirigió una mirada acusadora a Alessandra.

"Eso ha sido muy travieso por tu parte", dijo ella, intentando parecer severa. "Sabes que le diste deliberadamente a tu padre la impresión de que Julian trataba con mercancía de segunda mano".

"No pude resistirme", dijo francamente Alessandra. "Vino con otro de sus candidatos... ¡ya sabes cómo es, mamá! Elige a esos jóvenes y quiere casarlos con la familia".

"Sí, ya lo sé". Fran suspiró. "Pero él es así, y así ha sido siempre".

Se terminó el café, lo dejó a un lado y miró a Alessandra con incertidumbre.

"¿Sabes algo de Laura?"

"Sí, claro", respondió Alessandra, sorprendida. "Me llama casi todos los días".

"No sé nada de ella". La voz de su madre era triste, y Fran se miró las manos, perfectamente dobladas sobre el regazo. "Tu padre insiste en que está en ese refugio".

"¡No, claro que no! Nunca la dejaría ir a un refugio". Alessandra se horrorizó ante aquella idea. "Vino y se quedó conmigo un tiempo. Ahora está en un lugar propio".

Fran parecía aliviado, como si se hubiera quitado parte de la preocupación de encima.

"Me alegra oírlo. ¿Es... es feliz?"

"Sí, lo es". dijo Alessandra con suavidad. "Laura está recuperando su vida. Está tomando las riendas, descubriendo lo que le gusta hacer. A veces le ha resultado difícil por la muerte de Bobby, lo cual es natural, pero está haciendo su vida y creo que es todo lo feliz que puede ser, en este momento."

"¿Le... le preguntarías, tal vez, si podría llamarme? ¿Alguna vez?" Su madre se apresuró a soltar las palabras, sin esperar la respuesta de Alessandra. "Podría llamar durante el día, cuando tu padre trabaja. Me encantaría hablar con ella, oír su voz".

Julián, con una fina sensibilidad, pareció intuir que la madre necesitaba hablar en privado con su hija. Se puso en pie y cogió la taza de Fran. "Permítame refrescarle el café, señora Taylor. ¿Azúcar y nata?"

"Sí, por favor".

Una vez que se hubo ido, Fran se inquietó un poco más, sus manos se agitaron un poco antes de volver a posarse en su regazo.

"Echo de menos a Laura. Solíamos invitarla mucho a cenar, ya sabes, ella y Robert y Bobby".

"Estoy segura de que fue cosa de Robert y de papá", replicó Alessandra con amargura. "Nadie parece haber preguntado nunca, ni haberse preocupado, qué era lo que Laura quería de su vida".

"Lo sé. Y no puedo cambiar lo que fue, pero eso no significa que no lo haría, si pudiera.

Verás, después de que te fueras a la universidad, Alessandra, la casa estaba muy tranquila. Había tenido cinco hijos. No había tenido mucho tiempo libre durante veinticinco años, y de repente me quedé sola en casa, y aquello estaba insoportablemente silencioso. Así que cuando Robert me sugirió que viniera a trabajar a tiempo parcial como recepcionista en el concesionario, me pareció una buena idea. Además, me daba algo de dinero extra para dedicarme a aficiones para las que nunca había tenido tiempo, criando a todas las chicas. Acolchar y hacer álbumes de recortes". Sonrió un poco. "Mirar tiendas de antigüedades".

De nuevo aquel aleteo de sus manos, y bajó la mirada, como avergonzada de mirar a su hija menor.

"Cuando Bobby ingresó en el hospital, en el concesionario estábamos un poco apurados. Una recepcionista había dimitido, otra estaba de vacaciones, y yo me encargaba de todo. Sugerí a Walt que contratáramos a una interina, pero me dijo que tenía tiempo de sobra para visitar el hospital después del trabajo. Así que le seguí la corriente. Y tenía la intención de ir, de estar allí para Laura y Bobby al menos por las tardes. Pero de algún modo... no lo sé". Hizo un gesto de impotencia con las manos. "Había que hacer la cena y fregar los platos, y las tareas de la casa que solía hacer durante el día mientras vosotras estabais en el colegio, y me decía a mí misma: mañana iré. Y entonces, ya no había más mañanas".

Alessandra se acercó y puso una mano sobre las manos entrelazadas de su madre. "Mamá..."

"No. Necesito decir esto, Alessandra. Por favor. He pasado mucho tiempo desde el funeral, pensando. Al principio estaba en estado de shock. Parecía tan imposible que Bobby se hubiera ido y yo no hubiera llegado a verlo. Tardé un tiempo en asimilarlo. Y luego aquella espantosa cena, con aquellos niños, ¡mis propios nietos! comportándose tan vergonzosamente. Y nadie, salvo tú y Laura, parecía ver lo mal que estaba aquello. Sentí como si el pequeño mundo de color de rosa que me había creado para vivir se hiciera pedazos ante mis ojos".

Hizo una pausa, bajó la cabeza, y Alessandra se sorprendió de la cruda emoción, la tristeza, la culpa, el arrepentimiento que podía ver en el rostro de su madre.

"Estaba viendo la realidad de nuestra vida, y no me gustaba mucho. En el funeral, quería ir con Laura, y contigo. Nunca crearás cuánto lo deseaba, Alessandra. Pero tu padre me retuvo. Estaba enfadado porque ella había dejado a Robert, claro. Dijo que Laura estaba histérica de dolor, y que la compasión sólo la animaría a burlarse de Robert. Yo no lo creía, por supuesto, pero, para mi vergüenza, le obedecí y no fui al lado de mi hija."

Había lágrimas brillando en sus mejillas, pero negó con la cabeza cuando Alessandra quiso hablar. "No estuve ahí para Laura cuando más me necesitaba en toda su vida. No estuve allí para Bobby. Cuando volvimos a casa del funeral, apenas podía mirarme en el espejo, apenas podía mirar a Walt. ¿En qué clase de persona me había convertido? ¿Qué clase de madre abandonaría a su hija y a su nieto cuando más me necesitaban?"

Entonces levantó la vista y sus manos se volvieron para agarrar con fuerza las de Alessandra. "No puedo cambiar lo que ha pasado. Daría cualquier cosa por hacerlo, pero no puedo. Pero puedo hacer las cosas de otra manera a partir de ahora. Laura y tú sois mis hijas. Os quiero a las dos y quiero estar en vuestras vidas. Sé que no he sido una gran madre para vosotras desde que crecisteis".

Fran sonrió un poco, con los ojos fijos en el rostro de Alessandra. "Casi no he sabido qué hacer contigo, siempre tan decidida a seguir tu propio camino. Ahora somos prácticamente desconocidas, pero eres mi hija y me gustaría que pudiéramos ser... bueno... amigas. Quiero conocer a la hija que tengo ya mayor, y llegar a conocer a tu apuesto joven, y ver tu preciosa casa y tu jardín. Quiero lo mismo con Laura".

Volvió a sonreír, sus ojos se suavizaron al recordarlo. "Laura y tú siempre fuisteis inseparables. La mayor y la más joven. Aunque sólo sea por eso, me alegro de que hayáis vuelto a encontrar esa relación, quedó tan claro aquella noche en casa de Laura y en el funeral. Me alegro de que estuvieras ahí para ella cuando su propia madre no lo estaba".

Julian entró de la cocina en ese momento, con dos tazas de café. Las dejó sobre la mesita, delante de ellos, y se inclinó para besar suavemente a Alessandra; sus labios se detuvieron un largo rato. "Estaré en el jardín".

"No, por favor, no te vayas". Fran señaló el sofá junto a Alessandra. "Al fin y al cabo, formas parte de la familia".

Esperó a que él tomara asiento, con un brazo rodeando a Alessandra y una mano cómodamente apoyada en su cintura, antes de continuar.

"No he intentado llamar a Laura. Tenía miedo de que no cogiera mi llamada, o de lo que dijera si lo hacía. No sé si querrá volver a hablar conmigo, y no la culparía. Pero si pudieras decírselo... es mi hija y me preocupo por ella. Me gustaría empezar de nuevo, si ella lo permite".

"Claro que sí", respondió Alessandra, inclinándose hacia delante para acariciar el brazo de su madre. "Sé que ella también ha querido hablar contigo. Pero la situación con papá... no sabía qué hacer".

Fran miró el reloj de la chimenea y se levantó, cogiendo el bolso y pasándose la correa por el hombro. "Debería volver a casa. Alessandra... -dudó, y luego la miró fijamente. "Tu padre nunca cambiará. Es quien es. Pero eso no significa que yo tenga que ser como él. Me gustaría mucho que tú y yo pudiéramos ser amigos".

"Me gustaría", aseguró Alessandra a su madre, estrechándole la mano mientras caminaban hacia la puerta principal. "Me gustaría mucho".

Julián observaba en silencio. Se alegraba de que Alessandra estuviera renovando su contacto con los que más le importaban. Podría estar más tranquilo cuando tuviera que dejarla para siempre, sabiendo que estaba en el redil de su familia, rodeada del amor y el apoyo de su madre y Laura. Cuando llegara el momento, no volvería a quedarse sola.

Cuando Alessandra regresó, después de despedir a su madre, él la esperaba junto al sofá, la estrechó entre sus brazos y dejó que se acurrucara contra él. Le pasó un dedo por debajo de la barbilla, levantándole la cara. Tenía los ojos algo empañados, pero los labios curvados en una sonrisa.

"Estoy bien. De verdad. No sé por qué me siento triste, porque estoy feliz de tener a mi madre de vuelta".

"Lo decía en serio. Podía verlo en su cara, en sus ojos cuando te miraba. Lo mismo ocurrió en el cementerio. Creo que se perdió, mi Alessandra. Durante veinte años tuvo una relación específica con cada una de vosotras, de madre a hija. Luego, cuando os hicisteis adultas, la dinámica cambió, y ella ya no sabía cómo relacionarse con vosotras".

Alessandra asintió, apoyando la cabeza en su hombro. La abrazó con fuerza, disfrutando de la sensación de su cuerpo blando y flexible contra él, de sus suaves curvas apretadas.

"Sí. Era una buena madre, Julian. Y papá también era estupendo cuando crecíamos. Sólo cuando nos hicimos adultos se estropearon las cosas. O al menos, así lo veo yo".

Julian cedió a la tentación de bajar la cabeza, apoyando la mejilla en su pelo brillante, sintiendo las hebras sedosas, inhalando su dulce aroma. "Estoy orgulloso de ti por tener el valor de enfrentarte a las expectativas de tu familia y ser quien querías ser. Y creo que ella también lo está. Ella no lo entiende, pero esta noche he visto el comienzo de eso. Le encantará en quién se ha convertido su hija menor, cuando te conozca mejor".

"Ni siquiera estoy segura de saber quién soy", dijo con un suave suspiro. "Nunca pensé que sería del tipo de las de casa y hogar. Siempre lo vi como una trampa. Como en la que cayeron mis hermanas. Y ahora, significa algo diferente... mucho más".

"Felicidad", dijo Julian en voz baja, con un dolor en el pecho cuando sus palabras evocaron una visión de lo que podría ser... matrimonio, un hogar, niños riendo y jugando.

CAPÍTULO 25



ALESSANDRA SE AGITÓ entre sus brazos y levantó la vista, con sus preciosos ojos verdes suaves y soñadores. Bajó la cabeza y sus labios encontraron los de ella, grabando en la memoria su calor, su vitalidad, el tacto de ella contra él. Recordaría este momento para siempre. Lo único que podía darle eran recuerdos, recuerdos que ambos pudieran atesorar. Se le ocurrió una idea y sus labios se curvaron en una sonrisa.

"¿Por qué no te das un baño?", sugirió, rozando sus labios con los de ella y mezclando sus alientos. "Bien caliente, con muchas burbujas, y yo iré a restregarte la espalda".

"Mmmm", murmuró ella, echándose un poco hacia atrás para sonreírle. "¿Cómo voy a dejar pasar una oferta así?".

Julian se levantó del sofá, poniéndola en pie, y dejó caer un rápido beso sobre sus labios. "Enciende tú el agua. Yo iré a por tu camisón".

Ella se alejó de él, caminando por el pasillo hacia el baño. Él la observó, apreciando el contoneo de sus caderas, la forma en que su falda larga hasta la pantorrilla se arremolinaba sobre sus piernas. Le encantaba su elegancia, la grácil feminidad de las largas faldas de gasa que llevaba. Le sentaban bien. Desapareció en el cuarto de baño, y un momento después oyó correr el agua en la bañera. Moviéndose rápidamente por la casa, hizo sus preparativos.

"Avísame cuando estés dentro", la llamó desde su dormitorio, donde sacó una bolsa con una compra que había hecho durante aquel memorable viaje de compras dos días antes. Salió al pasillo e inhaló profundamente. Por supuesto. Gardenia. El aroma flotaba en el aire, flotando desde el cuarto de baño. Siempre asociaría el olor de las gardenias con Alessandra. Con esta noche.

"Estoy hasta arriba de burbujas". Su risa cadenciosa era contagiosa y le hizo sonreír. Se detuvo en la puerta, disfrutando de la visión de ella tumbada en la anticuada bañera de esmalte blanco, con montones de burbujas surgiendo del agua humeante, hasta el cuello, como ella había afirmado. Tenía el pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza, con mechones sueltos pegados al cuello y la frente. Dejó la bandeja que llevaba sobre la encimera y colocó la docena de velas blancas que había traído por la habitación, encendiendo cada una de ellas y apagando después la luz del techo.

El agua de la bañera se agitó cuando Alessandra se incorporó. "¡Champán!"

"Shhh". Julian se acercó a ella descalzo, vestido sólo con unos vaqueros. "Relájate. Éste es tu momento".

Descorchó el champán y sirvió dos copas. De un cuenco que había en la bandeja, sacó una

fresa fresca y madura, la mojó en el champán de la copa y se la llevó a los labios. Ella la mordió lentamente, con los ojos fijos en los de él.

"Mmmm".

Tenía los labios sonrosados por el zumo de la dulce fruta, y él se inclinó para lamerle un poco de la boca. "Mmmm, desde luego".

Sorbiendo el champán, deslizó la mano libre por el brazo de él hasta el hombro, mordisqueándole los labios. Sus ojos se clavaron en los de él. "Sabes a champán".

"Sabes a fresas y champán". Le dio otra fresa e intercambiaron un beso lento y dulce que Julian sintió hasta los dedos de los pies. Respiró hondo y su frente se apoyó en la de ella durante un largo rato.

"Basta de eso por ahora. Inclínate hacia delante y deja que te lave la espalda".

Ella le tendió la toallita, de cuyos pliegues manaba agua, y él cogió la pastilla de jabón de su soporte, olfateándola experimentalmente. Levantó una ceja, inquisitivo.

"Barrita de Olay", dijo ella en respuesta a su pregunta tácita, y luego se sentó en el agua. Incapaz de resistirse a la tentación, inclinó la cabeza para besarle la nuca. Ella respondió con un leve zumbido, casi un ronroneo, y él soltó una risita. Enjabonó el paño, se lo pasó por los hombros y luego bajó hasta la parte baja de la espalda. Enjuagó el jabón con generosas cucharadas de agua, luego deslizó el paño enjabonado por sus hombros, bajó por su brazo derecho, le quitó la copa de champán de la mano y la colocó en el suelo, a un lado.

A Julian le encantaban sus dedos, largos y delgados, como ella, pero también fuertes y capaces, sin miedo al trabajo duro. Eran tan hermosos enterrados en la tierra mientras ella cuidaba sus plantas como limpios y empapados de la bañera. Le lavó la mano, y cada dedo, con sumo cuidado, y luego se la llevó al pecho, manteniéndola allí mientras con la otra mano le acariciaba la cara, apartando los mechones húmedos. Tenía los labios entreabiertos y las pestañas agitadas cuando él se inclinó hacia ella, reclamando su boca con un deseo y una necesidad mezclados.

"Te amo, mi adorada Alessandra -susurró contra sus labios. Ella separó los labios y recibió su beso con un deseo tan desinhibido que casi lo dejó sin aliento.

"Y yo a ti, Julian".

"Cara mía", respiró él contra sus labios con teatral fogosidad, y ella se disolvió en carcajadas.

"¡Dios mío, ha sido perfecto!". Le acarició el cuello con el hocico, sin dejar de reírse. "No puedo olvidar la cara que puso papá".

Julian sonrió, adorando su risa. Sin dejar de abrazarla, deslizó la toallita por su frente. Se detuvo en las suaves curvas de sus pechos, que sobresalían de los montículos de burbujas, con las puntas sonrosadas apenas visibles. La tumbó suavemente en la bañera y bajó para sacar del agua una pierna larga y torneada. La lavó a conciencia, dedicando más tiempo al esbelto tobillo, trazando el arco del pie, pasando a la bola rosada y redondeada del pie, y luego a cada dedo con cuidado. Sujetándole el pie entre las manos, empezó a masajearlo, presionando con el pulgar en el arco y empujando lentamente hacia el pulpejo.

Con un sonido entre un suspiro y un gemido, la cabeza de Alessandra cayó hacia atrás, contra el borde de la bañera. "¡Ay, caramba! Me siento de maravilla".

Continuó con el lento masaje, los músculos de sus pies se relajaron al sumergirse en el agua tibia y sedosa. Pasó a los dedos de los pies, tirando suavemente de cada uno. Se detuvo a inspeccionar los pequeños dedos con las uñas pulcramente recortadas y dejó caer un beso sobre la punta redondeada de cada uno. "Deberían estar pulidas. De color rosa concha", decidió. "La próxima vez que salgamos, pararemos en uno de esos sitios de belleza, y elegiré exactamente el

color adecuado".

Una suave carcajada fue su respuesta, y sus ojos se abrieron un poco, curvándose sus labios en una sonrisa. "Rosa concha, ¿eh?"

"Sí". Volvió a meterle el pie en la bañera, cogió el pie izquierdo y empezó el mismo suave masaje. "¿Te pondrás esmalte en las uñas de los pies sólo para mí, mi Alessandra?"

Los ojos de jade brillaron con picardía. "¿Me lo vas a poner?"

Él le devolvió la sonrisa, dándole un último masaje en el pie antes de volver a meterlo en el agua. "Por supuesto. Y también un anillo en el dedo".

"Por favor, no me digas que eres uno de esos fetichistas de los pies".

Julian soltó una carcajada, la atrajo hacia sí y la acunó contra su pecho, con el agua chapoteando en el borde de la bañera. Le enterró la cara en el pelo, inhalando profundamente.

"Eres una delicia para mí".

"¿Eso significa que lo eres?", preguntó ella con suspicacia.

"No", rió entre dientes, echándose hacia atrás para mirarla a los ojos risueños. "Las uñas de los pies rosas son femeninas, como tú eres femenina, mi Alessandra".

Se enderezó, poniéndose en pie. "Un momento y te traigo la toalla".

Puso cara de perplejidad y señaló el toallero. "Está ahí mismo".

"Tscht". Hizo un chasquido gracioso y la señaló con un dedo. "Espera".

Se marchó y regresó rápidamente con una toalla. Ella salió del agua y él la envolvió en sus suaves y cálidos pliegues. Sonrió ante su exclamación de sorprendido placer. "¡Está caliente!"

"Mm", aceptó. "Lo tenía en la secadora".

Se acurrucó en la toalla, resistiendo sus esfuerzos por quitársela para que la secara. "Nunca se me habría ocurrido".

Julian se rió, dando un paso atrás. "Muy bien, entonces sécate. Aquí tengo un camisón para ti", e indicó el gancho que había detrás de la puerta. Los ojos de Alessandra se abrieron de par en par y se acercó a la puerta.

"Éste no es de los míos". Acarició la tela del vestido largo y sin mangas, de color amarillo pálido, pasando los dedos por el ribete de encaje del cuello en V y los bordes de las mangas, las diminutas cintas de color verde claro enhebradas. Sus ojos se abrieron de par en par. "¡Julián, esto es seda de verdad!"

Sonrió, poniéndose a su lado. "Lo vi en una boutique cuando estábamos en el centro comercial con Jacinto. Mientras os probabais zapatos, volví y lo compré". Le cogió la cara entre las manos y sus labios la buscaron en un prolongado beso.

"Póntelo por mí, Alessandra. Vete a la cama, yo cerraré la casa y me reuniré contigo".

Ella se estremeció, la toalla resbaló al rodearle con los brazos. "Está bien", susurró. "No tardes".

"Enseguida voy, *Cara*". El cariño, sincero esta vez, acudió fácilmente a sus labios. Con una última y ligera caricia en la mejilla de ella, se dio la vuelta, alejándose por el pasillo.

Alessandra lo observó mientras se alejaba de ella, con su ancha y bronceada espalda brillando a la luz reflejada de las velas del cuarto de baño. *Cara*. No estaba segura de lo que significaba, pero sonaba maravilloso tal y como él lo decía, con su voz cada vez más profunda, haciéndola estremecerse por dentro y derretirse un poco también. Se secó rápidamente, encantada con el lujo inesperado de una toalla caliente, y luego se pasó el camisón de seda por la cabeza. Era muy fino, parecía frágil. Era engañoso, lo sabía, porque la seda era sorprendentemente fuerte. Tenía una sensación encantadora cuando se deslizaba sobre su piel, se asentaba suavemente sobre ella, se ceñía a sus curvas. Se miró en el espejo del baño. Se veía...

diferente, pensó. Sus ojos parecían más brillantes, más vivos, sus labios más carnosos. También estaba sexy, con el pelo recogido en el moño y las puntas sueltas, enroscadas en el cuello por la humedad. Parecía... una mujer enamorada.

Se apartó del espejo y empezó a apagar las velas; luego se detuvo, mirando la docena de velas con los labios fruncidos. Las recogió con cuidado, llevándolas de una en una a su dormitorio, donde las colocó sobre la cómoda, la mesilla de noche y la parte superior de la pequeña librería. Complacida, cogió el cuenco de fresas, la botella de champán y las copas. Ya habría perdido casi todas las burbujas, pero seguía siendo champán.

Imbuida de una maravillosa sensación de bienestar, con el cuerpo agradablemente deshuesado tras el largo baño y los pies todavía hormigueantes por el masaje, volvió las sábanas de la cama y se deslizó entre las crujientes sábanas de lino. La casa estaba a oscuras y se preguntó qué estaría reteniendo a Julian. Sonrió, abrazándose a sí misma, encantada de que a él se le hubiera ocurrido calentar la toalla en la secadora mientras ella estaba en la bañera. ¿Qué clase de hombre hacía eso? Se abrazó a la almohada. Un hombre romántico, ése. Su maravilloso, romántico y sexy Julian.

Desde algún lugar del exterior, a través de su ventana entreabierta, el débil sonido de una guitarra flotaba en el aire nocturno. Sonrió, sin reconocer la melodía, pero le pareció que encajaba con el ambiente soñador y apacible de la noche. Un momento después, se incorporó sobre un codo. Sin duda, la música estaba muy cerca de la casa.

En ese momento, un barítono rico y familiar se elevó cantando bajo su ventana.

SUL MARE LUCCICA l'astro d'argento.

Plácida es la onda, próspero es el viento.

Sul mare luccica l'astro d'argento.

Plácida es la onda, próspero es el viento.

Venite all'agile barchetta mia,

Santa Lucía ¡Santa Lucía!

Venite all'agile barchetta mia,

Santa Lucía ¡Santa Lucía!

CON UN GRITO ahogado que se mezcló con una risita involuntaria, Alessandra se incorporó, echó las sábanas hacia atrás y se deslizó fuera de la cama, dirigiéndose a la ventana. Fuera, en el césped, estaba Julian, un Julian al que nunca había visto. Atónita, sólo pudo mirarlo, con la boca seca. Iba vestido con una larga túnica de terciopelo, muy bordada por delante y con mangas acuchilladas que caían a la altura del codo. Unos pantalones ajustados del mismo azul intenso, un tono más oscuro que sus ojos, se ceñían a sus piernas. Llevaba un cinturón de cuero alrededor de la cintura y una guitarra entre los brazos, que rasgueaba mientras cantaba. Llevaba el pelo suelto, largo y negro, que le caía sobre los hombros, bajo un sombrero de ala ancha con una pluma enroscada en el ala.

AHORA, bajo la luna plateada, el océano brilla.

Sobre las tranquilas olas soplan vientos suaves.

Aquí soplan brisas balsámicas, puras alegrías nos invitan,
Y mientras remamos suavemente, todas las cosas nos deleitan.
Escucha cómo resuena el grito alegre del marinero:
Santa Lucía ¡Santa Lucía!
Hogar de la bella poesía, reino de la armonía pura.
Santa Lucía ¡Santa Lucía!

ALESSANDRA ESTALLÓ EN una carcajada encantada, que la llenó de alegría y le hinchó el corazón hasta que creyó que iba a estallar. Levantó la ventana del todo y se asomó por el alféizar. Él levantó la vista de la guitarra, con una sonrisa relampagueante sólo para ella. Se quitó el sombrero de la cabeza y dobló una rodilla en una profunda y florida reverencia.

"Milady", dijo, con voz profunda por la emoción. Se acercó a la ventana, con el pelo negro azulado brillando a la tenue luz de la luna, mientras la miraba.

"En otro lugar, en otro tiempo, te habría convertido en mi Condesa", dijo, con voz ronca.

La mosquitera de la ventana que los separaba desapareció. Él le tendió la mano y ella la cogió, sintiendo cómo la estrechaba ligeramente. Se la llevó a los labios y le besó el dorso con una ternura que le hizo llorar.

"Habrías tenido sirvientes, vestidos sólo de las mejores telas y joyas maravillosas. Y yo te habría cortejado como es debido, con serenatas, luz de luna y rosas".

"Oh, Julian", susurró ella, con la voz entrecortada en la garganta. "Nunca he conocido a nadie como tú, en toda mi vida".

Sus ojos, de un azul tan oscuro que parecían de medianoche, se clavaron en los de ella. "Ni yo a ti, mi Alessandra".

"Entra", susurró. "Quédate conmigo".

"Estoy contigo", respondió. "Siempre, Alessandra *mia*".

CAPÍTULO 26



"¡TENGO UNA IDEA FABULOSA!"

Alessandra se sentó sobre los talones y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, consiguiendo mancharse la frente de tierra. Julian hizo una pausa en su poda de las rosas del seto para mirarla por encima del hombro, con una ceja levantada en señal de interrogación.

"Es domingo y va a hacer aún más calor. Vamos a asearnos y a dar una vuelta por el campo. Podemos llevarnos una comida de picnic y una manta, y encontrar un estanque o un arroyo con algunos árboles bajo los que sentarnos y disfrutar del día".

Julian se pasó la manga por la cara, asintiendo. Bajó las tijeras de podar y giró los hombros para aflojar los músculos. Lanzó una mirada desconfiada al VW amarillo brillante aparcado en el camino de entrada, junto a la casa.

"Y llevaremos mi descapotable, así tendremos una posibilidad razonable de volver a casa".

Alessandra se rió cuando se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y sus labios encontraron los de él.

"Mhmm", estuvo de acuerdo. "Sin magia, sin narices parpadeantes ni príncipes Djinn realmente aterradores. Sólo tú y yo... un hombre y una mujer, dando un paseo dominical por el campo".

Lanzando una mirada de conocimiento al cielo, Julián entrecerró los ojos. "Tormentas esta tarde, más tarde, pero creo que tenemos tiempo suficiente para un picnic, y si no, subiré el techo y nos liaremos en el asiento delantero".

Alessandra se echó a reír, y él sonrió. "Ve a ducharte", le dijo, "mientras yo meto las herramientas en el cobertizo para que estén secas si llueve mientras estamos fuera".

"Trato hecho. Y mientras te duchas, haré bocadillos y juntaré algo de fruta".

Le dio un codazo, moviéndose para coger el rastrillo que tenía cerca. "Y patatas fritas".

Alessandra puso los ojos en blanco. "Y patatas fritas", convino, riendo mientras se dirigía a la casa. "No tengo, tendremos que parar a comprarlas cuando salgamos de la ciudad".

Dos horas más tarde, serpenteaban por un tranquilo camino rural, entrando y saliendo de la luz moteada por el sol, filtrada por las anchas ramas de los arces de azúcar que bordeaban la estrecha carretera.

"Parece mentira que apenas estemos a cincuenta kilómetros del corazón de Manhattan", comentó Alessandra, levantando la cara al aire que pasaba a toda velocidad. Llevaba el pelo largo recogido en una gruesa trenza para que no se le enredara con el viento en el coche abierto. Hacía rato que habían abandonado la autopista y circulaban por caminos rurales, dejando que el

capricho eligiera su dirección.

"Al fin y al cabo, si nos perdemos, tengo esto", le dijo a Julian, levantando el móvil con una sonrisa. "¡Mejor que la magia!"

Él soltó una carcajada, y ella se acomodó en su asiento con un cómodo suspiro. Se acercó para cogerle la mano y giró la cabeza para sonreírle, sintiendo un resplandor de felicidad.

"Me alegro mucho de que hayamos hecho esto", le dijo. "No salgo de la ciudad desde hace más tiempo del que puedo recordar. Cuando era pequeña, los domingos mamá preparaba pollo frito, ensalada de patata y huevos endiablados, y añadía algo de fruta y un bote de pepinillos eneldo. Teníamos una gran furgoneta en la que nos metíamos todos y conducíamos hacia WestPoint, a lo largo del Hudson".

Julian se rió entre dientes. "¡El picnic soñado de Jacinth, de hecho!"

"¡Oh!" Alessandra se echó a reír. "¡Dios mío, qué razón tienes! No se me había ocurrido!"

Sin dejar de reírse, se incorporó de repente. "¡Oh! ¡Julián, mira allí! ¿Ves ese sauce llorón? Parece un sitio perfecto".

Aminoró la marcha, siguiendo la dirección de su mirada. Unos metros más atrás de la carretera, medio oculto por una suave pendiente del terreno, un arroyo burbujeante se curvaba bajo las ramas extendidas del sauce antes de dirigirse hacia una espesa zona boscosa en la distancia. Sonrió.

"Es perfecto. Tranquilo y silencioso".

Se apartó de la carretera, golpeando suavemente sobre el terreno irregular, y aparcó cerca del árbol. Levantó la cesta de picnic del asiento trasero mientras Alessandra traía el gran mantel que había traído para que se sentaran. Alessandra descargó la comida de la cesta mientras Julián les servía té helado de la jarra térmica que habían traído. Le pasó un plato y una servilleta, y ambos se zambulleron en la comida.

"¡Oh!" Alessandra hizo una pausa, con un trozo de pollo a medio camino de la boca, mientras recordaba algo. "Laura estará en la ciudad la semana que viene, viene de Washington para reunirse con su abogado y un juez, una especie de cosa previa al divorcio para decir quién se queda con qué. He pensado que quizá podríamos llevarla a cenar y después salir a algún sitio".

Alessandra sonrió, con un aspecto demasiado seráfico, y los ojos de Julián se entrecerraron sospechosamente. De algún modo, aquel plan parecía demasiado inocente. "¿En algún sitio como dónde?"

Sin mirarle a los ojos, rebuscó en la cesta y sacó un recipiente de plástico cerrado. Quitó la tapa y sacó un racimo de uvas. Sacó una y se la acercó a los labios de él. Él la cogió, chupándole ligeramente los dedos, pero su mano subió para atrapar la de ella.

"Escúpelo", ordenó.

"¿Qué? Sus ojos se clavaron en los de él. "Tienes un dominio maravilloso de la lengua inglesa, Julian. De verdad, me asombra".

Él esperó, y ella soltó una risita, inclinándose hacia él, acariciándole el hombro con la mejilla.

"Bueno, como tienes una voz tan maravillosa y sabes cantar tan bien, he pensado que quizá podríamos ir todos al karaoke a un sitio que conozco".

Instintivamente retrocedió. ¿"Karaoke"?

"Oh, venga. Será divertido".

"¿Para quién?", preguntó.

"Por todos nosotros". Incluyó la cabeza para mirarle, con ojos suplicantes. "¿Por favor?"

¿Cómo iba a negarle nada? "Si realmente quieres", capituló con un suspiro.

Ella se rió y le dio otra uva. "No es el fin del mundo. No tienes que cantar si no quieres, de verdad. Es sólo que, cuando yo era adolescente, antes de que Laura se casara, solíamos ir siempre juntas al karaoke, y nos divertíamos mucho. Pensé que sería bueno para ella recordar los buenos tiempos, haciendo cosas que solía disfrutar antes de... Robert".

Su corazón se derritió y la cogió en brazos, acercando su forma suave y flexible, su mejilla contra la de ella. "Eres tan generosa, *Cara*. Pensar en cosas así para ayudar a tu hermana. Por supuesto, mañana iremos al karaoke. Aunque", añadió, tocándole la nariz con un dedo. "No prometo nada".

Ella ladeó la cabeza y le mordió el dedo. Riéndose, se echó hacia atrás sobre la manta, tirando de ella hacia abajo para que estuviera inclinada hacia él, con la cabeza apoyada en su estómago.

Giró un poco la cabeza para mirarle a los ojos, con los labios curvados en una sonrisa. "No recuerdo la última vez que no hice absolutamente nada como esto. Cuando no estoy visitando a alguien en el hospicio o enseñando en el refugio, estoy en mi jardín o haciendo velas o vidrieras, o haciendo algo". Se ríe entre dientes. "Betty jura que va a grabar eso en mi lápida: *Siempre estaba haciendo algo*".

"Es bueno que te relajes, que descanses y no hagas nada durante un tiempo".

"Lo sé. Siempre quiero hacerlo, pero *ahora* siempre hay algo que hacer, y creo que mañana me tomaré un tiempo para relajarme... sólo que mañana hay más cosas que hacer".

Sus dedos estaban soltando la trenza, liberando su pelo de los confines y peinando con los dedos las largas y sedosas hebras. "¿Sabías que tu pelo es del color de las borlas del maíz? E igual de sedoso".

"¡Borlas de maíz! Qué bonitas!" Plácidamente relajada, observó las nubes que pasaban a través de las ramas caídas del sauce. "¿Julián? ¿Puedo preguntarte algo? ¿Si no te resulta muy difícil hablar de ello?".

"Puedes preguntarme lo que quieras, *cuore mio*, y te responderé lo mejor que pueda".

Divagando un poco, preguntó: "¿Qué significa eso, *cuore mio*?".

Su mano se deslizó por la manta, llegando a estrechar la de ella y llevándosela a los labios. "Significa, corazón mío. Ahora, ¿cuál es tu pregunta?"

"¿Cuál es la otra magia de la que hablas, y que mencionó el príncipe Djinn? Utilizó la palabra mago. Sé que me habló un poco de ella, pero ha habido tanto que comprender que estoy un poco confusa en cuanto a los detalles".

"Ah, la magia". Pudo oír la sonrisa en la voz de Julian, que le lamió los dedos, provocándole escalofríos de placer. "Hay más magia en el mundo que la magia de los Djinn, igual que hay más criaturas mágicas en el mundo que los Djinn. Las otras magias, los sistemas mágicos, si quieres, son tan reales como la de los Djinn... aunque generalmente no tan espectaculares. Hace seiscientos años, el conocimiento de la ciencia no había hecho más que empezar, y el mundo estaba mucho más abierto a la creencia en la magia. Tarot, adivinación, pociones y hechizos... gitanos... la anciana de las afueras de la ciudad que podía preparar una poción de amor, el chamán que podía hacer crecer las cosechas... o arruinarlas". Se rió suavemente. "Incluso la Iglesia creía... ¡seguro que lo suficiente como para arremeter contra ellos! Pero el caso es que la magia era muy real en aquellos tiempos. A una edad temprana, me descubrieron una gran afinidad por la curación y las cosas que crecían... magia de la tierra, lo llamarías en la jerga moderna de hoy. Cuando cuidaba las plantas, crecían bien. Como las tuyas, *mia Alessandra*".

Le besó los dedos, y ella volvió la cabeza para mirarle, frunciendo el ceño.

"No es magia", negó. "Sólo tengo un pulgar verde".

Sacudiendo la cabeza, Julián sonrió. "Es una habilidad mágica. La diferencia es que yo creía en la magia, como todos, y trabajé conscientemente para desarrollarla. La tuya nunca ha crecido, nunca ha florecido en todo su potencial, porque no crees. En mi época, era muy diferente. Mis habilidades se tenían en cuenta y se fomentaban. Un mago que vivía cerca de Génova oyó hablar de mí y se interesó por él. Fui aprendiz suyo".

"¿Mago?" Alessandra frunció el ceño. "¿Como los Magos, los Reyes Magos?".

"No. Quizá te resulte más familiar el término mago ceremonial, o alquimista".

"¡Oh! Alquimistas, eran los que intentaban convertir algo... ¿qué? En oro, ¿no?"

"Cerca. Intentaban convertir metales básicos como el plomo en lo que denominamos metales nobles... oro. Pero esa transmutación, como se la llama, no es más que un peldaño. No, lo que los alquimistas anhelan, por lo que luchan, es el descubrimiento de la Piedra Filosofal".

Alessandra estaba tan sorprendida que se sentó erguida, mirándole con absoluto asombro. "¿La Piedra Filosofal? ¿Como en Harry Potter?"

Julian se rió y tiró de ella para tumbarla contra él. "Sí, como en Harry Potter. Excepto que la Piedra Filosofal es muy anterior a Hogwarts. De hecho, se remonta al año 300 d.C. sólo en forma escrita. Hubo incluso un Nicolás Flamel, aunque en realidad no hay pruebas que demuestren que fuera alquimista ni que encontrara la Piedra Filosofal, a pesar de que la creencia popular le atribuye ambas cosas. Sea como fuere La búsqueda de la Piedra Filosofal implicaba traducciones de textos antiguos, la mayoría escritos en clave, cuidadosamente custodiados. Como aprendiz, me pusieron a trabajar en la traducción de estos textos y en el descifrado del código. Se descubrió que también en esto, además de en la curación, tenía aptitudes. Y, naturalmente, también me introdujeron en las prácticas de la magia ceremonial... círculos protectores, cánticos, invocaciones, hechizos. Y aprendí la magia simpática".

Dejó de hablar un momento, girándose sobre un costado para mirarla más de frente. El arroyo que había junto a ellos borboteaba alegremente, pero él estaba concentrado en su explicación.

"Magia simpática", en una explicación muy simplificada, significa atraer algo hacia ti fingiendo serlo o fingiendo que ha sucedido. Los dibujos rupestres primitivos de cacerías con éxito se consideran una forma de magia simpática. Lo imaginaban, y luego plasmaban el deseo dibujándolo, en la creencia de que esto les ayudaría a conseguir la caza exitosa que deseaban."

"Pero mi tarea principal eran los textos sobre la Piedra Filosofal. Mi Maestro estaba entusiasmado, al igual que yo, por los progresos que estábamos haciendo. Sentía que estábamos cerca. Más cerca de lo que nunca había estado. Había mantenido correspondencia con otro Mago situado a cierta distancia de Génova. Este Mago había conseguido algunos textos antiguos y mi Maestro fue a visitarle, llevándose mis traducciones para ver si juntos podían hacer el avance definitivo. Regresé a la casa de mi familia durante su ausencia. Fue entonces cuando la peste asoló el campo".

Julían se detuvo, con la mirada desenfocada, como si mirara a lo lejos pero no viera nada. Alessandra guardó silencio, escuchando atentamente, asimilándolo todo. No necesitaba que le dijeran que no era algo de lo que él hablara con facilidad... quizá en absoluto. Así que le dejó hablar sin interrumpirle.

"A veces", reflexionó, "me pregunto si no habré sido yo mismo apestado y febril. Mirando hacia atrás, me parece tan increíble que debí de perder la cabeza. Tantos conceptos imperfectamente comprendidos, tantos hilos diferentes que junté... mis habilidades curativas, las invocaciones ceremoniales, la magia simpática... y la Piedra Filosofal". Giró la cabeza, mirando a Alessandra, sus ojos zafiro se volvieron de medianoche por la emoción reprimida. "Debes

comprender que la Piedra no sólo concedía la inmortalidad. Podía convertirse en un elixir, *al iksir*, del árabe, que podía curar cualquier cosa. *Cualquier cosa*, Alessandra".

Su rostro estaba demudado, como dolorido, reflejando su agitación interior. Alessandra sólo pudo acariciarle la mejilla, deseando poder hacer algo para aliviarle.

"El hechizo que lancé... Intenté atraer hacia mí la Piedra Filosofal. Utilizando la magia, las invocaciones, intenté que yo mismo *fuera la Piedra Filosofal*". Cerró los ojos con fuerza, levantando el brazo para cubrirlos. "Debía de estar loco".

"Intentabas ayudar", Alessandra le puso la mano en el brazo. "Tú mismo dijiste, cuando hablaste por primera vez de la plaga y del hechizo, que estabas desesperado. Tus intenciones eran buenas. Fue algo desinteresado lo que hiciste, Julian. Sólo querías ayudar".

"Y desde entonces llevo seiscientos años ayudando a la gente".

Le tiró del brazo. "No puede haber sido todo malo, Julian. No todas pueden haber sido como... como *ella*". Ni siquiera quería pronunciar el nombre de la mujer, tenerlo en los labios.

Bajó el brazo para mirarla, con una expresión detenida en los ojos.

"No. No, por supuesto que no lo han sido. La mayoría de ellos eran gente corriente, buenas personas a las que se les dio la oportunidad de mejorar sus vidas". La acercó y sus labios se encontraron con los suyos en un beso ligero. "Gracias, Alessandra. Necesitaba recordarlo. Me he estado autocompadeciendo".

Se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en su hombro. "*Han* pasado seiscientos años. Creo que tienes derecho".

Bostezó. "Estoy tan relajada que juraría que podría dormir aquí mismo".

Julian entrecerró los ojos y miró al cielo con conocimiento de causa. "Deberíamos hacer las maletas y emprender el regreso. No tardará en llover, y preferiría no volver a Manhattan bajo un diluvio".

"De acuerdo", dijo ella, incorporándose y empezando a recoger los platos y recipientes y a ponerlos de nuevo en la cesta.

Ella había colocado la cesta en el maletero del coche y Julian tenía una mano en el tronco levantado cuando pareció tensarse, volviéndose hacia el bosque profundo que había más allá del arroyo, con la cabeza levantada en actitud alerta. Alessandra se volvió para mirar justo cuando un gato saltaba de entre la maleza sombría. Con las orejas gachas y el pelaje erizado, se dirigió hacia el arroyo, preparándose para el salto. Falló en la orilla opuesta, aterrizó en el agua y trepó por la cercana. Al verlos, el gato, el más grande que Alessandra había visto nunca, corrió por el suelo hasta desaparecer bajo el Mustang.

Instintivamente, Julián giró el cuerpo, colocándose entre Alessandra y lo que hubiera entre los árboles, sintiendo la oleada de malevolencia, el hedor agudo y acre del mal.

"¡Qué dem...!" Buscó las llaves en el bolsillo y se las puso a Alessandra en la mano, sin apartar los ojos del bosque. ¿Estaban brillando aquellos ojos amarillos en los espesos arbustos de la lejanía?

"Entra en el coche, Alessandra", ordenó bruscamente. "Levanta el techo y las ventanillas, y rápido".

Sintió el aire cargado de malevolencia, con la ira de la intención frustrada. Luego, con la misma rapidez, desapareció. Al darse cuenta de que tenía la frente húmeda de sudor, se la secó. Se dirigió al lado del conductor justo cuando Alessandra abría la puerta, mirándole desde el asiento, con el techo descapotable bien levantado.

"Ahora es seguro", le dijo.

"¿Qué era?" Preguntó mientras balanceaba las piernas hacia los lados en un grácil

movimiento, preparándose para levantarse.

"No lo sé, pero sea lo que sea, va detrás de este gato. A ver si puedes ayudarme a sacarlo de debajo del coche. Podemos llevárnoslo, por si lo que sea que va detrás del gato está esperando por ahí".

Pero el gato no necesitó que le insistieran. En el instante en que Alessandra se puso en pie, salió de debajo del coche, aullando lastimeramente mientras se arremolinaba en sus pantalones para aferrarse al ligero jersey mientras los brazos de Alessandra subían instintivamente para acunarlo.

Julian acarició suavemente la cabeza del gato, intentando calmar a la pequeña criatura. El gato temblaba mucho, su delgado cuerpo temblaba mientras lloraba en voz alta una y otra vez... casi como si intentara hablarles. Tenía las orejas grandes y empenachadas, las patas también grandes y las almohadillas también empenachadas. El pelaje, un calicó tricolor, era largo y pesado, y habría sido hermoso si no hubiera estado sucio y enmarañado.

"Es una hembra", dijo Alessandra. "Los machos no pueden ser calicó, es algo genético. Nunca había visto una gata tan enorme, pero es tan delgada que puedo sentir cada costilla". Explorando el delgado cuerpo con las manos, hizo un descubrimiento. "Julian, tiene gatitos. Los está amamantando. Deben de estar en algún lugar del bosque".

La gata volvió a gritar, más suavemente, frotando la cabeza contra la mano de Alessandra, y luego la abofeteó con urgencia, clavando profundamente sus garras.

"¡Ay!"

El gato volvió a aullar y sus grandes ojos dorados se clavaron ansiosamente en los de Alessandra.

"Es casi como si intentara hablarnos".

Julian maldijo de repente. "Vuelve al coche", dijo, con voz urgente. "¡Lleva al gato contigo! Ahora!"

Alessandra obedeció, con los ojos muy abiertos y asustada. Sujetó la forma temblorosa del gato cerca de ella mientras Julian miraba por encima del techo del coche hacia el bosque profundo, sintiendo que volvía la sensación de maldad. Algo había ahí fuera... algo malo... y él tenía la inconfundible sensación de algo Otro. Les estaba observando, y perseguía al gato. También había malicia hacia Alessandra y hacia él, furia y frustración porque su presa se había refugiado con ellos.

Fuera lo que fuese la criatura, no reconocía su magia, pues sólo sentía oleadas de una sensación envolvente de maldad, de odio y de una ira malévola. La cólera creció como una ola y luego disminuyó cuando la entidad se retiró, escabulléndose una vez más en las profundidades del bosque. Aún quedaban rastros de la presencia, como si estuviera buscando otra presa. Si realmente tenía gatitos, debían darse prisa en encontrarlos.

"¿Qué pasa, Julian? preguntó Alessandra, con voz ronca y asustada. "¿Qué hay ahí fuera? Esta gata... está aterrorizada".

"No sé lo que es", respondió Julián, "pero creo que va detrás de esta gata, y tal vez vaya a por sus gatitos".

Se encorvó sobre los talones, con la cabeza a la altura del gato acunado en los brazos de Alessandra.

"¿Puedes guiarnos hasta ellos?"

"Mawr". La gata saltó graciosamente al suelo, acariciándose los tobillos, mirándole mientras daba pequeños gritos ansiosos.

Alessandra miró fijamente a Julián y luego al gato.

"¿Acabas de... hablar con ese gato?". preguntó débilmente.

"No hay tiempo para explicaciones. Debemos llegar hasta los gatitos. No me gusta llevarte al peligro, pero tampoco quiero dejarte aquí sola..."

"¡No!" Alessandra se deslizó rápidamente del coche, agarrándose a su brazo. Temblaba, asustada sin saber por qué. Bastaba con que Julian estuviera preocupado. Miró hacia arriba y hacia abajo por la carretera desierta, hacia los árboles que crecían densamente hasta el estrecho arcén. "Julian, no me dejes aquí sola".

"No, no lo haré. Pero necesito que te mantengas cerca de mí, ni un paso de distancia, ¿entendido? Haz lo que te diga, cuando te lo diga, sin preguntas".

Ella asintió, estremecida por la cruda intensidad de sus ojos y la áspera nota de su voz. Sus ojos estaban oscuros por la preocupación, aunque ella también percibió ira en ellos. Su mano se cerró sobre la de ella, estrechándola con fuerza, tranquilizándola.

"Puedo protegernos, Alessandra. Es sólo que no sé a qué nos enfrentamos, así que soy prudente. Pero quédate a mi lado y no te alejes ni un paso -reiteró-. "No te separes de mí ni un instante, pase lo que pase".

El gato se alejó corriendo, hacia el arroyo, deteniéndose para mirar atrás. Alessandra cogió el mantel que habían utilizado como manta de picnic, pensando en utilizarlo para transportar a los gatitos en caso necesario. Agarró con fuerza la mano de Julián y siguieron al gato, vadeando el agua poco profunda. Con un grito lastimero, la gata los condujo a la espesa zona boscosa. Julian los siguió, agarrando con fuerza la mano de Alessandra, con todos los sentidos alerta por si veía la presencia que había sentido antes. No había rastro de ella en el hermoso y apacible bosque mientras la gata los conducía más profundamente entre los árboles, pero no se tranquilizó. La ausencia de la malevolencia le parecía tan ominosa como su presencia anterior, como si los estuvieran alejando de la seguridad del coche y de la carretera. Lo cual era probable, admitió. Pero no estaba en él apartarse de ninguna criatura en apuros.

A no mucho más de 400 metros del arroyo, el gato se detuvo ante un enmarañado grupo de arbustos, y luego saltó sobre un tronco caído medio oculto por los matorrales, desapareciendo al otro lado. El tronco había caído sobre un terreno irregular, encajado por un grupo de rocas. Al rodear el extremo del tronco, Julian pudo ver profundas marcas de arañazos en la tierra, que indicaban que un gato grande había arañado el tronco y el suelo que lo rodeaba, al parecer intentando cavar debajo de él. Por las marcas, era lo bastante grande como para ser un puma, desde luego mucho mayor que los lince autóctonos de la zona, aunque nunca había oído hablar de pumas en el norte del estado de Nueva York.

A su lado, Alessandra jadeó y cayó de rodillas junto al tronco, escudriñando profundamente. Lejos, Julián podía oír los gemidos asustados de unos gatitos muy jóvenes.

La gata madre salió de la madriguera, sujetando a un gatito por el cuello. Lo colocó junto a Alessandra y, sin perder tiempo, desapareció de nuevo bajo el tronco, para regresar unos instantes después con un segundo gatito. Este pequeño maullaba lastimeramente, con profundos arañazos. Tenía sangre seca y apelmazada en la cabeza y el cuerpo; al parecer, casi había sido arrastrado por el gato salvaje, pero había conseguido liberarse.

Los ojos de Alessandra se empañaron de lágrimas cuando se lo quitó a la madre, sujetándolo entre ambas manos.

"¡Qué vergüenza!" Levantó a la lastimera cosita y la acunó contra sí. "¡Vergonzoso! Mira a este pobre bebé".

Con una maldición, Julian se puso en pie, tirando de Alessandra. Rápidamente levantó al primer gatito, colocándolo también en sus brazos. En el bosque cercano, la malevolencia crecía,

cobrando fuerza mientras se abalanzaba triunfante sobre ellos. Detrás de él, la gata madre chilló aterrorizada y desesperada, escupiendo con fuerza.

Por primera vez en siglos, Julian sintió verdadero miedo. El aire crepitaba con la magia y la opresiva mancha de las malas intenciones. No tenía fuerzas para luchar contra aquello... fuera lo que fuese. Juntó las manos por encima de la cabeza en el gesto de invocación que rara vez necesitaba utilizar, la invocación urgente para que Jacinto, su mentor Djinn, acudiera a él a toda prisa.

El aire brilló y apareció Jacinto, con un pijama de satén lila incongruente en el bosque cubierto de maleza. Llevaba el pelo suelto y despeinado, y los pies desnudos. Apenas tardó un latido en darse cuenta del peligro que corrían, y su mirada recorrió los arbustos sombríos, sus ojos chasqueando con feroz determinación.

"Detrás de mí", ordenó, su voz resonaba con urgencia mientras interponía su esbelto cuerpo entre ellos y la entidad desconocida. "Julian, pon a Alessandra detrás de ti. Sea lo que sea, busca matar".

El aire estaba cargado de maldad, una oleada de energía se agitaba antes de que la tormenta estallara sobre ellos.

"¡Kieran!" Jacinto levantó los brazos por encima de la cabeza. El bosque resonó con su voz mientras invocaba al gran príncipe Djinn. "¡Kieran!"

Un enorme leopardo negro salió de entre los árboles, despejando la maleza de un salto para aterrizar ante ellos. A Julian se le pusieron los pelos de punta cuando unos gruñidos tosedores surgieron de unos labios que se retrajeron para mostrar unos dientes malvadamente afilados que brillaban de blanco. Era una bestia enorme, más grande que cualquier gato salvaje que Julian hubiera visto jamás. Si su espeso pelaje dorado hubiera tenido rayas y no manchas, habría pensado que era un tigre. Los ojos amarillos brillaban con una mezcla de malicia y triunfo mientras los poderosos músculos se agolpaban para saltar.

El más leve indicio de electricidad en el aire avisó a Julian, pero Alessandra gritó cuando un estruendoso chasquido hendió el aire, y una lámina de lo que parecía fuego brotó, materializándose en un muro de llamas azules que los rodeaba. La alta figura del príncipe Djinn apareció en medio de las llamas, silueteada en el resplandor. No miró al pequeño grupo que tenía detrás, sino que miró al leopardo a través de las inquietantes llamas azules.

El leopardo rugió, lleno de furia y amenaza, con los ojos llenos de una inteligencia espeluznante, casi inhumana, fijos en aquella figura imponente. El príncipe djinn pareció crecer en estatura, su forma se volvió indistinta mientras parecía fundirse con el aire caliente que brillaba a su alrededor. Al ver que Alessandra miraba temerosa hacia arriba, Julián siguió su mirada para ver las altísimas llamas que los rodeaban lamiendo los árboles, pero sorprendentemente no se incendiaron.

"Fuego de djinn", le susurró Julián. "No quemará nada excepto lo que él desee que queme. El leopardo no puede llegar hasta nosotros sin atravesar las llamas, y no puede".

Levantó los labios, un valiente intento de sonrisa que no hizo más que acentuar su terror.

"¿Cómo sabes que es un leopardo? Creía que era una pantera, son así de negras".

"No, leopardo. Te lo explicaré más tarde".

Se inclinó hacia él, acunando a los gatitos de forma protectora, y él la atrajo hacia sí. Jacinth también se había unido a ellos, con la gata madre apiñada junto a ella, y juntos observaron cómo Kieran se ocupaba de la entidad.

Sin aparente esfuerzo, el alto Djinn hizo un rápido movimiento con la mano, y una bola de fuego estalló ante el leopardo, haciendo retroceder a la criatura. Chilló de rabia, pero retrocedió.

Otra bola de fuego le hizo retroceder, luego otra, y otra, hasta que el leopardo fue lentamente empujado hacia los arbustos. Finalmente, gruñendo y siseando, la criatura se escabulló. Se oyeron sus quejas desvanecerse en la distancia, y luego cesaron.

El fuego desapareció como si nunca hubiera existido. Para asombro de Alessandra, que miraba los árboles a su alrededor, ni siquiera se había quemado una hoja. Jacinth corrió hacia el Djinn macho, rodeándole la cintura con los brazos. Él la estrechó contra sí, temblorosa, y murmuró en voz baja en una lengua extraña mientras le acariciaba el pelo con una dulzura que contradecía su gélida conducta. Al cabo de un momento, la mirada del djinn se volvió hacia el gato y los gatitos, y sus finos labios se apretaron.

"Necesita cuidados. Aquí hay un mal que no debería estar".

Alessandra se agitó al lado de Julián. "No era un leopardo de verdad, ¿verdad?".

"No", respondió Jacinth, estremeciéndose ligeramente, con una palidez en su piel cremosa. "Era Otro. Un ser mágico".

"¿Era un pícaro, *Amri*?" preguntó Julián, frunciendo el ceño. Nunca había visto a Jacinth asustada, nunca había visto apagarse su alegre ebullición. Jamás. Le perturbaba verla así... vulnerable.

El Djinn inclinó ligeramente la cabeza. "Sí, algo así no había ocurrido desde hacía siglos. Que esté aquí, que se atreva a amenazar no sólo a los mortales, sino también a un Djinn..."

Se interrumpió, pero Julián se dio cuenta de que las brillantes joyas del pecho del príncipe djinn parecían brillar con más intensidad, y pequeñas llamas parpadeaban en las hojas a sus pies.

"No debéis preocuparos por esto", les dijo Kieran. "Os he puesto en guardia para que no pueda seguiros. Pero debéis abandonar esta zona lo antes posible, y llevaros a estos pequeños con vosotros". Señaló con la cabeza a la gata madre y a sus gatitos.

"¡Claro que no les dejaríamos!" exclamó Alessandra, apretando los brazos en torno al gatito que aún sostenía en un brazo.

En el rostro del djinn se reflejó la diversión, que calentó por un instante sus fríos ojos. "Por supuesto". La estudió un largo instante, como había hecho aquella noche en la suite del hotel, y luego inclinó la cabeza hacia ella. "Servirás", afirmó enigmáticamente.

Jacinth parecía haber recuperado la calma, pues se separó de Kieran y cruzó al lado de Alessandra, con una brillante curiosidad en el rostro.

"Me encantan los gatos". Se inclinó para acariciar a la gata madre.

"Jacinth, conmigo. Ahora". Fue una orden. Con un gesto casual de la cabeza hacia Julian y Alessandra, Kieran desapareció. Sin fuego, sin destellos... en un momento estaba allí, y al siguiente ya no.

CAPÍTULO 27



Alessandra estaba llena de preguntas, pero el gatito más pequeño que sostenía estaba inerte, su respiración era irregular y sus delgados flancos se agitaban mientras luchaba por respirar, aferrándose a la vida. Lo abrazó a ella, mientras la gata madre lavaba a su otro gatito y se movía alternativamente a los pies de Alessandra, maullando ansiosamente, claramente desesperada por ayudar al bebé gravemente herido.

El gatito emitía pequeños maullidos que rompieron el corazón de Alessandra. Goteaba sangre de muchas marcas de garras y dientes, tenía una oreja partida por la mitad y rezumaba sangre de los arañazos en los ojos, aún sin abrir desde su infancia.

"¿Podemos salvarla, Julian? ¿Vivirá?"

Le vio intercambiar miradas con Jacinth, que no se había marchado a pesar de que Kieran se lo había ordenado. La compasión suavizó el brillo de los cálidos ojos marrones de la Djinn. Claramente reacia, dio un paso atrás y, con una mirada extrañamente mesurada hacia Alessandra, también desapareció.

"No lo sé -contestó Julian, acercándose a ella para coger el botiquín y acunarlo entre sus grandes manos-. "No lo creo. Está en mal estado".

La gata madre pareció entenderlo, porque lloró, un gemido lastimero que era casi humano. Trepó por sus piernas, trepando a los brazos de Julián para estar junto a su gatito. Lo lavó frenéticamente, pareciendo sostenerlo entre sus patas delanteras, casi como si ella fuera humana y el gatito un bebé humano. Los gatitos no tenían más de unos días como mucho. A Alessandra se le partía el corazón al verlos.

"Alessandra".

Algo en la voz tranquila de Julian hizo que se calmara por dentro. Lo miró inquisitivamente.

"Alessandra, no son simples gatos. Son metamorfos".

Lo miró fijamente, y luego a la gata madre, que acunaba al gatito en sus brazos como una... madre, y la observaba con aquellos ojos amplios e inteligentes. Tragó saliva.

"¿Quieres decir que... el gato, estos gatitos... son... *humanos*?"

"Humanos, sí, en parte. Son Otros. Los Otros son especies mágicas, como los Djinn".

Miró al gatito que él sostenía, con los ojos muy abiertos de asombro y horror.

"Es un bebé humano", susurró, como para sí misma, y luego levantó los ojos hacia los de Julian. "Dios mío", exhaló. "Dios mío. Julian, no podemos dejar que muera. ¿Puedes salvarla? ¿Curarla?"

Asintió lentamente. "Si ése es tu deseo".

"Por supuesto que sí". Alessandra ni siquiera vaciló, sus ojos destellaban con una mezcla de indignación y furia que le recordó, extrañamente, a Jacinto. "Ahórratelo, Julian. No dejaré que esa... esa... cosa, fuera lo que fuera... gane".

"Muy bien". Volvió su atención hacia la gata madre, que había dejado de llorar y los observaba atentamente. "Ya sabes lo que soy. Esta mujer es mi *Sahiba*. Salvaré a tu hijo, pero debes permitirme que me concentre en la curación. Si deseas cambiar puedes hacerlo, aquí estás a salvo. Las guardas del príncipe Djinn resistirán cualquier cosa que no sea un demonio".

A su lado, Alessandra dio un grito ahogado, pero él mantuvo el contacto visual con la gata madre. Lanzando un grito suave y ronroneante, la gata saltó ligeramente al suelo. Casi de inmediato, su forma empezó a cambiar ante los asombrados ojos de Alessandra. La forma de la gata se estiró, se alargó, el pelaje se desvaneció en una piel suave. Las patas se convirtieron en manos y pies, y la cola se deshizo. Un instante después, una mujer joven, pequeña, despeinada y desnuda, yacía jadeante a los pies de Alessandra. Recordando el mantel que llevaba, Alessandra se lo entregó a la mujer, que se aferró a él.

"Gracias", lloró la mujer, poniéndose en pie inestablemente. Alessandra se apresuró a rodearla con el brazo, sosteniéndola. La mujer se apoyó en ella, temblorosa. Tenía el pelo negro, enmarañado y alborotado, y los ojos del color del ámbar. "Gracias, gracias, gracias. No sé cómo expresarlo".

Sus palabras estaban ligeramente acentuadas, como si el inglés fuera su segunda lengua.

"Esa criatura... el pícaro", sus palabras revoloteaban unas sobre otras. "Me atrajo al bosque la semana pasada. No sabía que era Otra. Cuando me atacó, me transformé para poder escapar. Conseguí esconderme bajo este tronco, pero estaba tan a punto de dar a luz que el cambio me puso de parto. Siempre intentaba atacarnos. No pude volver a cambiarme para dar a luz a mis bebés, no he podido salir a buscar ayuda ni comida ni nada".

"Shhh", la consoló Alessandra. "Todo irá bien, ahora estás a salvo".

Julian, acunando al gatito contra su pecho, pidió silencio. "Debo concentrarme".

"¿Deberíamos esperar a volver al coche? Kieran dijo que deberíamos irnos enseguida. Quizá el leopardo vuelva, ahora que estamos solos".

"No volverá. Kieran podría haberla matado con un pensamiento, si lo hubiera deseado. El pícaro lo sabía, y no se arriesgará a desafiar a Kieran por segunda vez. Y no hay tiempo, Alessandra. Si voy a salvar al niño, debe ser ahora".

Volvió su atención hacia el frágil y diminuto cuerpo que sostenía. Los dedos de una mano tocaron el colgante que tenía en la base de la garganta, llamando a su botella de Djinn. Con su peso reconfortante en la palma de la mano, buscó la fuerza vital del gatito, enviándole energía para fortalecerlo mientras curaba sus heridas. El joven espíritu era fuerte, hembra, y quería vivir. Ya estaba respondiendo, con una determinación que le sorprendió. El colgante chisporroteó y chisporroteó mientras dejaba que la energía fluyera de sus manos al interior del pequeño cuerpo, invocando los poderes del Djinn mientras hacía magia. La respiración del gatito se hizo más fácil, incluso cuando su propia energía se agotó. Empezó a retorcerse en su brazo, deseando a su madre. Con una última descarga de energía, cogió a su hermano y le curó rápidamente los arañazos, aliviando su dolor y su miedo.

Entonces se hizo. La mujer le quitó los gatitos, acarició y frotó su cara en el suave pelaje de los bebés, canturreándoles, antes de levantar sus ojos empapados en lágrimas hacia los de él. "Gracias. Gracias. Más de lo que puedo decir".

Julian se apoyó en un árbol, sintiendo que su cuerpo temblaba por el esfuerzo de mantenerse erguido. El gatito/niño había sido herido peligrosamente, y la curación de su doble naturaleza

había sido difícil. Estaba agotado, pero aún necesitaba poner a salvo a las mujeres y a los bebés. Respiró hondo. No debían demorarse. Tocó su collar una vez más, invocando de nuevo los poderes del Djinn, dejando que inundara su cuerpo con la fuerza que necesitaba para volver al coche. Pagaría por el uso adicional de la magia, pero no podían quedarse aquí.

"Y ahora", dijo Julián a Alessandra, "larguémonos de aquí".

Alessandra fue consciente de que Julian iba un paso por delante de ellos, tenso y vigilante mientras atravesaban el bosque hacia la carretera y la seguridad del coche. Guardó silencio, ni siquiera habló cuando llegaron al arroyo, se limitó a levantar en brazos a la pequeña mujer-gato y a llevarla al otro lado.

"Tú también necesitas cuidados", dijo cuando Melanthe intentó protestar. "Estás debilitada y desnutrida, y tienes gatitos que amamantar".

"Soy Melanthe", les dijo la mujer metamorfa, que ya jadeaba un poco para respirar, su debilidad era innegable.

"Soy Alessandra, y éste es Julian".

Habían llegado al coche, y Alessandra sintió un estremecedor alivio cuando estuvieron a salvo dentro, las puertas cerradas y atrancadas, y Julian puso el coche en marcha y salió a la carretera. Habló por encima del hombro con Melanthe, que estaba en el asiento trasero.

"No puedo curarte, pero debes tener cuidados para tu salud. ¿Tienes algún lugar adonde ir, alguien que cuide de ti?".

"No puedo volver a casa", le respondió Melanthe una vez que estuvieron en el camino y se alejaron rápidamente de la zona. "Los Were saben dónde vivo, y...".

"¿Fueron?" La voz de Alessandra se elevó peligrosamente y se giró en el asiento para mirar a Melanthe con los ojos desorbitados por el horror. "¿Quieres decir un hombre lobo?"

"No, pero una vez que un cambiaformas se vuelve pícaro se convierte en algo... más. Es como una locura que se apodera de ellos. Ya no tienen... lo que hay de humano en ellos". La mujer se esforzó por explicarse. "Lo vemos parecido a la locura que se apodera del hombre lobo en la luna llena".

Alessandra luchó contra aquello, sintiéndose ligeramente enferma. "¿De verdad hay hombres lobo?"

"Alessandra". La mano de Julian, cálida y tranquilizadora, aferró la suya. "Ya lo sabías. Concéntrate".

"De acuerdo". Respiró hondo, buscando la calma en su interior. "¿Qué hacemos ahora?"

"Tengo que llamar a mi hermana", dijo Melanthe. "Mi marido está en la marina, en un portaaviones. Debía volver a casa el mes que viene, cuando nacerían los bebés. Pero cuando tuve que cambiarme a causa del Were, los bebés se adelantaron. Katerina cuidará de mí hasta que venga".

"¿Sabes su número?" Alessandra sacó el teléfono y exhaló un suspiro de exasperación. "Está fuera de cobertura".

"Hay una especie de edificios que se acercan", les dijo Julián. Agarraba con fuerza el volante, con la piel pálida y húmeda bajo el bronce. "Veremos si puedes llamar desde allí".

Podía ver su dolor, las gotas de sudor que se formaban en su frente. "Julian..."

"¡No!", dijo bruscamente. Sus dedos apretaron los de ella para tranquilizarla. "No os dejaré solas". Su voz se suavizó. "Puedo llevarlo a cabo, *mía* Alessandra".

Le conocía lo suficiente como para no protestar, avergonzada de que en secreto estuviera agradecida de que se quedara con ellos, aunque podía ver su dolor... dolor por haber utilizado la magia para cumplir su deseo. Necesitaba descansar, recibir cuidados... Pero cada vez que

pensaba en aquella criatura del bosque, volvía a sentir una oleada de terror. Rebuscó en su bolso un lápiz y el pequeño bloc de papel que guardaba allí.

"¿Cuál es el número?", preguntó a Melanthe. "No puedes entrar así, yo la llamaré por ti".

Una risa floja de Julian la hizo levantar la vista, siguiendo la dirección de su mirada, y una carcajada similar burbujeó en su garganta. "¡Una clínica veterinaria! ¿Acaso este día puede ser más extraño?"

Un sencillo cartel que rezaba "Veterinario rural" colgaba de un poste indicador de la carretera, y un corto trayecto en coche conducía a un pequeño grupo de edificios retirados entre los árboles junto a la carretera. El edificio principal era largo y tenía dos entradas, marcadas con "Perros" en un extremo y "Gatos" en el otro, mientras que un camino separado se separaba a la derecha, serpenteando a través de un exuberante césped hasta el granero que había más allá. Unos robles frondosos daban sombra a los bien cuidados edificios, y todo el conjunto era un apacible paisaje campestre.

Cuando llegaron al edificio, Melanthe se sentó derecha en el asiento trasero, con los ojos entrecerrados y un gruñido muy felino en lo más profundo de la garganta, con el cuerpo delgado y rígido bajo la manta.

Alerta, Julian escrutó el edificio con los ojos entrecerrados.

"Ha estado aquí", dijo. "El pícaro Eran. Ahora no está aquí, pero puedo sentir rastros de su presencia. Ese tipo de mal deja una sombra, una especie de energía persistente".

Detuvo el coche ante la puerta de la clínica señalizada para gatos, ignorando la zona de aparcamiento que había a un lado del edificio, y pisó el freno. "Me quedaré aquí con Melanthe mientras llamas a la hermana, Alessandra. Estarías más segura allí dentro si volviera. Ni siquiera un Were atacaría un lugar con tantos humanos alrededor. Aunque deberíamos estar lo bastante seguros con las protecciones que Kieran ha puesto sobre nosotros. Aun así... date prisa".

"De acuerdo. Iré lo más rápido que pueda". Se colgó el bolso del hombro, abrió la puerta y salió. A medio camino de la puerta de la clínica, se detuvo y se apresuró a volver al coche.

"Julian, aún nos queda comida del picnic en la cesta, y también queda algo del té helado".

Se golpeó la frente con la palma abierta. "¡Claro! Lo había olvidado. Ve tú, yo cogeré la cesta para Melanthe. De hecho, la vaciaré y podremos meter a los gatitos dentro, y usar las servilletas como cojín".

Melanthe asintió con la cabeza, aún abrazada a la manta que la envolvía. Alessandra las dejó, caminando rápidamente hacia la entrada. La puerta principal era de cristal, y había amplias ventanas que daban a la fachada, lo que la hizo sentirse más cómoda. Dentro de la clínica veterinaria, nada parecía extraño. Era un lugar amplio y bien iluminado, con un ambiente agradable y eficiente. Una mujer joven la saludó alegremente en el mostrador y le preguntó si podía ayudarla.

"Me preguntaba si podría utilizar tu teléfono. Hemos rescatado a una viajera varada que necesita llamar a alguien para que la recoja, y mi teléfono se ha quedado sin carga."

"Por supuesto. Toma, usa mi móvil, ya que probablemente será de larga distancia. Tengo cobertura total".

"¡Oh, gracias!" Alessandra cogió el teléfono que le ofrecían y, retirándose a la sala de espera, se hundió en una de las sillas mientras marcaba el número.

"¿Diga?" La voz al otro lado era ligera, femenina y ansiosa.

"¿Es Katerina?" Preguntó tímidamente, y sólo en ese momento se dio cuenta de que la conversación sería delicada, con gente alrededor que podría escuchar por casualidad. "Llamo a Melanthe. La encontramos... er... abandonada en el borde de la carretera y..."

La mujer al otro lado del teléfono no tardó en echarse a llorar. Alessandra esperó, no sin compasión.

"¿Está bien? ¿Está a salvo?"

"¡Ah, sí!" Tranquilizó rápidamente. "Pero ella... er... encontró una camada de gatitos y..."

Se oyó un grito ahogado. "¿Gatitos? ¿Más de uno?"

"Sí, dos. Pero ahora no puede llevárselos a casa. Necesita que alguien la ayude hasta que vuelva su marido".

"Sí, comprendo". La voz se calentó. "Hay gente alrededor y no puedes hablar libremente".

"Exacto", exhaló Alessandra en señal de gratitud.

Katerina dijo una dirección y las indicaciones para llegar, que Alessandra anotó.

"¿No es ésta su casa? Insistió en que no podía ir allí". Un repentino escalofrío de miedo se abrió paso por su columna vertebral al recordar las palabras de Kieran... algo sobre rastrear.

"No, pertenece a nuestra tía". Katerina tenía el mismo acento tenue y cadencioso que Melanthe. "Está de vacaciones fuera del país y yo lo cuido por ella".

"De acuerdo. Llegaremos en..." miró el papel que tenía en la mano, calculando. "De media hora a cuarenta y cinco minutos, probablemente. Más, si llueve".

Pulsando el botón de desconexión, volvió a coger el teléfono y se dirigió a la amable recepcionista. Recordando que Julian había dicho que el pícaro había estado aquí, se aventuró a hacer una pregunta cautelosa.

"Estábamos en el bosque unos kilómetros atrás, haciendo senderismo, y nos encontramos con unas huellas de patas grandes. Como... del tamaño de una pantera o un puma. ¿Has oído hablar de algún animal salvaje suelto? ¿Hay alguien a quien deba informar?"

Un ceño frunció la frente de la muchacha. "Ha habido un par de rumores... algunas personas han creído ver una forma grande en el bosque, pero nada definitivo. Y últimamente han desaparecido algunas mascotas, más de lo habitual. Sé que el Dr. Shelton se ha puesto en contacto con Control de Animales al respecto, pero nadie ha visto nada con seguridad. ¿Quieres hablar con el Dr. Shelton? Ahora está con un cliente, pero debería estar libre pronto".

Alessandra se negó. Quería volver con Julian y alejarse de aquella zona lo antes posible. Un expositor le llamó la atención y se detuvo. Tras dudar un momento, compró un biberón de leche líquida para gatitos y un par de biberones pequeños. Los gatitos tan jóvenes necesitaban alimentarse a menudo, y algún instinto le decía que Melanthe no querría volver a cambiar a su forma gatuna hasta que estuviera con su hermana y completamente a salvo.

LA CASA DE la dirección que les habían dado era una enorme casa victoriana, asentada en un gran terreno rodeado de árboles. Cuando llegaron a la entrada, una joven que esperaba en el porche bajó volando los escalones para recibirlos. Era tan menuda como Melanthe, con el pelo espeso y alborotado cortado a lo largo del rostro triangular y vivaz. Alessandra reprimió una sonrisa, pensando que la muchacha encajaba perfectamente en la descripción de un hada, o quizá de un elfo. Melanthe saltó del coche a los brazos de su hermana, y se abrazaron con fuerza mientras Julian levantaba con cuidado la cesta con los gatitos del asiento trasero y los traía.

La cara de Katerina se arrugó cuando le quitó la cesta, asomándose al interior, y Alessandra creyó que iba a llorar cuando vio a los gatitos.

"¡Oh! ¡Oh, mira! Son gemelos", suspiró.

Alessandra parpadeó, y luego miró a los gatitos cuando su tía los sacó de la cesta. Efectivamente, eran idénticos raya por raya, hasta la pequeña mancha negra de un lado de cada

naricita.

Melanthe se acercó a ella, cogiéndole una mano con las dos suyas.

"Gracias", dijo, mirando entre Alessandra y Julián. "Muchísimas gracias a los dos".

Su sonrisa era trémula, los ojos empañados de lágrimas no derramadas, y tocó al gatito que había sido mutilado, el que Julian había salvado. "Se llamará Alessandra, como tú. Nunca, nunca olvidaremos lo que has hecho por nosotros".

Conmovida, Alessandra estrechó a la mujer más pequeña en un fuerte abrazo. "Me alegro de que estuviéramos allí".

De vuelta en el coche, las preguntas que tenía se negaban a contenerse, como una presa después de las lluvias.

"¿Es probable que Katerina, la hermana, también sea una cambiaformas?" preguntó.

"Por supuesto. Los metamorfos se mantienen en grupos familiares muy unidos. Aunque los felinos son más propensos a estar poco unidos que otros tipos, más inclinados a ser independientes. Depende del tipo de felino. Los leones, por ejemplo, tienen manadas, como en la naturaleza. Y así sucesivamente".

Se lo pensó mejor. "¿Sabía Kieran que eran metamorfos? ¿La gata madre y los gatitos?".

Julian aminoró la marcha hasta detenerse al final de la calle residencial, que giraba hacia una vía más ancha y concurrida. "Sin duda".

"Pícaros cambiaformas y hombres lobo". Se estremeció y se pasó las manos por los hombros.

Le dirigió una mirada de disculpa. "Realmente se trata de una situación inusual. Y fue una gran suerte para ellos que estuviéramos allí, justo en ese momento".

Reflexionando sobre ello, sólo pudo estar de acuerdo. "En eso tienes razón. Los metamorfos son una cosa, pero yo podría haber pasado felizmente la eternidad sin saber nada de esos granujas". Frunció los labios, pensativa. "¿Pero por qué iba a matar el leopardo a uno de los suyos? Quiero decir... ¡a otro gato! Aunque fuera una gata doméstica".

"¿Quién sabe? Son seres verdaderamente malvados, los Weres renegados. Y difíciles de atrapar o detener".

"Kieran podría haberlo hecho". Alessandra lo sabía sin la menor duda.

"Por supuesto. Pero hay leyes que rigen a todos los Otros, a todos los seres sobrenaturales. Corresponde a cada especie vigilar a los suyos. Aparte de intervenir para salvarnos, Kieran no podría haber juzgado y matado al Errante; no a menos que hubiera seguido atacándonos, cosa que el Errante sin duda sabía. O a menos que el Consejo de los Cambiantes acudiera a él y solicitara su ayuda".

Consejo de Cambiantes. Weres, hombres lobo, metamorfos y poderosos djinn que llegaban en llamas y cuya sola presencia hacía crujir el aire. Había tanto que asimilar que Alessandra empezaba a sentirse como si hubiera caído por la madriguera de Alicia.

"*Amri* significa príncipe, ¿verdad? Ya le llamaste así antes... en el hotel de Washington".

Una sonrisa irónica se dibujó en una comisura de la boca de Julián. "*Amr* significa príncipe; *Amri* es el posesivo, mi Príncipe. Es el Príncipe de su tribu dentro de los Djinn, uno de los más ancianos, y miembro del Consejo".

"Recuerdo que Jacinto dijo que estaba en el Consejo".

"Sí, pero no sólo del Consejo Djinn, también es representante Djinn en el Alto Consejo de los Otros. Te explicaría más, pero tenemos otro pequeño problema -comentó Julian con voz despreocupada, frenando el coche y apartándose a un lado de la carretera.

Alertada por el tono de su voz, Alessandra volvió rápidamente la cabeza. Julián estaba pálido por debajo de su habitual tono bronceado de piel, y temblaba agitadamente, con gotas de sudor

pegadas a la frente. Lo comprendió al instante.

"¿Necesitas ayuda para moverte por el coche?"

Él asintió y ella se levantó del asiento, fue rápidamente al lado del conductor y abrió la puerta. Julian pudo andar, pero se apoyó mucho en ella para sostenerse, y casi se desplomó en el asiento del copiloto, con la cabeza rodando hacia atrás sobre el reposacabezas.

"Gracias". Su voz era un hilo de sonido.

Al poner el coche en marcha, Alessandra lo miró, preocupada. Tenía los labios apretados, con una línea blanca alrededor, como si le doliera. No le había dolido después de curar a Sylvie, sólo estaba muy cansado y agotado.

"¿Julian? ¿Estás bien?" Eso sonó estúpido incluso para ella misma. Claro que no estaba bien, se daba cuenta.

"Tuve que utilizar la magia Djinn para algo más que el deseo". Sus palabras eran entrecortadas, vacilantes, y el sudor le cubría la frente. "Protegernos para salir del bosque y volver sanos y salvos a la ciudad".

"Y no se te permite utilizarlo para nada que no sean los deseos". Eso ya lo había aprendido.

Asintió con los ojos cerrados. "Pasará. Siempre... pasa".

Alessandra frunció el ceño y pisó el acelerador al girar hacia la carretera principal que conducía de vuelta a la ciudad. No era justo que ocurriera esto. Habían estado en peligro, y él había sido débil porque había utilizado la magia Djinn para cumplir su deseo, y luego para mantenerlos a salvo.

"¿Puedo hacer algo para ayudar?", preguntó.

Su respuesta fue un movimiento cansado de la cabeza mientras miraba por la ventana, de espaldas a ella.

"¿Qué necesitas?"

Hubo una pausa y ella lo miró, con los ojos entrecerrados. "Dime, Julian".

"Estar en la nave Djinn". Su respuesta fue reticente. "Ayuda a reponer el drenaje de energía".

Alessandra no dudó.

"El peligro ha pasado. Ahora estamos a salvo y puedo conducir sola". Sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa para tranquilizarlo. "Llevo años conduciendo. Vete".

Le hizo una breve inclinación de cabeza, se tocó el collar y desapareció.

CAPÍTULO 28



"Dios mío, Alex, no te lo vas a creer". Laura apenas esperó a que estuvieran todos sentados a la mesa, inclinada hacia delante, con sus ojos azules, normalmente suaves, brillando con una mezcla de indignación e incredulidad. Alessandra había reservado mesa en un elegante asador de lujo situado en la última planta de uno de los enormes hoteles de congresos de Nueva York. El camarero de bata blanca les trajo vasos de agua helada y una cesta con pan fresco y caliente, y luego los dejó tras distribuirles unos menús encuadernados en piel. Alessandra dejó su menú a un lado y se inclinó hacia delante, observando a Laura expectante.

"Robert le dijo al juez que yo no necesitaba el todoterreno. Como Bobby estaba muerto, no había ninguna razón para que yo lo tuviera".

Alessandra la miró con la misma incredulidad. "¡Estás de broma! ¿Eso ha *dicho*? ¡¿Al juez?!"

A Laura le bailaron los ojos. "¡Y eso no es lo mejor!"

Estaba claro que tenía ganas de contarlo, pero disfrutaba de la anticipación del momento. Alessandra soltó una risita.

"¡Vale, dínoslo ya!"

"No quería darme la mitad de la casa".

Alessandra puso los ojos en blanco. "Pues claro".

"Sí, pero escucha esto. ¡Dijo que no había hecho nada para ganármelo! Ni siquiera el juez se lo podía creer. Se inclinó sobre el podio, o lo que sea detrás de lo que se sientan los jueces, y miró a Robert por encima de sus gafas".

"Señor Dawson", entonó ella, imitando la voz autoritaria del juez, "usted y la señora Dawson estuvieron casados diez años, ¿es correcto?".

"Sí, señor".

"Y no crees que ella tenga derecho a la mitad del domicilio conyugal".

"¡Pues no ha *hecho* nada!"

Laura miró a Alessandra con severidad, como si la observara por encima de unas gafas. "¿Así que proporcionaste, de hecho, una criada a la señora Dawson?".

"No".

"¿Un cocinero? ¿Un chófer?"

"¡Claro que no!"

"Así que la Sra. Dawson sí que cocinaba y limpiaba, y llevaba a tu hijo al colegio y lavaba la ropa y hacía la compra, etc."

"Bueno, sí, pero no *trabajaba*".

Alessandra se atragantó con el sorbo de agua que acababa de tomar. Julián le dio una palmadita servicial en la espalda, sonriéndole y cogiéndole el vaso de la mano, mientras Laura continuaba con su relato.

"Entonces el juez dijo: 'Tengo entendido que tuviste un hijo que murió hace poco tras una larga batalla contra una enfermedad terminal'".

"Sí".

"¿Y cuidaste de este niño mientras estuvo enfermo?"

"No, señor. Tuve que trabajar para mantener a mi familia".

"¿Así que tu mujer cuidaba de tu hijo además de la casa? ¿Le llevaba a las citas con el médico, para su quimioterapia y otros tratamientos? ¿Se sentaba con él junto a la cama en el hospital?"

"Entonces", contó Laura con aparente fruición, "parece que Robert se hartó y gritó al juez: '¡Se suponía que ella tenía que hacer todo eso! Era su madre'".

Alessandra miró fijamente a su hermana, que le devolvió la mirada expectante, esperando una respuesta.

"Está loco", consiguió finalmente Alessandra. "Está completamente loco".

Laura sonrió un poco. "Me dieron la mitad de la casa y el todoterreno. Y no lo había pedido, pero el juez me concedió una indemnización en metálico igual a la prestación del seguro de vida de Bobby. Robert esperaba quedárselo todo, claro. Le dijo al juez que debía quedárselo porque había sido él quien había pagado las primas, pero el juez dijo que yo me lo había ganado y que no pedía ningún tipo de pensión alimenticia. Y el juez multó a Robert por desacato al tribunal, por gritarle".

"Justicia con venganza", suspiró alegremente Alessandra. No solía acabar tan bien, según su experiencia, y era agradable ver que alguien recibía lo que se merecía... en realidad, dos personas, porque aunque Robert había recibido exactamente lo que se merecía, Laura también.

Laura escuchó con los ojos muy abiertos el relato del encuentro con Robert en el refugio. Aunque Alessandra le había enviado el informe, no había tenido ocasión de contárselo a su hermana de primera mano.

"El juez le echó la bronca a Robert por eso", les dijo Laura. "Teníamos el informe policial, muchas gracias por eso. El juez dijo que si Robert volvía a acercarse a mí, le pondría una orden de alejamiento".

Volvió el camarero y dieron sus órdenes. Alessandra escrutó el rostro de Laura. Le pareció que algunas de las líneas de cuidado se habían aligerado, aunque la tristeza persistía en sus ojos.

"¿Te encuentras bien?", preguntó en voz baja mientras el camarero se alejaba. "¿Realmente bien? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?"

Laura la miró fijamente. "Sí. Al menos, tan bien como cabría esperar. Nunca estará del todo bien que me arrebataran a mi hijo. Pero sobrevivo, día a día. Algunos días es fácil, otros difícil". Sus ojos se dirigieron a Julian y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. "El trabajo ayuda. Sí que ayuda. Me compré un portátil, me conecté a Internet y encontré grupos de apoyo. Hay otras madres que han pasado por lo mismo, y eso ayuda. Compartimos nuestras experiencias y nos apoyamos mutuamente. Ha sido una gran ayuda, un gran alivio tener a otras personas con las que puedo hablar libremente. Siempre debería haberlo hecho, ahora lo sé. Al principio, debería haberlo hecho. Simplemente no... no pensé".

Laura se inclinó hacia delante, con las manos ligeramente apretadas sobre el mantel.

"Mamá ha estado hoy en el juzgado. Se ha sentado a mi lado todo el tiempo, y después hemos ido a tomar un café y hemos hablado".

Alessandra tendió la mano hacia su hermana, cubriendo la de Laura sobre la mesa. "¿Estás bien? ¿Cómo te ha ido?"

Laura se encogió de hombros y miró sus manos entrelazadas. "Salió bien, supongo. Me cuesta superar el hecho de que no estuviera allí cuando más la necesitaba. Aquellas últimas semanas... fueron tan horribles. Estaba sola y sólo estábamos Bobby y yo, allí en el hospital. Y tú no lo sabías".

Las lágrimas nublaron la vista de Alessandra y sus manos se apretaron contra las de Laura. "Lo sé. Lo siento mucho, Laura. Si lo hubiera sabido, habría estado allí. Te lo juro".

Laura le devolvió el apretón, pero sacudió la cabeza en enérgica negación, haciendo volar mechones de pelo rubio. "No es culpa tuya, Alex. Debería haberte llamado yo misma, en vez de confiar en la familia para que me pasara información".

Julián se removió en la silla, con la mirada fija en el rostro de Laura. "Tenías que lidiar con más cosas de las que nadie debería, y estabas sola. No había excusa para que no vinieran a apoyarte. Ni para que dejaran a Alessandra al margen".

"Habían establecido el círculo de llamadas cuando Bobby enfermó por primera vez. Pero ése es otro motivo para estar enfadado... que no te llamaran, Alex. Éramos los más cercanos, pero te dejaron fuera del círculo, aunque mamá me dijo que se pondrían en contacto con todos. Y luego no vino ninguno, y no se pusieron en contacto con la única persona que habría estado allí, contra viento y marea. Nunca se me ocurrió que no te lo hubieran dicho, cuando todo el mundo lo sabía..."

A Laura se le entrecortó la voz y respiró hondo. "Bueno. En fin, mamá y yo acordamos ir paso a paso, intentar conocernos de nuevo. Dice que se tomará un fin de semana libre y vendrá a pasarlo conmigo a Washington. Pensó que tal vez tú también podrías venir y podríamos ir todos juntos". Sus ojos se iluminaron con humor al mirar a Julian. "También quiere conocer a su futuro yerno".

Uy. Pero los ojos de Julián bailaban con humor. "Lo esperaré con impaciencia".

Su cena llegó, poniendo fin a aquella conversación, para gran alivio de Alessandra.

"¡Hora de celebrarlo!", anunció, disfrutando de la forma en que Laura se reía. Hacía tiempo que no veía a su hermana tan despreocupada. Quizá nunca. Decidida a mantener el buen humor de Laura al menos esta noche, se lanzó a hacerle preguntas sobre la próxima inauguración de la galería "Hilos poco comunes". Los conocimientos de Laura eran impresionantes, sobre todo porque hacía sólo unas semanas que la habían contratado, y Alessandra se sorprendió no sólo por los conocimientos de su hermana, sino por su evidente entusiasmo. Parecía haberse sumergido en el proyecto, y sus ojos brillaban cuando hablaba de las condiciones de trabajo en la India, de la nueva casa de trabajo que se había construido, de la gestión de los beneficios de la reciente gira nacional de la exposición.

Cuando vacilaba, se quedaba callada y la tristeza volvía a sus ojos, Alessandra o Julián la distraían. En un momento dado, Julián entretuvo a Laura con un relato muy editado de su rescate de una gata madre y sus gatitos de un depredador anónimo en el bosque, y la feliz reunión posterior de la gata y los gatitos con su dueña. Alessandra mantuvo los ojos fijos en su plato mientras él relataba la historia, mordiéndose los labios con fuerza para no estallar en carcajadas. Su vida parecía haber adquirido un aspecto extraño, entre genios, príncipes y cambiaformas.

Terminada la cena y pagada la cuenta, Alessandra metió la tarjeta de crédito en la cartera y se levantó. Rodeó la mesa y se colocó al lado de Laura, estrechando su brazo entre los de su hermana. "Ahora viene lo divertido", le dijo. "Vamos a salir al karaoke".

"¡Oh!" A Laura se le iluminó la cara. "No hacía karaoke desde que estaba en la universidad y

solíamos ir, ¿te acuerdas?".

"Yo sí, y por eso nos vamos ahora". Abrazó a su hermana con fuerza y tiró de ella hacia el ascensor, donde esperaba Julian, cuyos ojos sonrientes se encontraron con los de ella.



LA VOZ DE Alessandra era de contralto, rica y gutural. Perfecta, pensó Julian, para las canciones de antorcha. No podía apartar los ojos de ella mientras cantaba la canción escrita en memoria de la princesa más querida de Inglaterra. A ella le importaba, pensó. Le importaba que la princesa Diana hubiera muerto. Su voz se hizo más profunda por la emoción y él percibió el leve temblor de su voz en la última estrofa, antes de que ella se contuviera y fortaleciera su voz para hacer justicia a las conmovedoras palabras.

Un sollozo ahogado cerca de él llamó su atención, y se volvió para encontrar a Jacinth a su lado. Vestida con unos vaqueros de diseño y una blusa rosa brillante a la moda, con su abundante melena recogida en una espesa trenza francesa, las lágrimas corrían por el hermoso rostro de la Djinn.

Su brazo la rodeó en un reflejo automático, reconfortándola. Jacinth se inclinó hacia él.

"Lo odio", se atragantó, su voz era un susurro ronco. "Odio que muriera tan joven y de forma tan horrible. Fue un desperdicio".

"Jacinth, han pasado años".

"Soy un Djinn". Resopló, conjuró un pañuelo bordado y se secó la cara. "Para mí eso no es nada. Es como ayer, y aún siento el dolor de que nos dejara".

Terminó la canción, Alessandra se abrió paso entre la multitud hasta su lado, con Laura a su lado, seguida por los aplausos y gritos de los clientes del bar. La pena persistía, ensombreciendo sus ojos verdes, pero parecía contenta de ver a Jacinto.

"¡Oh, Alessandra!" gimió Jacinth, arrojándose a los brazos de Alessandra. Julian ocultó su diversión cuando Laura se unió a ellas, reconociendo al parecer a Jacinth como un alma gemela. Las tres mujeres se abrazaron, llorando desconsoladamente.

Sintiéndose incómodo e impotente, Julian les acarició los hombros, deseando que dejaran de llorar. Echando un rápido vistazo a su alrededor, observó que las miradas de los demás hombres del bar eran francamente envidiosas, y sintió un resplandor de calidez. Era indigno de él, lo sabía, pero no podía evitar la oleada de satisfacción que le producía estar en compañía de tres mujeres hermosas. Llámalo orgullo masculino, pero él era un hombre del Renacimiento, del viejo continente. No era un hombre moderno, y podía ser tan políticamente incorrecto como quisiera.

Rodeó con los brazos a las mujeres... a sus mujeres, pensó con petulante satisfacción. Se separaron, con los ojos ligeramente enrojecidos y un poco conscientes. Ocultando su diversión, Julián utilizó un pañuelo rápidamente conjurado para secar las lágrimas del rostro de Alessandra.

"¿Ya está bien?", preguntó.

Ella asintió, sonriéndole, y él resistió el impulso de besarla allí mismo, en medio de aquel bar abarrotado con decenas de personas mirando. Al fin y al cabo, era un hombre del Renacimiento. Disimuló una sonrisa y rodeó con el brazo libre a Jacinth y Laura, reuniéndolas a todas. La familia. En cierto modo, se habían convertido en su familia, aunque nunca pudiera ser de hecho. Tal vez, pensó, tal vez pudiera seguir adelante, después de todo. Disfrutaría del tiempo que tuviera con Alessandra durante semanas, tal vez incluso meses, creando recuerdos que lo calentarán y sostuvieran en los años venideros.

"Quiero cantar algo", anunció Jacinth, rebotando con su habitual entusiasmo. "¿Cómo canto algo?"

Alessandra se rió, mostrándole el libro de canciones que tenía sobre la mesa y cómo rellenar el pequeño formulario.

Julian les pidió una ronda de bebidas mientras esperaban a que llamaran a Jacinth al escenario. Se encogió, junto con la mayoría de la sala, ante una interpretación un poco borracha de "Mamá no dejes que tus bebés crezcan para ser vaqueros". Le siguió un hombre mayor cuya voz grave era admirablemente adecuada para "Baila conmigo". La siguiente fue Jacinth, que subió al escenario y sonrió a los espectadores mientras tomaba el micrófono.

Cuando la música que había elegido sonó en la sala, Alessandra empezó a reír de alegría, mientras Jacinth se lanzaba a una entusiasta interpretación de "Girls Just Want To Have Fun". Las mujeres se levantaban de sus mesas y bailaban, y al final de la canción, había una cadena de mujeres riendo y cantando... y unos cuantos hombres... que serpenteaban por el bar en fila de conga.

Cuando se anunció la última llamada, se oyó un grito de decepción, y Julián se asombró de que la velada hubiera transcurrido tan deprisa, entre risas y charlas. Alessandra y Laura recogieron sus bolsos, mientras Jacinth las abrazaba a todas rápidamente y se marchaba con alegres despedidas. Fuera, Alessandra vaciló. Ambos habían llegado directamente del trabajo, ella del refugio y Julián de Whimsies, y Laura se había reunido con ellos en el restaurante.

"Necesito gasolina o no llegaré a casa".

"¿Por qué no vas a por gasolina y yo llevo a Laura a su hotel?", sugirió Julián. Luego la miró con el ceño fruncido. "Ten cuidado".

Alessandra puso los ojos en blanco. "Claro que sí". Acto seguido, murmuró: "¿Quién murió y te nombró amo y señor?"

La risa encantada de su hermana sonó mientras sacaba las llaves del bolso. Se volvió y abrazó a Laura con fuerza.

"Gracias por una velada maravillosa", le dijo Laura. "Eres tan buena conmigo... después de todo. Ven a verme a Washington, ¿vale?"

"Lo haré", prometió Alessandra.

Cuando las hermanas se separaron, Julian atrajo a Alessandra entre sus brazos y su boca se posó en la de ella para darle un beso largo y abrasador. De mala gana, retrocedió al ver su propio deseo reflejado en los ojos de ella.

"Te veré en casa". Era una promesa.

CAPÍTULO 29



"¡OH DIOS, JULIAN ME VA A MATAR!"

murmuró Alessandra en voz baja. O eso o reírse y decir que te lo había dicho. No sabía qué era peor. Había repostado y se había dirigido a casa. Todo habría ido bien si la estúpida ciudad no hubiera decidido hacer obras nocturnas en un tramo de carretera de camino a casa. En lugar de eso, la habían conducido por un desvío confuso y se había perdido. Se detuvo en la acera para consultar MapQuest en el teléfono, y Patsy emitió una tos seca acompañada de un resuello desalentador, y murió. Al girar la llave en el contacto sólo oyó un ominoso clic.

Volvió a girar la llave, rezando con fuerza. Nada. Miró a su alrededor. La calle estaba a oscuras, sólo iluminada por las farolas del otro extremo de la manzana; las de los alrededores estaban rotas. Quizá si sacudía el cable del motor de arranque, eso había funcionado antes. Se acercó a la parte trasera del coche pintado de vivos colores y levantó la tapa para echar un vistazo. Bien, es hora de usar la aplicación de linterna del teléfono. Estaba buscando la aplicación cuando unos pasos le llamaron la atención y se volvió para mirar.

Un hombre salió disparado de una calle estrecha y oscura cercana, con una pistola en la mano. Unas luces intermitentes precedieron al coche de policía que lo perseguía, doblando la esquina. Alessandra se abalanzó hacia la puerta delantera del coche, rezando para ponerse a salvo, o al menos aparentar estarlo, pero el hombre era más rápido. Tenía la mano en el picaporte cuando un brazo le rodeó el cuello por detrás, casi levantándola. El hombre estaba detrás de ella, con el brazo fornido alrededor del cuello, estrangulándola, y su aliento caliente y rancio en la mejilla. Intentó no tener arcadas. Automáticamente se llevó las manos al brazo que se le clavaba en la tráquea, jadeando para respirar, pero no podía romper aquel agarre de hierro.

El coche de policía se detuvo y un agente se lanzó fuera, poniéndose a cubierto detrás del coche. Si no fuera por el estrangulamiento en el cuello y el frío círculo de acero contra su sien derecha, Alessandra casi se habría reído... esto era clásico, sacado de las películas.

"Uplands, suéltala". La voz del policía era tan fría e inflexible como el cañón de la pistola que el hombre que la sujetaba le clavó en la mejilla.

"Tú déjame salir de aquí y yo la soltaré".

Entre el miedo y la falta de aire, todo parecía irreal para Alessandra. Con la vista nublada, luchaba por respirar mientras la discusión se agitaba en su cabeza. Al desplomarse, el brazo que le sujetaba la garganta se aflojó un poco, su captor dejó de agarrarla y ella pudo aspirar una bocanada de aire fresco. Con ella, se reanimó un poco, y la repentina comprensión de que podía morir aquí, en esta calle solitaria y oscura, despertó sus débiles sentidos. Que tal vez no volvería

a ver a Julian... Julian... Intentó susurrar su nombre, pero el hombre volvió a apretarla, cortando las palabras que intentaba pronunciar.

Sin embargo, sólo pensar en Julian le dio fuerzas y la determinación la inundó, agudizando su ingenio. ¡No era una víctima indefensa! Al trabajar en el refugio, había recibido innumerables clases de defensa personal en los últimos años.

Primero la distracción. Soltó el brazo que le rodeaba el cuello y levantó las manos, con la cabeza en alto, en el clásico gesto de rendición.

"¡Por favor! ¡No me hagas daño! Haré lo que quieras, pero no me hagas daño".

En un movimiento suave que había practicado muchas veces en pareja con otros alumnos de la clase, su mano izquierda salió disparada hacia atrás para agarrar el cañón de la pistola, tirando de ella hacia abajo. Al mismo tiempo, giró el brazo derecho hacia arriba, atrapando el brazo del arma contra su cuerpo mientras giraba hacia él. Él luchó por controlar el arma, pero ella había bajado el cañón el tiempo suficiente para que el policía que estaba al otro lado de la calle pudiera dispararle limpiamente. El hombre se sacudió. Ella mantuvo un agarre mortal sobre el cañón de la pistola, lo sintió explotar en el aire cuando el hombre apretó el gatillo, incluso mientras él caía hacia atrás a cámara lenta, como solían hacer estas cosas, con un agujero carmesí floreciéndole en la frente ante los ojos horrorizados de ella.

Cuando el hombre dejó de empuñar el arma, Alessandra la soltó y retrocedió, estremeciéndose. Pensó que el alivio la pondría físicamente enferma. Estaba a salvo. Estaba a salvo. Se llevó las manos al estómago y soltó un largo suspiro antes de volverse hacia el policía que le había salvado la vida, con palabras de ferviente gratitud en los labios.

Una forma arrugada yacía boca arriba en el bordillo, detrás del coche patrulla, y una ominosa mancha oscura se extendía por el pavimento bajo él. Una exclamación de horror escapó de sus labios y corrió hacia él, cayendo de rodillas a su lado. Como si el propio cielo se lamentara, empezó a llover a su alrededor. Los charcos teñidos de rojo se arremolinaban lejos de ellos, a lo largo del bordillo hasta el desagüe.

"¡Julián!"

Gritó desesperada en la oscuridad, sus manos encontraron la herida de bala abierta en el abdomen del hombre y presionaron sobre ella, pero la sangre salía de debajo del policía caído. "¡Ven a mí ahora! Te necesito!"

El hombre estaba vivo, pero inconsciente. Se llevó los dedos a la muñeca, buscando el pulso. Lo tenía, pero débil y filiforme. "¡Julián!"

Entonces él estaba allí, arrodillado a su lado. Exploró la herida del oficial, con rostro grave.

"Esto es el riñón. Por la cantidad de sangre, tendría que decir que posiblemente la arteria renal está cortada".

"Me salvó la vida".

Se quitó el chal, arrancó tiras y las presionó contra el abdomen del hombre, intentando contener el flujo de sangre. A lo lejos sonaban sirenas. La ayuda estaba en camino. Alessandra volvió a palpar el pulso del hombre.

"Ya viene la ayuda", dijo, pero su esperanza vaciló al mirar el rostro de Julián, vio la respuesta a la pregunta que no había formulado.

Sacudió la cabeza. "Llegarán demasiado tarde. Es una herida mortal. Se está desangrando".

Le miró fijamente, con la mandíbula rígida y decidida. "Aún no está muerto". No era una pregunta. "Puedes salvarle".

Las sirenas estaban cada vez más cerca, aunque aún faltaban algunas manzanas. Julian se encaró con ella, la agarró por los hombros y le dio una ligera sacudida.

"Alessandra, éste es tu tercer deseo. El último. No puedo concederte más. El tercero, y aún no has deseado nada para ti".

Ella le devolvió la mirada, tragando saliva. Las lágrimas corrían por sus mejillas, mezclándose con la humedad de la lluvia. "Julian", susurró. "Me salvó la vida".

También había desesperación en sus ojos, y la atrajo hacia sí, besándola con fiereza, desesperadamente. El pulso del policía aleteó bajo sus dedos. Se estaba muriendo y, una vez muerto, ni siquiera Julian podría ayudarle.

"Hazlo", dijo ella con fiereza. "¡Ahora, Julian!"

No había forma de negarla, ni tiempo que perder; la muerte del hombre estaba a sólo un suspiro de distancia. Julian reunió la energía para sí, invocando la magia del Djinn. El aire crepitó y zumbó con fuerza. Era consciente de que Alessandra revoloteaba ansiosa, deslizando lo que quedaba de su envoltura bajo la cabeza del hombre, pero toda su atención estaba puesta en la magia que reunía. Nunca había curado a nadie tan mortalmente herido, al borde mismo de la muerte.

Llamó a la botella del Djinn, invocó su magia y dejó que el poder fluyera hacia él. Atrapó el espíritu vital del hombre, atando al policía herido a sí mismo mientras canalizaba la energía hacia el cuerpo físico. La magia fluyó de la botella a las venas del policía herido, curándolo desde dentro, cerrando el corte mortal de la arteria. Tenía que dejar rastro de la bala; no había forma de ocultar la prueba de que el hombre había recibido un disparo, pero redirigió la trayectoria de la bala lejos de la arteria, de modo que pasó cerca al atravesar el cuerpo y salir, pero dejando la arteria intacta. Una herida peligrosa, pero no mortal.

Entonces se hizo, y la magia retrocedió, dejándole exhausto. Pero no había tiempo... no había tiempo. La ambulancia estaba cerca, llegaría en unos instantes, y él debía marcharse.

"Vivirá".

Miró a Alessandra, que le devolvió la mirada. Apenas podía darse cuenta de que ella había pedido tres deseos verdaderamente desinteresados. ¡Lo había conseguido! ¿Realmente se iba a romper el hechizo? El pánico se reflejaba en su rostro. Le había dicho que no volvería a verle después de concederle el tercer deseo. No había podido decirle cómo se podía romper el hechizo; ella no sabría que lo había hecho. Ella le había liberado.

"Alessandra....", quiso tranquilizarla, pero ¿y si algo salía mal? ¿Y si no le habían liberado? Y... ¡Oh, Dios! ¿Y si la magia le llevaba seiscientos años atrás, a cuando todo había empezado? Nunca había sabido lo que ocurriría cuando por fin se rompiera el hechizo.

Se miraron con impotente consternación. Ella le tendió la mano, justo cuando él sintió la atracción del recipiente del Djinn, que le arrastraba hacia atrás.....

"¡No!", gritó desesperado. No había funcionado... seguía esclavizado, mientras que Alessandra... ¡no había pasado suficiente tiempo con ella! ¡No estaba preparado para irse! "¡Noooo!"

"¡Julian! Julian!"

La voz de ella resonó en sus oídos mientras lo alejaban de la tenue calle, con las luces parpadeantes de los vehículos de emergencia bajo él mientras lo arrastraban hacia arriba, hacia un torbellino de tiempo y espacio.

¿Dónde estaba? ¿Qué estaba ocurriendo? El viento le azotaba, agitándole y zarandeándole en un enorme vórtice giratorio, como si estuviera en el centro de un ciclón. Le llegaban voces de todas direcciones, rodeándole... ¡voces que conocía! Allí estaba Alessandra, llamándole por su nombre.... su familia... su madre y su padre, primos.... sí, era el capitán pirata que había deseado el saqueo, la victoria sobre sus enemigos. Amanda, la pequeña sirvienta, su rostro delgado y frío.

Delores, con la boca torcida por la ira. ¿Qué le estaba ocurriendo? Los rostros aparecían en breves destellos, vislumbres de su pasado, sesenta décadas de recuerdos... ¿por qué le perseguían ahora? ¿Qué estaba ocurriendo? Seguía girando, nada sólido a lo que pudiera aferrarse, nada real.

"Debe elegir". La voz de un hombre resonó desde la nada, profunda y masculina.... ¿Kieran?

Entonces le llamó la voz de Jacinto, alzada con urgencia.

"¡Julián, debes elegir! A la hora que quieras, en el lugar que quieras, debes elegirlo para que la magia selle el hechizo".

Para sellar el hechizo... ¿era el fin entonces? Alessandra... ¡Alessandra lo había hecho!

"Alessandra". Su nombre acudió a sus labios, un escueto susurro. ¡Alessandra! Volvió a repetir su nombre y luego lo gritó, con la alegría brotando de lo más profundo de su espíritu. "Elijo a Alessandra... esta vez, esta vida, este lugar... ¡con ella!".

La tormenta de viento y sonido aumentó hasta niveles insoportables, y Julian levantó los brazos en señal de protesta. No podía respirar... no podía oír... y entonces desapareció, retrocediendo, dejando una débil estela que se disipó de inmediato. Mareado y tembloroso, temeroso de lo que vería, Julian abrió los ojos.

Estaba en su ático de Manhattan, tumbado en el sofá. Se incorporó con cautela, la cabeza aún le daba vueltas, los efectos del vórtice persistían. Poco a poco, las sensaciones vertiginosas fueron desapareciendo. El esbelto frasco de perfume de cristal estaba en el centro de la mesita, tan bonito como siempre. Lo cogió y probó la tapa. Salió con facilidad y aspiró. Perfume.

"Ahora es sólo eso... un frasco de perfume".

Giró la cabeza y vio a su lado a una Jacinto sonriente, con los ojos oscuros brillantes de felicidad. No podía asimilarlo.

"Soy... ¿realmente humano otra vez?"

Ella asintió, y él miró a su alrededor.

"Este es mi ático. ¿Y... sigo teniendo mi negocio, mis propiedades?"

"Todos allí, tal como estaban hace una hora. No eran de magia Djinn, Julian. Trabajaste para construir el negocio, para hacerte esta vida".

"¿Y ahora es realmente mi vida? ¿Estoy libre del hechizo? ¿Realmente libre?"

"Sí. Julian, me alegro mucho. Me alegro mucho".

Le abrazó y, cuando se apartó, tenía las mejillas húmedas y moqueó un poco. "Oh, querida".

Apareció un pañuelo y se secó las mejillas.

"Eres un pusilánime", se burló de ella, y Jacinto sonrió.

"De verdad, me alegro por ti. Y por Alessandra".

"I..." De repente se quedó sin palabras. Durante siglos, esta mujer djinn le había aconsejado, guiado, ayudado mientras se enfrentaba a las consecuencias de su propia locura. Y ahora... "¿Te... te volveremos a ver?"

Ella le dio una palmadita en el brazo. "Por supuesto. Tengo intención de visitaros a ti y a Alessandra con regularidad".

Alessandra. Había tanto sentimiento, tanto amor y calor hacia ella que sintió como si su corazón fuera a estallar.

Podía ir con ella. Era libre... libre de ir adonde quisiera, de hacer lo que quisiera. Y Alessandra.... nunca tendría que dejarla.

Jacinto tiró de él con sus pequeñas manos, instándole a ponerse en pie. "Ve con ella, Julian... ve enseguida".

La miró sorprendido. "Si conozco a Alessandra, habrá ido con el policía al hospital y se habrá quedado hasta estar segura de que él se pondrá bien. Puedo pasar por Whimsies de camino a casa

y tranquilizar a Jackson, y estar en casa de Alessandra para darle una sorpresa cuando llegue".

Jacynth sacudió la cabeza con tanta fuerza que su pelo negro se agitó a su alrededor, crepitando de energía.

"Julian, han pasado dos días".

La miró fijamente. ¿Dos días? ¿Dos días en la vorágine? ¿Cómo podía ser? Pero Alessandra... dos días habrían sido una eternidad, creyendo que se había alejado de ella para siempre. Miró el reloj... sólo las cinco. Gimió. El tráfico en Manhattan estaría en su punto álgido, tardaría horas en llegar hasta ella.

Sintió un extraño cosquilleo, no muy distinto de la magia Djinn que una vez lo había atado, y oyó a Jacynth murmurar: "Kieran me regañará tanto por esto", mientras las paredes de su ático desaparecían.

Luego estaba de pie en el paseo ante la casa de Alessandra.

"Gracias", dijo en voz alta, y subió por el paseo, oyendo el susurro de la risa de Jacinto en su oído.

CAPÍTULO 30



ALESSANDRA ESTABA SENTADA en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el sofá. Tenía las rodillas levantadas y rodeaba con los brazos una almohada grande y blanda, abrazándola contra sí mientras miraba las crepitantes llamas de la chimenea. Hacía demasiado calor para encender un fuego, incluso a esas horas de la noche, pero ella sentía frío... mucho frío, por dentro. Había llorado hasta que ya no le quedaban lágrimas. Mañana tenía que volver al trabajo. La vida no se detenía, aunque el fondo de su mundo se hubiera derrumbado. Mañana se levantaría y seguiría adelante. Pero por esta noche podía quedarse aquí sentada y derrumbarse.

Julian. Le echaba tanto de menos que era como si le faltara una parte de sí misma. No era justo. Se habían conocido hacía tan poco tiempo, y luego él se había ido... tan rápido... sin más. Se había ido.

Si hubiera podido hacer algo más. Había revivido aquella escena una y otra vez en su cabeza. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Enterró la cara en la almohada que sostenía. Gemelos. Había tenido gemelos de seis meses. Los había visto, a ellos y a la frenética mujer del policía, allí en el hospital. Se pondría bien, les habían asegurado los médicos. Dijeron que era un milagro que la bala hubiera atravesado aquella parte del cuerpo sin causar daños graves. Un milagro.

Quería volver a llorar. Un milagro que le había costado Julian. Pero, ¿cómo podía haber hecho otra cosa? Ni siquiera podía arrepentirse de su elección. Si no hubiera pedido ese deseo... Se balanceó hacia delante y hacia atrás, aferrándose a la almohada. ¡Dios! Si no hubiera utilizado su último deseo, aquella mujer sería viuda. Aquellas preciosas niñas, gemelas idénticas de pelo suave y suave, serían huérfanas, nunca habrían conocido a su padre.

Ni siquiera había podido despedirse. Eso era lo peor, el pensamiento que rondaba por su cabeza, una y otra vez. Un minuto él estaba allí, sus miradas fijas, la lluvia cayendo sobre sus rostros. Luego se había ido.

Jacinto había venido aquella primera y horrible noche, tanto para obtener consuelo, pensó Alessandra, como para recibirlo.

"Ni siquiera puedo oírle", había sollozado Jacinth en su hombro, tan angustiada como nunca la había visto Alessandra. "Siempre he podido oírle, saber dónde está. Ahora no hay nada".

Aunque no dijo nada a la apesadumbrada Djinn, Alessandra se preguntó, con una sensación de malestar en el estómago, si aquello se debía a la amistad de Jacinto con ella, la *Sahiba*. Quizá ahora incluso aquella larga amistad, tan reconfortante para Julian, iba a romperse por su culpa.

Debería levantarse, pensó. Beber algo. Reponerse. Prepararse para mañana, cuando tuviera que ir a trabajar. Lo haría, se prometió a sí misma, como se había prometido una y otra vez

durante las últimas horas. Sólo un poco más y se levantaría, y seguiría adelante.

Cuando sonó el timbre, dio un respingo y su mirada, sobresaltada, se dirigió al reloj que había sobre la chimenea. Eran más de las once. ¿Y ahora qué? Con un suspiro, se levantó del suelo y caminó descalza hacia la puerta principal. Se apartó el pelo de la cara con una mano mientras cogía el pomo y tiraba de la puerta para abrirla. Y se quedó paralizada, con los pies clavados en el suelo.

Su corazón pareció detenerse durante un largo instante, y luego volvió a latir tan fuerte que apenas podía oírlo por encima del tamborileo de su cabeza.

"J... ¿Julián?"

Luego estaba en sus brazos, con los dedos aferrándose a su camisa, con una tormenta de lágrimas agolpándose en su garganta. Pero él se reía, la levantaba y la hacía girar en círculos vertiginosos.

"¡Lo has conseguido! Alessandra, *cara mia*, ¡lo has conseguido!"

Ella se agarró a sus hombros para apoyarse, echándose hacia atrás para mirarle a través de las lágrimas. "¿Qué? ¿Qué he hecho?"

Aturdida, sintió que él la levantaba y la llevaba al sofá. Ella le rodeó el cuello con los brazos mientras él se sentaba, sosteniéndola en su regazo, con las manos en su pelo, acariciándola, tranquilizándola.

"Pensé..." volvieron los sollozos, obstruyéndole la garganta, dificultándole el habla. "Pensé que te habías ido... que nunca volvería a verte".

"Alessandra". Su voz era profunda, con un tono rico y sonoro que ella nunca había oído de él, y volvió a reírse. "*Mia* Alessandra, escúchame. Para liberarse del hechizo, el Maestro de la botella tenía que pedir tres deseos para ayudar a otras personas. Los tres deseos, sin ganar nada para sí mismo. Seiscientos años esperé".

Le cogió la cara con las manos, le acarició las mejillas con los dedos y le rozó el labio inferior con un pulgar. Sus ojos eran de un zafiro brillante y centelleante mientras la miraba.

"¿Lo comprendes? Tú eres quien me liberó. Mi maravillosa, generosa y adorada Alessandra, siempre intentando salvar el mundo. Y por eso, tú también me salvaste".

"I..." No pudo asimilarlo. Tragó saliva y sintió que se formaba una burbuja de felicidad en su interior. "¿Te has librado del hechizo? ¿Libre para siempre?"

"Para siempre, *mia* Alessandra". Una mano se deslizó para estrechar los dedos de ella, elevándola hasta los labios de él.

"¡Oh!" Ella levantó la cabeza del hombro de él. "¡Jacinth! ¿Lo sabe? Estaba tan disgustada..."

Le llevó los dedos a los labios. "Shhh. Sí, lo sabe. Y no te preocupes, no hemos visto lo último de ella. Creo que ya está planeando otro maratón de películas".

Ella se rió encantada, y Julian hurgó en su bolsillo con la mano libre.

"Te traigo un regalo". Abrió los dedos para mostrar un familiar frasco de cristal soplado, con sus gráciles curvas manchadas de púrpura y oro. "Un frasco de perfume. Eso es todo lo que es ahora. Es tuyo, igual que mi corazón".

Le cogió la preciosa botella, la levantó y vio la luz del fuego reflejada en los diseños grabados. "¿Realmente ha desaparecido? ¿La magia Djinn? ¿Y la otra... la otra magia? ¿La magia de los magos que estabas estudiando?"

Julian sacudió la cabeza, y un mechón de pelo negro le cayó sobre la frente. Ella se lo alisó. Sus brazos la rodearon con fuerza.

"No más magia para mí, Alessandra *mia*. No más invocaciones ni hechizos peligrosos. La magia de la tierra que compartimos es suficiente para mí. Cuidaremos nuestras hierbas,

infundiremos velas y aceites y esencias con amor y curación. Y cuando llegue el momento, transmitiremos nuestros conocimientos a nuestros hijos... si tú quieres eso, mi amada Alessandra. Si quieres compartir tu vida conmigo".

Levantó la cara, sus labios buscaron los de él, encontrándose en un beso largo y abrasador.

"Julian". Su voz era un suspiro contra los labios de él. "No hay nada que desee más en toda mi vida que tú la compartas".

Le acarició la mejilla con la mano y se apartó para mirarle, con los labios curvados en una sonrisa. Su mirada se posó en el collar con el zafiro brillante de su garganta.

"¿Y esto...?"

"Ahora sólo es un collar, *Cara*. Pero lo llevaré, para recordármelo a mí misma, siempre. No más hechizos mágicos para mí".

Se oyó una carcajada. "Tengo que admitir que echaré de menos que aparezcan las tazas de té instantáneas", confesó.

Su carcajada se mezcló con la de ella. "Tendremos que asegurarnos de que Jacinto nos visite con regularidad. Pero...."

Sus dedos se deslizaron por su cuello, rodeando la esbelta columna, sus pulgares bajo su barbilla, empujándola para que se viera obligada a encontrarse con su mirada repentinamente severa.

"Diré esto una vez, y sólo una vez. Te voy a comprar un coche... un coche nuevo y, por tanto, fiable. Puedes quedarte con Patsy si quieres, pero si alguna vez lo conduces más lejos que el mercado de la esquina y vuelta, te pondré sobre mi rodilla. ¿Está claro?"

Alessandra se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable. "No voy a discutir contigo en eso".

Se estremeció, recordando el frío y oscuro callejón, el hombre y la pistola, la lluvia. "¡Oh! ¡Oh! Debo decirte que el policía está muy bien, le darán el alta en un par de días. ¿Y sabías que tenía dos niñas? Gemelas, de sólo seis meses. Conocí a su mujer en el hospital y le conté cómo me había salvado la vida. Las salvaste, Julian. Cuando le salvaste la vida, salvaste a toda esa familia".

Sacudió la cabeza. "Los salvaste, Alessandra. Sin tu deseo, no habría podido salvarlo. Fuiste tú, con tu gran corazón y tu espíritu generoso. Siempre estaré agradecida a ese policía, por haberte salvado la vida".

"¡Julian!" Se levantó de un salto, casi cayéndose del sofá. "¡Acabo de pensar! Caprichos... e Hilos poco comunes...".

"Sí. Volvió a atraerla hacia él, girándola para que se tumbara sobre su regazo, con los brazos estrechándola contra él. Acurrucó su cara en su pelo. "Estaré allí para la Gran Inauguración de la galería... y para Hilos no comunes de Nepal... y Perú... gracias a ti, estaré aquí para todos ellos".

"Por supuesto", añadió, "tendremos que conseguir una verja para el paseo delantero".

Alessandra levantó la cabeza del cómodo lugar que había encontrado sobre su ancho hombro. "¿Lo haremos?"

"Mhmm". Sus ojos de zafiro brillaron ante ella. "Quiero un perro. Un perro grande".

Sonrió. "¿Un gran danés negro?"

Le encantaba el sonido de su risa, tan despreocupada. La invadió un cálido resplandor y su corazón latió con tanta alegría que casi pensó que se detendría.

"Entonces... ¿quieres que vivamos aquí? ¿No en el ático?"

"Alessandra *mia*". Su voz era como chocolate caliente, y su aliento le acariciaba la mejilla. "Un ático no es un lugar para cultivar un jardín, tener mascotas y formar una familia". Sus ojos,

de un azul deslumbrante, la miraron fijamente. "Lo quiero todo contigo, Alessandra. Matrimonio, hijos. Una familia. Dime que me aceptas".

Esta vez estaba segura de que su corazón se había parado de verdad, justo en ese momento, y por alguna extraña razón, quería echarse a llorar. Él estaba aquí... realmente aquí. No lo perdería. Juntos lo tendrían todo.

"No hay nada que desee más", le dijo.

Sus labios flotaron, luego se encontraron, y ella se hundió en él, en su beso. Le rodeó el cuello con los brazos y hundió los dedos en su pelo largo y espeso. Rompió el beso y hundió la cara en su hombro.

"Creí que te había perdido para siempre", susurró. "Creí que no volvería a verte".

Su mano era suave, le acariciaba el pelo, la reconfortaba, con la cabeza inclinada cerca de la suya. "No podría decirte cómo romper el hechizo. Tenía que ser un don del espíritu... los tres deseos para los demás, completamente desinteresado. En seiscientos años, sólo tú, *Cara*. El hechizo se habrá roto de verdad, y no volveremos a perdernos el uno al otro. Viviremos aquí y tendremos hijos, y un perro y un gato..."

"Y un Djinn que aparece y desaparece de vez en cuando", añadió Alessandra, con los ojos brillantes.

"Por supuesto, tengo un motivo oculto al querer que vivamos aquí".

Ella levantó la cabeza para entrecerrarle los ojos con suspicacia, y él levantó una ceja.

"Piensa cuánto dinero ahorraré mudándome contigo".

Tardó un minuto en pensar en una réplica adecuada. Le sonrió con satisfacción.

"Hablando de eso, Sr. Gazillionaire. Ahora que no estás atado a la magia de los Djinn, tus fotos van a estar por todas partes. Quizá salgas en la portada de GQ, o incluso en la de Forbes".

Ella sonrió, disfrutando de la expresión de horror que se extendió por su rostro. Sin dejar de reír, lo besó, con los labios curvados contra los suyos.

"Al menos aparecerás en nuestras fotos familiares", señaló. "Piensa en lo incómodo que sería explicarlo si no lo hicieras".

Le levantó los dedos y giró la cabeza para besarlos lentamente.

"Mañana compraremos cámaras", prometió. "Haremos mil fotos, tú y yo. Dondequiera que vayamos, todo lo que hagamos, haremos fotos. Tendremos fotos en las paredes y álbumes de fotos en la mesita".

"Mil imágenes", repitió ella, sonriendo, mientras se acurrucaba dormida contra él, acurrucándose en su calor. Bostezó y sus párpados se cerraron. "Para enseñárselas a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos".

CAPÍTULO 31



ALESSANDRA MIRÓ EL reloj y se dirigió al frigorífico, abriendo la puerta de par en par.

"Es casi mediodía", llamó por encima del hombro. "Es hora de encender la parrilla".

Julian entró en la cocina y a ella se le aceleró el pulso cuando lo miró. Llevaba una camisa de manga corta abotonada sobre unos vaqueros ajustados a la cadera y los pies descalzos. Llevaba el pelo alborotado, aún ligeramente húmedo por la ducha, y su aspecto era como para comérselo. Una ceja móvil se alzó al verla sacar un enorme cuenco de ensalada de patatas de la nevera, golpeando la puerta con la cadera para cerrarla.

"Eso es muchísimo para seis personas... tu madre y tu padre, y Laura y Jackson, y nosotros, ¿verdad?".

Dejó el cuenco sobre la mesa, se acercó a él, le rodeó la cintura con los brazos y se apoyó en él con un suave suspiro de satisfacción cuando él la abrazó. Le acarició el hombro.

"He invitado a algunas personas más. No te importa, ¿verdad?".

"No, claro que no".

La rodeó con los brazos, inclinó la cabeza ante su invitación tácita y sus labios se posaron en los de ella durante un largo instante. Los labios de Alessandra se separaron para encontrarse con él, y sus brazos se estrecharon contra él. Sólo había pasado una semana y aún le costaba creer que por fin estuviera aquí para quedarse.

Antes de que pudiera preguntarle a quién más había invitado, ella preguntó: "¿Has preparado tu despacho?".

Ella había reorganizado las cosas en su habitación libre, y la noche anterior habían ido al ático de él, habían recogido su ordenador y su escritorio y se los habían traído. Aquella mañana su proyecto consistía en poner en marcha su despacho mientras ella preparaba la comida para la barbacoa de la tarde. Le dio un ligero beso en la nariz.

"Ya está". Le pasó los dedos por el pelo y le colocó un mechón suelto detrás de la oreja. "¿Has cambiado de idea y has invitado a tus otras hermanas y a sus familias?"

Ella hizo una mueca, se zafó de sus brazos y se volvió hacia la mesa.

"Ni hablar. Tampoco estarías preguntando si hubieras estado en aquella última cena familiar". Aquello aún le escocía, pero apartó el recuerdo. Levantó el gran cuenco de ensalada de patatas con un brazo y cogió con la otra mano una bolsa que contenía paquetes de platos, servilletas y vajilla de plástico. "¿Me sujetas la puerta?"

Se adelantó a ella, abriendo la puerta que daba al patio trasero. Ella se detuvo para besarle la mandíbula, sonriendo, al pasar. Le encantaba que ni una sola sombra acechara el brillo de sus

ojos azules. Riendo, vio que su mirada iba más allá de ella, hacia la gran barbacoa nueva que había en el patio trasero, con una gran bolsa de carbón sin abrir al lado. Ella había sugerido una parrilla de gas, pero Julian la había mirado con cara de "¿me tomas el pelo?", así que ella había puesto los ojos en blanco y le había dejado elegir lo que quisiera. Cerca había una mesa de picnic igual de nueva, con utensilios de barbacoa nuevos y relucientes, y una mesita redonda con sombrilla y cuatro sillas.

Empezó a colocar las cosas sobre la mesa, mientras Julian deshacía la bolsa de carbón y vertía un poco en el fondo de la parrilla. Ella miró a su alrededor justo a tiempo para ver cómo una pequeña bola de fuego salía despedida de las yemas de los dedos de él hacia el carbón.

"¡Julián!"

Le sonrió, guiñándole un ojo escandalosamente. "Sólo un poco de magia, *cara*".

Sacudiendo la cabeza, empezó a abrir el paquete de platos de plástico.

"¡Alessandra! Julian!"

Laura apareció por la esquina de la casa, subiendo por el camino de entrada hacia ellos. Parecía contenta, con el pelo rubio brillando al sol y un poco alborotado en las puntas por la ligera brisa. Iba vestida con unos pantalones cortos blancos y un top amarillo brillante, y parecía fresca como un pepino en medio del calor veraniego. Detrás de ella, Jackson llevaba el brazo cargado de bolsas de supermercado, que al derramarse sobre la mesa resultaron ser bolsas de patatas fritas y tortillas fritas junto con salsa e incluso guacamole.

Alessandra corrió hacia su hermana, envolviéndola en un enorme abrazo. "¡Me alegro mucho de verte! ¿Cómo van las cosas?"

"Estoy bien", le aseguró Laura. Miró por encima de la hermana de Alessandra hacia donde Julian y Jackson intercambiaban saludos. "Jackson conduce como un taxista de Nueva York, ¿lo sabías?"

Al oírlo, Jackson les sonrió. "Es la única forma segura de conducir".

Laura se detuvo bruscamente, boquiabierta, y miró más allá de Alessandra, hacia la calle. Todos a una se giraron para ver qué miraba. Acechando por el camino de entrada había una magnífica gata calicó de pelo largo. Era enorme, con grandes orejas empenachadas y anchas patas separadas. Su cola plumosa se agitaba graciosamente en el aire mientras, con estudiada despreocupación, deambulaba junto a los humanos. Sin esfuerzo aparente, saltó con ligereza hasta el extremo de la mesa de picnic y se sentó firmemente, con las patas delanteras juntas y la larga cola enroscada sobre ellas. Desde allí, observó a los que la miraban con sus grandes ojos dorados.

Julian se inclinó hacia Alessandra. "¿Adivina quién viene a cenar?", le sopló al oído.

"¿Crees que es Katerina? ¿La hermana de Melanthe?" susurró Alessandra. Julian asintió.

Como si fuera una señal, Melanthe dobló la esquina y subió por el camino de entrada. Vestida con un elegante vestido de verano y un sombrero de ala ancha, radiante de salud, a Alessandra le costó reconocer a la frenética y estresada metamorfa que habían rescatado. Se apresuró a acercarse a Alessandra y Julian, abrazándolos con fuerza.

"Gracias", dijo con voz suave. "Gracias, gracias, gracias".

Alessandra le sonrió. "¿Cómo están los bebés?"

Melanthe casi sonrió. "¡Están muy bien, y son tan dulces! Te los habría traído para que los vieras, pero... bueno...". Miró a Laura y a Jackson, que estaban reunidos en torno al gato Maine Coon que reinaba en la mesa de picnic, y luego volvió a mirar a Alessandra y a Julian, bajando la voz con una suave carcajada. "Ya sabéis. Mi tía ha vuelto de viaje y los está vigilando".

"¿Has tenido más problemas?" quiso saber Julián.

Parte de la felicidad del rostro de Melanthe se atenuó y se frotó los brazos como si de repente le hubiera entrado un escalofrío. "No, pero... a veces tengo la sensación de que alguien me observa. Como si estuviera ahí, esperando. Podrían ser sólo los nervios, pero..."

Su voz se apagó y Julian asintió. "Fue una experiencia traumática. Al mismo tiempo, te diría que siguieras tu instinto. Si crees que está ahí fuera observándote, probablemente lo esté, así que mantente a salvo".

"Sí, lo estamos", le aseguró con fervor, señalando con la cabeza al calicó Maine Coon. "Por eso... er... Gato... está aquí conmigo. Puede sentir a un Were de esa forma. Y mi marido volverá a casa el mes que viene. Entonces estaremos bien".

En ese momento se les acercó Laura, tendiéndoles la mano con una sonrisa amistosa.

"Hola, soy Laura, la hermana de Alessandra".

Melanthe respondió con calidez. "Soy Melanthe. Encantada de conocerte".

Las dos mujeres se dirigieron a la mesa de picnic. Julian atrajo a Alessandra para darle un largo beso antes de soltarla y volver a la casa. Regresó unos minutos después, con una enorme bandeja llena de filetes y hamburguesas, y empezó a colocarlos en la parrilla. "Será mejor que empiece. ¿Crees que la gata las querrá poco hechas?"

Alessandra ahogó una carcajada y entró a por la macedonia que había preparado aquella mañana. Al volver, cuando salió por la puerta trasera, sonrió al ver que Susan había llegado con Sylvie. Se abalanzó sobre la niña, levantándola y dándole vueltas. Sylvie chilló de alegría, y el corazón de Alessandra se desbordó al ver a la niña tan feliz y sana.

En cuanto la dejaron en el suelo, Sylvie se lanzó hacia Julian, que la atrapó y se la subió a la cadera. Se mantuvo en equilibrio con facilidad, sujetando a la niña con un brazo mientras ella le parloteaba, dando vueltas a la carne en el fuego con unas pinzas en la otra mano.

Susan abrazó fuerte a Alessandra. "Se confirma que Sylvie está totalmente en remisión", susurró en voz baja para que Laura no la oyera, no quería recordarle su pérdida.

Alessandra le devolvió el abrazo a Susan. "Me alegro. Tiene mucho mejor aspecto".

En la calle vio un BMW azul marino que le resultaba familiar y se volvió para avisar a Laura. "Mamá y papá están aquí".

Laura, que parecía nerviosa, se apresuró a ir a su lado. Alessandra cogió la mano de su hermana con un apretón tranquilizador, ocultando su propia inquietud. Quería que aquel picnic fuera una celebración para todas, a su manera.

"Todo va a salir bien", afirmó ella, esperando que fuera verdad. "Papá recapacitará, estoy segura. Y de todas formas, nos tienes a Julián y a mí apoyándote, y a mamá también, si llega el caso".

Sin embargo, cuando sus padres aparecieron, no pudo evitar reírse al ver las cambiantes expresiones del rostro de su padre. Walt parecía tan apagado como nunca lo había visto, y su mirada, cuando se posó en Julian, que se acercaba desde su puesto en la parrilla, estaba realmente conmovida.

"Supongo que papá ha averiguado qué tipo de muebles usados le gustan a Julián", murmuró mientras abrazaba a Fran con fuerza. Su madre soltó una risita.

"Se lo dije justo antes de salir de casa. Se resistía a venir, así que le dije lo que pensaba de mis hijas y le metí uno de los folletos de Uncommon Threads en las narices. Desde entonces tartamudea".

A Alessandra le pareció significativo que papá apenas le dirigiera la palabra a Laura. Le devolvió el tentativo abrazo distraídamente, pero su mirada atónita permaneció fija en Julián. Alessandra tuvo que reprimir las ganas de reír. Dejando a Sylvie en el suelo para que se fuera

corriendo con su madre, Julian se acercó a saludar a sus padres. Se inclinó hacia él cuando la rodeó con el brazo izquierdo y estrechó la mano de Walt.

"Bienvenidos a nuestra primera barbacoa en el patio trasero", saludó.

"¿La primera de muchas?" Fran sonrió al acercarse, lo abrazó y se puso de puntillas para depositarle un beso en la mejilla. "Me alegro mucho de que formes parte de nuestra familia, Julián".

Julian le devolvió el abrazo. "Me complace igualmente formar parte de ello", le aseguró. "Mamá"

Le guiñó un ojo que la hizo reír, pero su mirada volvió a Alessandra cuando ésta se alejó para presentar a sus padres a Susan y Melanthe, que ahora estaban sentadas una al lado de la otra en la mesa de picnic, y a Jackson, que se había echado sobre los hombros a una risueña Sylvie. La falda hasta la pantorrilla de Alessandra se arremolinaba con gracia sobre sus piernas torneadas y bronceadas. Le resultaba muy placentero contemplarla. Todavía se despertaba sudando algunas noches, medio temiendo que todo hubiera sido un sueño y esperando encontrarse de nuevo en su botella. Entonces la veía durmiendo acurrucada contra él, con el pelo brillante esparcido por la almohada, y sabía que era verdad.

Un tirón de sus vaqueros le hizo mirar hacia abajo para ver a la gata a sus pies, con sus grandes ojos dorados mirándole. Retiró delicadamente una garra del dobladillo de sus vaqueros.

"¡Mrrr!"

"¿Tienes hambre, gatito?" Se dirigió de nuevo a la parrilla. "Veamos qué podemos encontrarte".

Echó un vistazo a los filetes, mientras el gato saltaba al extremo de la mesa de picnic, observándole expectante. La mayoría de los filetes estaban a punto, así que eligió uno que aún estaba muy poco hecho y cortó un puñado de trozos muy pequeños. Cogió un plato de ensalada de plástico de la mesa, volcó en él la carne poco hecha y lo colocó delante del gato.

Agachó la cabeza para olisquearlo inquisitivamente, luego se enderezó y lo miró fijamente, consiguiendo parecer ofendida. Julian puso los ojos en blanco y cogió el plato.

"Perdonadme, Majestad".

Ella resopló, agitando las orejas empenachadas, y él se volvió hacia la parrilla, consciente de las risitas de Alessandra junto con Melanthe y Susan.

"No creo que le guste poco hecho", dijo Melanthe. "Prueba con medio".

"Deberías saberlo", refunfuñó en voz baja, pinchando filetes al azar para encontrar uno mediano.

Su siguiente ofrenda fue gentilmente aceptada por el felino, que puso los ojos en blanco mientras volvía a la parrilla para empezar a amontonar los filetes terminados en una bandeja cubierta de papel de aluminio. Hecho esto, colocó las hamburguesas en la parrilla, las últimas en cocinarse.

Alessandra observaba el paseo delantero, echando un vistazo a su reloj mientras se preocupaba de tener el labio inferior entre los dientes. Casi todo el mundo estaba aquí, pero esperaba con todas sus fuerzas que esta última pareja apareciera. Yvonne no había podido prometerlo, pero había dicho que lo intentarían. Julian aún no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Jacinth tampoco había llegado aún, pero había prometido fielmente que vendría. Julian ya no tenía su conexión con el Djinn a través de su recipiente y el hechizo, pero Jacinto les había dejado una gema, parecida a la que Julian aún llevaba colgada del cuello, pero ésta estaba sostenida en la trompa levantada de un encantador elefantito, de color rosa brillante y decorada por todas partes con trozos de espejos y cuentas. Tocad la gema, les había dicho Jacinto, y ella

sabría que querían ponerse en contacto con ella.

Con una silenciosa ovación, Alessandra vio aparecer un cochecito, y luego a la mujer que lo empujaba y al hombre más alto que estaba a su lado, que salían a la vista desde detrás del alto seto. ¡Ya estaban aquí! Se levantó de un salto de la mesa y se apresuró a saludarlos.

"¡Yvonne!" Tiró de la esbelta y exóticamente bella mujer negra para abrazarla, y luego se volvió hacia el marido de Yvonne. Era más alto que su mujer y llevaba el pelo negro corto. Su piel oscura tenía una tenue palidez grisácea, y en la frente se le veían tenues gotas de esfuerzo por el corto paseo desde la calle.

"Hola, Russ. Soy Alessandra Taylor", le dijo, tendiéndole la mano. No pudo evitar agarrarle la mano con fuerza mientras él cogía la suya. Si no hubiera sido por aquel hombre... se sacudió aquel pensamiento, dedicándole una leve sonrisa. "No tuvimos exactamente tiempo de presentarnos cuando nos vimos antes".

Se oyó una exclamación sobresaltada detrás de ella, y Julián se apresuró a avanzar. Reconociendo claramente al policía que había salvado a Alessandra aquella noche lluviosa, cogió la mano del hombre con las suyas y le estrechó la suya con ferviente gratitud.

"Gracias. Un millón de veces, gracias. Sin ti, ese hombre podría haber matado a Alessandra".

"Me temo que no recuerdo gran cosa", admitió Russ. "Por lo que me contaron, creo que los dos tuvimos suerte".

"Ven a sentarte", le instó Alessandra. Había seguido la evolución de Russ en el hospital, y no había pasado tanto tiempo desde que le habían dado el alta. Parecía como si una ráfaga de viento fuera a derribarlo.

"¡Gemelos!" Melanthe se apresuró a acercarse al cochecito doble, admirando a los bebés, y dirigió una mirada radiante a Yvonne. "Yo también tengo gemelas. Pero sólo tienen unas semanas, así que las dejé con mi tía por la tarde. Qué adorables son las tuyas!"

"En buena hora", les dijo Julián, tras soltar las manos de Russ y dar un paso atrás. "Tengo que volver a cocinar la carne, Alessandra os traerá algo de beber y os presentará".

Melanthe e Yvonne ya estaban totalmente enfrascadas en la discusión sobre los problemas y la monada en general de los gemelos. Yvonne sacó a una de las niñas y Melanthe la acurrucó en sus brazos, arrullando a la adorable niña. Alessandra sentó a Russ en la mesa de picnic y miró a su alrededor en busca de su madre. Fran estaba con Laura, inspeccionando el cenador con sus rosas, pero acudieron cuando ella las llamó.

Acercó a su madre. "Éste es Russ, y su mujer Yvonne. Mamá, Russ es el policía que me salvó de aquel atracador hace un par de semanas".

Fran jadeó, con los ojos llenos de lágrimas. "¡Caramba! ¡Eres tú! Y te dispararon, salvándola. Me alegro mucho de conocerte".

Russ se ruborizó un poco, para diversión de Alessandra, y pareció a punto de declamar. Alessandra e Yvonne intercambiaron sonrisas.

"No vamos a correr el riesgo de que vuelva a ocurrir", comentó Julián mientras daba la vuelta a las hamburguesas en la parrilla. "El coche nuevo de Alessandra llega mañana".

"Un Subaru Outback, rojo cereza", añadió Alessandra, con aprobación. "Con paneles de madera".

Walt estrechó la mano de Russ, diciendo bruscamente. "Gracias por salvar a nuestra hija. Si hay algo que podamos hacer por ti, sólo tienes que pedirnoslo".

"¡Ya está la comida!" anunció Julian, deslizando la última de las hamburguesas en la bandeja y llevándola a la mesa de picnic.

Alessandra se levantó de la mesa de un salto. "Tengo que coger las alubias cocidas de la

cocina".

Al dirigirse a la casa, casi tropezó con el gato, que se metió entre sus piernas en cuanto abrió la puerta. Observó, divertida y sorprendida, cómo el gato trotaba por la cocina y entraba con absoluta confianza en el salón. Curiosa, la siguió, a tiempo de ver cómo la cola plumosa desaparecía en su dormitorio. Al llegar a la puerta de su habitación, se echó a reír al ver que la gata se acurrucaba en el centro de la cama, con la punta plumosa de la cola sobre la nariz.

Divertida, volvió a la cocina y desenchufó la olla de cocción lenta con las alubias cocidas que había estado cociendo a fuego lento toda la mañana. Estaba a medio camino de cruzar el patio con la olla cuando volvieron a aporrear la puerta trasera. Sobresaltada, miró por encima del hombro y vio salir a Jacinth, que llevaba una bandeja con una especie de pastas.

"El baklava está fuera del horno", anunció como si hubiera estado dentro horneando todo el rato, guiñándole un ojo a Alessandra. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta rosa chillón. Llevaba los largos rizos de ébano recogidos en una coleta y los pies descalzos. Deslizó sobre la mesa una bandeja con baklava de aspecto realmente delicioso. "Aún están calientes", advirtió mientras Laura se acercaba a toda prisa.

"¡Me encanta el baklava!"

Riendo, Alessandra le dio un codazo en un hombro a su hermana, que tenía los brazos llenos con la olla de cocción lenta. "Estarán lo bastante frías para comerlas cuando hayas cenado. Ven a comer un filete mientras estén calientes".

Se dirigió a la mesa, dejó la olla grande en el suelo y quitó la tapa.

"¡Bien, a cavar todos!" Alzó la voz y vio a Sylvie en el columpio de madera que Julian había colgado de una rama del gran arce que había detrás de la casa. "¡Sylvie! Ven a comer!"

Se quedó rondando, observando cómo sus invitados amontonaban filetes o hamburguesas en sus platos, sirviéndose ensalada de patata y alubias. Los gemelos estaban de nuevo en su cochecito, Walt y Russ hablaban de coches mientras Melanthe e Yvonne parecían bien encaminadas hacia la amistad, estrechando lazos por unos gemelos comunes. Susan escogía pacientemente las cebollas de un montón de ensalada de patata en el plato de Sylvie, mientras Fran parecía estar conociendo a Jackson, sentado junto a Laura.

Haciendo una seña a Jacinth, deslizó el brazo por la cintura de Julian y le sonrió. Él miró de ella a Jacinto, con la ceja móvil levantada.

"¿Qué?" preguntó riendo. "Sé que pasa algo cuando los dos tenéis esa mirada".

Alessandra señaló con la cabeza la mesa de picnic.

"Mira, Julian", dijo en voz baja, inclinándose hacia él para que sólo él y Jacinth pudieran oírla. "Cada una de esas personas de ahí, tocaste sus vidas. Marcaste la diferencia para ellos".

Al otro lado de Julian, Jacinth asintió solemnemente. "Siempre que hablabas del hechizo que hiciste, me decías que sólo quería ayudar. Y ayudaste".

"Pero Alessandra tenía la botella", protestó.

Alessandra le puso un dedo en los labios, haciéndole callar. "Yo pedí los deseos, pero fuiste tú quien los hizo realidad, Julian. Sin ti, nunca habría sucedido".

Los miró, su mirada iba de uno a otro. "Tú planeaste esto".

Alessandra asintió, tomando su mano entre las suyas y estrechándola con firmeza.

"Ha sido un largo viaje para ti, Julian. Hubo cosas malas y buenas por el camino, pero aquí estás ahora. Pensé que, reuniendo a toda esta gente, podría demostrarte que, a pesar de todo... *sí que marcaste* la diferencia. No quiero que recuerdes tu pasado sólo como los tiempos difíciles, la gente egoísta, sino que mires atrás y veas a esta gente en su lugar."

"Y tu Amanda", añadió Jacinth.

Amanda. Su corazón casi tartamudeó, al recordar a la pequeña sirvienta. Alessandra, observándole, le apretó la mano.

"Si tenemos una niña", dijo en voz baja, "la llamaremos Amanda".

Miró a Alessandra, su compañera, su mujer, la persona más altruista que había conocido. Inclino la cabeza y la besó suavemente. Ella correspondió a su beso con entusiasmo, rodeándole el cuello con los brazos. Las risas y los gritos de la mesa los devolvieron a su tiempo y lugar, y se separaron riendo. Alessandra le cogió la mano y enroscó los dedos en los suyos.

"Vamos a comer", le dijo ella, y juntos cruzaron el césped hacia su familia y amigos.



AQUELLA TARDE, acurrucada en el sofá del salón ante el alegre fuego de la chimenea, Alessandra se estrechó contra el abrazo de Julian con un suspiro de satisfacción.

"Ojalá pudiera tener un deseo más", dijo, sintiéndose melancólica.

La profunda risita de Julian retumbó bajo su oído.

"¿Qué, por fin se te ha ocurrido algo que querías para ti?"

"No. Bostezó y se acurrucó más cerca de él, inclinándose para besarle la mandíbula, y luego se acurrucó contra su ancho pecho. "Tengo todo lo que quiero".

Bajó la cabeza para rozarle el pelo, disfrutando de su suavidad, de su aroma limpio y dulce.

"¿Qué es entonces?"

"Es Jacinth. Es guapa, divertida y maravillosa, pero no puedo evitar sentir que se siente sola. Oh, lo disimula con su encanto y sus modales, y evita que la gente vea lo que hay en su interior. Ojalá pudiera encontrar a alguien a quien amar. Alguien que pueda verla como la persona realmente especial que es, y amarla incondicionalmente. Si hubiera tenido otro deseo... eso es lo que habría deseado".

De repente se oyó un zumbido y un crujido como de electricidad en el aire, y las luces parpadearon brevemente. Julián se echó a reír, y Alessandra levantó la cabeza.

"¿Qué pasa? ¿Qué pasa?"

"Nada, cariño". Se inclinó para besarla. "Absolutamente nada".

LIBROS DE ALLIE MCCORMACK

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

Deseos en una Botella

Un Regalo de Jacinth

Una Gata para Troy

Compañera Codiciada

Pícara Reacia

Una Bruja en el Tiempo

SOBRE LA AUTORA

Allie McCormack es una veterana militar discapacitada que ahora persigue el sueño de su vida: ser escritora. Allie ha viajado bastante y ha vivido en muchos lugares de Estados Unidos, además de un año en El Cairo (Egipto) como estudiante de intercambio y un año en Arabia Saudí contratada por un hospital de Riad. Allie vive ahora en la región vinícola del hermoso sur de California con su familia y dos gatos rescatados.

Allie dice: "Una escritora es quien soy y lo que soy... una escritora romántica. Escribo lo que sé, y lo que sé es romance. Docenas de líneas argumentales y literalmente cientos de personajes viven y respiran dentro de los no tan estrechos confines de mi imaginación, y es mi alegría y privilegio darles vida, compartirlos con los demás escribiendo sus historias."